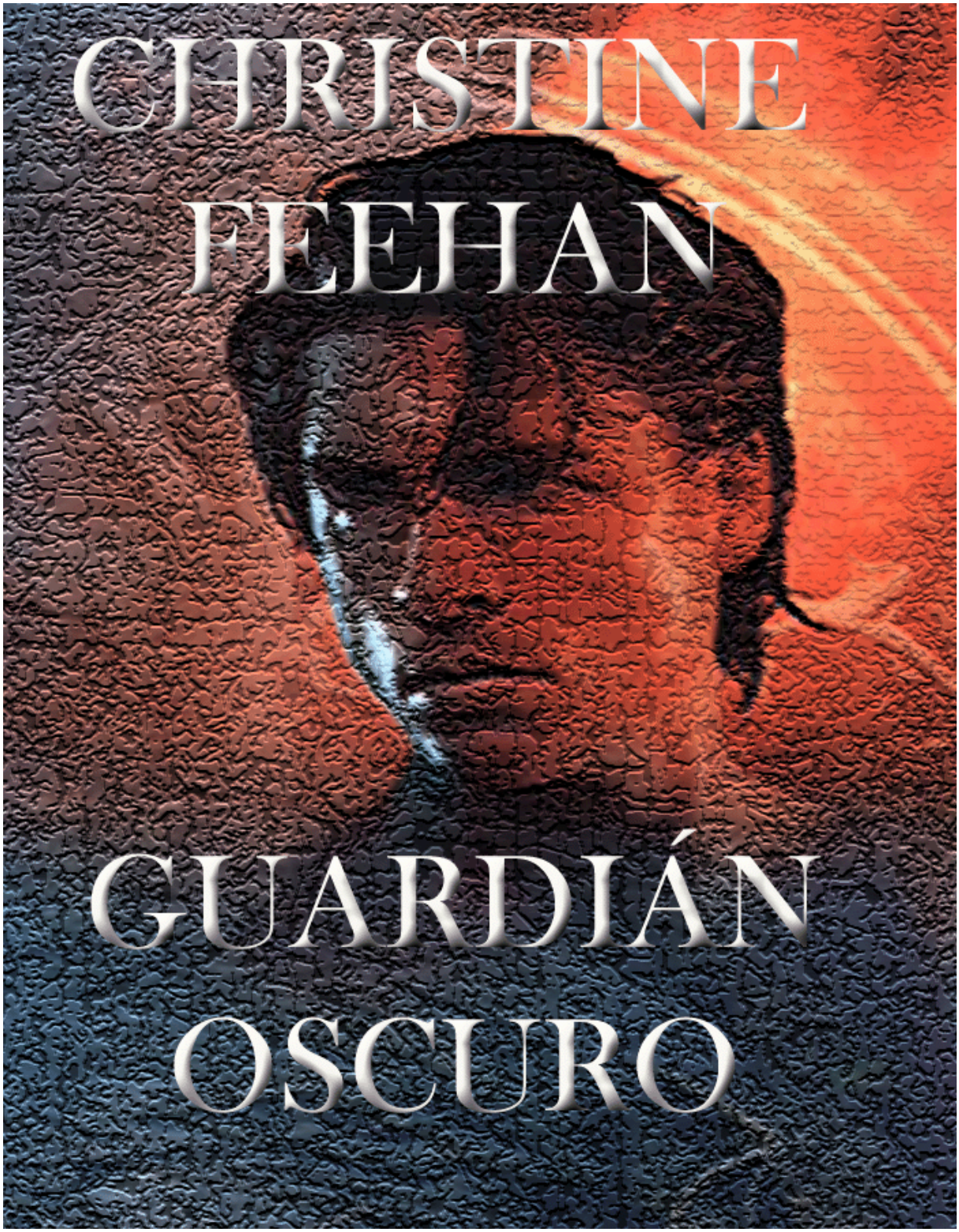
GUARDIAN OSCURO
CRHISTINE FEEHAN



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PROLOGO

Lucian
Walachia, 1400

El pueblo era demasiado pequeño para resistir contra el ejército que avanzaba tan velozmente hacia ellos. Nada detenía el paso de los Turcos Otomanos. Todo lo que encontraron en su camino había sido destruido, todo el mundo asesinado, cruelmente asesinado. Los cuerpos eran empalados en estacas afiladas y abandonados para que los carroñeros terminaran con ellos. Corrían ríos de sangre. Nadie se salvaba, ni siquiera los niños más pequeños o los más ancianos. Los invasores quemaban, torturaban y mutilaban, dejando atrás solo ratas, fuego y muerte.

El pueblo estaba extrañamente silencioso; ni siquiera un niño se atrevía a llorar. La gente sólo podía mirarse los unos a los otros con desesperación y tristeza. No habría ayuda, ni forma de detener la masacre. Caería como habían caído todos los pueblos antes que ellos ante ese terrible enemigo. Eran demasiados pocos y tenían solo armas de campesinos para luchar contra el avance de las hordas. Estaban indefensos.

Y entonces los dos guerreros llegaron caminando a grandes pasos saliendo de la niebla nocturna. Se movían como una unidad, en perfecta armonía, con un paso perfecto. Se movían con una peculiar gracia animal, fluida, sutil y totalmente silenciosa. Los dos eran altos y de amplios hombros con pelo largo y lacio y ojos de muerte. Algunos dijeron que pudieron ver las rojas llamas del infierno ardiendo en las profundidades de esos helados ojos negros.

Hombres adultos se apartaban de su camino, las mujeres se hundían entre las sombras. Los dos guerreros no miraron ni a derecha ni a izquierda y aún así lo vieron todo. El poder se aferraba a ellos como una segunda piel. Dejaron de moverse, se quedaron tan inmóviles como las montañas circundantes mientras el más anciano de los campesinos se unía a ellos justo delante de las desparramadas cabañas, desde donde podían escudriñar el prado vacío que los separaba del bosque.

– ¿Qué noticias hay? – Preguntó el anciano.– Oímos rumores de matanzas por todas partes. Ahora es nuestro turno. Y nada detendrá esta tormenta de muerte. No tenemos ningún sitio a donde ir, Lucian, ningún sitio donde esconder a nuestras familias. Lucharemos, pero como todos los demás, seremos derrotados.

– Viajamos rápido esta noche, Viejo, nos necesitan en otro sitio. Se dice que nuestro Príncipe ha sido asesinado. Debemos volver con nuestra gente. Siempre has sido un buen hombre, amable. Gabriel y yo saldremos esta noche y haremos lo que podamos por ayudarte antes de marcharnos. El enemigo puede ser gente muy supersticiosa.

Su tono era puro y hermoso, como terciopelo. Todo el que escuchaba esa voz no podía evitar hacer lo que Lucian ordenaba. Todo el que la oía deseaba solamente oírla una y otra vez. Solo la voz podía hechizar, podía seducir, podía matar.

– Id con Dios. – Susurró el campesino dando las gracias.

Los dos hombres se movieron. En perfecto ritmo, fluido, silencioso. Una vez perdieron de vista el pueblo, sin decir una palabra, se transformaron exactamente en el mismo momento, tomando la forma de dos lechuzas. Las alas batían con fuerza mientras volaban en círculos sobre la zona, buscando el ejército durmiente. A varias millas del pueblo la tierra bajo ellos estaba plagada de centenares de hombres.

La niebla se movió, espesa y blanca y bajó hasta la tierra. El viento cesó, haciendo que la niebla se volviera densa y condensada. Sin advertencia, las lechuzas descendieron silenciosamente del cielo, con las garras extendidas directamente hacia los ojos de los centinelas. Las lechuzas parecían estar por todas partes, trabajando con una sincronización precisa de forma que estaba ya lejos antes de que nadie pudiera venir a asistir a los guardias.

Gritos de dolor y terror llenaron el vacío del silencio, y el ejército despertó, echando mano a las armas y buscando al enemigo entre la espesa niebla blanca. Solo vieron a sus propios centinelas, con las cuencas de los ojos vacías, sangre corriendo por las caras y corriendo a ciegas en todas direcciones.

En el centro de la masa de guerreros se oyó un crac, después otro. Golpe tras golpe, dos líneas de hombres cayeron al suelo con el cuello roto. Era como si escondido en la niebla espesa hubieran enemigos invisibles, moviéndose rápidamente de hombre a hombre, rompiendo cuellos con las manos desnudas. Estalló el caos. Los hombres corrían gritando a internarse en el bosque cercano. Pero los lobos bulleron llegados de ninguna parte, mordiendo con poderosos mandíbulas al ejército en retirada. Los hombres caían sobre sus propias lanzas como si estas se movieran por voluntad propia. Voces que susurraban en los oídos de los soldados, en el mismo aire, hablando de derrota y muerte. La sangre bañó la tierra. La noche siguió y siguió hasta que no hubo lugar donde esconderse del terror invisible, del espectro de la muerte, de las bestias salvajes que venían a derrotar al ejército.

Por la mañana los campesinos de Walachian acudieron a luchar y solo encontraron muerte.

Lucian
Montañas de los Cárpatos, 1400

El aire apestaba a muerte y destrucción. Por todas partes se veían ruinas humeantes de pueblos humanos. Los antiguos Cárpatos habían intentado en vano salvar a sus vecinos, pero el enemigo había golpeado mientras el sol estaba en su punto álgido. La hora en la que los antiguos estaban indefensos, cuando sus poderes eran más débiles. Así muchos Cárpatos, al igual que humanos, habían sido destruidos... hombres, mujeres y niños por igual. Solo aquellos de los suyos que estaban lejos habían escapado del aplastante golpe.

Julian, joven y fuerte aunque un simple muchacho, observaba la escena con ojos tristes. Tan pocos de su raza habían quedado. Y su Príncipe, Vladimir Dubrinsky, había muerto junto con su compañera, Sarantha. Era una catástrofe, un golpe del cual su especie nunca se recobraría. Julian permaneció en pie alto y erguido, su largo pelo rubio caía pasándole los hombros. Dimitri llegó desde atrás.

– ¿Qué estás haciendo aquí? Sabes que es peligroso estar así a campo abierto. Hay muchos que nos destruirían. Nos han dicho que nos quedemos cerca de los otros. – A pesar de su juventud, se movió protectoramente acercándose el muchacho más joven.

– Puedo cuidar de mí mismo. – Declaró Julian arrogantemente. – ¿Y qué estás haciendo tú aquí? – El jovencito agarró el brazo del muchacho mayor que estaba junto a él. – Los he visto. Estoy seguro de que eran ellos. Lucian y Gabriel. Eran ellos. – El miedo llenaba su voz.

– No puede ser. – Susurró Dimitri, mirando en todas direcciones. Estaba excitado y asustado al mismo tiempo. Nadie, ni siquiera los adultos, nombraban a los gemelos cazadores en voz alta. Lucian y Gabriel. Eran una leyenda, un mito, no realidad.

– Pero, estoy seguro. Sabía que vendrían cuando oyeran que el Príncipe había muerto. ¿Qué otra cosa podían hacer? Estoy seguro de que van a ir a ver a Mikhail y Gregori.

El chico mayor jadeó.

–¿Gregori también está aquí? – Siguió al pequeño a través del espeso bosque. – Nos pillará espiando, Julian. Él lo sabe todo.

El chico rubio se encogió de hombros, una mueca traviesa curvó su boca.
–Voy a verlos de cerca, Dimitri. No tengo miedo de Gregori.
– Pues deberías. Y he oído que Lucian y Gabriel ya son no–muertos.
Julian estalló en carcajadas.

–¿Quién lo dice?

– Oí a dos de los hombres hablando de ello. Decían que nadie podría sobrevivir tanto como ellos, cazando y matando, y sin convertirse.

– Los humanos han estado en guerra, y nuestra gente ha sido destruida en el proceso. Incluso nuestro Príncipe está muerto. Hay vampiros por todas partes. Todo el mundo mata a todo el mundo. No creo que tengamos que preocuparlos por Gabriel y Lucian. Si realmente fueran vampiros, estaríamos todos muertos. Nadie, ni siquiera Gregori, podría derrotarlos en batalla. – Defendió Julian. – Son tan poderosos, que nadie sería capaz de destruirlos. Siempre han sido leales al Príncipe. Siempre.

–Nuestro Príncipe está muerto. No tienen por que ser necesariamente leales a Mikhail como su heredero. – Dimitri obviamente citaba a los adultos.

Julian sacudió la cabeza con exasperación y continuó avanzando, esta vez asegurándose de ser silencioso. Se abrió paso centímetro a centímetro a través de la espesa vegetación hasta que la casa quedó a la vista. A lo lejos, un lobo aulló, una nota aguda y solitaria. Un segundo lobo contestó, después un tercero, ambos mucho más cerca. Julian y Dimitri cambiaron de forma. No iban a perderse la visión de las dos figuras legendarias. Lucian y Gabriel eran los más grandes cazadores de vampiros de la historia de su gente. Era bien sabido que nadie podría derrotarles. Tenían noticias de primera mano de que habían destruido un ejército invasor entero durante la noche que había precedido a su llegada. Nadie conocía la cuenta exacta de los cuerpos durante los últimos pocos siglos, pero era extremadamente alta.

Julian asumió la forma de una pequeña marmota, acercándose a la casa. Mantuvo un ojo vigilante en busca de lechuzas mientras se aproximaba al porche delantero. Les oyó entonces. Cuatro voces murmurando suavemente dentro de la casa. Aunque era joven, Julian tenía la increíble audición de la gente de los Cárpatos. Utilizó ese fino odio, decidido a no perderse ni una palabra. Los cuatro Cárpatos más grandiosos con vida estaban en esa casa, no iba a perderse el evento. Fue apenas consciente de que Dimitri se unía a él.

–No tienes elección, Mikhail. – Dijo una voz suave. La voz era increíble, puro terciopelo, exigente pero amable. –Debes asumir el manto de autoridad. Tu linaje lo dicta. Tú padre tuvo una premonición de su propia muerte, y sus instrucciones fueron claras. Debes asumir el liderazgo. Gregori te ayudará en este momento de gran necesidad, y nosotros haremos el trabajo que tu padre nos encargó. Pero el manto de autoridad no pertenece a nuestro linaje. Es tuyo.

–Vosotros sois antiguos, Lucian. Uno de vosotros debería comandar a nuestra gente. Somos tan pocos, hemos perdido a nuestras mujeres, nuestros niños han desaparecido. Sin mujeres, ¿qué van a hacer nuestros hombres? – Julian reconoció la voz de Mikhail. – No tendrán más elección que buscar el amanecer o convertirse en no–muertos, ya hay bastantes que lo han hecho. Aún no he adquirido la sabiduría necesaria para gobernar a nuestra gente en un momento de tan enorme necesidad.

– Tienes la sangre y el poder, y, por encima de todo, nuestra gente cree en ti. A nosotros nos temen, a causa de nuestro poder y conocimiento y por todo el tiempo que hemos resistido.

La voz de Lucian era hermosa, compeledora. Julian adoraba el sonido de esa voz, podía escucharla para siempre. No le sorprendía que los adultos tuvieran miedo de su poder. Incluso a tan corta edad, Julian reconocía que esa voz era un arma. Y Lucian simplemente estaba hablando normalmente. ¿Qué ocurriría si decidía tomar el control de todos los que le rodeaban? ¿Quién sería capaz de resistir semejante voz?

–Te ofrecemos nuestra lealtad, Mikhail, como se la dimos a tu padre, y te proporcionaremos cualquiera que sea el conocimiento con el que podamos ayudarte en tu difícil tarea. Gregori, sabemos que eres ya un gran cazador. ¿Es tu lazo con Mikhail lo suficientemente fuerte como para sostenerte a través de los días oscuros que se avecinan? – La voz de Lucian, aunque fue más suave que nunca, exigía la verdad.

Julian contuvo el aliento, Gregorí era pariente de sangre de Gabriel y Lucian. Los Oscuros. Los que pertenecían a ese linaje siempre habían sido defensores de su raza, los únicos que llevaban la justicia al no–muerto. Gregori era ya poderoso por derecho propio. No parecía posible que pudiera exigírsele que respondiera, aún así lo hizo.

– Mientras Mikhail viva, también lo haré yo, para ocuparme de su protección y la de su linaje.

–Servirás a nuestra gente, Mikhail, y nuestro hermano te servirá a ti como hicimos nosotros con tu padre. Es lo correcto. Gabriel y yo continuaremos luchando para acabar con la llave estranguladora que el no–muerto mantiene sobre los humanos y nuestra propia raza.

– Hay demasiados. – Observó Mikhail.

–Hay, ciertamente, mucha muerte, mucha lucha, y nuestras mujeres han sido diezmadas. Los hombres necesitan esperanzas de un futuro, Mikhail. Debes encontrar una forma de darles una, o no tendrán razón para resistir cuando la oscuridad les aceche. Debemos tener mujeres para proveer a nuestros hombres de compañeras. Nuestras mujeres son la luz para nuestra oscuridad. Nuestros hombres son depredadores, cazadores oscuros y peligrosos, que se vuelven más mortales con el paso de los siglos. Tarde o temprano, si no encontramos compañeras, todos nos convertiremos de Cárpatos a vampiros y nuestra raza se extinguirá cuando los hombres entreguen sus almas. Será una devastación tal como no podemos ni imaginar. Evitar eso es tu tarea, Mikhail, y es una tarea monumental.
– Como la vuestra. – Dijo Mikhail suavemente. – Tomar tantas vidas y seguir siendo uno de los nuestros no es pequeña cosa. Nuestra gente tiene mucho que agradeceos.

Julian, dentro del cuerpo de la marmota, retrocedió de vuelta a los arbustos, no deseando ser capturado por los antiguos. Se oyó un roce junto a él, y se volvió. Dos hombres altos estaban allí de pie en completo silencio. Sus ojos eran oscuros y vacíos, sus caras inmóviles como si talladas en piedra. Alrededor de él pareció caer una neblina del cielo, dejándoles, a él y a Dimitri algo atontados. Julian contuvo el aliento y se quedó atónito. Gregori se materializó justo delante de los dos muchachos, casi protectoramente. Cuando Julian movió la cabeza para mirar más allá de él, los míticos cazadores se habían ido como si nunca hubieran estado allí y los dos muchachos quedaron atrás para enfrentar a Gregori.

Lucian, 1500

El sol caía del cielo, dejando atrás brillantes colores. Esos colores lentamente se fundieron hasta el negro de la noche. Bajo tierra un solo corazón empezó a latir. Lucian permaneció tendido en la rica tierra sanadora. Sus heridas, después de la última y terrible batalla, estaban sanadas. Mentalmente exploró la zona que rodeaba su lugar de descanso, notando solo el movimiento de los animales. El polvo fue arrojado hacia arriba cuando irrumpió de la tierra hacia el cielo, atrayendo el aire para respirar. Su mundo cambiaría esta noche para siempre. Gabriel y Lucian eran gemelos idénticos. Parecían iguales, pensaban igual, luchaban igual. A través de los siglos habían adquirido conocimientos en todas las áreas y temas y lo compartían el uno con el otro.

Todos los hombres de los Cárpatos al envejecer perdían las emociones y la habilidad de ver en colores, dejándoles en un mundo oscuro y vacío en el que solo su sentido de la lealtad y el honor evitaban que se convirtieran en vampiros mientras esperaban una compañera. Gabriel y Lucian habían hecho un pacto el uno con el otro. Si uno de ellos se convertía en vampiro, el otro cazaría y destruiría a su gemelo antes de enfrentar el amanecer y su propia destrucción. Lucian había sabido desde hacía algún tiempo que Gabriel luchaba con su demonio interior, estaba siendo consumido por la oscuridad que se extendía en su interior. Las constantes batallas habían dejado su huella. Gabriel estaba demasiado cerca de convertirse.

Lucian inhaló profundamente, tomando el límpido aire nocturno. Estaba decidido a mantener a Gabriel con vida, mantener su alma a salvo. Había una única forma de hacerlo. Si podía convencerle de que él se había unido a las filas del no–muerto, Gabriel no tendría otra elección que cazarle. Eso evitaría que luchara con nadie más que con Lucian. Siendo incapaz de matar, debido a lo igualado de sus poderes, y con un propósito, Gabriel sería capaz de resistir. Lucian se lanzó al aire, buscando su primera víctima.

Lucian,
Londres, 1600

La jovencita permanecía en pie en la esquina de la calle, con una sonrisa pintada. La noche era oscura y fría. Estaba temblando. En algún lugar en la oscuridad había un asesino. Ya había matado a dos mujeres por lo que ella sabía. Había suplicado a Thomas que no la enviara fuera esa noche, pero él la había abofeteado varias veces antes de empujarla por la puerta. Cruzó los brazos sobre el pecho e intentó desesperadamente aparentar que disfrutara con lo que estaba haciendo.

Un hombre se acercaba por la calle. Contuvo el aliento en la garganta, y su corazón empezó a martillear. Vestía una capa oscura y sombrero alto y llevaba un bastón. Parecía ser un caballero de clase alta, visitando los barrios bajos de la ciudad. Se preparó en una postura y esperó. Él camino pasando justo delante de ella. Sabía que Thomas la golpearía si no le llamaba, si no intentaba atraer a este desconocido hacia ella, pero no podía obligarse a hacerlo.

El hombre se detuvo y se volvió. La rodeó lentamente, mirándola de arriba a bajo como si fuera una pieza de carne. Intentó sonreírle, pero algo en él la asustaba. Sacó un puñado de monedas y las ondeó hacia ella. Su sonrisa era burlona. Sabía que estaba asustada. Señaló con su bastón hacia el callejón.

Ella fue. Sabía que no debía, pero también la asustaba volver a casa de Thomas sin dinero así que fue al callejón con el desconocido.

Fue rudo, obligándola a hacer toda clase de actos allí mismo en el callejón. Le hizo daño deliberadamente, y ella lo soportó porque no tenía otra elección. Cuando terminó, la tiró al suelo y la pateó con un zapato elegante. Ella levantó la mirada para ver la navaja en su mano y supo que era el asesino. No había tiempo para gritar. Estaba a punto de morir.

Otro hombre surgió amenazadoramente detrás de su asesino. Era físicamente el hombre más guapo que había visto nunca. Alto y de amplios hombros, con largo y lacio pelo oscuro y helados ojos negros. Se materializó llegado de ninguna parte tan cerca de su atacante que no tenía ni idea de como podía haber llegado allí sin ser visto por ninguno de ellos. El hombre simplemente extendió las manos, capturó el cuello del asesino, y lo retorció con fuerza.

Corre. Corre ahora. Oyó las palabras claramente en su cabeza y no pudo siquiera esperar para dar las gracias a su rescatador. Corrió lejos tan rápido como pudo.

Lucian esperó hasta que estuvo seguro de que ella había obedecido su orden antes de inclinar la cabeza hacia el cuello del asesino. Era imperativo drenar la sangre de su victima y dejar la evidencia para que Gabriel la encontrara.

– Te encuentro aquí como esperaba, Lucian. No puedes esconderte de mí. – La suave voz de Gabriel llegó desde atrás.

Lucian permitió que el cuerpo cayera al suelo. A través de los largos años se había convertido en un juego del gato y el ratón que ningún otro podía jugar. Se conocían el uno al otro tan bien, había coreografiado sus batallas juntos durante tantos años, que cada uno sabía lo que el otro estaba pensando casi antes de que lo pensara. Conocían cada uno las fuerzas y debilidades del otro. En los últimos años se habían infringido el uno al otro muchas heridas mortales, sólo para apartarse y acudir a la tierra a sanar. Lucian se volvió hacia su hermano gemelo, un lenta sonrisa desprovista de humor suavizó la dura línea de su boca.

– Pareces cansado.

– Demasiado ávido esta vez, Lucian, matando a tu presa antes de alimentarte. – Quizás fue un error. – Estuvo de acuerdo Lucian suavemente. – pero no te preocupes por mí. Soy más que capaz de encontrar cuerpos cálidos por mí mismo. Nadie puede derrotarme, ni siquiera mi hermano, que me dio su palabra de que haría esta pequeñez por mí.

Gabriel golpeó rápido y con fuerza, como Lucian sabía que haría. Y se lanzaron juntos a una batalla mortal que habían practicado durante siglos.

Lucian
En la actualidad

Gabriel se encorvó, con la postura de un luchador. Tras él, su compañera observó con ojos llenos de pena como el hombre alto y elegante se aproximaba a ellos. Salió de las sombras, pareciendo exactamente lo que era, un oscuro y peligroso depredador. Sus ojos negros brillaban peligrosamente. Eran ojos de ultratumba, ojos desprovistos de toda emoción. Ojos de muerte. Se movía como un grácil animal, un ondeo de poder.

– Mantente atrás, Lucian. – Advirtió Gabriel suavemente. – No pondrás en peligro a mi compañera.

– Entonces cumplirás la promesa que hiciste hace tantos siglos. Debes destruirme. La voz fue un susurro de terciopelo, una suave orden. Gabriel reconoció la compulsión oculta incluso mientras saltaba hacia adelante para asestar el golpe. En el último segundo posible, con el grito de su compañera resonando en su mente, su mano de garras afiladas desgarró la garganta de su hermano gemelo y comprendió que Lucian había abierto los brazos aceptando la muerte.

El conocimiento llegó demasiado tarde. Un crisol de gotas salpicó la habitación. Gabriel intentó retroceder, alcanzar a su hermano, pero el poder de Lucian era demasiado grande. Gabriel era incapaz de moverse, detenido en su sitio solo por la voluntad de Lucian. Abrió los ojos de par en par por la sorpresa. Lucian tenía demasiado poder. Gabriel era un antiguo, uno de los más poderosos sobre la tierra... el igual de Lucian, hubiera dicho hasta ese momento.

– Debes permitir que te ayudemos. – Dijo Francesca, la compañera de Gabriel, suavemente. Su voz era cristalina, tranquilizadora. Era una gran sanadora. Si alguien podía evitar la muerte de Lucian, esa era ella. – Sé lo que estás intentando hacer aquí. Piensas terminarlo ya. Los dientes blancos de Lucian brillaron.

– Gabriel te tiene a ti para que le mantengas a salvo. Ese ha sido mi deber y privilegio durante muchos siglos, pero se ha terminado. Ahora descansaré.

La sangre le mojaba las ropas, corriendo hacia abajo por su brazo. No hizo ningún intento de detenerla. Simplemente se quedó allí de pie, alto y erguido. No había rastro de acusación en sus ojos, su voz o su expresión. Gabriel sacudió la cabeza.

– Has hecho esto por mí. Durante cuatrocientos años me has engañado. Evitando que matara, que me convirtiera. ¿Por qué? ¿Por qué arriesgaste tu alma de esta forma?

– Sabía que tú tenías una compañera. Alguien que lo sabía me lo dijo hace muchos años. Tú no perdiste tus sentimientos y emociones pronto, como yo. Te llevó siglos. Yo era sólo un aprendiz cuando dejé de sentir. Pero tú unías tu mente con la mía y era capaz de compartir tu alegría de vivir y ver a través de tus ojos. Me hiciste recordar lo que nunca podría tener por mí mismo.

– Lucian se tambaleó. Gabriel había estado esperando el momento en el que Lucian se debilitaría y aprovechó la ocasión, traspasando la barrera, saltando junto a su hermano, deslizando la lengua por la herida abierta para cerrarla.

Su compañera estaba a su lado. Muy amablemente tomó la mano de Lucian en la de ella.

– Crees que ya no hay razón para seguir viviendo.

Lucian cerró los ojos cansado.

– He cazado y matado durante dos mil años, hermana. Mi alma ha perdido tantos trozos, que parece un colador. Si no me voy ahora, puede resultar demasiado tarde y que mi amado hermano se vea obligado a cazar y destruir a un auténtico vampiro. No sería tarea fácil. Él debe quedar a salvo. Yo ya no puedo caminar tranquilamente hacia el amanecer. Confiaba en su ayuda. He cumplido con mi tarea en este mundo. Permíteme descansar.

– Hay otra. – Susurró Francesca suavemente. – Ella no es como nosotros. Es una mortal. Es este momento es muy joven y sufre un terrible dolor. Sólo puedo decirte, que si no que te

quedas ella vivirá una vida de agonía y desesperación que ni siquiera podemos imaginar. Debes vivir por ella. Debes resistir por ella.

– Me estás diciendo que tengo una compañera.

– Y que su necesidad de ti es grande.

– No soy un hombre amable. He matado durante mucho tiempo, no conozco otra existencia. Atar a una mujer mortal a mí sería sentenciarla a vivir con un monstruo.

Incluso mientras lo negaba, Lucian no opuso resistencia cuando la compañera de Gabriel empezó a trabajar sobre su salvaje herida. Gabriel llenó la habitación con las beneficiosas hierbas y empezó el ancestral canto sanador tan viejo como el tiempo.

– Ahora te sanaré, hermano. – Dijo ella suavemente. – Un monstruo como aquel en el que crees haberte convertido será capaz de proteger a esa mujer de los monstruos que de otro modo destruirían a alguien como ella.

Gabriel se cortó la muñeca y presionó la herida sobre la boca de su gemelo. – Ofrezco mi vida libremente por la tuya. Toma lo que necesitas para sanar. Te pondremos profundamente en el interior de la tierra y te guardaremos hasta que estés completamente recuperado.

– Tu primer deber es para con tu compañera, Lucian. – Recordó suavemente Francesca. – No puedes hacer otra cosa que encontrarla y apartarla del peligro.

Jaxon, a los cinco años

Florida, USA

–Mírame, Tío Tyler. – Exclamó Jaxon Montgomery orgullosamente, haciendo gestos con las manos desde lo alto de la alta torre de madera a la que acababa de escalar. – Estás loco, Matt. – Russel Andrews sacudió la cabeza, haciéndose sombra con la mano sobre los ojos mientras miraba hacia arriba a la réplica de la plataforma alta que se utilizaba para entrenar a los reclutas de los Navy SEALS. – Jaxon podría romperse el cuello si se cae. – Miró a la frágil mujer tendida en la tumbona, acunando a su hijo recién nacido. – ¿Qué te parece eso, Rebecca? Jaxx ni siquiera tiene aún cinco años, y Matt la está entrenando para las Fuerzas Especiales. – Dijo Russell.

Rebecca Montgomery sonrió ausentemente y levantó la mirada hacia su marido como pidiendo su opinión.

–Jaxon es genial. – Dijo Matt inmediatamente, extendiendo la mano para coger la de su mujer y llevándose sus nudillos a los labios. – Adora todo esto. Ya estaba haciéndolo prácticamente antes de poder andar.

Tyler Drave ondeó una mano hacia la pequeña llamándola hasta él.

– No sé, Matt. Quizás Russell tenga razón. Es demasiado pequeña. Se parece a Rebeca en aspecto y constitución. – Sonrió abiertamente. – Por supuesto, fuimos afortunados en ese departamento. El resto de ella es todo tuyo. Es un demonio, una pequeña luchadora, justo igual que su papaito.

Yo no estoy tan seguro de que esa sea una buena cosa. – Dijo Russel, frunciendo el ceño. No podía apartar los ojos de la niña. Tenía el corazón en la garganta. Su propia pequeña tenía siete años, y nunca permitiría que se acercara a la torre que sus compatriotas, Matt Montgomery y Tyler Drake, habían construido en el patio trasero de Matt. – Sabes, Matt, no es posible obligar a una niña a crecer demasiado deprisa, Jaxon es todavía un bebé.

Matt rió.

–Ese "bebé" puede hacer el desayuno para su madre y servírselo en la cama y cambiar los pañales al pequeñajo. Empezó a leer a los tres años. Y lo digo en serio, a leer realmente. Adora los desafíos físicos. No hay mucho en el curso de entrenamiento que ella no pueda hacer. Le he estado enseñando artes marciales, y Tyler ha estado trabajando con ella en entrenamiento de supervivencia. Lo adora.

Russell frunció el ceño.

– No puedo creer que alientes a Matt, Tyler. Nunca escucha a nadie más que a ti. Esa niña os adora a los dos, y ninguno de vosotros tiene lo más mínimo sentido común en lo que a ella se refiere. – Con esfuerzo se refrenó para no añadir que Rebecca era un desastre como madre. – Espero que al menos no le hayáis enseñado a nadar en el océano.

– Quizás Russell tenga razón, Matt. – Tyler sonaba un poco preocupado. – Jaxon es una pequeña soldado con el corazón de un león, pero quizás la estamos empujando demasiado. Y no tenía ni idea de que le permitías cocinar para Rebecca. Eso podría ser peligroso.

– Alguien tenía que hacerlo. – Matt encogió sus amplios hombros. – Jaxon sabe lo que hace. Cuando yo no estoy en casa, sabe muy bien que es responsable de cuidar de Rebecca. Y ahora tenemos al pequeño Mathew Junior. Y sólo para tu información, Jaxx ya es una buena nadadora.

– ¿Te estás escuchando a ti mismo, Matt? – Exigió Russel.– Jaxon es una niña, un bebé de cinco años. ¡Rebbeca! Por amor de dios, tú eres su madre. – Como era usual, ninguno de los padres respondía a nada que no quisieran oír. Matt trataba a Rebecca como a una pequeña muñeca de porcelana. Ninguno de los dos prestaba mucha atención a su hija. Exasperado, Russell apeló al mejor amigo de Matt.

– Tyler, díselo tú.

Tyler asintió lentamente en acuerdo.

No debes poner sobre ella tanta presión, Matt. Jaxon es una niña excepcional, pero sigue siendo una niña. – Sus ojos estaban sobre la pequeña que ondeaba la mano y sonreía. Sin decir una palabra más se puso en pie y avanzó a zancadas hasta la torre donde la niña le llamaba persistentemente

Jasón, a los siete años.

Florida USA

Los gritos que provenían de la habitación de su madre eran horribles de oír. Rebecca estaba inconsolable. Bernice, la esposa de Russell Andrews, había llamado al médico para que le administrara tranquilizantes, Jaxx se puso las manos sobre los oídos para intentar amortiguar los terribles sonidos de pena. Mathew Junior había estado llorando un rato en su habitación y era obvio que su madre no iba a acudir a su hijo. Jaxon se limpió la firme corriente de lágrimas que caía de sus propios ojos, alzó la barbilla, y cruzó el vestíbulo hasta la habitación de su hermano.

–No llores, Mattie. – Arrulló suavemente, amorosamente. – No te preocupes por nada. Ahora yo estoy aquí. Mami está muy alterada por lo de Papi, pero superaremos esto si nos mantenemos unidos. Tú y yo. Haremos que mamá lo supere también.

El Tío Tyler había venido a su casa con otros dos oficiales y había informado a Rebecca de que su marido nunca volvería otra vez a casa otra. Algo había ido terriblemente mal en su última misión. Rebecca no había parado de gritar desde entonces.

Jaxon, a los ocho años

–¿Cómo está hoy, cielo? – Preguntó Tyler suavemente, deteniéndose para besar a Jaxon en la mejilla. Dejó un ramo de flores sobre la mesa y volvió la atención a la pequeña a la que había adorado desde el día en que nació.

– No está teniendo muy buen día. – Admitió Jaxon a regañadientes. Siempre le decía al "Tío Tyler" la verdad sobre su madre, pero a nadie más, ni siquiera al "Tío Russell"

– Creo que ha tomado demasiadas de esas píldoras de nuevo. No a salido de la cama, y cuando intento decirle algo sobre Mathew, solo se me queda mirando. Finalmente ha dejado de necesitar pañales, y estoy tan orgullosa de él, pero ella no le dice nada de nada. Y cuando le coge, le aprieta tan fuerte, que llora.

– Tengo algo que preguntarte, Jaxx – Dijo el tío Tyler. – Es importante que me digas la verdad. Tu mamá está enferma la mayor parte del tiempo, y tú tienes que cuidar de Mathew, ocuparte de la casa, e ir a la escuela. Estaba pensando que quizás yo debería mudarme aquí y ayudarte un poco.

Los ojos de Jaxon se iluminaron.

– ¿Mudarte con nosotros? ¿Cómo?– Podría casarme con tu madre y ser tu padre. No como Matt, por supuesto, sino tu padrastro. Creo que ayudaría a tu madre, y estoy seguro de que sería mejor para ti y para el pequeño Mathew. Pero sólo si tú quieres, cielo. De todos modos, ni siquiera he hablado con Rebecca de ello.

Jaxon le sonrió.

– Por eso has traído las flores, ¿verdad? ¿Crees que de verdad lo hará? ¿Hay alguna posibilidad?

– Creo que puedo persuadirla. El único momento en que consigues un respiro de esto es durante nuestro curso de entrenamiento. También te estás volviendo un recluta perezoso.

– Una recluta perezosa, Tío Tyler. – Corrigió Tyler con una repentina sonrisa burlona. – Y la otra noche en clase de karate le pateé el trasero a Don Jacobson. – Ahora el único momento en el que se reía era cuando Tío Tyler se la llevaba con él al área de entrenamiento de las Fuerzas Especiales y jugaban a soldados. Niña o no, Jaxon se estaba convirtiendo en un buen contrincante y eso la enorgullecía.

Jaxon, a los trece años

El libro era de misterio y muy adecuado para la noche tormentosa. Las ramas del árbol golpeaban contra la ventana, y la lluvia tamborileaba pesadamente sobre el techo. La primera vez que oyó el ruido, Jaxon pensó que eran imaginaciones suyas, solo porque el libro era tan escalofriante. Entonces se puso rígida, y su corazón empezó a retumbar. Lo estaba haciendo otra vez. Lo sabía. Tan callada como era posible, se arrastró fuera de la cama y abrió la puerta.

Los sonidos que llegada del dormitorio de su madre eran amortiguados, pero ella los oía de todas formas. Su madre estaba llorando, suplicando. Y ahí estaba el inconfundible sonido que Jaxon conocía muy bien. Había estado en clase de karate desde que podía recordar. Sabía como sonaba cuando alguien era golpeado. Corrió por el vestíbulo hasta la habitación de su hermano para comprobarle a él primero. Agradeció que pareciera dormido. Cuando Tyler se ponía así, escondía a Mathew de él. A veces parecía odiar a Mathew. Sus ojos se volvían fríos y horrendos cuando descasaban sobre el pequeño, especialmente si Mathew estaba llorando. A Tyler no le gustaba que nadie llorara, y Mathew era lo suficientemente pequeño como para llorar por cada diminuto arañazo o herida imaginaria. O cada vez que Tyler le miraba.

Tomando un profundo aliento, Jaxon se quedó justo fuera de la habitación de su madre. Encontraba difícil creer que Tyler pudiera ser así cuando estaba con su madre y Mathew. Ella misma adoraba a Tyler. Siempre le había querido. Se pasaba horas entrenando a Jaxon para ser soldado, y todo en ella respondía al entrenamiento físico. Adoraba los cursos con los que él la desafiaba. Podía escalar casi impasiblemente acantilados y reptar a través de minúsculos túneles en un tiempo record. Estaba en su elemento en el campo de entrenamiento, con las armas de fuego y luchando mano a mano. Jaxon incluso podría ya rastrear a Tyler, una hazaña que la mayoría de los miembros su unidad eran incapaces de llevar a cabo. Estaba especialmente orgullosa de eso. Tyler siempre parecía complacido con ella y muy cálido y cariñoso. Había creído que Tyler amaba a su familia con la misma feroz y protectora lealtad que mostraba ella. Ahora estaba confusa, deseando que su madre fuera alguien con quien se pudiera hablar, desahogarse. Jaxon estaba empezando a comprender que el encanto fácil de su padrastro ocultaba su constante necesidad de controlar su mundo y a todos los que vivían en él. Rebecca y Mathew no encajaban en sus expectativas y deberían hacerlo, y se lo haría pagar a los dos.

Jaxon tomó un profundo aliento y tranquilamente empujó la puerta hasta abrir una rendija. Se quedó perfectamente inmóvil como Tyler le había enseñado a hacer cuando había peligro. Tyler tenía a su madre presionada contra la pared, retorciéndole la garganta con una mano. Los ojos de Rebecca estaban a punto de reventar y abiertos de par en par de miedo.

– Fue tan fácil de hacer, Rebecca. Siempre pensó que era tan bueno, que nadie podía con él, pero yo lo hice. Y ahora te tengo a ti y sus críos, justo como le dije que sería mientras estaba sobre él y veía como la vida le abandonaba, y me reía. Él sabía lo que te haría... me aseguré de eso. Siempre has sido tan inútil. Le dije que te daría una oportunidad, pero tú simplemente no podías hacerlo bien, ¿verdad? Él te mimaba justo igual que hacía tu papaito. Rebecca, la pequeña princesa. Siempre rebajándote a mirarnos a los demás. Siempre pensando que eras mucho mejor que nosotros sólo porque tenías todo ese dinero. – Se inclinó más cerca hasta que su frente chocó con la de Rebecca, y los escupitajos de saliva la salpicaron cuando pronunciaba cada palabra. – Todo tu precioso dinero iría ahora a mí si algo te ocurriera, ¿verdad? – La sacudió como a una muñeca de trapo, algo fácil de hacer, ya que Rebecca era una mujer pequeña.

En ese momento, Jaxon supo que Tyler iba a matar a Rebecca. La odiaba, y odiaba a Mathew. Jaxon fue lo suficientemente lista como para comprender eso, incluso oyendo las cosas fuera de contexto, y que Tyler muy probablemente había asesinado a su padre. Ambos eran Navy SEALs y no muy fáciles de matar, pero su padre no habría esperado que su mejor amigo le traicionara.

Podía ver los ojos de su madre intentando desesperadamente indicarle de que se fuera. Rebecca tenía miedo por Jaxon, miedo de que si interfería, Tyler se volvería contra ella.

– ¿Papaito? – Deliberadamente pronunció la palabra suavemente en la noche amenazadora. – Algo me despertó. Y he tenido un mal sueño. ¿Te sentarás conmigo? ¿No te importa, verdad, Mami?

Llevó unos minutos que la tensión abandonara los hombros tensos de Tyler. Sus dedos soltaron lentamente la garganta de Rebecca. El aire volvió a los pulmones de la mujer, aunque permaneció acobardada contra la pared, congelada por el terror, intentando suprimir la tos que surgía de su garganta magullada. Su mirada estaba inmóvil sobre la cara de Jaxon, desesperadamente, silenciosamente, intentando advertir a su hija del peligro. Tyler estaba completamente loco, era un asesino, y no había forma de escapar de él. La había advertido de lo que ocurriría si intentaba dejarle, y Rebecca sabía que no tenía fuerzas para salvarles. Ni siquiera a Mathew Junior.

Jaxon sonrió hacia Tyler con confianza infantil.

–Siento molestarte, pero de verdad oí algo, y el sueño era tan real. Cuando tú estás conmigo, siempre me siento a salvo. – El estómago se le encogió, protestando contra la terrible mentira, las palmas de las manos le sudaban, aunque se las arregló para parecer perfectamente inocente. Tyler lanzó a Rebecca una mirada dura sobre el hombro y tomó la mano de Jaxon.

– Vete a la cama, Rebecca. Yo me sentaré con Jaxon. Díos sabe que tú nunca lo has hecho, ni siquiera cuando está enferma.

Su mano era fuerte, y todavía podía sentir la tensión en él, aunque Jaxon también podía sentir la calidez que siempre exudaba cuando estaban los dos juntos. Fuera lo que fuera lo que había poseído a su padrastro momentos antes pareció desvanecerse una vez estuvo físicamente ligado a Jaxon.

En los dos años que siguieron, Jaxon y Rebecca intentaron ocultar su creciente preocupación por la salud mental de Tyler a Mathew Junior. Mantenían al niño tan lejos de Tyler como era posible. El chico parecía ser una especie de catalizador, cambiando al que una vez había sido un hombre amoroso. Tyler se quejaba a menudo de que Mathew le miraba fijamente. Mathew había aprendido a bajar la mirada cuando Tyler estaba en la habitación. Tyler miraba al niño fríamente, desapasionadamente, o con odio absoluto. Miraba a Rebecca con ojos extraños. Sólo Jaxon parecía ser capaz de conectar con él, de mantenerle centrado. Eso la asustaba, era

una terrible responsabilidad. Podía ver el mal creciendo con más y más fuerza dentro del "Tío" Tyler, y después de un tiempo su madre confiaba completamente en que Jaxon para que tratara con él. Se quedaba en su habitación, tomando las píldoras que Tyler le suministraba, ignorando a sus dos hijos. Cuando Jaxon intentaba decirle que tenía miedo de que Tyler hiciera daño a Mathew, Rebecca se echaba las mantas sobre la cabeza y se mecía hacia delante y atrás, haciendo un ruido extraño. Desesperada, Jaxon intentó contar a "Tío Russell" y los otros miembros del equipo de Tyler que algo podía ir mal en él. Los hombres simplemente se rieron y le contaron a Tyler lo que había dicho. Se puso tan furioso, Jaxon estaba segura de que mataría a toda la familia. Aunque había sido ella la única que había hablado, echó la culpa a Rebecca, repitiendo una y otra vez que ella había obligado a Jaxon a mentir sobre él. Golpeó tanto a Rebecca, que Jaxon quiso llevarla al hospital, pero Tyler se negó. Rebecca se quedó su cama durante semanas y estuvo confinada en casa desde entonces. Jaxon pasaba gran cantidad de tiempo creando un mundo de fantasía para Tyler, fingiendo creer que todo iba bien en casa. Mantenía a su hermano lejos de él y desviaba su cólera lejos de su madre tanto como era posible. Pasaba más y más tiempo con Tyler en el campo de entrenamiento, aprendiendo tanto como podía de autodefensa, armas, ocultamiento, y rastreo. Era el único momento en que sabía que su madre y su hermano estaban verdaderamente a salvo. Los otros SEALS contribuían a su entrenamiento, y Tyler parecía normal en esos momentos.

Rebecca se había retraído casi totalmente del mundo real, pero Jaxon no se atrevía a coger a Mathew y huir, mientras tuviera que dejar a su madre atrás, y estaba segura de que Tyler mataría a Rebecca. El pequeño Mathew y Jaxon tenían su propio mundo secreto que no se atrevían a compartir con nadie más; vivían en un miedo constante.

Jaxon, decimoquinto cumpleaños.

Sentada en la clase de ciencias, de repente lo supo. Lo sintió, una abrumadora premonición de peligro. Recordó jadear en busca de aliento, sus pulmones se negaban a trabajar. Jaxon salió corriendo de la clase, tirando sus libros y papeles del escritorio se forma que se desparramaron por el suelo tras ella. El profesor la llamó, pero Jaxon le ignoró y continuó corriendo. El viento parecía apresurarse tras ella mientras recorría las calles velozmente, tomando todos los atajos que conocía.

Mientras se acercaba a la casa, Jaxon se refrenó bruscamente, con el corazón martilleando. La puerta delantera estaba abierta de par en par, una invitación a entrar. Al momento la oscuridad abarcó su mente. Sintió la aguda urgencia de detenerse, de dar la vuelta, la premonición era tan fuerte que la mantuvo congelada durante un momento. Mathew se había quedado en casa enfermo y no había ido a la escuela. El pequeño Mathew, que se parecía tanto a su padre, que podía poner a Tyler tan mortalmente furioso tan fácilmente. Su Mathew.

Tenía la boca seca, y el sabor del miedo era que fuerte que temió ponerse enferma. Se le encogió el estómago, y el martilleo de su corazón se incrementó hasta que ahogó casi por completo la abrumadora urgencia de su propio instinto de autoconservación. Jaxon obligó a su pie derecho a adelantarse. Un paso. Era difícil, como caminar a través de arenas movedizas. Tenía que mirar dentro de la casa. Tenía que hacerlo. El impulso era tan fuerte como el instinto de supervivencia. Un hedor flotó hasta ella, un olor extraño, aunque cada instinto que poseía le dijo lo que era.

¿Mamá? – Susurró la palabra en voz alta, un talismán que haría que su mundo volviera a estar bien, que apartaría la verdad y el conocimiento que latía en su cabeza. La única forma en que pudo obligar a su cuerpo a moverse fue mantenerse a un lado de la casa y abrirse paso dolorosamente centímetro a centímetro hacia adelante. Estaba luchando contra sus propios instintos, luchando contra la reluctancia a enfrentar lo que había allí. Manteniendo una mano presionada firmemente contra la boca para evitar gritar, volvió la cabeza lentamente para permitir que sus ojos vieran el interior de la casa.

El salón parecía ser el mismo de siempre. Familiar. Confortable. Pero eso no hizo nada por detener el miedo. En vez de eso, se sintió aterrorizada. Jaxon se obligó a seguir hasta el

vestíbulo. Vio una brillante mancha de sangre roja en el marco de la puerta de la habitación de Mathew. Su corazón empezó a latir tan fuerte que tuvo miedo de que pudiera salírsele del pecho. Jaxon siguió abriéndose por el vestíbulo hasta que estuvo justo fuera de la habitación de Mathew. Rezó fervorosamente mientras con un dedo empujó lentamente la puerta. El horror de lo que vio quedaría impreso en su cerebro para siempre. Las paredes estaban salpicadas de sangre, la colcha estaba empapada de ella. Mathew yacía tendido desgarbadamente sobresaliendo por un lateral de la cama, la cabeza le colgaba fuera del colchón en ángulo recto. Las cuencas de sus ojos estaban vacías, sus ojos una vez sonrientes se habían ido para siempre. No podía contar las heridas de puñaladas de su cuerpo. Jaxon no entró en la habitación. No podía. Algo más poderoso que ella la detenía. No pudo mantenerse en pie, se deslizó inesperadamente hasta el sueño en un montón acurrucado, un grito silencioso de absoluta negación la atravesó. No había estado allí para defenderle. Para salvarle. Era responsabilidad suya. Ella era la fuerte, aún así había fallado, y Mathew, con sus brillantes rizos y su amor a la vida, había pagado el precio final. Jaxon no quería moverse, pensó que no podría. Pero entonces su mente pareció quedarse misericordiosamente en blanco, y fue capaz de ponerse en pie apoyándose en la pared y proceder a recorrer el vestíbulo hasta el dormitorio de su madre. Ya sabía lo que encontraría. Se dijo a sí misma que estaba preparada.

Esta vez la puerta estaba abierta de par en par. Jaxon se obligó a mirar dentro. Rebecca estaba tirada acurrucada en el suelo. Sabía que era su madre por la mata de pelo rubio que se extendía como un halo alrededor de la cabeza aplastada. El resto de ella estaba demasiado machacado y ensangrentado como para reconocerla. Jaxon no podía apartar la mirada. Se le cerró la garganta, estrangulándola. No podía respirar.

Oyó un sonido. El indicio de un sonido en realidad, pero fue suficiente para sus oídos entrenados durante años. Saltó a un lado, volviéndose para enfrentar a su padrastro. Tenía las manos y brazos cubiertos de sangre, la camisa salpicada y manchada. Sonreïa, con la cara serena y los ojos cálidos en bienvenida.

– Ahora nos iremos, cielo. Nunca más tendremos que escuchar sus lloriqueos. Tyler extendió una mano hacia ella, claramente esperando que la tomara. Jaxon dio un cauteloso paso hacia atrás retrocediendo hasta el vestíbulo. No quería alarmar a Tyler. No parecía notar que estaba cubierto de sangre.

– Se supone que tendría que estar en la escuela, *Tío Tyler*.

– Su voz no sonó natural ni siquiera a sus propios oídos.

Un repentino ceño cruzó la cara de él.

– No me has llamado Tío Tyler desde que tenías ocho años. ¿Qué ha pasado con Papá? Tu madre te ha vuelto contra mí, ¿verdad? – Avanzaba hacia ella.

Jaxon permaneció muy tranquila, totalmente inmóvil, con una mirada inocente en la cara.

– Nadie podría volverme contra ti. Eso sería imposible. Y sabes que Mamá no quiere tener nada que ver conmigo. Tyler se relajó visiblemente. Estaba lo suficientemente cerca como para tocarla. Jaxon no podía permitir eso, su tremenda autodisciplina no se extendería lo suficiente como para permitir que él la tocara con la sangre de su familia en las manos. Golpeó sin advertencia, lanzando un puño directo a la garganta, pateándole la rótula con fuerza. En el momento en que conectó, Jaxon se volvió y corrió. No volvió la vista atrás ni una vez. No se atrevió. Tyler estaba entrenado para responder a pesar de estar herido. En cualquier caso, ella era muy pequeña comparada con su padrastro. Sus golpes podrían sorprenderle pero nunca incapacitarle completamente. Con suerte su patada podría haberle roto la rodilla, pero lo dudaba. Jaxon corrió a través de la casa y directamente hacia la puerta. A Rebecca siempre le había gustado la protección de la base naval, y ahora Jaxon lo agradeció. Gritó a pleno pulmón, cruzando la calle directamente hacia la casa de Russell Andrews.

La mujer de Russell, Bernice, salió corriendo a encontrarse con ella.

–¿Qué pasa, cariño? ¿Estás herida?

Russell se unió a ellas, rodeando los esbeltos hombros de Jaxon con un brazo. –¿Está enferma tu madre?

Sabía que no era eso, conocía a Jaxon. Siempre había sido una niña completamente controlada, tranquila bajo el fuego, siempre pensativa. Si Rebecca estuviera enferma, Jaxon habría llamado pidiendo asistencia médica. Ahora mismo tenía la cara tan pálida, que parecía un fantasma. Había horror en sus ojos, terror en su expresión. Russell miró al otro lado de la calle hacia la silenciosa casa cuya puerta estaba abierta de par en par. El viento soplaba, el aire estaba crispado y frío. Por alguna razón desconocida, la casa le daba escalofríos. Russell empezó a cruzar la calle. Jaxon le cogió del brazo.

– No, Tío Russell, no lo hagas. No puedes salvarlos. Ya están muertos. Llama a la policía militar.

– ¿Quién está muerto, Jaxon? – Preguntó Russell tranquilamente, sabiendo que Jaxon no mentiría.

– Mathew y mi madre. Tyler les mató. También le dijo a Mamá que él había matado a mi padre. Ha estado tan raro y violento últimamente. Odiaba a Mamá y a Mathew. Intenté contároslo pero ninguno de vosotros me creyó. – Jaxon estaba sollozando, con las manos sobre la cara. – No me escuchaste. Ninguno de vosotros me escuchó. – Se sentía tan enferma, su estómago se revelaba, su mente revivía las escenas que acababa de ver hasta que pensó que se volvería loca. – Había tanta sangre. Le arrancó los ojos a Mathew. ¿Por qué haría eso? Mathew era solo un niño.

Russell la empujó hacia Bernice.

– Cuida de ella, cariño. Está entrando en shock.

– Los ha matado a todos, a toda mi familia. Ha apartado a todos de mí. No les salvé. – dijo Jaxon suavemente.

Bernice la abrazó firmemente.

–No te preocupes, Jaxon, nos tienes a nosotros.

Jaxon, a los diecisiete años

– Hey, guapa. – Don Jacobson se inclinó para revolver la mata de salvaje pelo rubio de Jaxon. Intentó no parecer demasiado posesivo. Jaxon siempre apartaba a todo el que intentaba acercarse a ella. Había erigido una pared tan alta a su alrededor, que nadie parecía ser capaz de entrar en su mundo. Desde la muerte de su familia, Don la había visto reír sólo con Bernice y Russell Andrews y su hija, Sabrina. Sabrina era dos años mayor que Jaxon y estaba en casa para las vacaciones de primavera.

– ¿A qué viene tanta prisa? El Jefe me ha dicho que tus tiempos son mejores que los de sus nuevos reclutas.

Jaxon sonrió bastante ausentemente.

– Mis tiempos son siempre mejores que los de sus nuevos reclutas cada vez que se consigue un grupo nuevo. He estado entrenando toda mi vida. Tengo que ser más que buena, o sino el jefe me habría largado hace ya mucho tiempo. Lástima que las mujeres no puedas servir en los SEAL. Es la única cosa para la que valgo. Me gradué antes de tiempo con muy buenas notas, y ahora no tengo ni idea de lo que quiero hacer. – Se pasó una mano cuidadosamente por el pelo, despeinándoselo todavía más. – Soy más joven que la mayoría de los otros estudiantes, pero, si te digo la verdad, me siento mucho más vieja que la mayoría de ellos, algunas veces quiero gritar. Don tuvo el ardiente deseo de abrazarla, de reconfortarla. – Siempre has sido lista, Jaxx. No permitas que nadie te detenga. – Sabía que su desasosiego se debía en realidad a que no había superado el trauma de lo que le había ocurrido a su familia. ¿Cómo podría? Dudaba que alguien pudiera superarlo. – Así que, ¿hacia dónde corres?

– Sabrina está en casa, y vamos a ir al cine esta noche. Prometí que no llegaría tarde. – Jaxon hizo una mueca. – Siempre llego tarde cuando voy al centro de entrenamiento. Nunca parezco salir de allí a tiempo. – El curso de entrenamiento estaba en el lugar de su mente que

de otro modo estaría lleno de otras cosas en las que no podía pensar, no podía seguir recordando. Trabajaba duro en su entrenamiento físico, manteniendo a los demonios apartados al menos por un rato.

Hacía mucho que Jaxon no se sentía a salvo, no podía recordar lo que era una buena noche de sueño. Tyler Drake estaba todavía en alguna parte, escondido. Ella sabía que estaba cerca, le sentía observarla a veces. Sólo Russell la creía cuando se le contaba. Ahora Russell la conocía. Jaxon no cedía a la imaginación. No era propensa al histerismo. Tenía una especie de fuerte sexto sentido que la advertía cuando se acercaba el peligro. Se había entrenado junto a Tyler durante años. Si ella identificaba un rastro como suyo, Russell la creía absolutamente.

– ¿Qué película? – Preguntó Don. – No he visto una buena película desde hace mucho. – Evidentemente buscaba una invitación a acompañarla.

Jaxon no pareció notarlo. Se encogió de hombros, súbitamente distraída.

– No estoy segura. Sabrina la escogió.

Su corazón empezó a bombear. Era una locura. Estaba a campo abierto con un chico al que conocía de toda la vida, aún así se sentía aparte, lejos, y peculiarmente sola. La oscuridad se extendió en su interior, y con ella un terrible miedo.

Don la tocó entonces. Se había quedado tan quieta y pálida que tuvo miedo por ella.

– ¿Jaxon? ¿Estás enferma? ¿Qué pasas?

–Algo va mal. – Susurró las palabras tan suavemente, que Don casi se las perdió.

Jaxon corrió pasando a Don, echándole a un lado. Él corrió a su lado, no queriendo dejarla en tal estado. Jaxon siempre era tan fría y retraída, Don no podía creer que la estuviera viendo así. No le miraba para nada, en vez de eso corría directamente hacia su casa adoptiva. Tras de las muertes de su madre y su hermano y la misteriosa desaparición de su padrastro, Russell y Bernice Andrews habían acogido a Jaxx y le habían dado en hogar amoroso. Russell y los otros miembros de su equipo SEAL habían continuado entrenándola, comprendiendo que necesitaba la acción física para aliviar los recuerdos de su traumático pasado. El padre de Don era parte de ese equipo y hablaba con frecuencia a su hijo de la tragedia. Nadie estaba absolutamente seguro de si Tyler había matado en realidad a Mathew Montgomery como había alardeado ante Rebecca, pero no había ni la más ligera duda de que había matado a Rebecca y Mathew Junior.

Don tuvo un mal presentimiento mientras corría junto a Jaxon. Era difícil mantener el paso; él estaba en buena forma y era mucho más alto que ella, aún así ya estaba sudando. Jaxon tenía una expresión en la cara que le decía que sabía algo que él no. Algo terrible. Deseó tener a mano un teléfono móvil. Mientras doblaban una esquina, divisó a un PM.

– ¡Eh, síguenos! ¡Vamos, algo va mal! – Lo gritó con convicción, sin ningún temor a quedar como un idiota. Esta vez lo supo; lo supo del mismo modo que Jaxon lo sabía mientras corrían por la calle hasta su hogar adoptivo.

Jaxon se detuvo bruscamente en el camino de entrada, mirando hacia la puerta. Estaba parcialmente abierta como si invitara a entrar. Don empezó a pasarla, pero ella le cogió del brazo. Estaba temblando.

– No entres. Todavía podría estar ahí.

Don intentó rodearla con un brazo. Nunca había visto a Jaxon tan alterada. Parecía frágil y afligida. Ella le empujó a un lado, con la mirada fija en el patio circundante, investigando el terreno.

– No me toques, Don. No te acerques a mí. Si él cree que me importas algo, encontrará una forma de matarte.

– No sabes que pasa en esa casa, Jaxx. – Protestó. Pero una parte de él no quiso ir a comprobar si ella tenía razón. La maldad parecía inundar la casa. Los PMs se abrieron paso por el camino de entrada.

– Chicos será mejor que no nos estéis haciendo perder el tiempo. ¿Qué pasa aquí? ¿Sabéis de quién es esta casa?Jaxon asintió.

– Mía. La casa de los Andrews. Tenga cuidado, creo que Tyler Drake ha estado aquí. Creo que ha vuelto a matar. – Se dejó caer sentándose bruscamente en el césped, sus piernas agotadas.

Los dos PMs se miraron el uno al otro.

–¿Esto es en serio? – Todo el mundo había oído hablar de Tyler Draker, un ex SEAL que supuestamente había asesinado a su familia, eludido la captura, y estaba todavía escondido en alguna parte. – ¿Por qué volvería aquí?

Jaxon no respondió. La oscuridad de su interior era su respuesta. Tyler había matado a la familia Andrews porque la habían acogido. Ella era suya, y en su mente retorcida ellos habían usurpado su lugar. Debería habérsele ocurrido que haría tal cosa. Había matado a su padre, creyendo que no tenía derecho a tenerla. Lo mismo con su madre y su hermano. Por supuesto que mataría a los Andrews. Para él tendría perfecto sentido. Dobló las piernas y empezó a mecerse adelante y atrás. Sólo levantó la mirada cuando los dos PMs se apresuraron a salir de la casa y empezaron a vomitar sobre el césped inmaculado.

Capitulo 1

Jaxon Montgomery amartilló su pistola y miró a su compañero.

– Esto es una encerrona, Barry. Puedo olerlo. Me asombra que no lo notaras. ¿Dónde está tu sexto sentido? Pensaba que los hombres tenían algún tipo de instinto de supervivencia.

Barry Radcliff resopló indignado.

– Eres tú la que dirige la fiesta, cariño, y todos nosotros te seguimos.

– Un punto a mi favor, compañero. No tienes el más mínimo instinto de autoconservación. – Jaxx le lanzó una sonrisa burlona sobre el hombre. – Todos vosotros sois una manada de inútiles.

– Cierto, pero tenemos buen gusto. Tienes una pinta estupenda desde atrás. Somos hombres, cariño... no podemos contener las hormonas.

– ¿Esa es tu excusa? ¿El frenesí de las hormonas? Pensaba que te gustaba vivir al límite, que eras del tipo kamikaze

– Esa eres tú. Nosotros solo sacamos tu pequeño y lindo trasero de todos los problemas en los que te metes. – Devolvió Barry. Miró su reloj. – Tienes que decidirte, Jaxx. ¿Lo intentamos o pedimos refuerzos?

Jaxx cerró su mente a todo... la oscuridad de la noche, la mordedura del frío, la adrenalina corriendo por su sangre, la necesidad de acción. El almacén tenía un acceso

demasiado fácil, no había forma de que pudieran registras los pisos superiores sin exponerse. Nunca las había tenido todas consigo con la información. Todo en ella gritaba que era una encerrona y que ella y su compañero policía se encaminaban a una emboscada.

Sin dudar movió la boca sobre la diminuta radio.

– Abortar, chicos. Os quiero ver a todos retroceder y salir. Avisad cuando hayais despejado. Barry y yo os cubriremos hasta que nos aviseis. Ahora.

– ¿Eso ha estado fuerte? – Podía oír la sonrisa en la voz de Barry. – Mujer Maravilla.

– Oh, cállate. – Replicó groseramente, con voz fundida pero con un borde de preocupación. Sus ojos estaba intranquilos, en constante movimiento, barriendo toda la zona que los rodeaba. La sensación de peligro se intensificaba.

El diminuto receptor de su oreja crujió.

– ¿Vamos a dejar que una mujer que pierde los nervios nos cueste la redada más grande de la historia.

Ese era el tipo nuevo. El que habían puesto su equipo contra su voluntad. El que tenía alguna clase de influencia política en el departamento y quería escalar puestos. Benton. Craig Benton.

– Retrocede, Benton. Es una orden. Podemos discutirlo más tarde. – Ordenó Jaxx, pero supo, con un encogimiento del corazón, que él era la causa de las advertencias internas que le chillaban. Benton quería ser un héroe. Pero no había lugar para los héroes en su línea de trabajo.

Barry estaba maldiciendo a su lado, su cuerpo ya tenso. Él lo sabía tan bien como ella. Barry había sido su compañero durante suficiente tiempo como para saber que cuando Jaxx decía que había un problema, es que iba a ser un infierno.

– Está entrando. Está entrando. Le veo junto a la puerta.

– Quédate atrás, Barry. – Espetó Jaxx, avanzando ya. – Intentaré sacarle. Haz que todos se queden aquí, porque esto va a ser una guerra. Mantén a los chicos fuera de aquí hasta que consigamos ayuda. Es una emboscada.

Era demasiado pequeña y esbelta, vestida con ropa oscura y gorra, Barry a penas podía distingirla en la oscuridad de la noche. Nunca hacía ni un ruido cuando se movía. Era extraño. Se encontraba a sí mismo mirando continuamente hacia ella para asegurarse de que estaba con él. Ahora también él se movió. De ninguna manera iba a dejar que su compañera entrara en el edificio sin él. Emitió las órdenes, llamando a retirada, pero él la siguió. Se dijo a sí mismo que no tenía nada que ver con Jaxx Montgomery y todo con hacer su trabajo como compañero. No tenía nada que ver con el amor y todo con hacer su trabajo.

– Deberíais ver este lugar. – La radio crepitaba en sus oídos. – Entrad. Está cargado con suficientes productos químicos como para volar media ciudad.

– Idiota, está cargado con suficientes productos químicos como para volar el edificio contigo dentro. Ahora saca tu maldito culo de ahí. – Esa era Jaxx en su mejor momento. Su voz era suave y cortante, un látigo de puro desprecio. Todo el que oía esa voz se volvía un creyente.

Graig Benton miró inquieto a derecha e izquierda. El lugar de repente le puso la carne de gallina. Empezó a retroceder lentamente, acercándose a la puerta. Al momento algo le mordió la pierna, golpeándole hacia atrás y abajo. Se encontró a sí mismo tendido sobre el frío suelo de cemente, mirando hacia el techo. El lugar permanecía en silencio. Bajó las manos para tocarse la pierna y encontró un amasijo de carne de hamburguesa cruda. Chilló.

– ¡Me han disparado, me han disparado! ¡Oh, Dios, me han disparado!

Jaxon había atravesado la puerta primero, pero Barry la golpeó con el hombro, haciendo su ligera figura a un lado. Se lanzó al interior del almacén, rodando a la derecha, buscando algún tipo de cobertura. Oyó el silbido de las balas cuando le pasaron y se incrustaron en la caja de madera que tenía detrás. Pensó que debìa había gritado una advertencia a Jaxx, pero no podía estar seguro mientras se arrastraba hacia Benton. Las cosas estaban ocurriendo

demasiado rápido, y su visión estaba limitada a su propósito... arrastrar a ese estúpido crío y salir de ese infierno.

Se acercó a Benton.

– Cállate. – Exclamó. ¿El novato tenía que ser tan grande como un jugador de rugby? Sacarle a rastras de allí iba a ser difícil, y si Craig seguía chillando, el mismo le iba a meter una bala. – Vamos. – Cogió a Benton por debajo de los brazos, intentando mantenerse bajo y a cubierto, y empezó a abrirse paso retrocediendo hacia la puerta. Era un largo camino. Ahora estaban barriendo el área con balas y dando a posta a los productos químicos, parecía que había explosiones por todas partes.

El fuego se desató. Sintió el aguijón de la primera balo en su cuero cabelludo. El segundo estaba mejor colocado. Su brazo izquierdo se quedó entumecido, y dejó caer a Benton y se encontró a sí mismo en el suelo.

Entonces Jaxx estaba allí. Jaxon Montgomery, su compañera. Jaxon nunca se detenía hasta que todo acababa, y nunca dejaba a su compañero en apuros. Jaxon iba a morir en este almacén justo a su lado. Estaba proporcionando fuego de cobertura, corriendo hacia ellos.

– Levantate maldito perezoso. No estás tan mal herido. Arrastra tu culo fuera de aquí.

Si, esa era su Jaxx, siempre simpatizando con sus problemas. Benton, maldito fuera, estaba arrastrándose hacia la puerta, intentando salvarse a sí mismo. Barry lo intentó. Estaba muy desorientado, y el humo y el calor no ayudaban. Algo iba mal en su cabeza; latía y martilleaba, y todo parecía confuso y lejano. La pequeña figura de Jaxx aterrizó a su lado, sus hermosos ojos enormes a causa de la preocupación.

– Nos has metido en un maldito infierno, amigo. – Dijo suavemente. – Muévete. – Le hizo un reconocimiento rápido, evaluando el daño y descartándolo por cosas más importantes. – Lo digo en serio, Barry. ¡Saca tu culo de aquí ahora! – Era una orden clara.

Jaxx introdujo otro cargador en su pistolo y rodó por el suelo dirigiendo el fuego lejos de su compañero, poniéndose de rodillas, disparando hacia el desván. Mientras él arrastraba su pesado cuerpo hacia la entrada, Radcliff captó un vistazo de un hombre cayendo. Satisfacción al instante. Jaxx era una experta tiradora. Donde ponía el ojo ponía la bala. Incluso si morían aquí, se llevarían a algunos enemigos con ellos. Algo le hizo volver la cabeza justo cuando la bala golpeó a Jaxx, tomando su pequeño cuerpo y haciéndolo volar varios pasos hacia atrás cruzando el almacén. Cayó como una muñeca de trapo sobre el suelo, una mancha oscura se extendía a su alrededor. Furioso, enfurecido, Barry intentó sacar su arma, pero el brazo se negaba a responderle. La única cosa que podía hacer era arrastrase hacia adelante o hacia atrás. Se arrastró hacia atrás, cruzando la distancia hacia ella. Estaba sólo tendida allí. Volvió la cabeza para mirarle.

– No, Jaxx. No me hagas esto.

– Sal de aquí.

– Lo digo en serio, demonios. No me hagas esto. – Estaba desesperado por alcanzarla, por motivarla para que se moviera. Tenía que moverse. Tenía que salir con él.

– Estoy cansada, Barry. He estado cansada desde hace mucho. Algún otro tendrá que salvar a todo el mundo ahora. – Murmuró las palabras tan suavemente, que casi no las oyó.

– ¡Jaxx! – Barry intentó acunarla entre sus brazos, pero los brazos no le respondían.

A su izquierda, la pequeña puerta de repente se cerró, atrapándolos dentro. Y Benton tenía razón, había suficientes productos químicos como para volar toda la ciudad. Esperó, esperaba la muerte de un momento a otro.

Entonces oyó los gritos, horribles, retorcidos e instintivos gritos de miedo. Vio los cuerpos caer a través del humor y el brillo de las llamas. Vio cosas que no podían ser. Un lobo, enorme y salvaje, saltando hacia un hombre que escapaba, poderosas mandíbulas atravesando el pecho para llegar al corazón. El lobo parecía estar en todas partes, derribando hombre tras hombre, desgarrando a través de tejido y carne, rompiendo huesos con sus mandíbulas. Barry vio a ese mismo lobo, cambiar de forma hasta convertirse en una enorme lechuza con garras y pico que se lanzó sobre otro hombre, sacándole los ojos de la cabeza. Era

una increíble pesadilla de sangre, muerte y venganza. Barry no tenía ni idea de que hubiera semejante violencia en su interior para imaginar tan terribles imágenes. Sabía que al menos dos balas le habían dado; podía sentir la sangre goteándole por la cara y el brazo. Obviamente estaba alucinando. Por eso no intentó disparar cuando el lobo finalmente se había pasa hacia su esquina del almacén. Lo observó aproximarse, admirando la forma en que se movía, músculos ondulándose, la forma en que saltaba tan fácilmente sobre cada obstáculo que aparecía en su camino. Venía directamente hacia él, atraído por el olor de la sangre, o, pensó Barry, por su propia vívida imaginación desatada.

El lobo le miró durante un largo momento, le miró a los ojos. Esos ojos eran muy extraños, casi completamente negros. Ojos inteligentes pero vacíos de cualquier emoción. Barry no se sintió amenazado sino casi como si el lobo estuviera mirando el interior de su alma misma, quizás juzgándole. Se quedó tendido inmóvil, entregándose a cualquier cosa que la criatura quisiera hacer con él. Sintió que se dormía, sus párpados eran demasiado pesados para mantenerlos abiertos. Mientras se quedaba dormido, podía haber jurado que el lobo se contoneó una vez más y empezó a tomar la forma de un hombre.

Jaxon Montgomery despertó ante el sonido de un corazón latiendo. Latía rápido y con fuerza, asustado y ruidoso. Se extendió automáticamente buscando su arma. Nunca iba desarmada, aunque no encontró nada bajo su almohada o junto a su cuerpo. El corazón le latió más fuerte, y probó el sabor cobrizo del miedo en su boca. Respirando una bocanada de aire, se obligó a abrir los ojos. Sólo podía mirar con asombro la habitación en la que estaba. No era un hospital, y ciertamente no era el dormitorio de su diminuto apartamento. Esta habitación era hermosa. Las paredes eran de un suave malva, tan ligero que era imposible decir si el color estaba realmente allí o simplemente en su imaginación. La alfombra era gruesa y de un malva profundo, recogiendo los colores de los cristales tintados que había sobre tres de las paredes. El patrón era tranquilizador e intrincado. Dio a Jaxx la ilusión de estar a salvo, algo que sabía que era imposible. Sólo para estar segura de haber despertado, se clavó las uñas en las palmas de las manos.

Volvió la cabeza para examinar el resto del contenido de la habitación. El mobiliario era antiguo y pesado, la cama de cuatro postes era más confortable que ninguna otra en la que hubiera dormido en toda su vida. El vestidor era enorme y contenía unos pocos artículos femeninos... un cepillo, una pequeña caja de música, y una vela. Eran hermosos y parecían antiguos. Había varias velas en la habitación, todas encendidas de forma que la habitación misma pareciera deleitarse con la suave luz. Con frecuencia había soñado con una habitación como esta, tan hermosa y elegante, con ventanas de cristales tintados. Se le ocurrió de nuevo que no podía estar despierta.

El sonido del corazón latiendo tan ruidosamente la convenció de que estaba totalmente despierta y otras personas debían estar cuidando de ella. Otros que no tenían forma de saber el peligro que ella acarreaba. Tenía que encontrar la forma de protegerlos. Jaxx miró alrededor frenéticamente en busca de su arma. Definitivamente había sufrido una herida, y no podía moverse muy bien. Hizo un inventario, intentó mover con cuidado los brazos y después las piernas. Su cuerpo no quería responder. Podía moverse si se concentraba con decisión, pero a penas parecía que valiera la pena el esfuerzo. Estaba muy cansada, y le dolía la cabeza. El implacable latido de ese corazón la estaba volviendo loca.

Una sombra cayó sobre la cama, y su propio corazón latió con fuerza suficiente como para causarle dolor. Comprendió entonces que el sonido había venido de su propio pecho. Jaxon volvió lentamente la cabeza. Un hombre estaba de pie sobre ella. Muy alto, poderoso. Un depredador. Vio eso instantáneamente.

Había visto muchos depredadores, pero este era el definitivo. Era evidente por su

completa inmovilidad. Aguardando. Confianza. Poder. Peligro. Era peligroso. Más peligroso que cualquier criminal que hubiera encontrado nunca. No sabía como sabía estas cosas, pero lo sabía. Él se creía invencible, y ella tuvo la inquietante sospecha de que podría serlo. No era ni viejo ni joven. Era imposible decir su edad. Sus ojos eran negros y no mostraban emoción. Ojos vacíos. Su boca era sensual, erótica, de verás, y sus dientes muy blancos. Sus hombros eran amplios. Era guapo y sexy. Más que sexy. Completamente ardiente.

Jaxx suspiró e intentó no ceder al pánico. Intento no permitir que sus pensamientos se mostraran en su cara. Definitivamente él no parecía un médico. No parecía alguien a que ella pudiera derrotar fácilmente en un combate mano a mano. Entonces sonrió, la diversión tocó sus ojos sólo durante un momento. Le hizo parecer completamente diferente. Cálido. Incluso sexy. Jaxx tenía la sensación de que él estaba leyéndole el pensamiento y se reía de ella. Su mano se movió inquieta bajo las mantas, siempre buscando el arma.

– Estás intranquila. – Declaró él. Su voz era hermosa. Suave como el terciopelo, atractiva, casi seductora. Tenía un extraño acento que no podía identificar y una forma de retorcer las palabras que sonaba muy anticuada.

Jaxon parpadeó rápidamente en un intento de ocultar su confusión, sorprendida por la dirección que estaban tomando sus pensamientos. Ella nunca pensaba en el sexo. No tenía ni idea de porque estaba reaccionando ante este desconocido con erotismo. Sacudió la cabeza, tenía que buscar su voz.

– Necesito mi arma. – Fue una especie de desafío, una prueba para ver su reacción. Esos ojos negros estudiaron su cara intensamente. Su escrutinio la hizo sentirse incómoda. Esos ojos veían demasiado, y Jaxon tenía mucho que esconder. La cara era inexpresiva, no mostrando absolutamente nada, y Jaxx era muy bueno en leer a la gente.

– ¿Estás planeando dispararme? – Preguntó él con la misma voz amable, solo que estaba voz cargaba un asomo de diversión.

Estaba muy cansado. Se estaba volviendo difícil evitar que los párpados cayeran. Notó un fenómeno peculiar. Su corazón se había ralentizado para emparejar el ritmo del de él. Exactamente. Sus corazones estaban latiendo simultáneamente. Podía oírlos. La voz de él le resultaba familiar, aunque era un completo desconocido. Nadie podía haber conocido nunca a un hombre semejante y haberle olvidado. Era imposible que le conociera.

Se humedeció los labios. Estaba increíblemente sedienta.

– Necesito mi arma.

El se acercó al vestidor. No caminó. Se deslizó. Podía haber estado mirando como se movía para siempre. Su cuerpo era como el de un animal, un lobo o un leopardo, algo felino y poderoso. Fluido. Totalmente silencioso. Fluía, aunque cuando el movimiento cesó, se quedó completamente inmóvil de nuevo. Le alcanzó su arma.

La sintió familiar en su mano, una extensión de sí misma. Ceso al momento, algo de su miedo se alejó.

– ¿Qué me ocurrió? – Automáticamente intentó comprobar el cargador, pero sentía los brazos como gelatina, y no pudo levantar el arma lo suficiente como para hacerlo.

Él volvió a tomar la pistola, sus dedos le rozaron la piel. El flujo de calor fue tan inesperado, que saltó apartándose de él. El hombre no reaccionó pero amablemente le hizo relajar los dedos y le mostró el cargador lleno con una bala en la recámara antes de devolver el arma a la palma de su mano.

– Te dispararon varias veces, Jaxon. Todavía estás muy enferma.

– Esto no es un hospital. – Siempre sospechaba de todo, eso era lo que la había mantenido viva. Pero no se suponía que tuviera que seguir estando viva. – Estás en gran peligro aquí conmigo. – Intentó advertir al hombre, pero sus palabras fueron demasiado bajas, su voz se desvanecía.

– Duerme, cariño. Simplemente vuelve a dormir. – Él lo dijo suavemente, aunque su tono aterciopelado se introdujo en su cuerpo y mente, tan poderoso como cualquier droga.

La tocó entonces, acariciándole el pelo. Su toque parecía familiar y ligeramente

posesivo. La tocaba como si tuviera derecho a tocarla. Era como una caricia. Jaxon estaba confusa. Le conocía. Era una parte de ella. Le conocía íntimamente, aunque era un completo desconocido. Suspiró, incapaz de evitar que las pestañas cayeran y sucumbir a la poderosa orden de dormir.

Lucian se sentó en el borde de la cama y simplemente la observó dormir. Ella era la cosa más inesperada que había experimentado en todos los siglos que había vivido. Había esperado por esta criatura casi dos mil años, y no era para nada lo que había imaginado. Las mujeres de su raza eran altas y elegantes, de ojos oscuros, con un pelo negro y abundante. Eran criaturas de poder y habilidades. Lucian era muy consciente de que su especie estaba al borde de la extinción y sus mujeres eran guardadas como el tesoro que eran, pero aún así, eran poderosas, no frágiles y vulnerables como esta jovencita.

Tocó su pálida piel. En su sueño, parecía casi un duende, un hada salido de las leyendas. Era tan pequeña y ligera, parecía toda ojos. Hermosos ojos. La clase de ojos en los que un hombre podía ahogarse. Su pelo era de varios tonos de rubio, espeso y suave pero corto y alborotado, como si descuidadamente hubiera sido cortado con una tijeras y de cualquier modo. Había asumido que tendría el pelo largo, no esta mata. Se encontró a sí mismo tocándole constantemente el pelo. Suave, como hebras de seda. Era indomable y crecía en todas direcciones, pero se encontró complacido con su pelo salvaje.

Ella vivía con miedo. Era su mundo. Había sido su mundo desde que era una niña pequeña. Lucian no tenía ni idea de que hubiera una vena tan protectora en él. Durante muchos siglos no había tenido sentimientos. Ahora, en presencia de esta mujer humana, tenía demasiados. Los que habían intentado hacerla daño había pagado mortalmente por sus crímenes en el almacén. Lucian la había enviado a un profundo sueño, ralentizando su corazón y pulmones mientras la sacaba de ese lugar de muerte y destrucción. También había salvado a su compañero, implantando en la mente del hombre el recuerdo de una ambulancia que se la había llevado a ella. Lucian se las arregló para salvarla, dándole su sangre ancestral y poderosa. Se había transformado en luz y entrado en su cuerpo maltratado a la manera de su gente, empezando a sanar de dentro hacia afuera. Las heridas eran grandes, la pérdida de sangre masiva. Utilizar su sangre era la única forma de salvarle la vida, pero era peligroso para ambos. El descubrimiento de la existencia de su especia por cualquier de la raza de ella será una sentencia de muerte para su gente. Su primera prioridad era protegerla, la segunda era asegurar la continuidad de su propia raza. Su trabajo había sido siempre la protección de ambas especies.

Se había tomado su tiempo para cubrir sus huellas dirigiéndolas al hospital donde ella tendría que había sido ingresada. Implantó recuerdos de una llamada a los servicios de emergencia, enviándola a una unidad de trauma. El papeleo parecía haberse perdido, y los computadores habían fallado. Nadie tenía muy claro lo que había ocurrido.

Lucian se encontró enredando los dedos en su pelo una vez más. Ni siquiera tenía un nombre decente. ¿Qué clase de nombre era Jaxon para una mujer? Sacudió la cabeza. Había estado observándola durante algún tiempo, pensando en la mejor forma de acercarse a ella. Si hubiera sido una mujer de su raza, simplemente la habría reclamado como propia, uniéndolos, y permitiendo que la naturaleza siguiera su curso. Esta mujer era humana y tan frágil. Había tocado su mente muchas veces en las últimas semanas mientras se establecía en su nuevo hogar. Encontró que ella tenía muchos secretos. La compañera de Gabriel le había dicho que encontraría a esta mujer en alguna parte del mundo y en gran necesidad. Francesca había tenido razón. La vida de Jaxon no había sido fácil. No había tenido infancia en realidad, solo recuerdos de lucha, muerte y violencia. Jaxon creía ser responsable de cuidar de todos los que la rodeaban. Había vivido toda su joven vida de ese modo. Tomando la responsabilidad de otros. Nadie había cuidado realmente de ella. Él tenía intención de remediar esa situación. Tenía el presentimiento de que ella no tendría ni idea de como responder a su interferencia.

Su primer pensamiento al despertar había sido la protección de los demás. De él. Eso le intrigaba. Le enternecía que hubiera intentado advertirle de un posible peligro para él. Había

sabido que él era un depredador, que podía ser peligroso, y aún así se molestaba en protegerle. Le fascinaba. Algo en ella hacía que le diera un vuelco el corazón y le hacía desear sonreír simplemente al mirarla. Eso era todo. Mirarla, y ya era feliz. Nunca había experimentados esas emociones, y tomó nota para examinarlas después.

Con el primer sonido de su voz, había visto en colores. Colores vívidos y brillantes. Habiendo vivido en su mundo blanco y negro durante tantos siglos como hacían los hombres de los Cárpatos cuando perdían sus emociones, Lucian estaba casi cegado por los matices. Azules y rojos, naranjas y verdes... cada tono de color en cualquier parte que mirara. Frotó las hebras de pelo rubio entre su pulgar y dedo índice, con ternura inadvertida. Los sentimientos que estaba experimentando eran intensos. El lentamente se arrastró hasta sus pensamientos. Había gastado tremendas energía sanándola, y su sangre necesitaba ser reemplazada. Le envió otro fuerte empujón mental para asegurarse de que permanecería dormida mientras él cazaba. La ciudad estaba llena de presas justamente esperando por él. Salió al balcón, después cambió de forma, eligiendo la de una lechuza. Con alas poderosas sobrevoló la ciudad. Los ojos agudos buscaban en la oscuridad, su fina audición recogía cada sonido bajo él. Podía oír corazones latiendo, el murmullo de voces, el sonido de la vida siendo vivida. El tráfico y los ruidos de la ciudad le llamaban, el sonido de la sangre bombeada a través de venas bullendo de vida.

Encontró el camino hacia el parque, un perfecto coto de caza. La lechuza aterrizó en lo alto de un árbol y plegó sus alas cuidadosamente. Inspeccionó el área circundante. A su derecha pudo oír las voces de dos hombres. Al momento cambió a su forma normal, flotando hasta el suelo mientras lo hacía. Envió una silenciosa llamada mental, exigiendo a su presa que acudiera a él. Había pasado tantos siglos entregando asesinos a las manos de la muerte, que requirió gran cantidad de disciplina contenerse y simplemente alimentarse.

Los dos hombres respondieron a su llamada, ambos corredores sanos y fuertes estirando sus piernas después de una carrera nocturna. Ninguno de los dos olía a alcohol o drogas. Se alimentó rápidamente, necesitando volver a Jaxon. Ella había estado inconsciente durante más tiempo del que a él le hubiera gustado. Pero ahora estaba durmiendo. Lucian comprendió que en realidad ella nunca se permitía entrar en el patrón normal de somnolencia humano que era tan necesario para sus cuerpos. Cuando dormía sin la ayuda de su orden, estaba intranquila y nerviosa. Lucian era bien consciente de que Jaxon se pasaba la mayoría de las noches trabajando, conduciéndose a sí misma al punto de la extenuación. Pero sus sueños eran implacables. Lucian había compartido unos pocos de ellos, fundiendo su mente con la de ella para poder conocer sus demonios íntimamente. Tenía demasiados demonios, y él tenía intención de exorcizar cada uno de ellos.

Pero por encima de todo, Lucian no quería estar separado de ella durante más tiempo del estrictamente necesario. No podía estar separado de ella. Encontraba necesario estar con ella. Él, que nunca había necesitado a nadie. Necesitaba tocarla, saber que estaba del todo bien. Ahora ella estaba a su cuidado, tenía intención de unirla a él para que ningún humano o Cárpato tuviera posibilidad de alejarla de él. Jaxon no se le escaparía. Le había dado su sangre y tomado una mínima cantidad de la de ella, sólo lo suficiente para ser capaz de fundir sus mentes a voluntad.

Volvió a ella, una vez más con toda su fuerza. Y su fuerza era enorme. Tendría que ser gentil con ella. Si es que quedaba algo de gentileza en él, si alguna vez había habido algo de gentileza en él, tenía intención de utilizarla con Jaxon. Si alguien se lo merecía, era ella.

Se sentó al borde de su cama, retirando la orden de permanecer dormida, y la cogió entre sus brazos.

– Soy tu compañero, jovencita. No tienes ni idea de lo que eso significa, y no eres Cárpato, así que espero cierta cantidad de resistencia por tu parte. – Lucian frotó la barbilla contra la coronilla de su cabeza. – Te prometo que seré tan amable y paciente como pueda, pero no puedo esperar mucho por ti. Las emociones que estoy sintiendo no refrenan a la bestia de mi interior.

Las pestañas de Jaxon se agitaron y abrieron. Se sentía confusa, adormecida, como si estuviera soñando. La voz consoladora que había oído era tan hermosa y familiar. Mantenía los demonios a raya y le permitía sentir una cierta seguridad.

–¿Quién eres? ¿Te conozco?

– Tu mente me conoce. Tu corazón y tu alma me reconocen. – Con el pulgar acariciaba tiernamente la perfecta línea de su mejilla sólo porque adoraba la sensación de su piel. – Debo unirnos, Jaxon, no tengo elección. Sería peligroso esperar. Lamento no poder darte más tiempo.

– No entiendo. – Ella alzaba la mirada a sus ojos negros y debería haber sentido miedo de lo que veía allí. La estaba mirando posesivamente, algo que ningún hombre se había atrevido nunca a hacer. Jaxon no provocaba tales sentimientos en los hombres. Aunque por alguna extraña razón, este peligroso desconocido la hacía sentirse protegida. Deseada.

– Se que no lo entiendes en este momento, Jaxon, pero lo harás con el tiempo. – Lucian le cogió la barbilla con dedos firmes para que sus ojos oscuros atraparan la mirada de ella.

Era como caer en un negro pozo sin fondo. Interminable. Eterno.

Lucian murmuró su nombre suavemente e inclinó la cabeza hacia la subida de la garganta. Inhaló su fragancia. No había lugar al que ella pudiera ir donde no lo encontrara. Sus brazos se apretaron posesivamente hasta que se recordó a sí mismo que ella era muy frágil. Se sentía increíblemente pequeña y ligera entre sus brazos pero también cálida e incitadora. Estaba removiendo cosas en él que era menos dejar en paz. Las repentinas y urgentes demandas le sorprendieron. Ella era joven y vulnerable, y en ese momento él debería desear sólo protegerla.

Su boca tocó la piel gentilmente, tiernamente, una pequeña caricia. Al momento la necesidad se cerró sobre él, dura e imperativa. Podía oír el corazón latiendo al mismo ritmo que el suyo. Podía oír la sangre corriendo por las venas, un calor incitante que le llamaba, una tremenda necesidad física por el cuerpo de ella. Cerrando los ojos, saboreó su habilidad de sentir, no importaba que fuera terriblemente incómodo y que su cuerpo estuviera gritando pidiendo alivio. Su lengua encontró el pulso, lamió la zona una vez, dos. Sus dientes rasparon gentilmente sobre la vena, después se hundieron profundamente en ella.

El momento ella se movió inquieta entre sus brazos y gimió, un suave susurro de intimidad que tensó su cuerpo todavía más. Ella era dulce y especiada, un sabor indescriptible y que nunca antes había encontrado. Era adictiva, como si hubiera sido diseñada precisamente para complacer su necesidad en concreto. Nunca tendría suficiente de ella. La disciplina se sobrepuso a su hambre del éxtasis que la sangre de ella le proporcionaba. Con una pasada de su lengua, cerró los diminutos pinchazos que sus dientes habían hecho, sin dejar rastros que un médico pudiera descubrir.

Manteniéndola con cuidado profundamente embrujada, Lucian se abrió la camisa y la cambió de posición entre sus brazos para poder acunar la parte de atrás de su cabeza con la mano. Su cuerpo rabiaba de deseo, y la sensualidad natural de ella estaba emergiendo bajo su hechizo. Una de sus uñas se alargó hasta convertirse en una afilada garra. Trazó una línea sobre su corazón y presionó la boca de ella contra su pecho para poder continuar el ritual y unirla a él.

Al primer toque de sus labios, el fuego rugió a través de él, una necesidad tan intensa, tan profunda, Lucian, que era notable por su rígido control, casi cedió a la tentación de tomar lo que era suyo por derecho. Encontró que estaba temblando, su cuerpo cubierto de una fina capa de sudor. Inclinándose cerca de la oreja de ella, susurró las palabras en la noche, en su mente, para que nadie pudiera volver a separarlos, para que ella no pudiera estar lejos de él durante más que unas escasas horas.

– Te reclamo como mi compañera. Te pertenezco. Te ofrezco mi vida. Te doy mi protección, mi lealtad, mi corazón, mi alma, y mi cuerpo. Del mismo modo tomo en mí los tuyos para guardarlos. Tu vida, tu felicidad y bienestar serán apreciados y colocados por encima de los míos siempre. Era mi compañera, unida a mi por toda la eternidad y siempre a

mi cuidado.

El alivio que experimentó fue tremendo y ocurrió a pesar del hecho de que su cuerpo no se había fundido con el de ella. Su corazón y el de ella eran uno, unidos, dos mitades del mismo todo. Sus almas estaban fundidas de forma que su luz femenina brillaba en él, aliviando la terrible oscuridad que le había amenazado durante siglos. En ese momento comprendió que cuando uno había vivido en la oscuridad casi toda su vida, un horrendo y yermo infierno de vida, encontrar a una compañera estaba más allá de cualquier sueño que pudiera imaginar.

Jaxon Montgomery era literalmente su corazón y alma. Sin ella no habría razón para continuar viviendo. Nunca podría volver atrás al vacío y la oscuridad en los que había vivido durante tanto tiempo. Las palabras rituales los habían unido de forma que ninguno de los dos podría escapar nunca del otro.

Lucian no se engañaba a sí misma. Él la necesitaba a ella mucho más de lo que ella le necesitaría nunca, aunque, desde su punto de vista, ella le necesitaba mucho. Tenía que detenerse y pensar antes de empujar su reclamo todavía más allá. Muy gentilmente la detuvo para que dejara de alimentarse, cerrando su propia herida. Su sangre les uniría y la ayudaría a sanar. También trabajaría sobre su cuerpo humano para convertirla a su raza. La conversión era arriesgada, dura para el cuerpo y la mente. Y una vez hecho, no había vuelta atrás. Jaxon sería como él, necesitaría sangre para sobrevivir, buscaría alivio del sol en los acogedores brazos de la tierra. Si no era una auténtica psíquica... la única clase de mujer humana que había sido convertida con éxito a Cárpato... el experimento la empujaría más allá del límite de la cordura, y Jaxon tendría que ser destruida. Lucian se recostó hacia atrás, liberándola de su oscuro hechizo.

Las pestañas de ella fluctuaron mientras la volvía a colocar sobre las almohadas. Lucian sabía que muy pocos humanos podían ser convertidos con éxito. Pero también creía con ella debía pertenecer a esas filas, ya que era su auténtica compañera. Su corazón igualaba al de él. Lo sabía. Cuando pronunció las palabras rituales, sintió las hebras que los ligaban. Incluso así, saber algo intelectualmente no hacía que su corazón lo creyera. No quería arriesgarse con la seguridad de ella. Eran necesarios tres intercambios de sangre para completar la conversión. La audición y visión de ella ya eran más agudas, más como la de los Cárpatos. Pronto tendría problemas para consumir carne y casi todas las otras comidas. Le necesitaría a él cerca. Había cambiado su vida tanto como se atrevía por el momento.

– Todavía no sé quién eres. – Bajos las mantas de la cama, Los dedos de Jaxon se apretaron con seguridad alrededor de la culata de la pistola. Estaba muy adormilada, y este desconocido era demasiado familiar. No le gustaban los acertijos. No tenía ni idea de donde estaba, sólo sabía que estaba enferma y tenía extraños sueños sobre un príncipe oscuro que tomaba su sangre atándola a él para siempre. Había algo exótico y diferente en el desconocido que encontraba inclinado sobre su cama.

Algo elegante y cortés aunque salvaje e indomable. Jaxon encontraba la combinación peligrosamente sensual y difícil de resistir.

Lucian le sonrió, un relámpago de dientes blancos que suavizó la dura línea de sus rasgos ensombrecidos.

– Soy Lucian Daratrazanoff. Un nombre muy antiguo y respetado pero difícil de pronunciar correctamente en este país. Lucian bastará.

–¿Te conozco? – Jaxon deseó no estar tan débil. Deseó no tener sueños tan eróticos y peculiares sobre este hombre. La hacía sentirse extraña en su presencia, especialmente cuando nada parecía tener sentido. – ¿Por qué estoy aquí en vez de en un hospital?

– Necesitabas cuidados extraordinarios. – Respondió él honestamente.– Estuviste muy cerca de morir, Jaxon, y no podía permitirme correr ningún riesgo con tu vida.

– Mi compañero, Barry Radcliff, le dispararon. – Lo recuerdo, volvió a por mí. – Todo lo demás era un borrón para ella. No tenía ni idea de como había conseguido salir del almacén, dado que Barry no había estado en forma para sacarla.

– Está en el hospital y mejor de lo esperado. Es un hombre duro y muy valiente. – Lucian dio a su compañero el crédito justo, aunque no añadió que el hombre estaba enamorado de ella.

– Pensé que me moría. Debería haber muerto. – Murmuró las palabras suavemente, casi para sí misma.

Había querido morir. La terrible responsabilidad que pesaba sobre sus hombros era una carga que no quería llevar para siempre. Obligó a sus párpados a abrirse para poder mirarle. – Estás en terrible peligro. No puedes estar conmigo. Estemos donde estemos, no estamos a salvo. No estás a salvo.

Lucian sonrió y extendió la mano para rozar el pelo que se le arremolinaba alrededor de la cara. Su toque fue increíblemente tierno y la dio una extraña sensación de seguridad. Su voz era tan hermosa y pura, que deseó que siguiera hablando para siempre. Su acento era sexy, provocaba oleadas de anhelo en su interior que no sabía lo que eran.

– No te preocupes por mí, jovencita. Soy capaz de protegernos a ambos. Conozco al hombre que temes, y mientras estés en esta casa, estás a salvo. Él está bien entrenado, pero le sería imposible entrar en estos terrenos sin ser detectado.

– No le conoces. Matará a cualquiera sin pensarlo y sin remordimiento. Incluso aunque sólo me estés ayudando, lo interpretará como una amenaza hacia él. – Se estaba agitando, sus ojos preocupados por él.

– Si no crees nada más sobre mí, Jaxon, cree esto. No hay nadie en este mundo tan peligroso como el hombre que está contigo en esta habitación. Tyler Drake no puedo alcanzarte. Él ya no dicta tu vida, ahora estás bajo mi protección. – Sonaba tan seguro, ni arrogante, ni fanfarrón.

Estaba cayendo en esos ojos oscuros de nuevo. Sus hermosos ojos tan poco usuales. Jaxon se sentía una pequeña perdida, y parpadeó rápidamente para romper su hechizo hipnotizador.

– Sé que eso crees. Mi padres era un Navy SEAL, al igual que mi padre adoptivo, Russell Andrews. Tyler Drake se las arregló para matarlos a los dos. No puedo creer que estás a salvo mientras estés conmigo. – Su párpados eran demasiado pesados para mantenerlos abiertos. Cayeron a pesar de su intención de convencerle. No tenía fuerzas para protegerle. Eso la asustaba, y su corazón golpeó dolorosamente contra el pecho.

– Cálmate, Jaxon. Toma aliento y relájate. Soy yo el que te cuida a ti, no al revés, aunque aprecio mucho que desees protegerme. En cualquier caso, nadie sabe donde estás. Te he mantenido completamente segura. Sólo duerme, cielo, y sana.

su voz era tan calmante y persuasiva, pronto se encontró respirando regularmente exactamente como él. El porque deseaba hacer lo que él ordenaba, no lo sabía, pero la urgencia de obedecer era demasiado fuerte para ignorarla. Mantuvo los ojos cerrados.

– Espero que seas tan bueno como crees que eres. Sería más seguro para ti que llamaras a mi jefe e hicieras que colocara un par de tíos vigilándote. – Su voz estaba palideciendo hasta un suave murmullo. – Mejor aún, sería más seguro para ti simplemente alejarte de mí y no volver nunca la vista atrás.

Una vez más los dedos de Lucian se enredaron en su suave pelo.

– Crees que estaría más seguro, ¿verdad?

Había un tinte de diversión en su voz. Por alguna razón eso hizo que el corazón de Jaxon diera un vuelco. Él era tan familiar, como si le conociera íntimamente, cuando no le conocía en absoluto. Excepto su toque. Conocía su toque. Y el sonido de su voz. Conocía su voz. El acento, la seducción aterciopelada que cargaba, la forma en que retorcía las frases. La forma en que parecía pertenecer a su mente. Lo realmente alocado, era que Jaxon estaba empezando a creer en él.

Lucian le observó caer sin mucho más que un forcejeó. Ella no había querido que su vida fuera salvada, pero había recogido la antorcha de ser su protectora, preocupada por su seguridad. Estaba preparada para protegerle sin ni siquiera saber quien era. Él pasaba ahora

una gran cantidad de tiempo con su mente fundida firmemente con la de ella. Había sido necesario al principio para mantenerla viva. Después, lo había hecho porque deseaba conocerla, sus recuerdos, como pensaba, que soñaba, los que cosas que eran importantes para ella. Había mucha más compasión en ella de lo que la convenía. Le necesitaba para equilibrar la balanza.

Le asombraba lo poderoso del deseo sexual que estaba experimentando por ella. Eso nunca le había ocurrido antes. Rara vez había mirado a una mujer más que para satisfacer su hambre. Ahora esta hambre era diferente y más fuerte que nada que hubiera nunca imaginado. Por su ansia de conocimiento Lucian había compartido algunas veces las mentes de humanos para ver como era el sexo, lo que se sentía. Esta urgente demanda que rabiaba atravesando su cuerpo era completamente diferente a todo eso. Parecía tomar el control de su mente, apartando todo pensamiento cuerdo.

Protector. Lucian sabía que todos los hombres de los Cárpatos nacían con el tremendo deber de proteger a las mujeres y los niños de su raza. El proteccionismo que sentía hacia Jaxon era también diferente. Lucian había dedicado su vida a guardar a humanos y Cárpatos por igual, aunque de nuevo, la intensidad de sus emociones hacia Jaxon era mucho más fuerte. No estaba preparado para la poderosa atracción que sentiría hacia ella. Había vivido casi toda su vida en la oscuridad y las sombras, estaba cómodo y familiarizado con la violencia. Era totalmente oscuro y peligroso. Ahora deseaba conocer la ternura, la gentileza. Se conocía a sí mismo como la mayoría de los hombres no se conocerían nunca. Sabía que era poderoso y peligros, y se aceptaba a sí mismo. Ahora, sin embargo, con Jaxon tendida tan vulnerable y frágil en su cama, lo era incluso más.

Con un suspiro se hundió en la cama a su lado. Mientras ella siguiera siendo humana y necesitara estar sobre tierra para sobrevivir, él sería incapaz de protegerla completamente durante el día, cuando la luz del sol debilitaba sus poderes Cárpatos. Normalmente acudiría a la tierra hasta la caída de la noche. Lo que planteaba un problema para los dos. Ella no podía estar separada de él durante muchas horas sin sufrir tremendamente. Se estiró en la cama a su lado. Le ordenaría dormir hasta la próxima puesta de sol. Mientras tanto, las salvaguardas que había tejido a su alrededor y los lobos que había soltado los mantendrían a salvo de cualquier criatura, humana o de otra clase, que pudiera pretender hacerles daño. Acunó el pequeño cuerpo en la protección del suyo y enterró la cara en la sedosa fragancia de su pelo.

Capitulo 2

Jaxon le olió primero. Limpio. Fresco. Sexy. Sacudió la cabeza interiormente en reprimenda. Ahora le conocía. Conocía su toque, su voz, su frangancia. Incluso dormido su mano se había apretado alrededor de la culata del arma. Ahora relajó su mano y realmente la dejó caer sobre la sábana a su lado. Se sentía a salvo. Tendida allí con los ojos cerrados, recreándose. La sensación de seguridad. No recordaba haber experimentado una cosa semejante antes. Le resultaba interesante, aunque estaba débil y herida, sola con un completo desconocido y sin tener ni idea de donde estaba, sentirse a salvo.

Abrió los ojos y le encontró inclinado sobre ella, exactamente donde sabía que estaría. Le sintió dentro de su mente, sabía que le encontraría en medio de una multitud sin tener que

buscarle. Sólo su visión le robaba el aliento. Era tan alto, vestía poder como una segunda piel. No. No era exactamente eso. Era poder personificado. Esperó a que hablara, necesitando oír su voz. Adoraba el sonido de su voz. La asustaba, su tremenda reacción ante él. Se había entrenado para no sentir nada por nadie, particularmente por un hombre. Estaba convencida que Tyler Drake resurgiría si se mostraba interesada en un hombre.

– ¿Te sientes mejor esta noche?

La mano de Lucian le rozó la frente. Jaxon sintió la calidez de su tacto como una oleada de lava a través de su cuerpo.

– Pareces cansado. – Frunció el ceño.– ¿No habrás estado cuidando de mí sin descansar para dormir?

La idea de tener a un desconocido atendiéndola mientras dormía debería ser desconcertante, pero en realidad no le importaba mucho tratándose de él. Jaxon le estudió. Físicamente era guapo, muy parecido a los míticos dioses griegos. Pero sus ojos cansados habían visto demasiado, y estaba definitivamente preocupada por que no hubiera dormido lo suficiente. Tenía una inesperada urgencia de alzar la mano y tocar su mandíbula sombreada por la barba.

– Soy yo el que cuida de ti, cariño. – Una débil sonrisa curvó su boca perfectamente esculpida. – No necesitas pensar en nadie más que en ti misma. Tus heridas están sanando bien. Otro día y podremos devolverte al hospital, para que tus amigos puedan ver por sí mismos que estás viva y recuperándote. Les he tranquilizado, pero necesitan verte con sus propios ojos.

Lucian controlaba las mentes humanas fácilmente sin tener que pensarlo. Lo había hecho durante tantos siglos. Pero esto era un poco más complicado, controlar a tantos humanos diferentes y a tanta distancia. No estaba preparado para relegar el cuidado de Jaxon a los trabajadores del hospital hasta que estuviera seguro de que la soltarían inmediatamente para que volviera a casa. No quería que le hicieran análisis de sangre, y sabía que sería muy vulnerable en un hospital ya fuera que Tyler Drake o cualquiera de los enemigos que había adquirido a causa de su trabajo habrían decidido a terminar lo que claramente alguien había empezado.

– Quiero incorporarme. – Intentó hacerlo, sorprendida de sentirse todavía tan débil.

Al momento Lucian cogió su cuerpo esbelto entre las manos y la levantó fácilmente hasta una posición sentada. Cuidadosamente le colocó las almohadas detrás y las mantas a su alrededor. Estaba más pálida de lo normal.

– Respira profundamente, y no te desmayes. – Un decreto.

Se encontró a sí misma sonriendo.

– ¿Tienes idea de lo estrafalario que es esto? Sé que esto no es un hospital. No es ni siquiera una especie de sanatorio, ¿verdad? Y tú no eres médico.

Él cruzó la habitación con pasos veloces, fluidos, totalmente silenciosos. No pudo evitar comparar la forma en que se movía con un enorme felino de la jungla. Había algo amenazante en él, aunque al mismo tiempo algo bastante sensual. La hacía sentirse segura y a salvo, aunque amenazada de una forma que nunca había estado antes. ¿Qué era? ¿Seguridad o peligro? ¿Si era una un depredador tan peligroso, por qué su sistema de alarma interno no estaba chillando? Dejó escapar el aliento lentamente, cuidadosamente. Se sentía amenazada como mujer, no como agente de policía, comprendió.

Lucian se volvió para mirarla, con la ventana detrás. Fuera, la noche era oscura y un poco tormentosa. Podía oír la lluvia caer con un ritmo constante y el viento soplando entre los árboles, haciendo que las ramas raparan las paredes.

– Puedo no ser un médico en el sentido normal de la palabra, pero curo a la gente. Te curé a ti.

De nuevo, Jaxon supo que era verdad. Lo supo todo sobre él. Cosas que no debería haber sabido. Cosas íntimas. Sabía que había viajado por el mundo, por cada continente, varias veces. Hablaba incontables lenguas. Era rico, aunque el dinero no significaba nada para

él excepto como medio para conseguir un fin. Sabía que había estado buscándola durante largo, largo tiempo.

Mientras evaluaba la situación, los ojos negros de Lucian la estudiaron cuidadosamente, sin parpadear, los ojos de un depredador observando a su presa. Su mente era una sombra en la de ella, observando sus pensamientos, la forman en que funcionaba su mente, la forma en que se analizaba a ella misma y sus propios sentimientos. Jaxon fue consciente de ese extraño fenómeno, la forma en que su corazón palpitó igualando el ritmo del de él, la forma en que su respiración pareció relajarse para acompasarse a la de él. ¿Cómo sabía tanto sobre Lucian cuando era un completo desconocido para ella? Sabía que adoraba las obras de arte y las antigüedades. Tenía conocimientos extensos sobre ambos temas y de los artistas y artesanos que los habían creado, aunque sólo recientemente había encontrado alegría y belleza en las pinturas y esculturas, antigüedades y música. Había curado a incontables personas, sanándolos de alguna forma extraña y única. Esa parte era confusa, cerrada en una parte alejada de su cerebro más allá de su estudio. La había sanado de la misma forma que a los otros.

– Me hablaste mientras estaba dormida. – Murmuró, intentando encontrar una explicación razonable para por qué sabía tanto sobre él. – ¿Es por eso que sé tantas cosas sobre ti?

Lucian se encogió de hombros descuidadamente, el movimiento fluido y perfectamente casual.

– ¿Realmente importa? – Simplemente mirarla le hacía desear sonreír. Era asombroso como su simple existencia ya había cambiado su vida. Deseaba quedarse mirándola para siempre. La forma de su cara, la curva de su mejilla, sus largas pestañas, todo. Después de toda la oscura fealdad, las cosas verdaderamente malvadas que había visto a través de los siglos, Jaxon era para él un milagro.

Todo en Lucian era hipnotizador para Jaxx. No deseaba dejarle nunca. Deseaba quedarse allí, encerrada en su propio mundo, lejos de lo que sabía era la realidad. Se sentía segura y cálida. Adoraba la forma en que él la miraba. Ocasionalmente veía en sus ojos inesperados relámpagos de deseo, de posesividad, de calidez y ternura. Ella deseaba realmente saborear esas cosas. Abrazarlas.

– Supongo que no importa. – Se encontró replicando.

La voz de él era tan suave. Oírla era como ser enredada en terciopelo. Pero Jaxon no se engañaba a sí misma. Siendo Lucian tan sexy y excitante, tenía el presentimiento de que si era lo suficientemente estúpida como para darle cancha, fácilmente podría aparecer una arrogancia masculina y dominante que la haría rechinar los dientes.

Él estalló en carcajadas, el sonido se derramó sobre su piel como el toque de unos dedos. Un deseo que la golpeó, después floreció hasta un completo deseo. Eso la aterrorizaba. No estaba preparada para sentimientos tan intensos. ¿Había mostrado su reacción hacia él? Ya parecía bastante culpable, temiendo que alguien pudiera verla mirar a Lucian.

– Tienes que llevarme a casa. – Dijo. Su voz era ronca. Podía sentir las lágrimas atascadas en su garganta. Todo esto era una fantasía. La realidad era dura y fea. Su presencia allí conseguiría que este hombre tan guapo fuera asesinado. Él pagaría el precio final porque ella le había mirado con amor. Por haber tenido la gentileza de ayudarla.

Lucian se deslizó a través de la habitación tan velozmente, que en realidad no le vio moverse. Era un hombre alto y musculoso, elegante en todos los sentidos, silencioso mientras caminaba, pero aún así debería haberle visto. Todo lo que había hecho era parpadear, y ya estaba sobre ella, extendiendo la mano para cogerle la barbilla con dos dedos. Le inclinó la cabeza hacia arriba, obligándola a mirar a sus ojos negros. Al momento se sentió caer hacia adelante, dentro de él, una parte de él, cálida y a salvo.

– No hay necesidad de disgustarse, cariño. Puedo con ello. Realmente me partes el corazón. – Su pulgar estaba acariciando adelante y atrás por su piel, enviando olas de calor que recorrían su riego sanguíneo. – Nadie puede hacerte daño.

– No estoy preocupada por mí, idiota. – Jaxon se sentía provocada. Él no parecía entender el peligro en el que estaba. Realmente era arrogante.

De repente su conducta cambió completamente. Su sonrisa se desvaneció, y sus ojos se volvieron tan fríos como el hielo. Volvió la cabeza hacia la ventana. Claramente vio al depredador en su interior. El cazador. No había amabilidad, ni suavidad; era un guerrero sin ninguna conciencia que le pusiera obstáculos.

– Quédate aquí, Jaxon. – Murmuró casi ausentemente, claramente esperando ser obedecido. – Volveré pronto.

Y sin mucho más que eso, se fue. Otro parpadeo, y ya no estaba en la habitación. Ella se quedó allí sentada, encontrando infaliblemente el arma bajo las mantas. Su mano se apretó alrededor de ella... una extensión de su brazo, era tan familiar. Ahora sentía lo que sentía Lucian, la oscuridad que amenazaba su mundo. Se extendía lentamente, inundando su mente tan insidiosamente que, al principio, no lo había reconocido. El peligro los había encontrado en este lugar de seguridad.

La sensación era sobrecogedora, tanto que Jaxon casi no podía respirar. Fuera lo que fuera lo que les acechaba era completamente malvado. Estaba segura de que Tyler Drake la había encontrado una vez más. Era implacable en su persecución. Invencible. No había necesidad de que estuviera cerca para herir. Mataba a voluntad.

Por una vez, desde que había matado a su familia y después a su familia adoptiva, había alguien cerca de ella, alguien con que Jaxon disfrutaría tomando un café... una joven en una mecedora entusiasmada por la vida y una sonrisa preparada. Jaxon nunca se había permitido tener un amigo de verdad desde entonces. Incluso en el trabajo se aseguraba de cambiar de compañero a menudo. En público nunca le sonreía cuando salía con ellos, no deseaba provocar la rabia asesina de Tyler. Esta situación... Jaxon sola en la casa de un hombre... era el escenario perfecto que provocaría a Tyler una vez más, un maníaco vengativo decidido a matar a Lucian.

Claramente Lucian no apreciaba la extensión del entrenamiento como Navy SEAL de Tyler. Era un camaleón, fundido con el paisaje. Era un tirador supremo, capaz de lograr un objetivo a una extraordinaria distancia. Jaxon reconocía que Lucian era un hombre peligroso. Estaba en sus ojos, en la postura de sus hombros, en la confianza de su andar, en la forma en que se movía. Pero eso no significaba que Tyler Drake no pudiera acabar con él como había hecho con su padre igualmente bien entrenado y su padre adoptivo, Russell Andrews.

Jaxon apartó las mantas. Vestía sólo una camisa de hombre de seda. Como era bajita, la camisa le caía hasta más abajo de las rodillas, y, en cualquier caso, la modestia era la última cosa que le preocupaba. La sensación de peligro era ahora más fuerte que nunca. Lucian estaba en problemas, y necesitaba ir con él. Él no la conocía tan bien, no comprendía lo entrenada que estaba y lo útil que podía ser.

Ponerse en pie fue más difícil de lo que pensó que sería. No había estado en posición erguida desde hacía días. Sus piernas se sentían temblorosas, y estaba terriblemente débil. Ignorando la forma en que protestaba su cuerpo, se movió hacia la puerta, cuidado de no hacer ruido. No conocía la disposición de la casa, y, a juzgar por el tamaño de su habitación, el edificio era enorme, pero estaba segura de que encontraría a Lucian. Se sentía conectada con él. No permitiría que nada le ocurriera. Para Jaxon, era así de simple. No dejaría que él fuera herido por ninguna razón, y menos que nada por culpa suya.

Su dormitorio se abría en un largo y amplio rellano con un tramo de escaleras al final. Las alfombras eran gruesas y parecían nuevas. Cada detalle de la casa parecía ideal. Jaxon advirtió porque todo era tan perfecto, como si Lucian hubiera escogido cada artículo con cariño y cuidadosamente. Cada pintura, cada escultura, el papel de las paredes, las alfombras y los cristales tintados... era todo lo que ella siempre había soñado, incluso su preferencia por el mobiliario antiguo.

Jaxon siguió adelante absolutamente silenciosa, sus pies descalzos no hicieron ningún ruido cuando empezó a descender las escaleras. A medio camino, divisó un hueco en la pared,

una puerta de cristal ornamentado conducía a un pequeño balcón. Abrió la puerta, poniendo gran cuidado en hacerlo en completo silencio. Al momento la lluvia la empapó, el viento era tan frío que empezó a temblar. A penas lo notó. Sus ojos estaban ajustándose a la oscuridad, buscando su objetivo.

Al principio no veía nada. Un rayo dentado se arqueó atravesando el cielo, iluminando el patio de abajo. Podía ver a Lucian de pie completamente inmóvil en el mismo centro del inmenso patio. A varias yardas de él una segundo figura encapuchada con una larga capa negro permanecía profundamente entre las sombras. Notó que sus ojos parecían ajustarse rápidamente a la falta de luz, dándole una excelente visión nocturno, y una aguda audición, nueva y extraña para ella, recogió la extraña conversación entre los dos hombres. La voz de Luian era más hermoso de lo habitual, de tono bajo y con una pureza aterciopelada que crepitaba bajo la piel e inundaba la mente.

– No puedo hacer más que complacerte, Henrique, – Dijo él. – Cuando has venido desde tan lejos para acudir a mí con tan flagrante desafío.

– No sabía que eras tú, Lucian. – La segunda voz era un horrible y abrasivo ruido que chirriaba como uñas sobre una pizarra. – Se te ha creído muerto estos últimos quinientos años. Es más, se creía que te había unido a nuestras filas.

La figura se volvió, y Jaxon pudo verle perfectamente. La visión era horripilante. Su cabeza era una simple calavera gris con forma de bala, unos pocos mechones de pelo largo se desparramaban desde la coronilla. Sus ojos brillaban y su nariz no era más que un agujero. Sus mejillas estaba chupadas, sus dientes afilados y manchados. Cuando la criatura levantó una mano, sus largas uñas eran como garras. Parecía horrendo.

Jaxon quiso gritar una advertencia a Lucian. El desconocido intentaba sonar adulador, podía sentir las fuertes oleadas de odio irradiando de él. En lo más profundo donde ella sabía cosas que otros no, sabía que el monstruo que se enfrentaba a Lucian tenía toda la intención de atacarle a la primera oportunidad.

– El problema de escuchar rumores, Henrique, es que pueden ser completamente falso. Soy el dispensador de justicia de nuestra gente. He sido siempre leal a nuestro Príncipe y siempre lo seré. Tú has elegido romper nuestras leyes de los Cárpatos y las de toda la humanidad.

La voz de Lucian era tan hermosa, Jaxon se sentía complemente atrapada por ella. Tuvo que sacudir la cabeza varias veces para centrar su mente en lo que era importante. La mordedura del frío la ayudó considerablemente, al igual que la lluvia. Bajó la mirada para apuntar su pistola, el arma colocada firmemente entre las manos. Iba por un tiro en la cabeza, no daría oportunidad al desconocido a sacar su propia arma.

Henrique empezó a moverse lentamente, sus pies ondearon un extraño patrón sobre los guijarros del patio. Parecía una figura extraña, fea y malvada, algo sacado de una película de terror. Lucian pareció no volverse, aunque permaneció mirando frente a frente a Henrique todo el tiempo. Jaxon encontró el movimiento de los pies del desconocido fascinante. Se inclinó por encima de la barandilla de hierro forjado para ver mejor. La lluvia aplastaba la mata de pelo que le cubría la cabeza. Las gotas se aferraban a sus pestañas, y el viento le soplaba agua en los ojos. Una vez más el tiempo sirvió para ayudar a Jaxon a liberarse por sí misa del extraño hechizo que los movimientos del desconocido producían en ella. El arma estaba una vez más apuntada firmemente sobre la cabeza del extraño. Si daba un paso, no tendría tiempo de hacer daño a Lucian.

Sin advertencia la alta y delgada forma del desconocido se contorsionó. Jaxon luchó por contener un grito cuando el hombre se convirtió en un animal, un lobo salvaje, moteado y peludo, con una mandíbula lleno de afilados colmillos dirigidos directamente hacia Lucian. Los poderosos cuartos traseros empujaron hacia atrás las piedras, permitiendo que el animal saltara hacia Lucian en un intento de rasgar carne y arterias.

Lucian irrumpió en el aire tan rápidamente que fue un simple borrón. Jaxon intentó recomponerse a pesar del extraño fenómeno, avistando a la terrible bestia. Los colmillos

goteaban saliva, y los ojos eran de un rojo brillante de odio. El trueno estallaba tan ruidosamente que le hería los oídos mientras rayo tras rayo iluminaba el cielo. Incluso aunque pensaba que Lucian caería sobre las duras piedras y el lobo le haría pedazos, él aterrizó con facilidad, casi casualmente, sobre la bestia, sus manos le retorcieron la cabeza salvajemente. El crack del cuello fue ruidoso en el aire nocturno. Después Lucian saltó lejos del animal.

Este bramó ruidosamente, cambiando de forma de nuevo hasta convertirse una vez más en un hombre, la cabeza le colgaba horrendamente hacia un lado, sus dientes descoloridos chasqueaban y rechinaban hacia Lucian. Jaxon podía ver que las poderosas manos de Lucian habían roto el cuello, aún así la criatura de algún modo era todavía extremadamente peligrosa. Apretó el gatillo y vio el agujero abierto en el centro de la repulsiva frente incluso cuando Lucian pareció desaparecer por un momento.

Jaxon casi se desmayó cuando vio a aparecer a Lucian justo junto a la criatura. Quiso gritarle que se alejara de esa cosa aterradora, pero su garganta estaba cerrada por el terror, y ningún sonido surgió. Para su horror, la bestia todavía se arrastraba hacia Lucian con las grotescas garras que tenía por uñas. Lucian lanzó un brazo hacia adelante, un golpe poderoso que enterró el puño profundamente en la cavidad toráxica de la criatura. Jaxon oyó el terrible sonido de succión, y cuando Lucian retiró la mano, en su palma estaba el pulsante corazón de la criatura. Lucian saltó hacia atrás mientras el cuerpo se desmadejaba sobre el suelo con un grito agudo. Imposiblemente, la criatura se retorcía, sus manos se extendía ansiosamente hacia Lucian. Empezó a empujarse incansablemente a través de los guijarros.

Intelectualmente Jaxon sabía que nada de esto podía haber ocurrido... todo estaba más allá de los límites de la realidad... pero apuntó el arma directamente a la repulsiva criatura se que arrastraba hacia Lucian. Podía ver la sangre oscura extendiéndose como una mancha por los guijarros. Sin advertencia una bola de fuego golpeó desde el cielo hasta la espantosa figura de pesadilla caída en el patio, incinerándola. Consumió completamente toda evidencia de la criatura y la sangre que había derramado. Observó como Lucian tiró casualmente el corazón a las llamas y después mantuvo las manos sobre el fuego. La sangre que manchaba su piel se había ido como si nunca hubiera estado allí, aunque, milagrosamente, él no estaba quemado. Jaxon miró fijamente a la escena de abajo. La tormenta estaba pasando, el viento se llevó las cenizas hacia el sur. Y después ahí solo estaba Lucian de pie solo en el patio. Se volvió y miró directamente hacia Jaxon.

No podía respirar. Sólo podía quedarse allí mirándole con la boca abierta. Comprendió que todavía estaba apuntando con la pistola. La idea de dispararle entró en su cabeza. ¿Se había vuelto loco, o él había hecho cosas imposibles? Ya estaba retrocediendo al interior de la casa. Le llevaría unos pocos minutos recorrer el patio de vuelta a la casa, y él conocía los terrenos y la disposición del edificio, mientras que ella no. Jaxon corrió ligera bajando las escaleras y giró en posición opuesta al patio. Casi inmediatamente alcanzó la puerta. La abrió de un tirón, corrió hacia la oscuridad de la noche. Buscó un terreno elevado, algún sido desde donde pudiera ver si él se acercaba. Pero corrió directamente hacia lo que parecía ser una pared sólida.

Instantáneamente se vio detenida por dos manos fuertes. Lucian estaba delante de ella... otra cosa imposible. No había forma de que hubiera podido llegar desde el patio hasta donde ella estaba tan rápido. Toda la casa estaba entre ellos.

Jaxon intentó sacar el arma y apuntarle. Oyó su suave risa muy cerca del oído.

– No creo que sea muy buena idea para ninguno de los dos, cariño. – Le sacó el arma de la mano, tomando posesión de ella fácilmente, y la arrastró a sus brazos, acunándola contra su pecho, la parte superior de su cuerpo se inclinó hacia adelante para protegerla de la lluvia. – No obedeces muy bien, ¿eh? – Lo preguntó con la misma nota de diversión que siempre hacía algo peculiar con su corazón.

– Quiero marcharme. – Estaba temblando tanto que los dientes le castañeaban, sin estar segura de si era por el frío y la lluvia o por el miedo a Lucian y lo que era. Porque,

claramente, no era un hombre ordinario. Ni importaba que fuera guapo y sexy y tuviera una hermosa voz.

Él se movió rápidamente hasta el interior de la casa. La puerta se cerró firmemente tras ellos.

– Te dije que te quedaras en la cama.

– Quería ayudar. – Enterró la cara contra su hombro porque no tenía ningún otro sitio a donde ir, y estaba congelada, asustada y exhausta. Él era cálido y fuerte y la daba la impresión de que podía manejar fácilmente cualquier cosa. La daba la sensación de estar a salvo con él. – No podía dejar que te enfrentaras solo a lo que fuera que había ahí fuera. – Para su horror, parecía una disculpa.

– Te las arreglaste para asustarme a muerte. – Observó él sin inflexión.

Ella levantó la cabeza y le miró acusadoramente.

– *Yo* no. ¿Qué era esa cosa? Le disparé directamente a la cabeza. Tú le rompiste el cuello. Incluso después de que le arrancaras el corazón... y no me digas siquiera como conseguiste hacer eso... la cosa siguió avanzando hacia ti.

– Era un vampiro. – Lo dijo suavemente, como si dijera cualquier cosa, tranquilamente, un hecho cierto.

Todo en Jaxon quedó inmóvil. Incluso su aliento pareció detenerse. Deseaba creer que no existía tal cosa, pero lo que había presenciado era innegable. Su aliento llegó en un largo seseo mientras mantenía una mano en alto.

– No me cuentes más. Nada. No quiero oír ni una palabra más.

– Tu corazón late demasiado rápido, Jaxon. – Señaló Lucian gentilmente. Abrió de un empujón la puerta del enorme baño con un pie elegantemente calzado.

– Respóndeme a una sola cosa. ¿Estoy en un hospital psiquiátrico? Si he perdido la cabeza, está bien, puedes decírmelo. Creo que al menos eso quiero saberlo.

– No seas tonta. – Dijo él suavemente con su voz negro aterciopelado.

Cerró los ojos para alejarse de él, del tremendo poder que parecía ejercer sobre ella. Debido al hecho de que estaba congelado y débil y él tenía su arma, el único ataque real que podía funcionar lo suficiente como para liberarla sería ir por sus ojos. Pero tenía unos ojos extraordinariamente hermosos. Sería una vergüenza arruinarlos. No sabía si se podía obligar a sí misma a hacer tal cosa.

Entonces oyó su risa, baja e íntima. *Gracias a Dios por el don de mis hermosos ojos. No querría que intentaras hacerme algo así de terrible.*

Las largas pestañas de ella batieron y se abrieron, y levantó la mirada hacia él más con acusación que con asombro.

– ¡Puedes leer mis pensamientos! Así es como supiste que puerta escogía para huir. ¡Me lees el pensamiento!

– Debo confesarlo, es cierto. – Ahora sonaba muy divertido. La acunó en su regazo, acercándola al calor de su cuerpo, mientras llenaba de agua caliente la enorme bañera. Añadió varias sales de baño de un bote de hermosa forma. A un ondeo de su mano se encendieron varias velas aromáticas.

– *No* te he visto hacer eso. – Negó Jaxon, volviendo la cabeza lejos de él. – Pero he captado el hecho de que no me hablas siempre necesariamente en voz alta. Te ríes y me hablas, pero en mi cabeza, en mis pensamientos. – Se apretó al frente con las manos. – Esta vez estoy en auténticos problemas, ¿verdad?

Estaba temblando mucho, y esta vez estaba segura de que era más de miedo que de frío. Al menos todavía tenía suficientes facultades como para saber que debía tener miedo de él.

– Tú también eres capaz de hablarme del mismo modo, cariño. – Replicó él, su voz consoladora. – Jaxon, mírame. No te escondas de esto. ¿De qué serviría? – Lucian encontró que ella se volvía del revés. Traía tal alegría a su mundo anteriormente vacío y violento.

Ella alzó la cabeza para que sus enormes ojos color chocolate pudieran encontrar los negros.

– No me tienes miedo. – Insistió él. – Busca en tu interior. El conocimiento de que hay cosas en el mundo de las que no sabías nada es comprensiblemente aterrador, pero no me tienes miedo.

– ¿Y eso cómo lo sabes? – No caería en esos ojos suyos dejando que la hipnotizara. Eso era, ¿verdad? Tenía alguna cosa del tipo hechizo de magia negra que hacía con esos ojos. Simplemente no los volvería a mirar.

Su perfecta boca se curvó en una sonrisa.

– He compartido tu mente. Sé todo tipo de cosas sobre ti. Como tú sabes toda clase de cosas sobre mí.

– Bien, pues no quiero saberlas. – Soltó ella. – No quiero ser parte de nada de esto. Disparé a esa cosa justo en medio de la frente, blanco mortal, y no se murió.

– Hay una única forma de matar a un vampiro y asegurarse de que no se alza de nuevo. Debes extraer el corazón e incinerarlo. Su sangre actúa como un ácido sobre la piel o resulta venenosa al introducirse en el riego sanguíneo. Incluso después de muerto un vampiro puede causar un daño tremendo si no se dispone de él apropiadamente.

Le miró fijamente.

– Te dije que no quería saber nada más.

Él empezó a desabrochar los botones de la camisa de ella, soltando cada uno de ellos cuidadosamente del hojal. Sus dedos rozaron cálidamente la suave piel, dejando atrás diminutas llamas danzarinas.

Ella le cogió las manos, deteniendo su acción.

– ¿Qué crees que estás haciendo? – Intentó parecer ultrajada en vez de sorprendida y horrorizada por la reacción de su propio cuerpo ante él.

– Te estoy quitando la ropa mojada. No te hacen ningún bien, cariño, si tu intención es esconder tu cuerpo de mí. La camisa empapada por la lluvia es ahora completamente transparente. – Señaló lo obvio sin la más mínima inflexión en su voz de suave terciopelo. – Estás muy fría, y necesitas calentarte. Pensé que esta era la mejor forma de hacerlo. Pero estaría más que feliz de escoger otra, si así lo deseas.

Ella empujó la pared de su pecho, poniéndose brillantemente roja ante su implicación. Él tenía razón; la camisa mojada lo revelaba todo.

– Largo. No voy para nada a tomar un baño contigo en la habitación.

Él estudió su cara. Estaba muy pálida. Toda ojos. En su mente había confusión y temor pero no auténtica resistencia. No era del tipo de las que se tiraban por la ventana.

– No me gustaría que resbalaras y cayeras, jovencita.

– Es insultante que te refieras a mí como "jovencita", como si fuera una niña. Soy una mujer adulta. – Le informó arrogantemente.

Su sonrisa casi le quitó el aliento.

– Eso es lo que me estoy temiendo. – Dijo él.

– ¿Qué significa eso?

– Significa, Jaxon, que soy demasiado viejo para ti. – Los ojos negros de Lucian se movieron sobre su cara con el brillo posesivo muy evidente. – Aunque no hay otra para mí, para ninguno de los dos. Estamos pegados el uno al otro.

– Lárgate. – Empujó de nuevo impotentemente hacia su amplio pecho. – Voy a meterme en la bañera durante un largísimo rato y convencerme a mí misma de que nada de esto ha sucedido. Deben ser las drogas o algo así. O el golpe en la cabeza que me ha dejado muy confundida.

– Nunca recibiste un golpe en la cabeza. – La diversión volvió el cálido terciopelo de su voz en pura seducción. – Ese fue tu compañero.

– ¡Vete! – Esta vez señaló la puerta.

Amablemente él permitió que sus pies tocaran los azulejos. Sacudiendo la cabeza ante su tontería, se deslizó casualmente fuera de la habitación.

Jaxon tomó un profundo y tranquilizador aliento y lo dejó escapar lentamente. Simplemente no existían cosas tales como los vampiros en el mundo. Simplemente no era así. Tiró la camisa húmeda a un lado y se sumergió agradecida en el agua caliente.

Si, existen. Acabas de ver uno. Su nombre era Henrique, y no era muy hábil. Hay muchos más. No te preocupes, Jaxon. Soy un cazador del no–muerto, y te protegeré.

Estaba en su mente de nuevo. Sacudió la cabeza como si eso le sacara de allí.

– No quiero saber nada de vampiros. He podido pasarme toda la vida sin esa información y ser perfectamente feliz. No quiero saberlo. – ¿Era el propio Lucian un vampiro? Había llegado del patio a la puerta por la que ella huía, y la enorme casa entera había estado entre ellos. ¿Cómo se las había arreglado? – ¿Y que hay de todos mis sueños de un príncipe oscuro y sangre y cosas repulsivas como esas? – Lo murmuró en voz alta para sí misma.

¿Cosas repulsivas? Definitivamente se reía de ella. *No soy un vampiro, aunque fingí ser uno durante unos pocos siglos para ayudar a mi hermano. Soy un Cárpato, un cazador de vampiros, aquellos de los de mi raza que han rendido sus almas a la oscuridad que existe dentro de todos los hombres de los Cárpatos.*

¿Unos pocos siglos? ¿Como de viejo eres, de cualquier modo? ¡Espera! No respondas a eso. No quiero saberlo. Sólo deja de hablarme. Esto es una locura. Debo estar altamente drogada, y pronto me despertaré en el hospital, y todo volverá a ser normal. Te he imaginado. Lo que voy a hacer es ignorarte y tomar un baño. Los vampiros y tú largaos para siempre de mi mente. Así que no me hables.

Lucian se encontró riéndose en voz alta. El sonido le sobresaltó. No podía recordar como era reírse. Sentaba bien. Colocó la palma de una mano sobre la puerta del baño. Había resistido a casi dos mil años de vacío, de oscuridad y violencia. Sin emociones. Nada. Su propia gente, aquellos a los que había protegido, habían estado tan asustados de su poder y habilidad que susurraban su nombre y se escondía cuando él pasaba cerca. Aún así una pequeña mujercita humana había obrado un milagro y habría traído la risa a su vida.

No había dudas sobre lo que era él. Una máquina de matar diseñada para proteger a Cárpatos y humanos por igual del mal. Era más que bueno en su papel. Destruía fácilmente sin rabio o remordimientos.

Pero Jaxon Montgomery era la cosa más bella que había encontrado nunca. Era suya, y nunca la dejaría marchar. ¿Pero le estaba ella cambiando? Su palma acarició la puerta tras la cual ella se bañaba, su corazón dio un vuelco extraño, inesperadamente.

El agua caliente caldeó las entrañas de Jaxon pero hice arder sus heridas en proceso de sanación. Frunció el ceño ante la evidencia del reciente tiroteo en el almacén. Debería haber muerto de tan graves heridas. Y todas sus miserias habían terminado finalmente. Dobló las rodillas y descansó la cabeza en lo alto de ellas. Ahora cargaba con una responsabilidad todavía peor. Tendría que proteger al mundo no solo de criminales humanos sino de cosas de pesadilla. No podía hacerlo. Ya no. Simplemente no podía seguir en el mundo y estar tan completamente sola. La simple idea la dejaba laxa y rendida.

Nunca volverás a estar sola, cariño. La voz, tan suave y hermosa, estaba llena de compasión.

Jaxon hizo un esfuerzo por recomponerse.

– Te dije que no me hablaras.

Estoy pensando, no hablando. La ternura mezclado con diversión en su voz hizo que le diera un vuelco el corazón, haciéndola sentir todavía más vulnerable.

– Bueno, pues no pienses tampoco. Se pasó una mano por el pelo húmedo. Esta es la clase de cosa que simplemente no le ocurría a la gente normal. ¿Por qué atraía ella a cosas tan raras?

Yo no soy una cosa.

– No puedo oirte. – Estaba sonriendo a pesar de sí misma. Había algo en él que se hacía querer, como podía hacerlo una criatura tan aterradora. Sus ojos se abrieron de repente de par

en par. Él había sabido que estaba allí fuera. Todo el tiempo. Había sabido que ella estaba en ese balcón.

– Es cierto, ¿verdad? – Susurró, porque sabía que él podía oírla. Si ella podía oirle en su cabeza, él podía oirla susurrar.

Si.

– Y puedes borrar todo esto de mi mente. – Tenía sentido. ¿De que otro modo podría alguien como Lucian haber permanecido oculto al mundo? – ¿Por qué me dejaste ver ese cosa horrenda? Nunca conseguiré sacarme esa imagen de mi cabeza.

Tú no querrías que borrase el conocimiento. Ni ninguna otra cosa. Sé que no querrías. La tentación está ahí, naturalmente, pero no desearías tal cosa, y yo te respeto demasiado como para tomar la decisión por ti.

Jaxon se frotó la frente dolorida. Tenía razón. Era una tentación olvidar los horrores que había visto. Quería gritarle que nadie podía asimilar tal conocimiento. Pero tenía razón. Le odiaría si tomase una decisión semejante por ella, y nunca elegiría la ignorancia. ¿Pero que significaría este conocimiento para ella en el futuro? ¿Qué podía significar?

Sin ninguna razón aparente, Jaxon empezó a llorar. Una vez las lágrimas empezaron, no pudo controlarlas. Grandes sollozos surgieron, sacudiéndola con su intensidad. Ella nunca lloraba. ¡Nunca! Deliberadamente se sumergió bajo el agua, esperando que lavara las lágrimas. Sería humillante que Lucian la pillara llorando. Al momento llegó la idea de que él tenía que ser consciente; estaba en su mente, una sombra monitoreando sus más privados pensamientos y recuerdos. Salió tan rápido, que se golpeó la cabeza con el grifo. Chillando, Jaxon se puso en pie en la enorme bañera, con el agua cayendo de su cuerpo.

Lucian se materializó directamente delante de ella, sus ojos negros ansiosos mientras alargaba la mano hacia una enorme toalla de baño. Jaxon jadeó audiblemente.

– ¡Dios mío, simplemente has aparecido de ninguna parte! ¡Ni siquiera has atravesado la puerta!

Él la envolvió en la toalla. Era mucho más que una tentación tenerla allí de pie desnuda, confusa, con los ojos abiertos de par en par y el agua corriendo por su cuerpo. Empujándola al abrigo de su enorme cuerpo, empezó a secarla.

– En realidad las puertas no son en absoluto necesarias, cariño.

– Evidentemente cerrarlas con llave no ayudaría mucho. – Señaló ella. Inclinó la cabeza para estudiar su hermosa cara. – Estoy cansada, Lucian. Necesito acostarme.

El la deslizó entre sus brazos. Parecía tan frágil. Un viento fuerte podría con ella.

– Si sigues llorando, cariño, se me romperá el corazón. – Lo dijo en serio, demasiado en serio.

Su corazón ya se condolía por ella. Tenía ojeras. Acunándola cerca de su pecho, contra el firme latido de su corazón, se deslizó a través de la casa, subiendo las escaleras, y de vuelta a su dormitorio. Muy gentilmente la colocó de vuelta en la cama.

– Ahora dormirás, Jaxon. – Ordenó. Su voz la hizo desear hacer cualquier cosa que él le pidiera. No, que le ordenara. Eso había sido... una orden... y estaba tan hipnotizada por la hermosura y pureza de su voz, que sucumbía a su poder.

–¿Tengo razón? ¿Es eso lo que haces? – Le permitió ayudarla a ponerse otra camisa. Los dedos de él una vez más dejaron llamas por cada lugar en el que rozaban su piel mientras la abotonaba por ella. Resueltamente, él tiró de las colchas subiéndoselas hasta la barbilla.

– Si, con mi voz y mis ojos puedo controlar a otros fácilmente. – Lo admitió sin avergonzarse, del mismo modo que hacía todo lo demás, dándolo por cierto, en su suave y gentil tono.

Una débil sonrisa iluminó los ojos de ella durante un momento.

– Lo admites tan fácilmente. ¿Cuando otros como tú existen por ahí afuera?

– No muchos. Los Cárpatos nos estamos muriendo. Muy pocos de nuestros hombres pueden encontrar a sus compañeras.

Ella cerró los ojos.

– Sé que no debería preguntar. Sé que no debería, pero no puedo contenerme. ¿Qué es una compañera? – Sus largas pestañas se alzaron, y la riza danzó cautelosamente en las profundidades de sus ojos, a pesar de que brillaban con lágrimas.

Él le revolvió el pelo, sus dedos los peinaron en una semblanza de control.

– Tú eres una compañera, cariño. Mi compañera. Me ha llevado casi dos mil años encontrarte, y nunca me atreví a creer en un milagro semejante en todo ese tiempo.

Jaxon levantó una mano, con la palma abierta.

– Lo sabía. Sabía que no quería oír esto. ¿Casi dos mis años, dices? Eso te haría *muy* viejo. Tienes razón... eres demasiado viejo para mí.

Los fuertes dientes blancos relampaguearon. Estaban perfectamente rectos, su boca era sensual. Todo en él era perfecto. Le miró fijamente.

– ¿No podrías al menos parecer arrugado y polvoriento, y que hubieras perdido casi todos los dientes?

Lucian rió, el sonido fue tan hermoso que podía sentir el susurro de alas de mariposa en su estómago. Era increíblemente carismático. Sabía que estaba cayendo bajo su hechizo. ¿Eran reales sus emociones, o él la estaba sugestionando? Nunca había sentido esto por nadie. Era aterrador lo fuertes que eran las emociones evocaba en ella.

– Tampoco yo me había sentido así antes. – Dijo él seriamente. Honestamente. La pureza de su voz hacía que fuera imposible para él mentir. – Nunca he deseada a otra mujer de esta forma, Jaxon. Para mí, solo existes tú.

– No puedes tenerme. Yo vivo en un mundo que no incluye el amor. No hay lugar para ti. Tyler Drake puede no ser un vampiro, pero es muy peligroso. No seré responsable de ninguna otra muerte. Hay ya suficiente sangre en mis manos para todo un ejército.

Decidió que no iba a creer en todas estabas tonterías de vampiros. Eso era todo lo que era. De otro modo, tendría que estar comprometido, quizás deseaba estar comprometida.

El le tomó las manos, dándoles la vuelta de forma que pudiera inspeccionarlas cuidadosamente. Se llevó las palmas a la calidez de su boca, después presionó un beso exactamente en el centro de cada una.

– Yo no veo ni una gota de sangre, cariño. Tú nunca has sido responsable de lo que Tyler Drake ha elegido hacer.

– No me estás escuchando. – Sonaba triste, acurrucándose más profundamente entre las almohadas. Una vez más se sentía segura, cuando sabía que no era posible que fuera cierto. – No me arriesgaré con tu vida.

Lucian rió de nuevo. Jaxon podía oír la diversión genuina en su voz.

– Todavía no me entiendes, jovencita, pero pronto lo harás.

Capitulo 3

Los sonidos y olores dijeron a Jaxon que estaba en un hospital. Abrió los ojos cautelosamente. Estaba tendida en una cama, pero todavía podía sentir su pistola en la mano. Una enfermera revoloteaba cerca.

La mujer sonrió a Jaxon.

– Está despierta. Bien. El doctor está planeando darle de alta esta noche. Ha estado preocupado porque se vaya a casa sola, pero su prometido le ha asegurado que estará bien cuidada.

El corazón de Jaxon se hundió. Esperaba simplemente haber soñado con vampiros y oscuros y sexys desconocidos "Cárpatos", pero estaba más que segura de que no tenía prometido antes de que le dispararan. Se quedó muy quieta. No tenía ni idea de que decir, de cómo responder. No sabía siquiera como había llegado al hospital. La enfermera daba vueltas por ahí, abriendo las cortinas, y permitiendo que Jaxon viera el sol que ya estaba cayendo.

Jaxon comprendió que ya no se sentía a salvo. Estaba en un ambiente en el que tenía poco o ningún control. Si Tyler quería dar con ella, sería fácil. Podía disfrazarse como ordenanza y entrar bailoteando directamente en su habitación. Y estaba sola de nuevo. Durante unos pocos momentos preciosos de su vida realmente había tenido a alguien con quien compartirlo... Lucian... un raro evento. Ahora estaba sola y una vez más responsable de la seguridad de los que la rodeaban.

No escuchas muy bien, Jaxon. Ahí esta esa voz suave y tranquilizadora. *O es eso, o he sobrestimado tu inteligencia y necesito explicarte las cosas muchos más clara y cuidadosamente. Oyó una nota de diversión masculina.*

Jaxon miró a su alrededor rápidamente. No había nadie más con ella en la habitación a excepción de la enfermera. La enfermera parecía no haber notado ninguna voz incorpórea.

Ya has conseguido que oiga voces. Voy a acudir a la institución mental más cercana e insistir en que necesito ayuda inmediatamente. Eligió sus pensamientos cuidadosamente, deseando que él oyera su respuesta.

Se rió. Podía oír su diversión genuina, esa voz de suave terciopelo, hermosa y perfectamente entonada que parecía acariciarla ya la estuviera él tocando o no. Ahora era tan familiar, una parte de ella que nunca quería perder.

Pero tienes que alejarte. Iba a ser firme en eso. Ya fuera que estuviera completamente loca y él fuera un producto de su imaginación debido a que necesitaba a alguien tan desesperadamente, o que fue muy real... y más problemático de lo que ella podía afrontar.

Dudo que hubieras imaginado a alguien tan dominante como yo. Querrías a algún mequetrefe al que dar órdenes para así poder seguir creyendo que tenías que proteger a todo el mundo

Eso no tiene gracia, Lucian. No tienes ni idea de cómo es Tyler Drake. Algunos de los mejores del país han intentado capturarle y han fracasado. Eres tan arrogante, vas a conseguir que te maten. Odio ese rasgo en los hombros. No es valentía; es pura estupidez. Sé que Drake es peligroso, y siempre estoy preparada, porque no me imagino que soy mucho más buena que él. Había un borde afilado en su voz. Se estaba irritando con la arrogancia de Lucian.

Su voz no cambió, permaneciendo tan amable y tranquilizadora como siempre. *No es arrogancia, Jaxon, cuando uno no conoce sus propias habilidades. Tengo confianza porque sé lo quien soy, lo que soy. Soy un cazador. Es lo que hago.*

Él es un asesino. Eso es lo que hace él.

Estás empezando a preocuparte. Estaré contigo pronto para llevarte a casa conmigo. Tendremos tiempo de sobra para discutir esto. Entretanto haz lo que sea que diga el doctor para que te de el alta.

Jaxon fue consciente de repente de que la enfermera la miraba fijamente. Parpadeó rápidamente para enfocar su atención en lo que la mujer le estaba diciendo.

– Lo siento, estaba ensimismada en mi pequeño mundo. ¿Qué decía? – Forzó una pequeña sonrisa.

– Creo que cualquiera con un prometido como el suyo se quedaría en su pequeño mundo. ¿De verdad es billonario? ¿Cómo es? No puedo concebir un billón de dólares. Se reunió anoche con la junta del hospital e hizo una enorme donación para agradecer lo bien que la hemos cuidado. Ha tenido estaba habitación protegida día y noche. – Su voz se volvió soñadora. – Dijo que usted era su mundo y que no podía respirar sin usted. Imagine un hombre diciendo eso mismo en voz alta en una habitación repleta de otros hombres. Daría cualquier cosa por que mi marido se sintiera así con respecto a mí.

– Probablemente lo hace. – Murmuró Jaxon, temerosa de decir nada más. No estaba comprometida con Lucian. – ¿Se llamó a si mismo mi prometido?

¿Qué otra cosa podía hacer, cariño? ¿Referirme a ti como mi compañera? Entiendo que ser tu prometido me da ciertos derechos para dirigir tu vida mientras estás enferma. Nunca habrían entendido que como mi compañera era la otra mitad de mi alma. No cedas al pánico todavía. Sólo aseguraba tu seguridad.

No entiendo lo que significa ser una compañera.

Podría explicártelo.... ofreció él solemnemente.

¡No! ¡No creo que quiera oir ni una palabra más sobre el tema! Ni una palabra, Lucian. Sabía endemoniadamente bien que él no estaba siendo ni mínimamente serio, y su molesto hábito de reírse de ella lo iba a meter en un problema mayor. Tenía la idea de que porque era tan pequeña, no era una fuerza a tener en cuenta. Tenía intención de cambiar esa impresión tan rápidamente como él la había conseguido. *¿Un billonario? ¿Eso no es un poco dramático? ¿Y si alguien te pide que lo pruebes? Pensaba que la idea era no llamar la atención.* Estaba siendo deliberadamente descarada, intentando ocultar el hecho de que estaba feliz de que él fuera muy, muy real.

Esconderte saliendo al descubierto es siempre la mejor opción. Y vivir durante siglos le

da a uno la habilidad de amasar una fortuna. Es relativamente fácil. Cuanto más dinero tiene uno, más fácil es ocultar su verdadera identidad. La gente espera cierta excentricidad de los que tienen dinero. Así que, es simplemente otra herramiento que utilizo.

Encima no puedes ser billonario. Me estás volviendo completamente loca. Lo sabes, ¿verdad?

–¡Jaxx! – Barry Radcliff estaba en el umbral de su puerta, su enorme cuerpo apoyado contra la puerta, una gran sonrisa de alivio se extendía por su cara. – Gracias a Dios. No dejaban de decirme que estaba mejorando, pero por una razón u otra, nunca podía posar realmente mis ojos en ti. Han estado alimentando toda clase de majaderías sobre algún prometido. Yo seguía diciéndoles que no tienes ningún prometido, pero nadie me escuchaba, ni siquiera el capitán. Reclama que conoció al tipo, algún billonario extranjero, y que los rumores eran verdad. Creo que quizás esa bala en la cabeza me transportó a otro mundo.

La enfermera los dejó para que hablaran en privado.

– Al menos tú tienes una excusa. – Jaxon estaba tan aliviada de ver a alguien normal, que sintió que lloraría de nuevo. – ¿Y por qué no mantuviste tu trasero fuera de ese almacén como te dije? ¿También tú tienes complejo de héroe, Barry?

El caminó lentamente, cuidadosamente, a través de la habitación como si sus piernas estuvieran temblorosas y tenía el brazo en cabestrillo.

Olvidé mencionar que soy un hombre muy celoso, cariño. No te alegres demasiado de ver a este hombre. La textura de la voz de Lucian en su cabeza era la misma, aunque no del todo. Era más suave que nunca, terciopelo sobre acero. Una advertencia sutil.

Supéralo. Es mi compañero. Deliberadamente Jaxon abrazó a Barry cuando normalmente nunca lo habría hecho.

Te ocultas a ti misma tus propios sentimientos. Tienes un gran afecto por este.

¿Y qué si es así, bonito hábito el de mantenerme al tanto de mis auténticos sentimientos, verdad? Lo preguntó dulcemente, permitiendo que Barry se mantuviera en posesión de su mano mientras se sentaba al borde de la cama.

– ¿Recuerdas que ocurrió, Barry? Porque yo no recuerdo nada después de que me dispararan. – Tenía curiosidad. No tenía ni idea de como habían salido ninguno de los dos del almacén cuando ambos estaban seriamente heridos.

La confusión empañó los ojos grises de Barry.

– Sabes, tengo pesadillas con eso. Yo tampoco lo recuerdo. En mi pesadilla un enorme lobo mata a todos los tipos malos como un ángel vengador, después se convierte en un hombre, arrastra mi trasero fuera de allí, y después te saca en brazos. – Barry se pasó una mano sobre la cara. – No puedo recordar al hombre, sólo al lobo, los ojos. La forma en que me miró. Pero juraría que apareció un hombre salido de ninguna parte para rescatarnos.

Fuiste tú. Nos salvaste. Debería haberlo sabido. Lo había sabido. En lo más profundo de su interior tenía un recuerdo... de Lucian o propio, no estaba segura... pero lo había encontrado y rechazado. Había sangre, muerte y algo tan erótico y de algún modo equivocado... ¿algún tipo de extraño ritual de sanación quizás?... que Jaxon no quería volver a tocar.

No iba a permitir que escaparas de mi ni siquiera por medio de la muerte, Jaxon. Disfruto mucho de tu sentido del humor. Ahí estaba esa gentileza que hacía que le diera un vuelco el corazón, que le decía que él sabía que estaba asustada, sola y más que confusa.

Jaxon tuvo el presentimiento de que esta vez él estaba mucho más cerca, su presencia era más fuerte en su mente, no una mera sombra. Involuntariamente miró nerviosa hacia la puerta.

– No te preocupes, Barry, creo que los dos necesitamos quedarnos tan lejos de un psiquiátrico como sea posible. Probablemente nos encerrarían. Yo misma he tenido algunas pesadillas.

Barry se movió hacia ella, inclinándose más cerca. Bajó la voz.

– Ya que estamos aquí solos, bien podría decirte que esta no es la primera experiencia

rara que he tenido. ¿Recuerdas a ese asesino en serie que ha estado atemorizando la ciudad en los últimos meses? Por supuesto que sí. Yo fui el primero en llegar a la escena del tercer asesinato. Estaba fuera de servicio en la zona. Vi un lobo allí. Volvió la cabeza y me miró, y vi inteligencia en sus ojos. Inteligencia de verdad. Fue extraño. Me miraba como si estuviera decidiendo si yo valía o no la pena, decidiendo si me mataba o no. Justo como en el almacén. Pero entonces no era un lobo en absoluto; era un hombre, y por mi vida, no puedo recordar que aspecto tenía. Ni siquiera su constitución. Tú me conoces, Jaxx. Recuerdo hasta el más pequeño detalle, y ahora ya van dos veces que he visto a un lobo donde no podría haber ninguno, y no puedo describir al hombre que vi, ni al de la escena del asesinato y al que nos salvó la vida.

– ¿Qué estás diciendo, Barry? – El corazón de Jaxon estaba empezando a latir con alarma de nuevo. ¿Había sido Lucian? ¿Qué era Lucian? ¿Podía haber proyectado la imagen de un lobo?

Barry se encogió de hombros.

– No sé lo que digo. Sólo sé que vi esa maldita cosa. Era real. Y parecía como el del almacén. Era enorme, bien alimentado. No algún perro escuálido, como sugirió el capitán. Tenía ojos peculiares. Muy negros, diferentes a los de un animal. Ardían con amenaza, y quiero decir que ardían de verdad. Y poseían casi... inteligencia humana. – Se pasó una mano por el pelo. – Comprobé si un lobo había escapado del zoo o de alguna reserva natural, pero no, y nadie más ha visto nada. Podría haber sido un lobo, pero... no sé adonde voy con esto, pero tú eres la única persona ante la que lo admitiría.

Yo estaba allí cazando al vampiro, Jaxon. Deja de intentar asustarte a ti misma.

– Yo no vi ningún lobo, Barry, pero yo misma he tenido extrañas pesadillas. Quizás los dos estamos locos. – Forzó una débil sonisa. El sonido de su corazón latiendo era tan alto que pensó que podría volverse loca.

– Quizás va con el trabajo, Jaxx. De cualquier modo, ¿los rumores que he oído sobre ti son verdad, u otra pesadilla? Soy tu compañero. ¿Sabría algo como si tienes o no un prometido? ¿Especialmente si él es un millonario?

Jaxx oyó el dolor en su voz, podía sentirlo atravesándola como un cuchillo.

Lucian pudo sentirlo. *Ese es el problema, cariño. Hay demasiada compasión en ti. Tú no eres responsable de sus sentimientos.*

Es mi compañero, y le debo lealtad. Nuestra pequeña charada le hará daño. Voy a decirle que no es realmente verdad, dijo desafiantemente.

– ¿Jaxx? – Interrumpió Barry, mantenía los ojos fijos en su cara.

– Sabes lo difícil que ha sido mi vida, Barry. – Empezó reluctantemente, sin estar segura aún de que decir.

Los amplios hombros de Lucian llenaron el umbral de la puerta. Estaba impecablemente vestido con un traje a medida, su pelo largo, de un negro tan brillante como el ala de un cuervo, echado hacia atrás y asegurado con una tira de cuero en la nuca. Le robaba el aliento. Su sola presencia llenaba la habitación. Se movió fácilmente, fluidamente, el poder se aferraba a él mientras flotaba por el suelo hasta inclinarse y rozar su coronilla con un beso. El toque de sus labios la hizo sentirse ligeramente desmayada. Después su corazón encontró el lento y tranquilizador ritmo del de él.

– Buenas noches, ángel. Veo que han permitido que te visite tu compañero. Barry, soy Lucian Daratrazanoff, el prometido de Jaxon. Por favor, permite que te agradezca haberle salvado la vida.

Barry volvió sus ojos grises de vuelta a la cara de Jaxon acusadoramente.

Lucian se sentó en el borde de la cama, y su enorme cuerpo acercándose protectoramente al de ella.

– Jaxon quería hablarte de mí; se quejaba de ello todo el tiempo. Pero tenía miedo de que de algún modo Tyler Drake supiera de mí o que tú contaras con su confianza y te hiciera daño. – Colocó un brazo alrededor de los hombros de Jaxon. – Es una vida difícil la que lleva,

y aquellos de nosotros que la amamos sabemos que intenta protegernos incluso cuando preferiríamos que no lo hiciera. Sé que entiendes por qué mantuvo silencio.

Barry no podía evitar escuchar la cadencia de la increíble voz del hombre. Apartó la mirada de Jaxon hasta Lucian, y fue como caer en un profundo mar de tranquilidad sin fondo. Por supuesto que lo entendía. Jaxon siempre protegía a los que la rodeaban. ¿Cómo podía hacer otra cosa? Y le gustaba Lucian; podía ver que era bueno para Jaxon, sería capaz de cuidar de ella. Terminarían siendo grandes amigos.

¡No te atrevas a plantar cosas en su cabeza! Ultrajada, Jaxon intentó rodear a Lucian para sacudir a Barry fuera de su trance. Se había quedado mirando a los ojos de Lucian con lo que parecía ser éxtasis.

Lucian no apartó la mirada de la de Barry. Simplemente contuvo a Jaxon con una mano. ¿*Este hombre es importante en tu vida?* le preguntó silenciosamente.

Sabes que si. ¡No enredes en su cabeza!

Si es importante para ti, entonces es imperativo que me acepte. Óyeme bien, Jaxon. No puedo permitir que ningún otro sepa que mi especie existe. ¿Entiendes lo que estoy diciendo? Estoy accediendo a que este hombre quede bajo mi protección porque le tienes afecto. No es cosa pequeña. Pero él debe aceptar nuestra relación.

Yo no acepto nuestra relación. No tenemos ninguna relación. Por amor de Dios, estoy hablando con el pensamiento, no en voz alta como un ser humano normal. Oigo y veo mejor de lo que debería, y tú y yo sabemos que debería estar muerta. No es así, ¿verdad? Me hiciste alguna cosa rara que me trajo de vuelta, y ahora soy un zombi o algo así. Terminó con una nota cercana a la histeria.

Lucian se rió suavemente y se inclinó para rozar la comisura de su boca con la de él.

– Eres tan hermosa, cariño.

Él no debería tener esa boca. Tenía que ser un pecado tener una boca así. Y su voz también debería estar prohibida.

– No lo soy, pero aprecio que lo digas. – Nadie nunca la había descrito como hermosa.

– No había nadie para hacerlo. Ahora me tienes a mí. – Miró una vez más hacia el compañero de Jaxon.

Barry se encontró a sí mismo sonriendo al hombre.

– Desearía que me lo hubiera contado antes, pero por supuesto lo entiendo. Drake es una amenaza que no hemos sido capaces de mantener fuera de su vida. Pero debes comprender que tendrás que ser protegido todo el tiempo. Si vienes a la comisaría, te mostraré todo lo que tenemos de él. Es importante que le reconozcas. Hay muchas probabilidades de que intente matarte.

Jaxon sacó la mano de la de Barry y se movió alejándose de Lucian, retrayéndose en sí misma.

– Los dos deberíais marcharos. Este lugar es demasiado público. Hay muchas probabilidades de que ahora mismo esté vigilándonos.

Lucian tiró del pequeño cuerpo de Jaxon, deslizándola protectoramente bajo su hombro como si no hubiera notado que estaba intentando mantenerse lejos de él. *Te preocupas demasiado por Tyler Drake, cariño. No es invencible.*

Ni tú tampoco. Sus grandes ojos oscuros se movieron sobre la cara de él casi amorosamente, aunque ella no lo notó. Decidió que le gustaba tener a alguien con quien discutir. Por el que preocuparse. Con quien bromear y reír.

Sabía que acabaría gustándote. Ahí estaba de nuevo su risa, suave terciopelo, seductora.

Solo me siento sola. Alzó la barbilla hacia él con desafío. *Un troglodita podría haberme servido también, así que no empieces a inflar pecho.* Tenía un maldito pecho agradable, a decir verdad.

Su risa hizo que se le acelerara el pulso, y sentir la calidez de su aliento en la nuca envió escalofríos por su cuerpo. Se volvió hacia su compañero, decidida a ignorar a Lucian y sus efectos sobre ella.

– ¿Cuándo sales de aquí, Barry? A mi me dejan marcharme hoy.

– Casi te mueres. ¿En qué están pensando? – La sorpresa era clara en la cara de Barry. – ¿Los médicos son idiotas?

– Tengo conexiones. – Intervino Lucian suavemente, tranquilizadoramente, una vez más su voz y sus ojos mantuvieron a Barry hechizado. – Voy a llevarla a mi casa. Allí la seguridad es muy alta. Nadie entra sin mi conocimiento. Y me ocuparé de que tenga cuidados médicos. No tendremos que preocuparnos tanto por ella. Aquí tienes, déjame darte mi dirección y mi número privado. Puedes encontrarnos en cualquier momento todas las noches. Trabajo casi exclusivamente por las tardes y noches, ya que trato con diferentes países y zonas horarios. Sólo asegúrate de dejar tu nombre, y o Jaxon o yo te devolveremos la llamada tan pronto como sea posible. ¿Cuando te dan de alta?

– Dicen que en tres días. Después estoy de permiso, de baja, durante otros tres meses al menos. Después un trabajo de escritorio durante un tiempo. ¿Y qué hay de ti, compañera? ¿Volverás pronto?

Los dedos de Lucian se enredaron con los de ella. Deliberadamente se llevó los nudillos a la calidez de su boca.

– Preferiría que no respondiera a eso o que no lo pensara si quiera durante un tiempo. Ya sabes lo terca que es.

– No hay discusión que valga sobre eso, volveré al trabajo. Es lo que hago para vivir. – Dijo indignada.

Barry echó hacia atrás la cabeza y empezó a reír.

– Ocurre que estás comprometida con uno de los hombres más ricos sobre la faz de la tierra. No creo que buscarte la vida vaya a ser muy problemático para ti.

Ella le miró fijamente.

– Para tu información, Lucian no es ni de cerca tan rico como todos insisten en decir. Y en cualquier caso, me gusta trabajar. Aún no estamos casados, y cualquier cosa podría ir mal. Quizás nunca ocurra siquiera. ¿No has pensado en eso? ¿Y si nos casamos y no funciona? ¿Tienes alguna idea de cuantos matrimonios fracasan?

– Eso es muy propio de ti, Jaxx. Ya tiene un matrimonio fracasado... – Señaló Barry. – ... y ni siquiera ha atado el nudo aún. Pequeña Señorita Pesimista.

– Soy realista, Barry. – Respondió ella tranquilamente.

Los brazos de Lucian se apretaron a su alrededor, casi como si estuviera protegiéndola de las burlas de Barry. Podía sentir el dolor en su mente. Se estaba riendo, pero su mente estaba llena de pena. Barry no tenía ni idea, aunque era su compañero y lo había sido durante algún tiempo. Lucian estaba seguro de que ninguno de los que pensaban que realmente la conocían podían entenderla en absoluto. No había auténtica risa en su vida; intentaba encontrar momentos para disfrutar donde podía, pero siempre era consciente de la amenaza para los que eran demasiado amigables con ella. Nunca abandonaba su mente, esa terrible carga. La idea de compartir su vida con alguien no era más que una hermosa fantasía para ella. Un sueño imposible.

Lo dedos de Lucian encontraron su nuca y empezaron un masaje lento y tranquilizador. Estaba pidiendo mucho a Jaxon esperando que aceptara las cosas que había visto, las cosas que le había contado. No tenía la mente cerrada a la posibilidad de otras especies similares a los humanos. Tampoco cerraba su mente completamente a la posibilidad de que él pudiera ser un enemigo.

– Me alegro de que tus heridas no sean tan malas como podrían haber sido, Barry. – Dijo Jaxon suavemente, diciéndolo en serio.

– En el almacén me dijiste que dejara de ser tan quejica. – La contradijo Barry.

– Sólo estaba intentando conseguir que te movieras, que salieras de allí. – Señaló ella.

– Oh, seguro. – Dijo su compañero, haciendo una mueca a Lucian sobre la cabeza de ella. – Por supuesto, los médicos creen que iban a tener que sacarme el brazo. – Informó Barry. – Las primeras radiografías mostraban los huesos tan machacados, que los doctores

dijeron que el interior de mi brazo era sencillamente un amasijo y que no había posibilidad de salvarlo. Pero fui afortunado. Desperté unas pocas horas más tarde, antes de que me llevaran al quirófano, y dijeron que debía haber habido alguna confusión. Mi hombro estaba roto, pero aparte de eso la bala me había atravesado limpiamente sin hacer mucho daño. Nadie pudo explicarlo, pero no me importó. Me figuro que fue un milagro, y estaba dispuesto a aceptarlo.

Jaxon se quedó inmóvil por dentro. Sabía lo que había ocurrido. Lucian era lo que había ocurrido. Él había curado a Barry porque Barry le importaba a ella. Lo supo instintivamente; lo supo sin preguntar. Y no quería saber, porque eso significaba que Lucian en realidad podía hacer las cosas que decía que podía hacer. Deliberadamente, evitó mirarle. ¿Cuánto había visto Barry realmente esa noche en el almacén? ¿Había cualquier cosa en sus recuerdos que pudiera de algún modo hacer daño a Lucian? O, peor aún, ¿habría decidido Lucian que había algo que pudiera condenarle? Se frotó las sienes repentinamente palpitantes.

– Barry. – Dijo Lucian suavemente. – Jaxon se está empezando a cansar, y todavía tengo que llevarla a casa esta noche. Sé que los dos queréis poneros al día, pero es demasiado pronto para que se canse a sí misma. – Añadió un sutil "empujó" en su voz, creando una orden suave pero imposible de desobedecer.

Barry asintió inmediatamente, inclinándose para rozar con un beso la coronilla de la mujer. Jaxon sintió realmente la repentina inmovilidad de Lucian. Era como un gran felino de la jungla enroscándose y preparado para golpear, aunque tan inmóvil como una montaña. Se encontró a sí misma conteniendo el aliento sin ninguna razón en absoluto.

Lucian estaba sonriendo con lo que parecía genuina calidez, estrechando la mano de Barry y caminando con él hasta la puerta. Después, cuando Barry se hubo ido, se volvió a mirarla.

– No confías en mí.

– Parece como si eso te divirtiera. – Jaxon estaba cansada de fingir. – No te conozco, Lucian, en absoluto. La verdad es, que no suelo pasar mucho tiempo con otra gente. Me he habituado a estar sola. No estoy segura de estar muy cómoda teniendo a mi alrededor a un desconocido que sabe tanto de mí, cuando yo no sé nada de él.

– Eres bastante capaz de leer mi mente, ángel. Funde tus pensamientos conmigo. Encontrarás todo lo que puedas desear saber.

Ella sacudió la cabeza, decidida a no quedar atrapada por la magia de su voz.

– Quiero ir a casa a mi propio apartamento y pensar en todo esto un rato.

El teléfono repicó antes de que él pudiera responder. Jaxon se sintió extrañamente agradecido. No estaba segura de si quería que él estuviera de acuerdo con ella o que protestara. La idea de separarse de él trajo una gran pesadez a su corazón. Contestó al teléfono, esperando la voz de su capitán.

– ¿Jaxx, corazóncito? Soy Papá.

Tyler. Su voz la puso inmediatamente enferma. Le trajo de vuelta cada detalle de su vida con este hombre. La terrible responsabilidad de su niñez, protegiendo a su madre y hermano, sólo para fracasar al final. La culpa por que la familia Andrews perdiera sus vidas simplemente por darle un hogar. Y por Carol Taylor, cuyo único pecado fue que le gustara compartir una taza de café con Jaxon por las mañanas. Drake había llamado a Jaxon una mañana hacía mucho, contándole que Carol era débil e inútil, como Rebecca, aprovechándose del sentido de la compasión de Jaxon, esa mujer no era más que una sanguijuela, una carga. Jaxon había sabido que encontraría muerta a Carol esa mañana, pero había dejado caer el teléfono y había corrido a su apartamento de todas formas.

Ahora permaneció en silencia, con el estómago encogido, su mano automáticamente encontrando su arma mientras sus ojos empezaron a moverse inquietamente, buscando las ventanas. ¿Podía ver Drake el interior de la habitación? ¿Tenía ángulo? Drake era un experto tirador. Sin pensarlo se deslizó fuera de la cama y se colocó entre la ventana y Lucian.

Lucian, sin una palabra, simplemente la colocó detrás de él, reteniéndola allí con un brazo fuerte.

– Este hombre está intentando destruir nuestra familia, Jaxon. – La voz de Drake ladraba en el teléfono. – No puedo permitir que lo haga. Dile que se aleje. No sabes como son los hombres o lo que quieren. No puedes confiar en él. – Su voz era firme como el acero, cargada de autoridad.

Lucian le sacó el teléfono de la mano... una tarea bastante fácil, aunque ella intentó aferrarlo.

– Venga a por mí, Drake. – Como siempre, su tono fue suave, casi amable. – No tengo intención de dejarla. Ya no tiene poder sobre ella. Jaxon está bajo mi protección, y su reinado de terror se ha terminado. Acabe consigo mismo. Es lo que desea hacer. Ha querido hacerlo desde hace mucho.

Lucian oyó como Drake volvía a colocar el auricular en su lugar, cortando la conversación. Se volvió para evaluar a Jaxon con sus negra y firme mirada. No había remordimientos, ni temor, nada excepto la ardiente negrura de sus ojos y el duro y ligeramente cruel borde de su boa. Jaxon se sintió pálida y frágil. Él parecía sólido, tranquilo, un ancla, invencible. Muy gentilmente él extendió una mano para tocarle la cara.

– ¿Jaxon?

– ¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué le desafías de ese modo? Su voz fue apenas un susurro. – No lo entiendes. No puedo protegerte de él. Esperará. Un mes, un año... no significa nada para él. Incluso si nunca te vuelvo a ver, ahora irá a por ti. No sabes lo que has hecho.

Jaxon estaba temblando visiblemente. Parecía tan perdida, tan desamparada, tan joven y vulnerable, Lucian sintió que su propio corazón se retorcía de dolor. Se inclinó, recogiendo su cuerpo que no se resistió entre sus brazos, y la abrigó cerca de su corazón. Lucian simplemente la abrazó hasta que la calidez de su cuerpo penetró en el de ella. Hasta que el frenético latido de su corazón se calmó, imitando el ritmo del suyo. Hasta que el terrible revoltijo de su estómago se apaciguó.

¿Como lo hacía? Jaxon estaba tendida contra su enorme y bien musculazo cuerpo y se permitió apoyarse en él sólo durante unos pocos minutos. La hacía sentirse como si todo fuera a ir bien mientras estuviera cerca de él. Lucian parecía tener la habilidad de proyectar su completa confianza en sí mismo a ella.

Finalmente Jaxon se separó lejos de él, y él la colocó sobre sus propios pies.

– Te has estado colocando a ti mismo en el punto de mira desde el principio, ¿verdad? Reclamas ser mi prometido y que tienes todo ese dinero, así te haces notar. Está en todos los periódicos, ¿no? El guapo millonario y la policía. Apuesto a que ha sido una buena historia. Sabías que Drake lo leería e iría a por ti.

Él se encogió de hombros, completamente despreocupado, esos ojos negros firmes sobre su cara. El movimiento de su amplios hombros fue fluido y masculino, un ondeo de fuerza casual que admitía que ella decía la verdad.

– No he tenido forma de rastrearle hasta saber más de él. Con tus recuerdos, tengo algo para empezar. Ahora me lo pondrá mucho más fácil. Si no se suicida, estará lo suficientemente loco como para cometer errores. Se pondrá al descubierto. No tendrá su paciencia habitual. Ha perdido el control sobre ti. Simple, desde que eras un simple bebé, Tyler Drake ha creído controlar tu vida. Esto nunca le ha ocurrido antes.

– No se suicidará. – Dijo Jaxon con completa convicción.

– Probablemente no. – Estuvo de acuerdo él complacientemente. – Drake está desequilibrado, y no fui capaz de conectar con él.

– ¿Por qué yo? ¿Que hay en mi que le obsesiona? – Sus enormes ojos oscuros se movieron sobre la cara de Lucina. – ¿Por que me buscaste tú? ¿Por qué esa... esa cosa vino a tu casa cuando obviamente no quería acercarse a tí? – Con súbita comprensión retrocedió un paso alejándose de él. – Fue por mí, ¿verdad? Le atraje de algún modo.

La sonrisa de él sostenía algo de humor, más que nada apreciando su capacidad de razonar las cosas.

– Eres mucho más hábil de lo que comprendes, cielo. Fundir mi mente con la tuya te da más información de lo que yo había planeado.

– Sólo dímelo. – Estaba casi conteniendo el aliento en espera de su respuesta, pero, como siempre que sabía cuando estaba en peligro, ya sabía la verdad.

Lucian suspiró.

– Sé lo que estás pensando, Jaxon, pero es más complejo que eso. Eres única entre tu especie, una auténtica psíquica. Nuestra especie puede convertir sólo a una auténtica psíquica de raza humana; todas los demás se vuelven locos si se intenta la conversión. Es necesario para nuestros hombres encontrar a sus compañeras. Te lo he explicado. Los vampiros... aquellos Cárpatos que han elegido perder sus almas y no pueden ser redimidos... aunque lo intentan. Todavía buscan una compañera, aunque es demasiado tarde para ellos. Tu presencia los atrae.

Ella cerró los ojos.

– El asesino en serie. ¿Ese era un vampiro?

Él asintió.

– Encontré a su víctima cuando llegaba tu compañero. No estaba seguro de quien era el asesino esta vez. Los vampiros utilizan con frecuencia a hombres malvados en variedad de formas. Como los Cárpatos, el vampiro no puedo permanecer a la luz del día. Los humanos pueden acometer ciertas tareas que el vampiro no puede llevar a cabo, así que los utilizan como marionetas.

– ¿Pueden obligar a la gente a matar a otros? ¿Es eso lo que quieres decir?

Él asintió lentamente, estudiándola con cuidado. Parecía como si fuera a estallar en cualquier momento.

– Entre otras cosas, si, pueden programar a una de sus marionetas para matar. – si era posible que se pusiera más pálida, lo hizo.

Jaxon sacudió la cabeza.

Esto es una locura. Lo sabes, ¿verdad? No puedo creer que me esté tragando todo esto. No quiero saber nada más.

– Lo estás haciendo bien, ángel. No espero que te hagas con todos los detalles al momento. Tengo el permiso de tu médico para llevarte a casa conmigo. No quiero despertar sospechar por esperar demasiado tiempo.

– Quiero irme a mi casa. – Dijo ella tercamente.

– Quieres protegerme.

– Quiero alejarme de ti. – Evitó sus ojos. Necesitaba desesperadamente pensar. Necesitaba alejarse de él, alejarse del atractivo de su presencia.

Lucian se movió sin que pareciera que lo hacía, cubriendo la distancia ente ellos en un parpadeo.

– No, no es cierto, Jaxon. Puedo leer tu mente. Es demasiado tarde. Ya va por mí. Y tú todavía quieres protegerme.

– Si, ya va tras de ti. – Estalló ella. – Y no voy a entrar en una habitación y encontrarte muerto en el suelo, con el cuerpo desmadejado y ensangrentado. No puedo pasar por eso de nuevo. No lo haré. Lo digo en serio, Lucian.

Los brazos de él la rodearon fácilmente, atrayéndola de vuelta a su abrazo, calmándola con un toque.

– Eres tan hermosa, Jaxon. Me asombra la forma en que estás tan decidida a dar tu vida por otros. Ven a casa conmigo donde estarás a salvo y donde podremos conocernos el uno al otro. Míralo de este modo: si Drake viene a por mí, al menos estarás allí para advertirme.

Estaba cayendo en el sortilegio de sus ojos negro aterciopelados de hechicero. Ahogándose en las profundidades de esos sexys ojos negros. Hipnotizada por la curva de su boca sensual.

– Tengo cosas en mi apartamente que realmente me importan.

– Cosas de tu madre. – Lo dijo suavemente. – Las he sacado de tu apartamento. Están a salvo en tu habitación en mi casa.

Sus ojos lanzaron fuego hacia él.

– No tenías derecho.

– Tengo todo el derecho. Eres mi compañera, siempre a mi cuidado. No puedo hacer otra cosa que velar por tu felicidad. Estás bajo mi protección siempre. Las cosas que son importantes para ti lo son para mí.

– Si eso es verdad, ¿por qué demonios provocaste a Drake?

Sus dedos estaba retorciendo la tela de la inmaculada camisa de él con nerviosismo.

La mano de él cubría la suya, manteniendo la palma aplastada contra su corazón.

– No puedo dejar que un hombre así esté ahí afuera amenazando tu vida. Tú no dejarías pasar una amenaza semejante contra mi vida.

Jaxon suspiró, un peso le apretaba el pecho.

– Tienes razón, Lucian, no lo haría. Ahora no tengo elección. Tengo que intentar encontrarle.

Lucian se encontró realmente sonriendo. No podía contenerse. Estaba tan decidida a ser ella la que se ocupara de él. Sacudió la cabeza, después se inclinó para tocarle el pelo con los labios.

El corazón de Jaxon se saltó un latido. ¿De qué servía discutir con él? No podía quedarse en el hospital. Cada doctor y enfermera al que sonriera estaría en peligro. ¿Quién sabía que ocurría en la mente retorcida de Drake? ¿Qué tenía que perder? Además, alguien tenía que descubrir quien era Lucian realmente y lo que quería. Y él no iba a morir. Se lo debía... por salvar a Barry, si no por otra cosa. Ni ella ni Barry hubieran conseguido salir del almacén con vida. Tenía que quedarse con Lucian y ser su guardaespaldas al menos hasta que Drake fuera encontrado.

La mano de Lucian acunó su nuca, sus dedos se enredaron el su espesa mata de pelo rubio. Los mechones eran como seda.

– Estás preocupada por la seguridad de tu compañero.

– Drake puede ir por él. Siempre me ha preocupado. Solía cambiar mis costumbres constantemente hasta que Barry llegó. Se negaba a cambiar, y el capitán le escuchó, a pesar de lo arriesgado que era. Drake podría enfadarse lo suficiente como para hacerme daño a través de él.

– Nunca ha intentado hacerte daño, ángel. – Dijo él suavemente. – Su motivo no tiene nada que ver con hacerte daño o castigarte. En su mente él es tu salvador... en cierto sentido, tu protector. Tú eres su amada hija. Así es como piensa. El resto de nosotros simplemente intentamos separaros a los dos.

– ¿Incluso ahora, después de todo este tiempo? ¿Cómo podría pensar eso?

La mano de él no podía estarse quieta, sus dedos le acariciaban continuamente el pelo. Por qué era tan especial esa mata corta e indomable estaba más allá de su comprensión, pero decidió que era algo sin lo que no quería vivir. Ella era esencial para él. Le divertía que no pudiera comprender qué era él: un cazador Cárpato con tremendos poderes y conocimiento. Sus habilidades estaban mucho más allá de las de cualquier hombre humano. Podía convertirse en una sombra, en la propia niebla. Era más fuerte que cualquier mortal, podía leer el viento, comandar los cielos. Podía correr como el lobo y volar como los pájaros de presa. Podía controlar los pensamientos de los humanos que lo rodeaban, atraerlos hasta él con su voz, y lograr su cooperación en cualquier cosa que pudiera escoger. Podía destruir a distancia, incluso ordenar a su presa que se destruyera a sí misma. Podía rastrear a cualquiera o cualquier cosa una vez estaba en la pista correcta. Nada podía escapar de él... no un no–muerto y ciertamente ninguna presa humana.

Para Lucian, Tyler Drake ya estaba muerto. El hombre había asesinado a todos lo que alguna vez significaron algo para Jaxon. No había rabia en Lucian, solo esa tranquila inmovilidad que siempre era una parte de él. Él era la justicia de su gente, el ejecutor de su

ley. Aún incluso antes que a su Príncipe, antes que a su propia vida, antes que a su hermano gemelo y su gente, se debía a la vida y felicidad de Jaxon Montgomery. Tyler Drake estaba condenado y le quedaba poco tiempo de vida.

– Es hora de irse a casa, Jaxon. – Murmuró suavemente, consciente de que la noche daba paso a la madrugada. Tenía que alimentarse bien. Tarde o temprano tendría que revelarle a Jaxon muchas cosas que encontraría difíciles de aceptar. Era valiente y comprensiva, su mente estaba abierta a la posibilidad de otras formas de vida. Pero no estaba preparada para aceptarlas en proximidad a su propia vida.

Podía leer en su mente lo deprimida que estaba. Podía leer el pesar en ella, la culpa. Podía leer la determinación de protegerle no solo a él, sino a Barry Radcliff también. Con un pequeño suspiro, la cogió en brazos.

Pasar por todo el papeleo para dejar el hospital debería haber sido una de esas pesadillas que Jaxon no podía soportar... tenía poca paciencia con el papeleo... aunque de algún modo Lucian le arregló todo sencillamente. El cortejo de personal del hospital y reporteras pareció crecer a medida que la llevaba hacia la entrada del hospital. Miró fijamente a Lucian durante un rato, pero él fingió no notarlo. Parecía muy en su elemento, como si él y varios reporteros fueran viejos amigos; incluso su capitán se unió a la multitud, deseando estrecharle la mano. Notó que el capitán no se había apresurado a acercarse a *su* lado; probablemente estaba demasiado ocupado en una posible campaña de donativos cuando decidió correr hacia el alcalde.

Eso no es muy amable. Ahí estaba esa risa de nuevo, la que enviaba llamas danzarinas por su piel y empezaba un fuego en medio de su estómago. Miró alrededor para asegurarse de que nadie estaba mirándola demasiado atentamente mientras un débil sonrojo invadía su cara.

No puedo creer que esta gente estén rendidas a tus pies. Es asqueroso, se lo dijo silenciosamente. Era probablemente esa voz. O esos ojos. O quizás su apariencia lo que los atraía. Y después estaba esa perfecta boca.

Él se inclinó para colocar esa boca perfecta contra su oído, deliberadamente, delante de todas las cámaras, su mano le acunó el cuello posesivamente.

– Es todo ese dinero, cielo. Ninguna otra razón, simplemente dinero. Solo tú me ves sexy y guapo.

– Yo nunca dije *sexy*. Y sé que no dije *guapo*. – Siseó ella en retorno. No quiso inflar su ego desmesurado señalando a todas la mujeres que estaban hablando de él. Él tenía que oírlas. Ella podía oírlas. Agachó la cabeza. Lucian realmente no parecía ser consciente de que su apariencia fuera algo especial. Vestía su atractivo como vestía su aire de confianza, de autoridad, como si fuera simplemente parte de él y siempre lo hubiera sido.

Una enorme limusina blanca estaba aparcada delante del hospital. Un chofer permanecía en pie en la puerta esperando. Jaxon cerró los ojos. Esto era tan absurdo, tan estúpido. Ella no tenía lugar en una limusina. Fuera cual fuera la clase de vida que tuviera Lucian, Jaxon no tenía posibilidad de encajar en ella.

El conocimiento la golpeó sin advertencia mientas caminaba a regañadientes bajo el hombro de Lucian hacia el chofer. La sensación llegó de ninguna parte. Oscura. Fea. Intensa. Ahora estaba oscuro, la luz desaparecía del cielo siendo reemplazada por la noche. La luna estaba cubierta de nubes, y una ligera llovizna empapaba las calles. Había risas por todas partes, charlas, cientos de voces, aunque al mismo tiempo estaba solo de nuevo en medio de una zona de guerra.

Automáticamente salió rápidamente de debajo del brazo de Lucian, apartando su enorme cuerpo lejos de ella para poner más distancia entre ellos. Ya tenía su arma desenfundada, y sus ojos estaban rastreando, moviéndose, buscando un objetivo. Estaba allí. Estaba cerca. Esta era la pesadilla de todo policía. Una enorme multitud y un asesino.

Capitulo 4

¿Donde estaba Barry? ¿Era él el objetivo? Jaxon no se atrevió a dejar de buscar la fuente de la alarma, no mientras no se asegurara por sí misma de que Barry había permanecido dentro del hospital y fuera de peligro. Su aguda mirada comprobó los tejados circundantes, moviéndose incansablemente sobre la multitud misma. Esto era lo que conocía. Este era su forma de vida.

Lucian no se había movido de su lado a pesar de tus intentos de ponérselo claro. Había captado la señal de advertencia proveniente de ella y sabía que la amenaza era humana, no del no–muerto. Él habría sentido la presencia del no–muerto antes que ella. Maldijo suavemente para sí mismo en la lengua ancestral. Debería haber escudriñado a la multitud en vez de estar disfrutando de la reacción que provocaba en ella. Era el primer error que recordaba haber cometido en todo su vida, y no estaba muy contento consigo mismo. Un brazo musculoso la arrastró simplemente tras él donde estaría completamente protegida. Su enorme cuerpo escudó fácilmente el pequeño de ella, obligándola a avanzar hacia la limusina con sus cristales ahumados y a prueba de balas.

Ella luchó, intentando advertirle del peligro, pero él estaba demasiado preocupado para tomar nota. Su mente estaba comprobando la multitud en busca de signos de hostilidad. El sistema de alarma de ella funcionaba perfectamente. Tres individuos estaban intentando coloarse para atraparla en su fuego cruzado. Sus instrucciones eran asegurarse de que ella moría esta vez. Su jefe les había ordenado terminar el trabajo o empezar a correr. Jaxon Montgomery había hecho demasiado daño al negocio de su jefe para que fuera tolerado mucho más tiempo. Barry Radcliff era su segundo objetivo. Lucian leyó sus intenciones bastante fácilmente.

Enfocó su ataque como hacía siempre, tranquilamente y sin rabia o furia. Primero extrajo la información que necesitaba para asegurarse de poder detener cualquier otro atentado contra la vida de Jaxon. Hecho eso, cuidadosamente orquestó el escenario de forma muy diferente a lo que el jefe de los asesinos tenía en mente. Los tres hombres se encontraron sacando sus armas justo a la vista de todos. Los gritos llegaron de todos los que los rodeaban. Ninguno tenía una vista clara de su objetivo primario, aún así sus armas parecían tener vida propia, girándose hacia los otros. Un hombre intentó abrir la mano y tirar el arma, pero su mano siguió cerrada alrededor de ella, sus dedos se apretaron lentamente de forma que sintió

como el arma se descargaba. El sonido de las armas disparando simultáneamente fue estruendoso en la noche.

Estalló el caos, un pandemonium, la gente corría a cubrirse en todas direcciones. Lucian permaneció firme, una mano empujó fácilmente a Jaxon al interior del coche donde nadie podría verla tras su cuerpo. Observó desapasionadamente como los tres hombres caían a la calle, el agua que caía de los cielos oscurecidos se llevába su sangre en pequeños riachuelos lejos de ellos. Durante un solo momento el relámpago se arqueó de nube en nube, inundando la tierra con agudo alivio, grabando la visión de Lucian inmóvil y tranquilo en medio de la neblina de caos de la mente de Jaxon para siempre. El capitán y varios policía y guardias de seguridad estaban agachados, buscando otros atacantes.

– Creo que deberías poner algunos guardas extra a Radcliff – advirtió Lucian suavemente al capitán de policía, utilizando ese mismo "empujón" en su voz que aseguraba la obediencia. – Sáquele de este hospital, y llévelo a algún lugar que nadie conozca. Jaxon y Radcliff han hecho enemigos, y el almacén era una emboscada para cogerlos. Estos hombres estaban aquí para terminar el trabajo y matarlos a los dos. – Hablaba tan bajo que sólo Jaxon y el capitán lo oyeron. El capitán ya estaba asintiendo en acuerdo con Lucian volviéndose hacia ella.

Estaba todavía intentando rodear el cuerpo de Lucian para ver lo que estaba ocurriendo, pero él simplemente se acercó al coche y se deslizó junto a ella. Al momento el chófer cerró la puerta, y estaban solos y alejándose rápidamente de la escena. Jaxon se pasó una mano temblorosa a través del corto pelo rubio, un hábito que tenía cuando estaba agitada. Dejaba los suaves y sedosos mechones cayendo en todas direcciones, salvaje, de la forma que a Lucian le gustaba.

– No puedo creer que hayas hecho eso. Lucian, tienes que dejarme protegerte. Yo tenía el arma. Sólo te quedaste allí, sin moverte. Eras un objetivo enorme... ¿ni siquiera pensaste en ello? alguien colocado sobre un tejado te podría haber dado antes de que parpadearas.

Realmente tenía miedo por él. Podía sentirlo en ella como una entidad viva. Estaba casi sofocándola. Lucian fue automáticamente consciente de su propia respiración, deliberadamente la sintonizó con la de ella haciendo que su corazón corriera y sus pulmones dolieran. También deliberadamente empezó a ralentizar ambos corazones, respirando tranquilamente por los dos.

– Al parecer no tienes ningún instinto de autoconservación en absoluto. – Acusó ella. – ¿Has estado cazando a esas horribles criaturas durante tanto tiempo, protegiendo a otra gente, que ya no dedicas ni un pensamiento a tu propia vida? – Sus ojos ya ardían con lágrimas. El miedo formaba un nudo duro en su garganta. Había entrevisto pequeñas visiones de la vida de él, y la afligían. Se había entrenado a sí mismo para estar preparado, colocándose ante el peligro para proteger a otros. Había permaneció alto y erguido, con los hombros cuadrados, y una expresión imperturbable. La asustaba pensar en él así. Él había estaba más solo en ese momento de lo que había estado ella en toda su vida.

Lucian empujó su cuerpo tenso y que se resistía hasta la curva de su brazo y la abrazó a él. Su milagro. La luz de su mundo irrefrenablemente vacío. Verla mostrar miedo por él le derretía el corazón como nada más podía. Ella pensaba que no sabía quién era él, pero le conocía mejor de lo que se conocía él a sí mismo. Lucian dejó caer su cabeza protectoramente sobre la de ella, sus brazos se afianzaron alrededor de ella para que se aferraran el uno al otro. ¿Cómo podía habérselas arreglado para existir en semejante vacío durante todos aquellos largos siglos sin ella? Sabía que nunca podría volver atrás. La voluntad y determinación, el amor recordado y lealtad, la promesa de proteger o destruir que había hecho y mantenido todos aquellos siglos nunca serían ya suficientes para hacer que continuara si la perdía a ella. Si la apartaban de él, dispensaría solo muerte y venganza durante el resto de sus interminables días. Nunca acudiría tranquilamente al amanecer. Sus brazos se apretaron, y una sonrisa tocó la oscura desolación de sus ojos. La alegría extendió una calidez por todo su cuerpo. Si, lo

haría. Iría a donde sea que ella fuera. Si Jaxon continuaba hacia otra vida, él la seguiría sin dudar.

Jaxon notó que su corazón se había ralentizado y estaba siguiendo el ritmo del de Lucian. Una vez más era capaz de respirar más fácilmente. La calidez del cuerpo de él se había extendido al suyo, y se sentía increíblemente segura. Cerró los ojos y no luchó contra las emociones que él le provocaba. Se gustaba estar entre sus brazos. La gustaba la sensación de seguridad y de no estar tan sola. Por encima de todo, Jaxon estaba decidida a que Lucian nunca volviera a sentir una soledad tan extrema. Ella lo sabía todo sobre la soledad, pero las pocas veces que había tocado su mente, su existencia solitaria había sido completamente fría y vacía. No importaba que no pudiera examinar el por qué muy de cerca; sólo sabía que nada le importaba más que su seguridad.

– Soy muy consciente de que hiciste algo allí atrás a esos hombres. – Murmuró contra su pecho, una nota de somnolencia crepitó en su voz. – ¿Es este tu chofer?

– Es un préstamo.

– Noté que no se tiraba al suelo para cubrirse. Se agachó y estaba pescando algo en su chaqueta. ¿Qué crees que era? – Jaxon abrió los ojos y estudió la mandíbula sombreada de Lucian. Sin pensarlo conscientemente sus dedos se deslizaron hacia arriba para tocarle la barbilla.

– No tengo ni idea de lo que hacen la mayoría de los choferes en tales circunstancias. – Replicó Lucian inocentemente. – Quizás tiene un teléfono móvil e iba a hacer una llamada pidiendo ayuda.

– La mitad de la fuerza policial estaba ya allí. – Se acurrucó más cerca de él. Le gustaba sentir la mano de Lucian en su pelo, la forma en que acariciaba los sedosos mechones, el toque de la punta de sus dedos contra la nuca. – ¿Quién te los prestó?

– Es el hijo del ama de llaves de un amigo.

– ¿El ama de llaves de un amigo? – Repitió ella, la sospecha aumentaba en su voz.

Él suspiró.

– Esto está empezando a soñar como un interrogatorio. ¿Eres oficial de policía por casualidad?

– Absolutamente. Cuéntame toda la historia. Me gustan las historias largas.

Sus manos se extendieron alrededor del cuello de ella en una amenaza de broma.

– Vas a darme un sin fin de problemas, ya puedo verlo.

– Nadie más lo hace. No es bueno para ti toda esta deferencia que te muestran todo el tiempo. La consigues porque crees que te lo mereces. – Se estaba riendo, su cuerpo relajado y laxo contra el de él.

Ella pertenecía a ese lugar. Él lo sentía. Lo sabía en lo más profundo de su alma. No había duda en su mente de que Jaxon era su otra mitad. Creada para él. Destinada a él. Cada vez que la miraba, se encontraba deseando sonreír. Cada vez que la mirada, sus entrañas se convertían en lava fundida.

Puertas de hierro forjado surgieron ante la limusina, altas, intrincadas y tan hermosas como la propia finca. El chofer condujo la limusina directamente a través de la apertura y a lo largo del amino hasta la casa. Arbustos altos a ambos lados daban a los terrenos una apariencia salvaje y boscosa. Mirara donde mirara había árboles, helechos y arbustos de alguna clase. Levantando la mirada hacia la casa pudo ver que tenía varios pisos, con torretas y balcones en los lugares más inesperados. Ventanas de cristales tintados estaba dispersas por las paredes de todos los tamaños y formas. Era hermosa y anticuada.

La compañera de mi hermano gemelo, Gabriel, me envió la mayoría de los cristales tintados. Hace unos trabajos increíbles. Es una gran sanadora, y lo demuestra en su trabajo. Muchas de las piezas fueron fabricadas por Francesca y su joven protegida, Skyler. Los patrones ofrecen mucha protección a los que están dentro de la casa. – Lo dijo tranquilamente, un hecho cierto, como si estuviera ofreciendo una conversación mundana.

Jaxon comprendió que lo que estaba contándole era mucho más importante de lo que parecía en la superficie. Tomó la mano que le extendía mientras se deslizaba fuera del enorme coche.

– Quiero que sepas que no voy a volver a montar en esta cosa. Es un derroche, un pecado. Y si no sabes conducir, yo soy excelente en eso.

El chofer se aclaró la garganta, intentando valientemente esconder su sonrisa.

– Perdone, señora, no estará intentado acabar con mi sustento, ¿verdad?

Ella inclinó la cabeza a un lado y estudió al hombre con ojos sagaces y evaluadores. Se movía como un boxeador, su forma de andar era perfecta. Había pesados músculos bajo ese absurdo uniforme. Fuera lo que fuera este hombre, no era chofer.

– ¿Cómo te llamas? – Esa información sería suficiente para averiguar más de él.

Él le sonrió, se tocó el sombrero y se deslizó de vuelta al interior del coche.

– Genial. – Susurró en la noche. Levantó la mirada hacia Lucian que estaba allí de pie tan inmóvil como una estatua. – Y tú. ¿Qué voy a hacer contigo?

– No soy yo el que está en peligro, ángel. Sino tú. – Su mano se cerró sobre la nuca de ella, urgiéndola a subir las escaleras de la puerta de entrada.

– No importa a cual de nosotros están buscando, Lucian. – Explicó ella pacientemente. – Habría sido a ti al que dispararan. Intenté apartarte del camino, pero eres inamovible cuando te pones tan terco.

– No había peligro, Jaxon. Tenían una puntería abominable. Fue un movimiento desesperado por parte de su jefe enviar a tres asesino incompetentes como esos, ¿no crees? – Se estaba acercando lo suficiente a ella para que pudiera sentir la calidez de su piel, aunque solo su mano descansaba en la nuca.

Jaxon se oyó reír. El sonido la sorprendió. Él estaba fingiéndose, oh, tan inocente. Nada le hacía inmutarse, nada le perturbaba. Su voz no variaba, suave y hermosa, no era responsable de ninguna travesura o maldad. Estaba rodeándola para abrir la pesada puerta delantera. Muy brevemente la mano de él descansó sobre su hombro; después la dejó caer y se movió lejos de ella.

– Esta vez no estás enferma. ¿Entras en mi casa por propia voluntad? Formuló la pregunta seriamente, su voz seductora le derritió el corazón.

Por alguna razón dudó, quedándose justo afuera. Podía ver el vestíbulo, la entrada de mármol. La llamaba, la atraía, un santuario. ¿Por qué se lo había preguntado tan formalmente? ¿Por qué se quedaba ahí tan tranquilo y la permitía entrar? Jaxon dio vueltas a las palabras en su mente. Había una sensación de formalidad, casi un ritual, en ellas. Lucian permanecía en silencio, lo que se sumaba a la aprensión de que había algo que no estaba comprendiendo.

Jacon se volvió para enfrentarle, inclinando la cabeza para alzar la mirada a sus ojos negros. Sin alma. Perdido. Solo. Estaba en pie alto y erguido con completa inmovilidad, con la cara entre las sombras.

– ¿Si entro por mi propia voluntad, eso te dará alguna clase de poder sobre mí? – No pudo evitar sonar nerviosa.

Él no se rió de ella como se había temido. Simplemente observó, sin parpadear, firme. Jaxón se humedeció los labios súbitamente secos. – Respóndeme con sinceridad. ¿Nos une de alguna forma o me mantiene prisionera aquí?

– ¿Si te temes tanto, por qué crees que te revelaría la verdad simplemente porque me lo preguntes?

– Sólo sé que lo harías. – Se encogió de hombros delicadamente. – Sé cosas, y tú no me mientes. Así que cuéntame.

– Ya nos he unido con las palabras rituales. No puedes dejarme más de lo que yo podría dejarte a ti.

Ella parpadeó.

– ¿Palabras rituales? – Antes de que él pudiera replicar, sacudió la cabeza. – No vayamos por ahí. No voy a dejar que me distraigas. ¿Seré una prisionera?

– Como mi prisionera aquí, en esta casa, serás capaz de ir y venir a tu antojo. – Ella seguía mirándola. Lucian sonrió lentamente, con esa sonrisa de chiquillo travieso que probablemente le sacaría de un montón de problemas. – A menos, por supuesto, que haya peligro para ti.

– No puedo esperar a oír quién determina qué constituye un peligro. No estás poniéndomelo fácil. No tengo ni idea de por qué estoy permitiéndote entrar en mi vida y tomar el control y… Lucian le sonrió dulcemente. – ... yo no soy como tú. Seas lo que seas, y no estoy preparada para averiguarlo aún, tus palabras rituales no pueden unirnos. Yo tomo mis propias decisiones en cuestiones de pareja. Si, entraré en tu casa por propia voluntad.

Caminó cruzando el umbral y casi cedió al pánico.

Algo en lo más profundo de ella se retorció y volvió a la vida. Era tan fuerte que casi se volvió y huyó de vuelta afuera, incapaz de identificar que era pero segura de que su cuerpo, su corazón, y su alma reconocían este lugar, a este hombre. La enorme forma de Lucian bloqueaba el umbral de la puerta. La cogió por la pequeña cintura y simplemente la sostuvo, la fuerza de sus brazos era enorme, aunque era tan gentil que nunca podría haberle hecho daño.

– ¿Qué pasa?

– No lo sé. Me siento como si yo ya no fuera yo. Como si de algún modo me estuvieras cambiando. ¿Lo estás haciendo? – No intentó liberarse. No estaba siquiera segura de que realmente quisiera liberarse. Sus enormes ojos buscaban en la expresión de él seriamente.

– Nunca quería que cambiaras. Eres exactamente quien se supone que eres. Hemos pasado mucho tiempo, cada uno de nosotros, solos, es raro, quizás, compartir tanto tan pronto. Pero somos compañeros, y nos acostumbraremos.

Se apoyó en él incluso mientras se giraba para encarar la inmensa habitación.

– Me siento como si perteneciera a este lugar, como si conociera este sitio.

– Perteneces a este lugar. Ve a explorar. Si hay algo que quieras cambiar, siéntete libre de hacerlo. – Abrió sus brazos, permitiéndole alejarse de él.

La casa era incluso más bella de lo que Jaxon recordaba. Intentó no mirar fijamente a su alrededor con completo temor reverencial. En su trabajo como oficial de policía, ciertamente había estado en más de una mansión, pero esta era extraordinaria. En cierta forma evocaba una elegancia del Viejo Mundo, un tiempo olvidado. Había incluso una sala de baile con suelo de parqué. Su habitación favorita era una enorme biblioteca que resultaba acogedora gracias a una enorme chimenea con dos confortables sillas colocadas ante ella y una antigua mesa de lectura entre las mismas. Había tres paredes llenas de estantes desde el suelo al techo, una escalera de raíles era la única forma de ascender a los estantes altos. Vio todo tipo de libros imaginables, desde ficción a ciencia, viejo y nuevo. Notó que los libros, algunos de ellos antiguos, estaban en varias lenguas. Era virtualmente un tesoro. Jaxon sintió que podría pasar una buena porción de su vida justo en esa habitación y ser feliz.

La casa era mucho más grande de lo que había imaginado, incluso con lo inmensa que parecía desde fuera. Solo la cocina era más grande que su apartamento entero. Lucian se deslizó tras ella tan silenciosamente, que casi saltó fuera de su piel.

– Ya no es tu apartamento. Dije a tu casera que podía alquilarlo. – Lo dijo suavemente, probando que todavía era una silenciosa sombra en su mente.

– No lo has hecho. – Jaxon se dio la vuelta de golpe, con las manos en las caderas, desafiándole a que le dijera la verdad.

– Por supuesto que si. Tu sitio no está allí. Nunca estuvo allí. – Respondió él complacientemente.

– Sé que no te atreverías a entregar mi apartamento. No es exactamente fácil encontrar uno, especialmente con mi salario. – Jaxon le miró fijamente, intentando leer su expresión.

– No puedes haberlo hecho, Lucian. – Estaba intentando convencerse a sí misma a la vez que a él. – Seguramente mi casera habría insistido en que se le pagara el alquiler.

Él se encogió de hombre, sin perturbarse lo más mínimo.

– Estuvo dispuesta a aceptar efectivo. Encuentro que en la mayoría de los casos funciona bien. ¿No opinas lo mismo?

– Realmente lo has hecho, ¿verdad? Oh, Dios mío, tengo que llamarla. ¿Dónde demonios están los teléfonos en este lugar? No puedes haber hecho eso. No puedes. – Le miró fijamente. – Ni siquiera sientes remordimientos. Te estoy mirando y no veo ni rastro de remordimientos en absoluto. Ni siquiera lo sientes ¿verdad?

– No veo razón para experimentar una emoción semejante. Estás en nuestra casa, donde debes estar. La anciana mujer estuvo más que satisfecha con el efectivo por el alquiler y podrá encontrar un nuevo arrendatario inmediatamente. Funcionó bastante bien para todos.

– Menos para mí. Necesito mi propio espacio, Lucian. De veras. – Exasperada, sacudió la cabeza. ¿De qué servía? Él no parecía entender lo que había hecho.

– Hay espacio más que suficiente aquí, ¿no? – Parecía asombrado, sus ojos negros buscaban en cada esquina de la habitación. – Hay mucho que aún no has visto. Los terrenos son inmensos, y en muchas paredes hay pasadizos secretos y otras habitaciones. Estoy seguro de que hay suficiente espacio para ti aquí mismo. – Solo por si acaso Jaxon tocaba su mente, Lucian se aseguró de que su diversión quedaba profundamente enterrada. Continuó pareciendo inocente y serio.

Jaxon sacudió la cabeza y se rindió. Él era exasperante, y ella estaba demasiado cansada para tratar con él. Se ocuparía de ello otro día... telefonearía a su casera y conseguiría que le devolviera su sitio. Ahora mismo estaba demasiado cansada y confusa. Quizás estaba hambrienta. Debería estar hambrienta, pero ahora cada vez que pensaba en comida, se sentía ligeramente enferma. El refrigerador era intimidante. Se detuvo delante de él.

– Cuando me dispararon, ¿se vio afectado mi estómago?

Por primera vez fue consciente de la vacilación de él. Jaxon sintió el aliento atrapado en su garganta.

– ¿Por qué lo preguntas? ¿Te duele? – Su voz, estrictamente neutral, no decía nada.

– Estoy hambrienta, pero la idea de la comida me hace sentir nauseas. De hecho, no pudo recordar haber comido o bebido nada desde que me desperté. ¿Algo va mal en mí o estoy siendo paranoica?

– De nuevo puedo oír el miedo en tu voz. El desconocimiento. Es el peor miedo de todos, ¿verdad? – Lo dijo tan suavemente, ella se estremeció. Fuera lo que fuera lo que él iba a revelar, no quería saberlo.

Jaxon levantó una mano y sacudió la cabeza sin mirarle.

– Creo que lo dejaré pasar. Los terrenos parecen hermosos. En cualquier caso, necesito conocer los alrededores. – Siguió moviéndose hasta pasarle, intentando agacharse bajo su brazo.

El brazo de Lucian cayó como una puerta. Lo enroscó alrededor de ella y la subió contra él.

– No temas la verdad. Es diferente, pero no mala.

Ella cuadró los hombros.

– Entonces cuéntame. Vamos allá. Sea lo que sea lo que tenga que ser dicho, simplemente vamos a ello. Soy una adulta, no la niña que crees.

El cuerpo de Lucian urgió al suyo a salir de la cocina y al interior de su guarida. Un ondeo de su mano produjo llamas danzarinas en la chimenea de piedra. Jadeó audiblemente, cautivada por su magia aunque temerosa de ella al mismo tiempo. Jaxon se liberó de él para quedarse de pie delante de las oscilantes lenguas de fuego, necesitando distanciarse de él para pensar claramente. Era tan tremendamente poderoso.

– Soy un hombre de los Cárpatos, como te he explicado. Somos una especie que ha existido desde el principio de los tiempos. No soy malvado, cara de ángel, pero la oscuridad, la pérdida de color y emoción, que lentamente alcanza a aquellos de nuestros hombres a los que falta la luz de sus compañeras ha crecido fuerte en mí durante muchos siglos, convirtiéndose en una luchar por dominar al depredor interior de todos nosotros. Nos

parecemos a la raza humana, aunque no del todo. Hemos sido bendecidos y maldecidos con enorme longevidad, con frecuencia nos llaman inmortales. Si y cuando encontramos una compañera, las emociones son intensas y crecen aún más con el paso de los siglos. Sino... podemos convertirnos completamente en depredadores, los no–muertos. La noche es nuestra, y la luz del sol es difícil de soportar. Pero tenemos enormes poderes, como empiezas a comprender. Ahora mi sangre fluye en tus venas, ángel. Ya está afectando a tu tolerancia a la luz solar, no es tan extensa como la mía, aunque te será imposible soportar la luz del sol sin gafas especiales.

Se saltó un latido de corazón. Uno. Dos. Jaxon tomó un profundo aliento, después lo dejó escapar lentamente.

– Puedo aceptar eso. – *Mi sangre fluye en tus venas*. ¿Una transfusión? No lo pondría en duda, no preguntaría. No quería saber como la sangre de él había llegado a sus venas.

– El sol quemará tu piel. El protector solar ayudará, pero no mucho. Tendrás que aprender a permanecer puertas adentro durante ciertas horas del día, pero tu cuerpo dormirá durante esas horas de todas formas.

Oyó el distintivo retumbar de su propio corazón. Sus dedos se retorcieron nerviosamente en la tela de algodón de la camisa que vestía.

– ¿Qué estás diciendo? ¿Crees que nunca antes he leído *Drácula?* Estás describiendo a un vampiro, ¿verdad? – Su barbilla se alzaba desafiante, estaba desafiándolo abiertamente.

Lucian podía ver su coraje en la batalla contra su miedo. Era frágil, tan vulnerable, con mucho que admirar en ella. Y la deseaba. Era agudamente consciente de que estaban solos. Observó su lucha interior, la forma en que trabajaban sus instintos, intentando resistirse a los nudos que él había atado para unirlos.

– He dicho que no era un vampiro, y no lo soy. Si los hombres de nuestra especie crecen débiles ante la oscuridad que desciende sobre ellos después de su juventud y eligen perder o profanar sus almas, se convierten en el no–muerto. Entonces son enteramente malvados, matan a sus presas por la momentánea oleada de placer y poder que les proporciona, en vez de alimentarse de ellos y dejarle indemnes. Yo viví como uno de ellos, imitando las costumbres del no–muerto, pero nunca maté por sangre ni tomé la sangre de una muerte necesaria. Sería imposible para ti convertirte en un vampiro a causa de mi sangre. Tu entre toda la gente eres completamente de la luz.

Jaxon se frotó las sienes doloridas. Había algo mal en las cosas que estaba diciendo.

– ¿Por qué no puedo soportar la idea de la comida, Lucian?

– Eres capaz de tolerar el agua y algunos zumos naturales de verduras y frutas. Debes empezar con sopa de verdura y aumentar tu tolerancia lentamente. No intentes comer productos cárnicos; no te sentarán bien.

– ¿Es así como vives tú? ¿Zumos y sopas?

– No preguntes lo que no puedes afrontar, mi amor. – Dijo él lentamente, su negra mirada descansó sobre el pulso que latía tan frenéticamente en la garganta de ella.

Entonces lo supo. No se desmayó, aunque todo su cuerpo se quedó débil, sus piernas parecían de goma. No se desmayaría.

– Lucian, por favor apártate de la puerta.

La mirada hipnotizadora de él se movió sobre su cara como una caricia.

– ¿Estás pensando en huir de mí? – Su voz era tan suave y sensual, hizo todo lo que pudo por no huir *haci*a él en busca de consuelo.

– Eso es exactamente lo que pienso hacer. Me dijiste que no era una prisionera, y he decidido que quiero salir. – Intentó sonar desafiante. Notó que la enorme forma de él llenaba el umbral, y su cuerpo estaba tan inmóvil como una montaña, su expresión impasible. Si solo no tuviera esa voz.

–¿Adónde irías, Jaxon?

Ella alzó la barbilla.

– Donde no haya nada de que tenga que ver contigo. – Hubo un largo silencio mientras él esperaba, sin moverse, esos ojos negros estudiándola. Jaxon contó sus propios latidos de corazón. Suspirando ligeramente, Jaxon capituló. – Al apartamento de Barry. Él no está allí, ¿recuerdas? El capitán le ha trasladado a una casa segura.

– No creo. No sería seguro.

Había un doble sentido tras esas palabras suavemente pronunciadas. Jaxon se estremeció de frío a pesar del calor de las llamas que danzaban tras ella. – Dijiste que podía marcharme.

– No dije huir. Habrá sinceridad entre nosotros, pequeña, sea difícil o no. Eres una mujer fuerte. No voy a esconderte cosas.

– ¿Se supone que tengo que agradecértelo? – Se pasó una mano temblorosa por el pelo, creando el efecto de un golpe de viento. – No quiero eso.

– Si, lo quieres. – Replicó Lucian tan amablemente como siempre.

Donde sus ojos habían sido negros e imposiblemente insondables, ahora vislumbraba hambre y cruda posesividad. Su mano se movió buscando la reconfortante culata de su arma. ¿Cómo podría resistirse nunca a esos ojos hambrientos?

–Por qué haces esto? Ya tengo suficientes problemas en mi vida sin que tú esperes que acepte vampiros y Dios sabe qué más. No puedo hacerlo, Lucian.

– Si, puedes. – Lo dijo tranquilamente. – Toma un profundo aliento y relájate. Siéntate antes de que te caigas.

Sus ojos oscuros relampaguearon hacia él.

– ¿Realmente crees que estoy tan desesperada que vendería el poco autorespeto que me queda solo por estar con alguien? Siento la diferencia en mi cuerpo. Lo forma en que oigo, la forma en que soy capaz de controlar el volumen. Puedo ver en la oscuridad mejor que si fuera a la luz del día. Te siento todo el tiempo. Conmigo. Necesitándome. Llamándome. – Se frotó las sienes de nuevo. – ¿Cómo puedes hablarme sin hablar en voz alta? Más importante aún, ¿cómo puedo hablar contigo de esa forma?

– Mi sangre fluye en tus venas, como la tuya fluye en las mías. Compartimos el mismo corazón y alma. Nuestras mentes buscan unirse, al igual que nuestros cuerpo claman el uno por el otro.

– Mi cuerpo no clama por el tuyo. – Negó ella, más asustada que enfadada.

– Pequeña mentirosa.

– Vuelve a eso de la sangre en las venas. ¿Exactamente como consiguió tu sangre entrar en mis venas y la mía en las tuyas? ¿Me hiciste una transfusión o algo...? – Su voz se desvaneció, imágenes de un sueños oscuro y erótico se entrometieron. Se llevó la mano protectoramente a la garganta. – No bebiste mi sangre. Dios, dime que no bebiste mi sangre. No, primero dime que yo no bebí la tuya. – Ahora sus piernas amenazaban con fallarle. Ya miraba al suelo, preparada para caer. Solo la idea de ser más vulnerable de lo que ya era evitó que se derrumbara.

Él se movió veloz para ayudarla, pero Jaxon estaba tan alarmada que sacó el arma. Usó los dos brazos para apuntar y así intentar afirmar el terrible temblor de sus manos. Esto era una pesadilla, una locura. No tenía suficiente imaginación para tramar esto. El arma apuntaba directamente al corazón de él.

– Por favor apártate de la puerta, Lucian. No quiero hacerte daño. De verdad que no. Sólo quiero salir de aquí para poder volver a respirar. – Estaba suplicándole, no tomando el control de la situación como era usual. Deseaba tanto estar con él. Tanto. Era alto, sexy y estaba terriblemente solo, como ella. Ella entendía eso. Deseaba hacer que todo fuera bien para él, librarle de esa terrible hambre. Pero tener a un hombre como Lucian mirándola todo el tiempo con calor y hambre, con deseo y posesividad, era un sueño que nunca podría aceptar. Lucian no era un hombre de verdad. Era algo más. Algo que ni siquiera quería identificar.

– Jaxon baja el arma antes de que dispares accidentalmente a alguien. – No hubo ninguna inflexión en absoluto en su voz.

– No sería un accidente, Lucian. Por favor, voy a pedírtelo una vez más. Simplemente haste a un lado, y déjame marchar.

– Mi gente consideran a un humano comiendo carne con la misma repugnancia que tu consideras nuestra alimentación de sangre.

Dio un paso tentativo, intentan silenciar sus palabras y la importancia de lo que él le estaba revelando. Le rodeó por la derecha, esperando que abandonara su posición. Lucian permaneció tan inmóvil como las montañas.

– Solo imaginar lo que estás intentando contarme me pone enferma. No creo que seamos compatibles. – Ahora estaba ansiosa. Si se hacía a un lado, iba a tener que encontrar una forma de rodearle. No iba a dispararle. La idea de hacerle daño de algún modo era demasiado imposible de soportar.

Lucian se movió tan rápido que fue un borrón. Ni siquiera un borrón. En un momento estaba de pie en el umbral, y al siguiente tenía el arma en su posesión y sus brazos rodeándola.

– Solo crees que es repulsiva, ángel, porque aún no sabes nada del mal.

Estar tan cerca de él era peligroso. Su cuerpo estaba duro, caliente y deseoso. Sintió una respuesta bajando directamente hasta sus pies. Su respiración la traicionó, su corazón apresurado, su propio cuerpo. Sintió las lágrimas ardiendo tras sus ojos.

– Dime que estás controlando mis reacciones a ti. – Susurró, levantando la cara para poder examinar la máscara inexpresiva que era la cara de él.

Al momento sus duras facciones se suavizaron, sus fuertes brazos de acero la atraparon contra él tan gentilmente como fue posible.

– Sabes que no. He obtenido tu conformidad a la fuerza solo en las ocasiones en las que te estaba sanando, atándote a mi, y cuando necesitabas dormir. Tú eres la otra mitad de mi alma. No puedo estar lejos de ti, Jaxon. No me lo invento. – Su mano se movió sobre la cara de ella con gran ternura. – ¿Crees que desearía causarte tal desasosiego? Busca en mi mente y ve la verdad. Deseo sólo tu felicidad. En verdad, cielo, gustosamente daría mi vida si supiera que deseas tal cosa y serías feliz sin mí, pero no es así. – Su boca le tocó la frente, los párpados. – No es así, amorcito. No es así.

– No puedes pedirme que acepte tal cosa.

– No tengo elección. Es mi forma de vida, Jaxon. Soy un Cárpato. No puedo cambiar eso. No querría cambiarlo. – Su boca encontró la de ella, gentilmente, sus labios apenas le rozaron la comisura de la boca. Empezó un profundo temblor en el interior de Jaxon. – Sobrevivo con sangre, mi amor, pero no mato. He dedicado mi vida a la preservación de nuestras dos especies.

– Pero, Lucian. – Intentó protestar.

– Es diferente, eso es todo. Es algo desconocido para ti.

Ella enterró la cara contra su pecho.

– No duermes en un ataud, ¿verdad? – Se suponía que era una broma pero le salió más en serio de lo que pretendía.

Lucian escogió su respuesta cuidadosamente.

– En todos los siglos de mi existencia, con todos los vampiros que he cazado y destruido, realmente nunca encontré a ninguno que durmiera en un ataud. Si alguien fuera a intentar una idea semejante, imagino que el no–muerto sería el primero.

– Esa es una buena cosa. – Jaxon ya estaba alejándose de él, moviéndose cautelosamente, como si por tocarle pudiera infectarse con alguna extraña enfermedad. – No creo que pudiera acostumbrarme al asunto del ataúd. ¿Puedes deshacer lo que has hecho? – Intentó mantener la voz neutral. Estaba muy cansada y sólo quería echarse donde fuera y no pensar más en nada. – No puedes, ¿verdad?

– No querría hacerlo si pudiera. No quiero dejarte. – Sus manos cayeron a ambos lados. – Es egoísta por mi parte, lo sé, pero no puedo. No es solo por mi propio bien, Jaxon, sino por el nuestro... y el de otros.

Ella levantó una mano y le dedicó una débil sonrisa.

– Déjalo, Lucian. No puedo asimilar mucho más. Hagamos algo normal. – Jaxon se mordió el labio inferior, una pequeño ceño fruncido atravesó su cara. – Yo no sé lo que hace la gente normal, ¿verdad?

Las manos de él le enmarcaron la cara, sus pulgares rozaron la piel suave y satinada con una pequeña caricia. Tenía que tocarla. No podía detenerse a sí mismo.

– Pareces cansada, Jaxon. Debes descansar.

– Estaba pensando en que saliéramos a pasear por los terrenos. Me gustaría echar un vistazo fuera.

– Tantear el terreno. Por supuesto que quieres hacerlo. Es tan normal.

Ella se encontró sonriendo.

– Quizás tienes razón. Después de todo, ninguno de nosotros sabe que hacer cuando no está rastreando a un asesino.

La sonrisa de él fue lenta y sexy.

– Yo no he dicho que no tenga otras cosas mucho más interesantes en mente que podamos hacer.

El aliento se le quedó atascado en la garganta. Podía descolocarla tan fácilmente. No era natural.

El susurraba en su mente, compartí imágenes eróticas, y la hacía pensar en cosas que nunca pensaría por su cuenta. Jaxon sacudió la cabeza.

– Eres malo, Lucian. ¿Qué voy a hacer contigo?

– Quedarte conmigo. Vivir conmigo. Aprender a amarme. Aceptarme como soy. – Susurró su voz negro aterciopelada, y sus palabras la tocaron en lo más profundo de su alma.

Extendió una mano para tomar la de él, enredando sus pequeños dedos con los de él.

– Creo que deberías ser proscrito. Esa voz tuya puede conseguirlo casi todo. – No tenía realmente forma de resistirse a él. No cuando le decía cosas así con esa voz y con sinceridad tan cruda en su mirada.

Él dio la vuelta a la mano, llevándole la palma de ella a los labios. Sus ojos negros ardían con posesividad.

– ¿Eso te incluye?

Jaxon se encontró sonriendo.

– Lo estoy considerando. Pasea conmigo.

– ¿Deseas salir fuera?

Ella sacudió la cabeza.

– Hay una razón por la que no estas del todo seguro de que quieras que salga fuera. ¿Qué hay allí? Sé que no es un ataúd. Creo que hemos tratado ampliamente ese asunto, y lo hemos aclarado.

– Nada de ataudes. – Respondió él.

– ¿Así que? ?¿Qué es? – Exigió. – Escúpelo.

– Lobos. – Lo dijo con cara seria.

Jaxon retiró su mano.

– Devuélveme mi pistola. ¿Lobos? Debería haberlo sabido. Por supuesto que tienes lobos. ¿No los tiene todo el mundo? – Chasqueó los dedos. – La pistola, Lucian. Entrégamela. He decidido que te dispararé después de todo. Es la única forma de preservar mi cordura.

La mano de él se cerró alrededor de su cuerpo en una amenaza fingida.

– No creo que te devuelva alguna vez esa pistola tuya. Te da ideas hostiles.

Fue mucho más consciente de él mientras se movían hacia la parte de atrás de la casa. ¿Por qué su casa tenía que ser tan perfecta? ¿Por qué tenía que ser todo lo que siempre había querido? ¿Por qué la hacía sentirse tan segura cuando debería sentirse amenazada por un ser tan poderoso y peligroso como el que sabía que era Lucian? ¿Simplemente cómo podía aceptar sus diferencias con tanta calma? Bien, quizás no con calma, pero estaba aceptándolas.

Lucian disfrutaba de la forma en la que la mente de ella trabajaba. Algunas veces Jaxon se veía superada por la enormidad de la información que le estaba dando, pero no se permitía ceder al pánico. Se tomaba su tiempo para asimilar lo que podía y después le daba a su mente un pequeño descanso antes de procesar el siguiente flujo de información. Utilizaba el humor para superar las situaciones que la asustaban. Ni una sola vez le condenó.

Jaxon no le conocía. No entendía lo que era él realmente. No tenía un concepto real de lo que había hecho para destruir a otros durante siglos. Que su mundo oscuro y vacío era tan frío y sombrío, que haría cualquier cosa para evitar volver allí. Era un depredador, llevaba en su interior una terrible oscuridad, y ella era demasiado parte de la luz para entender que cada muerte se había llevado una parte de su alma. Sólo Jaxon podía recomponerle.

Capitulo 5

En el momento en que Jaxon dio un paso fuera, en los terrenos e inhaló el aire fresco, el terrible peso que amenazaba con aplastarla desapareció. El aire era frío y crispado, la lluvia había cesado durante un corto tiempo. Las nubes se arremolinaban en lo alto, oscuras y amenazadoras, bloqueando cualquier luz de la luna, aún así era un vista hermosa. Adoraba las tormentas y el sonido de la lluvia. Adoraba las formaciones de nubes y la fragancia del aire después de un aguacero.

Fue consciente del poderoso cuerpo de Lucian que se movía cerca del suyo mientras emergían de la casa. Jaxon se peinó el pelo descuidadamente con una mano, despeinándolo todavía más mientras examinaba los acres de bosque que se extendías tras la mansión.

– Esta es la peor pesadilla de un guardaespaldas, Lucian. A Drake le encantará esto. Podría estar aquí ahora misma, sobre esos árboles de ahí. Este es su elemento.

– Te preocupas mucho por mi seguridad, cielo. – Sus dedos se enredaron en el pelo de ella con el pretexto de domarlos en alguna semblanza de orden – Sabría si un humano se aproximara a mi propiedad. Está bien protegida, no por un sistema de seguridad semejante al que utilizar los humanos sin por salvaguardas ancestrales, poderosos y peligrosos. Tyler Drake no puede atravesarlas. Mientras estés en esta propiedad, estás perfectamente a salvo de él.

– ¿Y que hay de la bala de un francotirador? No tiene que estar en la propiedad para dispararte, Lucian. Todos lo que tiene que hacer es trepar a lo alto de una colina en alguna parte y tenerte a la vista.

– No soy tan fácil de matar, ángel. Sólo finges no saber lo que soy porque no quieres pensar demasiado en ello. – Él estaba en su mente. Ella estaba evitando la idea de su intercambio de sangre, principalmente porque le traía oscuros y eróticos recuerdos que no quería tocar. Y definitivamente estaba teniendo problemas con la idea de que había tomado su sangre. La molestaba mucho más de lo que quería admitir, aunque estaba dando vueltas y más vueltas en su cabeza.

Lucian bajó la mirada hacia ella. Jaxon había inclinado la cabeza hacia atrás para mirarle, sus grandes ojos oscuros con emociones tan enfrentadas le estaban derritiendo las entrañas. Más que nada deseaba saborear sus suaves labios. La necesidad era feroz y urgente y esta vez cedió a la demanda sin luchar. Simplemente enredó los brazos alrededor de su pequeña cintura y la empujó hacia él, su cabeza descendió para tomar posesión de la boca.

El tiempo se detuvo. Bajo sus pies la tierra misma se estremeció y onduló. Un calor ardiente hizo erupción por todas partes, la electricidad se arqueaba entre ellos. Aún así, su boca era lenta y gentil, persuadiendo su respuesta en vez de ordenarla. Sus manos se movieron para acunar la parte de atrás de la cabeza de Jaxon, sujetándola para poder explorar, perdiéndose en el satinado calor de su boca. Ella lo era todo para él. Un mundo secreto de luz, calor, color, emoción y magia. Nunca desearía estar en ninguna otra parte. Deseaba que este momento perfecto continuara para siempre.

Lucian alzó la cabeza lentamente, casi temiendo detenerse, temiendo que el momento pudiera no ser real, tal era su perfección, temiendo que ella pudiera desvanecerse y dejarle solo una vez más. Sus manos se enredaron en el pelo.

– Pensaba que me quedaban pocos secretos que descubrir en este mundo, ángel, pero el misterio de cómo puedo haber llegado a merecer a alguien como tú, me llevará toda una eternidad desentrañar.

La punta de los dedos de Jaxon tocaron esa boca perfecta. La verdad era, que Jaxon tenía miedo de él. Había sabido que si la tocaba de esta forma, si su boca encontraba la de ella, nunca podría librarse verdaderamente de él. Le desearía ardientemente para siempre. Su sabor, su poder, su esencia. Todo.

– No debí permitirte esto, Lucian – Susurró. – ¿Ahora que vamos a hacer? – Él había dicho que podía marcharse cuando quisiera, que no era una prisionera, pero ella sabía que no era verdad. Estaba ligada a él de alguna forma, unidad por algo mucho más poderoso de lo que había nunca imaginado. Sus pestañas le alzaron, y levantó la mirada hacia él con

tremendo pesar. – ¿Qué vamos a hacer?

Lucian la cogió de la nuca con la palma de la mano y la arrastró contra él para poder abrazarla.

– Cuando me miras con tanta tristeza, Jaxon, me rompes el corazón.

El viento proporcionaba una suave música, y él se movía en perfecto ritmo con ella, llevándola con él de forma que eran uno. Descansó la cabeza contra su pecho y pareció fundirse con él, laxa y suave cuando debería haber estado protestando.

– Nuestro destino está sellado, cielo. – Dijo el tan gentilmente como pudo – No hay Lucian sin Jaxon, y no hay Jaxon sin Lucian. Debemos encontrar la formar de fundir nuestros dos mundos. No tenemos elección. Estaba escrito desde antes de que ninguno de nosotros dos fuera enviado a esta tierra. Tenemos suerte de haber sido capaces de encontrarnos el uno al otro, cuando hay tantos que han sido incapaces de mantener la esperanza.

– ¿Eso crees, Lucian? ¿Realmente piensas que tenemos suerte? Te he arrastrado a un mundo enfermizo donde alguien me persigue y mata a todo el que me importa. Tú me has traído a un mundo de pesadilla donde existen criaturas salidas de los historias de terror. – Jaxon sonaba muy triste, su voz amortiguada por la blanca camisa de seda de él. – Ni siquiera sé si quiero estar contigo. No sé si me tienes bajo algún hechizo de magia negra o no.

Sus cuerpos se movían juntos, tan cerca como podían, con solo la fina tela de la ropa entre ellos.

Él se encontró sonriendo de nuevo. Probablemente era la criatura más poderosa sobre la faz de la tierra. Podía comandar los cielos. Ella no medía mucho más de metro y medio, probablemente no pesaba más de cien libras, aunque no dudaba para nada en oponerse a él.

La verdad era, que Lucian estaba acostumbrado a un temor y respeto absoluto. Incluso entre los más poderosos hombres de su raza, siempre había sido tratado con deferencia. Nadie le había desafiado en siglos. Le dio vueltas a eso. Nadie aparte de los enemigos a los que había destruido le había desafiado *nunca*. En todos aquellos siglos nadie había desobedecido nunca su voluntad. Lucian estaba acostumbrado a hacer las cosas a su manera. Entre sus brazos Jaxon se sentía tan pequeña y frágil. Fue repentinamente consciente de su propia fuerza, de su poder, algo que siempre había dado por supuesto. Inhaló la fragancia de ella; estaba ya en el mismo aire que respiraba. El lazo entre ellos crecía en fuerza a cada momento que pasaba.

Un sonido se entrometió, un suave lamento musical en el viento. Los lobos sabían que estaba afuera, en los terrenos y se habían acercado a visitarle. Viendo que no estaba solo, se quedaban en los bosques, oscuras sombras observándole, esperando una señal. ¿Atacar o quedarse atrás? Tocó sus mentes, enviando imágenes de ellos. Jaxon era parte de su clan, de su manada, su hembra, una líder al igual que él. Estaba bajo su protección. Bajo la protección de ellos. Debían cuidar siempre de ella primero.

– Ahora mismo están ahí fuera, observándonos, ¿verdad? ¿Dónde los conseguiste? Tienes que obtener toda clase de licencias especiales para tener un animal salvaje. Ahora que lo pienso, incluso para ti, sería difícil obtener los permisos cuando vives tan cerca de la ciudad. ¿Cómo lo conseguiste?

Él encogió sus amplios hombros descuidadamente.

– Simplemente le dije al caballero que él iba a darme los permisos, y lo hizo.

Jaxon suspiró y dejó de bailar con él.

– Necesito alejarme de ti. De veras. No puedo creer que alguien tan perfectamente lógico y terrenal como yo está cayendo en este mundo de fantasía que has creado. Lucian, no puedes salirte siempre con la tuya modificando la cabeza de la gente e hipnotizándoles para que hagan lo que quieras.

Sus ojos negros le brillaron con lo que podría haber sido diversión.

– Jaxon, lo he estado haciendo desde el principio de la existencia.

– ¿Eso qué significa?

– Siglos. Lo he estado haciendo durante siglos.

Jaxon levantó una mano.

– Deja de decir *siglos.* No puedes volver a utilizar esa palabra. Algo en ella me vuelve loca. – Se estaba presionando el estómago con una mano. – Devuélveme mi arma antes de que llames a esos animales tuyos. – Podía ver a los lobos, sus ojos brillaban en la oscuridad. Sin notarlo, se movió hacia atrás, hacia el cobijo de los amplios hombros de Lucian en busca de protección. – Me sentiría mejor, ¿sabes?

– Los lobos son mis hermanos. Nunca me harían daño a mí o a lo que es mío. – Dijo él tranquilamente. – Son criaturas nobles, Jaxon, con un estricto código. Entregarían sus vidas por nosotros. No les temas.

Su corazón empezaba a martillar. Del mismo modo notó que el corazón de él igualaba al de ella, y después ambos se ralentizaban hasta normalizarse. Le miró fijamente.

– ¿*Qué* eres?

– No un vampiro, amorcito. Eso nunca. – Todos sus instintos pedían que la cogiera en brazos y se escabullera con ella, reclamara su cuerpo y la atara a él irrevocablemente. La mente de Lucian era una sombra en la de ella; sabía que sería incapaz de resistirse a él, pero no era eso lo que ella quería. Todavía luchaba por aceptar la existencia de él y su extraño vínculo. Con un suspiro rodeó su cuerpo liguero con los brazos y cayó sobre una rodilla. *Venid a mí, hermanos y hermanas. Venid y conoced a mi compañera.*

Los lobos corrieron desde los bosques, ansiosos de darle la bienvenida a su manada. Lucian la abrazó con firmeza, reconfortándola tanto física como mentalmente. En la cabeza de ella su voz era suave y reconfortante; su corazón y pulmones dirigían los de ella para que pudiera mantener la calma en medio de la gran manada. Los animales empujaban contra sus piernas, frotándose con sus muslos, buscando las manos de ella en sus pieles. Cuando ella se mostró reacia a hacerlo por voluntad propia, la mano de Lucian guió la de ella, para que su palma se viera inmersa en el espeso y oscuro pelaje del mayor de los lobos.

Jaxon encontró que una sonrisa curvaba su boca y la alegría en su corazón. Casi sentía como si pudiera ver en el interior de las mentes de los animales. Imágenes de lo que pensaban y sentían. Su piel era increíblemente suave y espesa. Era asombroso estar tan cerca de un animal salvaje, tocarlo, que la aceptara. Volvió la cabeza para mirar a Lucian.

– Esto es tan maravilloso. ¿Has estado haciendo esto toda tu vida?

– Diría que durante *siglos*, pero sé lo mucho que te disgusta esa palabra en particular. – Se burló de ella.

Le hizo una mueca.

– Eres tan malo.

Él le revolvió el pelo, intentando tratarla como a una niña a pesar de la mujer que sabía que era. Estaba cansada. Podía sentir que estaba exhausta. Sus heridas no estaban completamente curadas. Necesitaba alimento, aunque su mente huía de esa necesidad en particular. Lucian envió a los lobos de vuelta a los bosques, cogió a Jaxon en brazos, y se deslizó de vuelta al interior de la casa, acunándola contra su pecho.

– Soy bastante capaz de caminar. – Señaló ella.

– Así es más rápido. Tus piernas son cortas.

– ¡No lo son! – Estaba seriamente ofendida. – No puedo creer que hayas dicho eso.

Él rió y la dejó caer entre las profundidades de los cojines del sofá de su guarida, donde se estaba caliente.

– Tengo que salir un rato esta noche. Tú, por supuesto, te quedarás dentro y fuera de peligro.

Ella miró hacia arriba con grandes ojos inocentes.

– ¿A dónde crees exactamente que estaba planeando ir a esta hora de la noche? ¿A bailar? Puedo esperar unos pocos días.

– Prométeme que intentarás comer algo.

– Absolutamente. – Asintió solemnemente.

Lucian la evaluó con los ojos entrecerrados.

– ¿Por qué será que no estoy seguro de poder confiar en ti?

– Tienes las pestañas más oscuras y largas que haya visto nunca. – Replicó ella, intentando no mirar fijamente sus ojos. – Deberían encerrarte. No es seguro tenerte alrededor de las mujeres.

– No he notado que *tú* caigas rendida a mis pies, ángel.

– Gracias a Dios por ello. – Jaxon se acurrucó más profundamente entre los cojines y le sonrió. – Fíjate que ni siquiera te pregunto a donde vas. Simplemente me alegro de librarme de ti un rato.

– Eso no es agradable.

– Tenlo en mente cuando estés pensando en todo ese rollo de compañera. No soy una persona agradable. – Dijo ella con aire satisfecho.

Él rió suavemente.

– No tengo que reforzar mi petición de que permanezcas dentro con una pequeña ayuda, ¿verdad?

Los ojos oscuros de ella lanzaron fuego.

– ¡No te atreverías!

– Ponme a prueba.

Jaxon hizo todo lo que pudo por parecer comedida.

– ¿Tengo pinta de ir a correr de un lado a otro como una idiota? Pero tú necesitas un par de guardaespaldas. Llévate al chofer. Parece como si pudiera arreglárselas por sí mismo en una crisis. No tengo ninguna intención de preocuparme por ti.

Los dientes blancos de él relampaguearon ante esa flagrante mentira.

– Si me necesitas, cielo, sólo búscame en tu mente. Podemos hablar el uno con el otro todo el tiempo.

Ella levantó una mano.

– Lárgate. Es la única cosa segura que puedes hacer. Y deja mi arma cuando lo hagas. No quiero estar aquí sola y desarmada.

– Tienes un arsenal completa escaleras arriba en tu dormitorio. Nunca había visto tantas armas. Me hizo preguntarme con que clase de mujer me estaba liando. No vayas a dispararme cuando vuelva a casa esta noche, nada de desafortunados accidentes, espero. – Su burló mientras le dejaba el arma en la mesa que había a su lado. Se inclinó para rozarle las sienes con su cálida boca antes de alejarse de ella, riendo suavemente.

Lucian se aseguró de haberse internado en la oscuridad antes de que su alta forma reluciera hasta la transparencia, lentamente se disolvió en millones de diminutas gotas, y se internó en la niebla que se elevaba del suelo. Se movió veloz, viajando con velocidad preternatural, moviéndose directamente hacia la ciudad.

Los tres hombres enviados a matar a Jaxon trabajaban todos para la misma persona. Samuel T. Barnes. El hombre era banquero, rico y muy sociable. Había sido visto en todas las fiestas prominentes, apoyaba al alcalde, al congresista, y al senador. No parecía tener ninguna conexión con la droga, aunque había ordenado a los tres asesinos acabar con Jaxon. Ella había tenido mucho éxito en ralentizar el tráfico de drogas en su ciudad. Su equipo virtualmente había puesto una llave estranguladora en las rutas de entrada. Había encontrado y requisado embarque tras embarque.

Lucian encontró los dominios de Barnes en un barrio exclusivo. La ráfaga de niebla rodeó la casa, poniendo a prueba las defensas. Cada ventana estaba sellada, cada puerta atrancada. Lucian volvió a la puerta delantera, brillando una vez más hasta carne sólida y sangre. Permaneció en pie alto y erguido, una débil sonrisa tocando su boca, aunque sus ojos eran completamente inexpresivos. Escuchó durante un momento, anotando la posición de toda la gente del interior de la casa y lo que estaban haciendo. Su golpe fue agudo y autoritario y provocó una respuesta instantánea. Un joven con un traje cuya protuberancia pobremente disimulada de su chaqueta indicaba que estaba armado, abrió la puerta. Lucian cabeceó cortésmente.

– Soy Lucian Daratrazanoff, vengo a ver al Señor Barnes. No tengo cita, pero estaba en la zona y pensé aprovechar la oportunidad.

El hombre parpadeó varias veces sorprendido. Obviamente reconocía el nombre.

– Por favor pase, señor. Le diré que está usted aquí.

Lucian no se movió.

– No quisiera molestarle si se ha retirado por esta noche. Después de todo, es bastante tarde. Esperaré aquí afuera.

– Al Señor Barnes no le gustaría eso, señor. – Insistió el hombre. – Le he oído hablar de usted con frecuencia. Por favor entre.

– ¿Está seguro de que tiene usted autoridad para invitarme a entrar en esta casa? – La voz de Lucian era suave, su acento mucho más evidente.

El hombre asintió.

– Si, señor. Por favor entre. El Señor Barnes me despediría si le dejara esperando en la puerta.

Lucian permitió graciosamente que el hombre que hablaba le condujera hasta el vestíbulo. Esperó tranquilamente mientras el hombre se apresuraba a traer a Sanuel Barnes. Podía oir claramente el susurro de conversación en la habitación superior.

– ¿Estás seguro de que es Lucian Daratrazanoff? Dios mío, ¿dónde está mi chaqueta? Rápido, Bruce, sirve un par de bebidas, y llévalas a la biblioteca. No, espera. Escolta a Daratrazanoff al salón principal. Yo mismo serviré las bebidas.

Lucian permaneció inmóvil, esperando mientras Bruce se apresuraba a volver hasta él.

– El Señor Barnes quiere que le conduzca arriba. – Anunció, indicando hacia las escaleras.

Lucian subió las escaleras sin dudas. No había utilizado su voz para persuadir o embrujar. No lo había necesitado. Su nombre, el de un elusivo extranjero billonario, era suficiente. Para un hombre como Barnes, tendría el estatus de una celebridad. Se movió silenciosamente, permanentemente consciente de la localización de todos los que habitaban la casa. Había cuatro hombres, incluyendo a Barnes. Bruce estaba justo tras él, y otros dos jugaban a las cartas en la habitación de recreo en el primer piso hacia la parte trasera de la casa.

Samuel Barnes se encontró con él en medio de la habitación, con la mano derecha extendida. Era un hombre delgado con una rápida sonrisa bien practicada y pelo pajizo.

– Lucian Daratrazanoff, es toda una sorpresa. ¿Que puedo hacer por usted?

Los ojos negros de Lucian eran duros e inflexibles.

– Creo que tenemos algunos negocios privados que discutir.

Barnes señaló hacia la puerta a Bruce con un asentimiento. El hombre inmediatamente salió, cerrando las pesadas puertas de roble tras él. Barnes cruzó hasta su bar de cuero.

– ¿Qué le sirvo? – Se sirvió para sí mismo un whisky con agua.

– Para mí nada, gracias. – Replicó Lucian suavemente. Esperó hasta que Barnes estuvo sentado cómodamente frente a él antes de inclinarse hacia el hombre y fijar sus ojos negros en la mirada del otro hombre.

– Tenemos un pequeño problema, Señor Barnes. – Dijo Lucian muy amablemente. – Se que estará usted más que dispuesto a ayudarle.

– Por supuesto, Señor Daratrazanoff. Cualquier cosa.

– Me gustaría que me dijera francamente por qué desea a la Señorita Jaxon Montgomery y su compañero, Barry Radcliff, muertos. – La voz de Lucian había caído un octavo, de forma que el tono se enredó alrededor del otro hombre, igual de hipnótico que esos oscuros y vacíos ojos.

– Mis socios y yo hemos llevado a cabo varios intentos de sobornarla a ella o alguno de los miembros de su unidad, pero todos le son muy leales. Parece saber de cada embarque antes de que llegue siquiera. Ha estrangulado nuestro flujo de efectivo. Les dije a mis socios que no podían cargarse a un par de policías, pero dijeron que lo hiciéramos o encontrarían un

socio más cooperativo. No tuve elección.

Lucian asintió seriamente, como si simplemente estuvieran discutiendo del tiempo.

– ¿Y quienes son esos señores que insisten en verla muerta? Porque , ya sabe, usted no quiere en realidad que suceda tal cosa.

– Dennis Putnam y Roger Altman. Tienen buenas conexiones en Colombia y México.

– ¿Y dónde encontrará a esos dos hombres?

– Es difícil dar con ellos. Están rodeados de guardaespaldas todo el tiempo. Creo que tienen a uno de sus hombres infiltrado aquí, pero no puedo imaginar quien es. Siempre saben lo que estoy haciendo. Tienen una base de operaciones en Miami.

– Escriba la dirección para mí.

Barnes accedió inmediatamente. Lucian se puso en pie con su casual y fluida gracia.

– Los hombres que hay en esta casa... ¿Cuántos de ellos son conscientes del hecho de que sus socios quieren a la Señorita Montgomery muerta?

– Todos ellos.

– Gracias. Aprecio su ayuda. Quiero que espere hasta que yo abandone esta habitación, y después súbitamente deje de ser capaz de respirar. ¿Lo ha entendido?

– Si, Señor Daratrazanoff.

Barnes caminó con él hasta la puerta y le extendió la mano.

– Ha sido un placer hacer negocios con usted.

Lucian tomó la mano que se le ofreció y miró directamente a los ojos de Barnes, asegurándose de que sus instrucción fueran llevadas a cabo velozmente.

– Yo no puedo decir lo mismo, pero, después de todo, es usted un estafador y un asesino, ¿verdad?

Barnes frunció el ceño y se frotó las sienes.

Los dientes de Lucian relampaguearon.

– Adios, Señor Barnes.

Bruce estaba esperando justo al otro lado de la puerta.

– Por favor sígame, Señor Daratrazanoff. Le mostraré la salida. Confío en que todo fuera bien.

Lucian posó amigablemente una mano sobre el hombro del hombre.

– Por favor muéstreme la sala de juegos. Eso me haría muy feliz.

Bruce parpadeó rápidamente varias veces.

– Por supuesto, señor. Por aquí.

Mientras descendía por las largas escaleras, oyeron un débil ruido procedente del salón escaleras arriba. Un estrangulamiento, un jadeo, y después un ruido sordo, como si alguien hubiera caído al suelo. Bruce se volvió rápidamente. Lucian simplemente sonrió.

– No va a acudir en su ayuda, porque yo no lo deseo. Lléveme a la sala de juego.

Bruce asintió y le condujo hacia abajo hasta el vestíbulo y unas puertas dobles.

Lucian ondeó una mano, y las puertas se abrieron de par en par. Los dos hombre levantaron la mirada de su juego, ambos se llevaron la mano a las armas de sus pistoleras de hombro. Se relajaron visiblemente cuando vieron a Bruce.

Lucian caminó directamente hacia el primer hombre.

– Quiero que se meta en su coche y conduzca muy cuidadosamente, obedeciendo todas las normas de tráfico, hasta que llegue a la entrada de la carretera del acantilado. Cogerá esa carretera y conducirá directamente por fuera de ella. ¿Me ha entendido?

– Si, señor.

– Hágalo inmediatamente.

Sin replicar, el hombre recogió su chaqueta y las llaves del coche y abandonó la habitación.

Lucian se volvió hacia el segundo hombre.

– Usted ha matado muchas veces.

– Si, señor.

– Se siente mal por ello, ¿verdad? Es algo muy difícil con lo que vivir, tomar la vida de inocentes. Yo no lo he hecho en todos los largos siglos de mi existencia. Aquellos que fueron condenados a muerte fueron siempre asesinos como usted mismo. Es usted malvado. Sabe que lo es, y ya no desea continuar su penosa existencia. Váyase a casa, y termine con el sufrimiento que trae a los demás. ¿Lo ha entendido?

– Si, señor. – El segundo hombre recogió su chaqueta y abandonó la habitación en una mirada atrás.

Lucian estudió a Bruce.

– Usted no ha matado.

– No, señor.

– ¿Por qué trabaja para un hombre como Barnes?

– Cuando tenía quince años me vi envuelto en el robo de un coche. Estuve en prisión, y una vez fuera, nadie más que el Señor Barnes me dio trabajo.

– No le gusta Barnes o las cosas que hace.

Bruce no podía apartar la mirada de esos ojos hipnotizadores. En cualquier caso, el sonido de esa voz le exigía la verdad.

– Me repugna. Mataría a su propia madre por dinero. Tengo una esposa a la que mantener. Esperamos gemelos un día de estos. Tengo que conseguir suficiente dinero para vivir, y nadie va a contratar a un criminal.

– Se irá a casa y se quedará allí unos días pensando en su futuro. Se librará del arma, dirá a su esposa que tiene un trabajo legítimo, y llamará a este número. Allí un hombre le entrevistará y le dará un trabajo honrado. ¿Me ha entendido? No recordará nada acerca de mi presencia en esta casa, y no recordará que la Señorita Montgomery y su compañero estuvieran nunca en su lista de objetivos.

Bruce tomó el pequeño trozo de papel, lo dobló cuidadosamente, y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Cuando levantó la mirada, estaba solo en la sala de juegos, y no podía recordar por qué había ido allí. Su trabajo le ponía enfermo, Barnes le ponía enfermo. Ahora Mary daría a luz un día de estos. Ella odiaba que trabajara con Barnes y le suplicaba todo el tiempo que lo dejara. Quizás ahora era el momento. Quizás debería simplemente dejarlo y pensar las cosas mientras esperaban a que nacieran los bebes. Ahí afuera tenía que haber algo mejor para él. Algo legítimo. Bruce subió las escaleras para decir a Barnes que se había acabado. Le encontró en el suelo, con los rasgos grises y teñidos de azul. Inmediatamente llamó al 911 y empezó el CPR. Todo el rato que se estuvo esforzando, sabía que era demasiado tarde para Barnes, y no podría encontrar en su corazón pena por ello.

Jaxon esperó hasta que estuvo segura de que Lucian había abandonado la casa y estaba fuera de su propiedad. Al momento buscó un teléfono y llamó a Don Jacobson, su amigo de la niñez.

– Don, quiero que hagas algo por mi. Drake me llamó.

– Dios mío, Jaxx. ¿qué esperabas? En todas partes está la noticia de que te has comprometido con algún pez gordo ricachón. Eso sería un manotazo en la cara de Drake. ¿En qué estás pensando? Si ibas a ir corriendo a comprometerte en matrimonio, podrías haberte quedado aquí y haberte casado conmigo.

– Te habrías divorciado de mí en menos de una semana. – Rió Jaxon. – Todavia puedo patearte el culo, y tu ego de macho pasaría un mal rato.

– ¿Y que hay del ricachón? ¿Puedes patearle el culo?

– Ojalá. De todas formas, necesito información. Pon una oreja en el suelo, pregunta a algunos de los tíos con los que veas por ahí, y mira a ver si hay alguna pista de que Drake haya estado fuera en alguna parte. Ya sabes como es... le encantan esas colinas. Quizás tengamos suerte.

– Ten cuidado, Jaxx. Drake está loco. Probablemente se vuelva contra ti.

– Siempre tengo cuidado. Desafortunadamente. No creo que Lucian comprenda la extensión del entrenamiento de Drake. No me toma en serio cuando le digo lo peligroso que es atraer deliberadamente a Drake.

– Ya veo que has encontrado un jonky de adrenalina peor que tú.

Jaxon hizo un ruido grosero y le dio su número.

– Llámame si cualquiera encuentra una pista que *crean* que podría ser suya.

– Dalo por hecho, Jaxx. Pero prométeme que no harás nada peligroso.

– Cuidado es mi segundo nombre. – Dijo ella suavemente y colgó el teléfono.

En el dormitorio de arriba encontró sus cosas. Jaxon se vistió cuidadosamente, poniéndose ropas oscuras y una gorra oscura que le cubrió el pelo rubio.

Agradecía a Lucian el haber traído sus armas, incluyendo su rifle de largo alcance, añadió un par de cuchillos, su pistola con cargadores adicionales, y una cuerda. Lucian no creía que Drake fuera una amenaza real para él, pero ella tenía intención de de explorar todo el vecindario que rodeaba su propiedad hasta encontrar cada punto donde un francotirador pudiera apostarse a la espera.

Jaxon fue súbitamente consciente de lo fatigada que estaba. Sus heridas estaban en su mayor parte curadas, pero no estaba tan fuerte como le habría gustado. El rifle parecía mucho más pesado de lo que recordaba. Se quedó de pie justo dentro de la puerta delantera, mirando fijamente el intrincado patrón del cristal tintado. No solo era hermoso, sino que había algo más, algo que no podía tocar con los dedos. El patrón parecía llamar, consolar, atrayéndola. Podía haberse quedado allí para siempre y simplemente clavar sus ojos en él.

Sacudiendo la cabeza para aclararse la mente, Jaxon abrió la puerta y salió a la noche. Lloviznaba otra vez. No una tormenta fuerte, sino niebla espesa, y la neblina se estaba alzando como un vapor desde el suelo. Los lobos estaban confinados en los bosques de la parte trasera de la casa, así que el patio y la parte delantera estaban libres de animales salvajes. Se había sentido a salvo con Lucian abrazándola, comandando a los lobos, pero por ella, temía que pudiera haber destruido a tan hermosas criaturas.

Jaxon continuó bajando por la entrada delantera. Encontró que estaba teniendo dificultades para caminar. El aire se sentía pesado y opresivo. Cada paso que daba parecía introducirla en arenas movedizas. Estaba respirando con dificultad, el peso de su pecho le producía la ilusión de que no podía respirar. *Ilusión.* Esto era alguna especie de ilusión. O quizás era parte de algún sistema de seguridad que Lucian había prepaardo para que funcionara con el sistema nervioso de los humanos. Fuera lo que fuera, Jaxon no tenía intención de permitir que la derrotara. Tenía que asegurar la zona por su propia paz mental.

Jaxon trató con su desasosiego como habría hecho con cualquier otra incomodidad que pudiera haber experimentado en medio de una misión.

Lo empujó fuera de su cabeza y avanzó, un paso cada vez. No había duda de que podía hacerlo; no podía haber otro resultado. Jaxon había sido entrenada para superar obstáculos. El sudor asaltó su frente, pero no importaba. Se abrió paso hacia las verjas y las empujó para abrirlas.

Una vez en la calle podría respirar más fácilmente, y el peso de su pecho se aliviaría. *La pesadilla de un guardaespaldas.* Había llamado así a la casa de Lucian, y era verdad. En este vecindario exclusivo cada hacienda tenía varios acres; Así pues, había pocas casas en las cercanías. La mayor parte del área circundante estaba cubierta de árboles y espesos arbustos. Tyler Drake adoraría esto. Y el terreno alto que había a una milla o casí de la casa la preocupaba. Era un lugar perfecto para observar la casa de Lucian y los terrenos.

Jaxon suspiró y se movió veloz hacia la carretera, manteniéndose entre las sombras de los árboles. Un blanco móvil era más fácil de localizar que uno estático, así que Drake tendría todas las ventajas de su parte si ya había empezado a explorar la zona. No quería pensar en Lucian y lo que le había revelado. Vampiros. No había tal cosa. Simplemente no podía ser. Quizás había presenciado algún extraño truco. Pero había sido ella la que había disparada a la cosa. Y nunca fallaba. Nunca. Vio como la bala lo golpeaba justo en el centro de la frente. Ni

siquiera había frenado el avance de la criatura.

Jaxon avanzó poco a poco y con dificultad mientras se acercaba a terreno elevado. No quería ponerse a contraluz. Si ella estaba cazando esta noche, Drake podría estarlo también. Empezó un meticuloso estudio del terreno, buscando signos de que Drake hubiera pasado por allí. Reconocería su trabajo. El aire frío le atravesaba la ropa. Jaxon se encontró temblando a pesar del hecho de que sus movimientos deberían haberla calentado. Aún así, su visión nocturna había mejorado tanto, que era una maravillosa ventaja. Intentó concentrarse en lo que estaba pensando y bloquear el frío entumecedor.

Estaba escudriñando el suelo, sus ojos buscaban incansablemente, adelante y atrás, en busca de algo fuera de lugar. Sólo una cosa. Eso era todo lo que necesitaría para saber que Drake estaba en la zona. Los primeros años Jaxon había intentado esconderse de él, hasta que comprendió que era imposible. Ahora, permanecía al descubierto, donde pudiera ir por ella si así lo deseaba. Pero él nunca intentaba hacerle daño a ella, solo a los que la rodeaban. Sólo a los que percibía como una amenaza para él. Lucian se había colocado a sí mismo en el punto de mira. Era de conocimiento público donde vivía, con la prensa siguiendo la historia de su compromiso.

Se dejó caer sobre el estómago y reptó a través de la hierba húmeda hasta la cima de la colina. Allí, utilizó el rifle de largo alcance y examinó la propiedad. Desde este ángulo no tenía un disparo limpio. El espeso follaje y los árboles protegían todo el lateral de la casa. Incluso los balcones estaban completamente ocultos a la vista. Estudió los alrededores cuidadosamente, buscando el próximo punto alto al que Drake pudiera acudir.

Estaba a media subida de la cuesta cuando empezó a sentir ese peculiar presentimiento que siempre tenía cuando sabía que se acercaban problemas. Era un don. Una maldición. Fuera lo que fuera, Jaxon sabía que Drake había estado aquí antes que ella. Ralentizó su paso y se cuido de estar completamente silenciosa. Ni siquiera sus ropas podían susurrar su presencia. Tomó especial cuidado en estudiar las rocas mientras escalaba. Encontró marcas de arrastre de pies, débiles pero allí estaban. Más arriba, cerca de la cima, estaba había un indiscutible raspado de una cuerda. Había visto esa marca antes. Había pasado su niñez entrenándose con Drake. Sabía como se movía, la forma en que escalaba una cuerda, y la forma en que la ataba. El nudillo de su pulgar siempre rozaba el polvo cuando la ataba.

Su corazón estaba ahora martilleando. Fácilmente podría estar en la cima, lo que haría que su posición fuera extremadamente vulnerable. Dudó lo suficiente como para sacar un cuchillo de la bota y sujetarlo entre los dientes antes de hacer el último esfuerzo y encaramarse en la cima de la colina. Se tendió tranquilamente, esperando recuperar el aliento, escuchando los sonidos de la noche. Podía oír insectos cantando, lo que sugería que estaba sola allí arriba. No se movió, no se engañaba. A Drake nunca le molestarían tanto los insectos como para silenciarlos. Era un profesional; sabía exactamente qué estaba haciendo ella. Nunca delataría su posición con movimientos descuidados.

Cuando Jaxon se movió, lo hizo centímetro a centímetro, sobre el estómago, manteniéndose baja en el suelo, utilizando los codos para impulsarse hacia adelante. Cubrió el campo abierto y encontró una protección relativa en algunos arbustos espesos. Muy cuidadosamente deslizó el rifle del hombro. Lo sintió sólido y seguro en su mano, pero era para un disparo a larga distancia, no para el combate mano a mano. Esta podría ser su oportunidad de librar al mundo de Tyler Drake. Si estaba allí arriba, estaba decidida a ser la única que volviera a bajar. Y Drake nunca se sometería al arresto.

Recorrió cada pulgada de los acantilados. Tyler había pasado tiempo allí; lo sabía. Podía olerle en todas partes. Realmente le olía. Le traía de vuelta tantas pesadillas, ese olor. Las pistas estaban lo suficientemente frescas para saber que Tyler debía haber explorado la propiedad mientras Lucian estaba en el hospital con ella. Él no les había disparado, y no había sentido peligro, así que debía haberse marchado antes de que llegaran ellos. Cuando estuvo satisfecha y segura de que Drake no estaba ya en el acantilado, se permitió descansar un momento. Con tantos recuerdos indeseados acosándola, su estomago era un nudo apretado.

Solo estar cerca de Drake la ponía enferma. Tomando un profundo aliento para calmar sus nervios, Jaxon cruzó la roca abierto del borde del precipicio para poder espiar una vez más la casa. Aquí tenía una vista mejor.

Cogiendo su rifle, tomó puntería. El denso follaje oscurecía la mayor parte del frontal de la casa, pero los pisos superiores se elevaban sobre los árboles.

Podía ver parcialmente a través de dos ventanas a pesar de los cristales tintados. No estaba lo suficientemente familiarizada con la distribución de la casa para saber qué habitaciones estaba viendo, pero ninguna parecía ser su habitación. Drake podría conformarse con tomar puntería aquí y apuntarse un tanto si Lucian entraba en cualquiera de las dos habitaciones. Rodando, sacó un pequeño block de notas y anotó meticulosamente cada cálculo.

Le llevó mucho más bajar del acantilado y rodear el extremo más alejado de la casa. El bosque era espeso, y los arbustos crecían por todas partes. Su rifle se estaba volviendo más y más engorroso. Jaxon comprendió que estaba mucho más débil de lo que había pensado. Las heridas que habían estado casi curadas estaban ahora palpitando. Su aliento llegaba en jadeos. Cuando era niña, entrenándose en la base, había sido preparada para superar obstáculos, incluyendo el dolor y la incomodidad de cualquier clase. Hizo inventario rápidamente, evaluando el daño de su cuerpo, y desechándolo. Proteger a Lucian era más importante. Él se negaba a creerla cuando le decía que Drake era un peligro para él, un experto, un camaleón cuando necesitaba serlo.

La finca era inmensa. Lucian había tenido razón en eso, incluso desde terreno elevado, Drake no encontraría un disparo decente. Pero había otras formas. Empezó a caminar a lo largo del enorme muro de piedra que rodeaba los terrenos. Era muy alto, pero grueso. En el otro lado, los lobos paseaban. No podía verlos, pero los sentía allí. Era raro, pero en su mente pensó que podía oírlos llamarla. Drake había tomado este camino. Puso una mano en la pared. ¿Envenenaría a los lobos? Eso no supondría mucho problema para él. ¿Era esa la seguridad con la que Lucian contaba tanto? Los lobos ni siquiera retrasarían a Drake.

Capitulo 6

Jaxon inclinó la cabeza para evaluar exactamente lo que le requeriría escalar la pared. No mucho. Suspiró. ¿Sería capaz de ver la casa desde lo alto del muro? Estudiaba la mejor forma de subir, buscando apoyos para los dedos y pies, cuando un viento frío arremolinó hojas y ramas alrededor de sus piernas. En medio del salvaje torbellino Lucian surgió amenazadoramente elevándose tras ella, su enorme forma tan cerca, que Jaxon quedó atrapada contra su cuerpo y el alto muro.

Se dio media vuelta con un grito bajo de alarma, intentando levantar la mano con el cuchillo en ella. Los dedos de Lucian se cerraron alrededor de su frágil muñeca, inmovilizándola fácilmente. Se inclinó hacia ella, presionando su pequeña forma contra la pared. Su boca le tocó el oído.

– No estás esperando por mí en casa.

El corazón de Jaxon latía desenfrenado. No estaba seguro de si era por la proximidad de su cuerpo o por su súbita aparición.

– Técnicamente, pensé que podía salir siempre que estuviera en la propiedad. Más o menos. Sólo comprobaba un poco las cosas. – Hizo un intento de enfrentarse a él, sintiéndose muy vulnerable atrapada entre la pared y su cuerpo musculoso. Él le quitó el cuchillo de la mano, pero todavía la inmovilizaba como un grillete, con los dedos apretados alrededor de su muñeca.

– Definitivamente no estás en la propiedad en la que yo te dejé, cielo. – Le susurró Lucian al oído, su cálido aliento batió los mechones de pelo de su cuello, avivando una indeseada excitación en su cuerpo. Le sacó la gorra de la cabeza para revelar el sedoso pelo rubio que apuntaba salvajemente en todas direcciones.

Ya no tenía frío. Él se las había arreglado para calentarla con solo unas pocas palabras.

– ¿Las cosas no fueron bien con tu pequeña... lista de recados? – Preguntó ella suavemente.

Le deslizó la mano alrededor de la garganta para que su pulso le latiera en la palma de la mano. El pulgar trazó una caricia a lo largo de la delicada línea de su mandíbula.

– Él ha estado aquí antes que tú, ángel. – Te has colocado innecesariamente en peligro. – Lucian habló con la voz más amable, aunque ella reconoció una nota de reprimenda. Más que eso. Una advertencia, quizás.

– No innecesariamente. Probablemente nos está vigilando ahora mismo. – Dándose cuenta de que podría ser así, intentó que se movieran, cubrir de algún modo su gran cuerpo con el propio.

Lucian podía ver fácilmente sus intenciones sin ver su mente. Estaba frenética por protegerle de Drake.

– Quédate quieta, Jaxon. – Jadeó, su voz un bálsamo consolador, llenando su mente de calidez. La abrazó más cerca de su cuerpo con su enorme fuerza. Abrigándola. Saboreándole. – Él no está cerca esta vez. He comprobado la zona. Si hubiera estado cerca, no habría sido tan amable contigo. No hay necesidad de que me protejas. Tyler Drake no puede hacerme daño.

La mano sobre su garganta era cálida y posesiva, su pulgar le introducía calor fundido en las venas donde una vez había habido sólo sangre.

– No sé lo que quieres decir con "comprobado la zona" pero yo la exploré. Encontré evidencias de él en dos sitios. Podemos protegernos de uno de ellos con suficiente facilidad, pero esto es imposible.

Lucian inclinó la cabeza hacia la de ella.

– No me escuchas bien. – Él parecía no prestar mucha atención a la conversación, distraído por otras cosass. – Quédate quieta, Jaxon. – Murmuró.

Ella se quedó perfectamente inmóvil. Jaxon no sabía como, pero sentía un calor dentro donde sus heridas estaban palpitando. Los dedos se él se extendieron sobre su abdomen. No hizo nada más, simplemente posó su palma sobre ella, pero le sintió dentro. Al momento el dolor desapareció. Lucian le dio la vuelta entre sus brazos.

– No vuelvas a hacer esto. Estás innecesariamente cansada y fría. – Estaba enmarcándole la cara entre las palmas de las manos.

Jaxon vio como sus ojos se volvía de un negro helado hasta arder posesivamente mientras bajaba la cabeza hacia ella. Hipnotizada, se quedó esperando el toque de su boca. Sintió su aliento, el calor, la llamada. Le sintió tocando su mente, gentil y cálido. Su boca moviéndose sobre la de ella, rogando, saboreando. El mundo cayó lejos de ella. Hubo solo sedoso calor, fuego fundido. Cerró los ojos, entregándose al puro sentimiento. Sensación. Fuegos oscuros.

Él la acunó cerca, levantando su cuerpo ligero entre sus brazos fuertes y duros, y le susurró. Ella no oyó, no podía oír. Su boca era perfecta. Él ahuyentaba cada pensamiento cuerdo, cada responsabilidad, y la reemplazaba con apasionada magia. La tierra firme se

estremeció, y se levantó el viento. Lo sintió en su pelo, sobre su cara. La sensación de mareo de una montaña rusa. Pero la boca de él era todo lo que realmente importaba. Cuando Lucian alzó la cabeza, Jaxon se sintió deslumbrada y tuvo que parpadear varias veces para enfocar sus alrededores. Al momento jadeó y le empujó lejos. Él la puso sobre sus piernas que parecían de goma, pero la pura conmoción la mantuvo en pie. Estaban en la casa, justo en la puerta de la cocina. Sus dientes mordieron con fuerza el labio inferior, produciendo una diminuta gota de sangre. Podía saborearla.

– ¿Como llegamos aquí? – Mantenía una mano alzada para detenerle.

Lucian ignoró su mano para dar un paso más cerca y poder inclinarse abajo y una vez más encontrar su boca, su lengua le recorrió los labios, acariciando, sanando, saboreándola. Jaxon empujó la pared de su pecho, no deseando quedar atrapada en su magia negra.

– Respóndeme. ¿Cómo llegamos aquí?

El pareció divertido.

– No es tan difícil moverse a través...

– ¡Para! – Jaxon se puso ambas manos sobre los oídos. – No digas nada hasta que piense en esto. Cada vez que dices algo, me vuelves más loca.

Los ojos negros se reían desvergonzadamente de ella. Extendió una mano perezosa para quitarle el rifle del hombro. Estaba salvajemente hermosa y increíblemente atractiva a sus ojos, allí de pie con sus enormes ojos color chocolate y su pelo indomable. Pero su mente luchaba por encontrar respuesta, y tenía predilección por la violencia, así que el rifle tenía que desaparecer.

Sonó el lamento de un lobo, una nota festiva en la noche.

– Allí.– Ondeó una mano hacia el bosque. – Tus amiguitos están llamándote. Corre y juega con ellos un rato. Estás estresándome en este momento. Agradecería un respiro.

Alargó un brazo hacia ella.

– Correr con los lobos es realmente un gran placer, ángel. – Su brazo ondeó con pelaje. Un pelaje negro y lustroso. Su mano contorneó, cambiando de forma.

Jaxon se oyó a sí misma gritar. No podía creer que ese sonido estrangulado proviniera de su propia garganta. Se dio la vuelta, abriendo de un tirón la puerta de la cocina, deslizándose dentro, y cerrándola de golpe. Aseguró cada pequeño cerrojo de la puerta antes de deslizarse hasta el suelo. Dobló las rodillas y se meció en busca de confort.

Esto no estaba ocurriendo. No podía estar ocurriendo. *¿Qué eres?* Lo gritó en su mente. ¿Qué era él? ¿Que debía hacer ella? Si llamaba a la policía, nadie la creería. Y la alternativa sería que la creyeran, y el gobierno llevara a Lucian a un laboratorio y le disecara. Jaxon enterró la cara entre sus manos. ¿Que iba a hacer? Quizás era otro truco. Otra ilusión. Sólo porque él había llamado a esa horrenda criatura vampiro eso no significara que fuera verdad. Era una ilusión. Lo había sido. Era un mago magistral. Así era como había hecho todo su dinero, ¿no? ¿No eran todos los magos billonarios? Por favor que todos ellos sean billonarios. Algo la hizo alzar la cabeza. Muy cuidadosamente mantuvo las manos sobre su cara y solo atisbó entre los dedos. A través de la puerta abierta que conducía al vestíbulo, vio lo que parecía un banco de niebla baja. Solo pareció pender allí durante un silencioso momento. Se mordió los nudillos. Niebla. En la casa. Por supuesto que habría niebla en la casa de Lucian. ¿No había niebla en las casa de todo el mundo?

Entonces la alta y elegante figura de Lucian llenó el umbral, bloqueando su visión del vestíbulo. Su negra mirada se movió lentamente sobre la cara de ella. Vio la aguda posesividad en sus ojos. La reconoció, cuando todo lo que quería era huir. Pero no podía conseguir ponerse en pie más de lo que podría volar.

– Vete, Lucian.

– Te he asustado, cielo. Lo siento. Sólo estaba bromeando contigo.

Sus largas pestañas revolotearon durante un momento antes de que en realidad encontrara el coraje para levantar la mirada hacia él. ¿Por qué tenía que tener semejante presencia? Exudaba poder.

– Todo el mundo que conozco puedo convertirse en lobo. Era eso lo que estabas haciendo, ¿no? ¿Convertirte en un lobo? – Sus dientes mordían con fuerza los nudillos.

Él cruzó la habitación con su andar silencioso y fácil. Su corazón retumbó dolorosamente. Intentó hacerse más pequeña. Lucian simplemente se sentó en el suelo a su lado, con la espalda en la puerta, su cuerpo cerca del ella. Tiró de sus nudillos, cada movimiento lento y deliberado para que no se asustara todavía más.

– Estaba alardeando. – Su mano le tocó el pelo. – Nada más, nada siniestro, solo alardeando.

Jaxon hizo una mueca.

– Pues bien, no lo hagas de nuevo. Simplemente la gente no hace esas cosas, Lucian. No pueden ¿de acuerdo? En realidad tú no eres capaz de hacerlas, así que deja de pensar que puedes. No es posible.

La mano de él encontró otra vez el pelo sedoso, sus dedos frotaron gentilmente los mechones uniéndolos antes de que su palma se curvara alrededor del la nuca. Empezó un masaje lento y calmante para aliviar algo de la tensión de ella.

– Angel, hablamos sobre esto cuando hablaste con Barry sobre el lobo. Sabías que era yo.

Ella negó con la cabeza inflexiblemente.

– No creía que lo dijeras literalmente. Pensé que quizás llevabas un lobo o un perro contigo. Puedes hacer que la gente crea cosas con ilusiones ópticas. Pensé que podrías haber hecho que Barry viera una ilusión, no que tú eras en realidad un lobo. Eso nunca se me ocurrió. No puedes convertirte en un lobo. Nadie puede hacer eso.

– Soy Cárpato, no humano, aunque persistes en pensar que lo soy. Tengo muchas habilidades, y puedo hablarte de ellas. – Su voz fue deliberadamente suave y tranquilizadora.

– Bien, simplemente estás loco, eso es todo. La gente como tú no existe en este mundo, Lucian, así que déjalo ya. – Su frotó la frente. – No puedes seguir haciendo cosas como esa.

– No estás respirando, cielo. Tómate un minutos y escucha a tu cuerpo. – Aconsejó él. Mantuvo su voz suave y persuasiva.

Al momento Jaxon fue consciente de que su corazón latía demasiado rápido, sus pulmones jadeaban en busca de aire. Inmediatamente fue consciente del latido del corazón de él, lento y firme, el aire entraba fácilmente en sus pulmones. Inmediatamente su propio cuerpo empezó a sincronizarse con el ritmo de él. Jaxon subió los bazos para quitarse la mano de él del cuello.

– ¿Lo ves? ¡Aquí lo tienes! No puedes hacer cosas como esta. Nadie puede sincronizar los latidos de los corazones como nosotros hacemos. Deja de hacer lo que sea que estés haciendo en este mismo segundo. Me estás volviendo loca.

La mano no se movió de su nuca, una posición curiosamente íntima que encontraba bastante tranquilizadora a pesar de todo. Jaxon suspiró y descansó la cabeza contra el brazo de él.

– Me estás volviendo loca. – Murmuró de nuevo cansada.

– Crees que no puedes aceptar las cosas que te cuento, pero tarde o temprano tu mente superará las limitaciones humanas. – Lo dijo tan gentilmente que el corazón de Jaxon dio un vuelco.

Al momento se rindió a lo inevitable y se relajó contra él, su corazón y pulmones inmediatamenet tomaron el ritmo más lento y tranquilizador de él. Lucian la empujó a sus brazos y la acunó como a una niña para que se sintiera protegida y a salvo. Jaxon alzó la mirada hacia su cara, tan inmóvil que podría haber estado tallada en piedra, tan hermosa que podría haber posado para las estatuas de los dioses griegos.

– No quiero sentir nada por ti. – Trazó su perfecta boca con la punta de un dedo. – Eso dolería demasiado.

Lucian se convirtió en una sombra en su mente, cuidadosamente, para que ella no reconociera su toque, aquietando el caos de sus pensamientos. Fácilmente leyó su terrible miedo por él. *Por* él. En realidad no tanto *de* él.

– Escúchame, Jaxon, y esta vez oye lo que te digo. Tyler Drake es humano. No es un vampiro. No tiene poderes sobrenaturales. Drake no tiene ninguna oportunidad contra alguien como yo. He estado en tu mente, estaba contigo mientras examinabas los lugares que escogió para espiar esta casa. ¿Realmente crees que te dejaría sola y desprotegida? ¿Realmente creíste que no sabía el momento en que decidieras dejar esta casa? Reconoceré su presencia en el momento en que se acerque de nuevo a nuestra propiedad. Tyler Drake no puede hacerme daño de ningún modo.

– Si sabías que estaba fuera de la casa y buscaba a Drake, ¿no te preocupó que pudiera toparme con él? – Desafió ella. Un hombre como Lucian habría asegurado su protección, realmente tenía que haberlo sabido.

Una débil sonrisa tomó el borde cruel de la boca de él.

– Le habría destruido a distancia. Estoy en tu mente, cielo. Puedo "ver" a través de tus ojos. Todo lo que puedo ver, lo puedo destruir. Si estoy conectado con una persona, y oye mi voz, puedo destruirle. Como te decía, tengo ciertas habilidades.

Ella se tendió entre sus brazos tranquilamente, intentando asimilar lo que le estaba contando.

– ¿Lucina, como puedo ser todo esto? ¿Cómo puede existir alguien como tú en esta época y que nadie lo sepa?

– Hay algunos que nos han descubierto. Somos originarios de las Montañas de los Cárpatos y nos referimos a nosotros como Cárpatos. Hay humanos que nos cazan, que buscan matarnos, y, aunque somos pocos, temen nuestros poderes.

– Tú me asustas a muerte.

– No, no es cierto. Es difícil para tu mente aceptar las diferencias. No confundas eso con miedo hacia mí. Sabes que nunca te haría daño. Soy incapaz de hacerte daño. Tú eres mi corazón y mi alma. El aire que respiro. Traes luz a la terrible oscuridad de mi alma. – Le cogió las manos y se las llevó a la calidez de su boca. – Hay momentos en los que siento que puedo recoger todas las piezas perdidas de mi alma y ponerlas de vuelta en su lugar y sentirme completo de nuevo.

– ¿Es así como me ves realmente, Lucian? – Los enormes ojos de Jaxon miraron en las oscuras y vacías profundidades de los de él.

– Así es como eres, Jaxon. – Dijo él suavemente. – Te necesito. El resto del mundo no te necesita tanto como yo. Para vivir. Para respirar. Eres mi risa y, sospecho, mis lágrimas. Eres toda mi vida.

– No puedes sentir eso por mí cuando acabas de conocerme. No me conoces en absoluto.

– He estado en tu mente muchas veces, Jaxon. ¿Cómo podría no conocerte? Ya me has robado el corazón. Soy yo quien debe encontrar la forma de que me ames a pesar de todos mis pecados.

– ¿Tantos son? – Preguntó ella suavemente. Estaba volviéndola del revés con lo que estaba admitiendo. Parecía tan autosuficiente, ¿como había necesitar nunca a nadie, y menos a alguien con tantos problemas como ella?

– Mi alma está tan ennegrecida, mi amor, que en realidad no hay forma de redimirla. Soy el oscuro ángel de la muerte. He cargado con mi deber durante siglos y no conozco otra forma de vida.

– Ahí está otra vez esa palabra. *Siglos*. – Una débil sonrisa expulsó las sombras de su cara. – ¿Si eres una persona tan terrible y oscura, por qué no siento maldad cuando estoy a tu alrededor? Sé que no tengo tus... – Titubeó durante un momento, incapaz de encontrar la palabra correcta. – ... dones, pero tengo un buen sistema de radar con todo lo malvado. Siento su presencia inmediatamente. Es imposible que puedas tener un alma tan negra, Lucian.

Él se movió entonces, a simple ondeo casual de músculos, pero se puso en pie sin ningún esfuerzo, con Jaxon entre sus brazos.

– Debes comer, pequeña. Te estás consumiendo ante mis ojos.

– Me coges mucho en brazos, creía que apreciarías el hecho de no tuviera kilos de más.

Lucian la colocó sobre el mostrador.

– No estarás intentando decirme que no comes porque te preocupa que no sea capaz de levantarte en brazos.

Ella cruzó las piernas y arqueó una ceja.

– Estaba más preocupada por tu espalda. – Intentó no ver la formar en que los músculos se ondeaban sugestivamente bajo la delgada seda blanca de la camisa.

Él se rió suavemente ante su ultrajante sugerencia mientras empezaba a reunir los ingredientes de una sopa.

– No me desobedecerás de nuevo, Jaxon, no en cuestiones de seguridad.

– ¿Desobedecer? Interesante palabra. No creo que entienda completamente el significado de la palabra, siendo una mujer adulta y todo eso.

– Mujer adulta. ¿Así es como lo llamas? ¿Crees que eres tan adulta como para hacerlo? Una idea aterradora.

– Espero que no pienses realmente que voy a obedecerte. – Dijo Jaxon suavemente, totalmente en serio. – Se inclinó para obtener su atención. – No lo crees, ¿verdad?

Él se encogió de hombros con esa gracia casual, ese movimiento siempre la dejaba sin respiración.

– Nunca he tenido que pedirlo más de una vez.

Jaxon se recostó con un rápido ceño fruncido.

– ¿Eso qué significa? No te atreverías a utilizar esa amenazadora voz tuya sobre mí.

Él levantó los ojos de su tarea, su mirada negra sostuvo la de ella.

– Nunca lo sabrías si así fuera, ¿verdad? – Su voz fue muy, muy suave.

Jaxon saltó al suelo, apenas conteniéndose para no darle una patada en la espinilla.

– Ya he tenido suficiente de esto. Sabes, no es como si me pidieras que aceptara a una tía excéntrica en tu familia o algo así. Tú no eres exactamente el típico prometido. No voy a cambiar quién soy por ti. He trabajado para abrirme paso en el departamento porque soy buena en lo que hago. Muy buena. Merezco un poco de respeto.

Él removía la sopa sin cambiar de expresión.

– ¿Crees que no te respeto a ti y las cosas que has tenido que enfrentar en tu vida? No es posible que creas eso. Estás enfadándote sin razón, Jaxon. Yo tampoco puedo cambiar quien soy. Es mi deber jurado cuidar de ti. Fue impreso en mi antes de mi nacimiento. ¿Crees que ese cambia porque seas mortal?

– Oh, Dios, esa cosa de los mortales otra vez. Al menos alguien te dio a luz. Eso es un alivio. – Se pasó una mano por el pelo. – Mírame, Lucian.

Ante su orden, él se volvió obedientemente. Le examinó la cara intensamente, un lento barrido de sus rasgos sensuales antes de que su mirada descansara pensativamente en sus ojos negros.

– Yo lo sabría. Nunca intentarías esconderme algo como eso. Te sentirías culpable.

– Nunca me sentiría culpable por obligarte a cuidar de tu salud, ángel. No cometas el error de darme demasiado crédito. Me sentiría culpable ocultarte cosas, cierto. No está bien entre compañeros. En cualquier caso solo tienes que examinar mi mente.

Jaxon se encontró riendo ante la idea.

– Apenas puedo comprender las cosas que me dices. Ciertamente no voy a lanzarme a trotar dando vueltas por un cerebro de varios siglos de edad. Eso es buscarse problemas. ¿Cómo es que puedes sonar tan moderno si en realidad eres un condenado anciano?

Lucian se volvió de vuelta a su sopa.

– No es difícil. Estudio y me adapto rápidamente a nuevos ambientes. Es necesario cuando uno desea encajar. Siéntate a la mesa.

Ella golpeó ligeramente con el pie.

– El olor no me pone enferma. Eres tú, ¿verdad? Estás haciendo algo para que pueda oler la comida sin sentirme enferma.

– Si. – No vio razón para negarlo. – Es necesario que comas. No quiero tomar la decisión de imponerme porque seas incapaz de tomar alimento. Eso no estaría bien.

Vamos. Jaxon encontró una silla y se sentó bastante bruscamente. ¿Por qué eso sonaba tan sacado de una novela de vampiros? Ondeó una mano desalentadoramente en el aire hacia él.

– No más de eso. No lo pienses, y ni siquiera lo digas de nuevo. Estoy acostumbrándome a la cosa de los "siglos" pero lo de "imponerme" es demasiado.

Lucian colocó un bol de sopa ante ella. Su mente, conectada como estaba a la de ella, asumió el control. Provocó la sensación de hambre en ella. La idea de que la sopa olía deliciosamente y quería comerla. Ordenó a su cuerpo no rechazarla y reforzó la orden con un "empujón" para que no hubiera errores. Muy gentilmente descansó una mano sobre el hombro de ella, necesitando el contacto físico.

Ni una sola vez se había permitido a sí mismo expresar lo que había sentido cuando comprendió que ella estaba abandonando la casa. Lo examinó ahora, allí en la cocina, dando vueltas a la sensación una y otra vez en su mente. *Miedo.* Había estaba asustado por ella. No de que Drake la encontrara, sino de tener que utilizarla para destruir a Drake. No quería que ella tuviera que enfrentar algo semejante. *Miedo.* Miedo de que un vampiro la descubriera lejos de la protección que había tejido para ella dentro de los terrenos y la casa. Miedo. Nunca había experimentado tal emoción. Había sido un retorcido nudo.

Lucian enredó los dedos en la riqueza de su pelo rubio. Ella inclinó la cabeza hacia atrás para mirarle, sorprendida por la forma en que su puño le apretaba el pelo.

– ¿Qué pasa? ¿En qué estás pensando? – No había expresión en la cara de él, nada en sus ojos que le delatara, pero Jaxon empezaba a conocerle. Ese pequeño signo de tensión que revelaba que sus pensamientos no eran placenteros. – Cuéntame.

– Tuve miedo por ti. Antes, cuando dejaste la seguridad de la casa. – A Lucian no se le ocurrió evitar la verdad.

Jaxon respondió inmediatamente, cerrando los dedos alrededor de la muñeca de él.

– Dijiste que yo estaba perfectamente a salvo.

– De Drake, estabas a salvo. – Admitió él, bajando la mirad hacia la mano de ella con sorpresa. Sus dedos ni siquiera rodeaban la mitad de su muñeca, aunque esgrimía mucho poder sobre él. – Drake no puede hacerte daño.

– Él tiene poder, Lucian. Puede ir a por Barry. Sé que crees que eres invencible, pero la bala de un francotirador puede matar a gran distancia, y Drake es un excelente tirador. No tiene que enfrentarse a ti. – Agachó la cabeza. – Así es como Drake puede hacerme daño. Así es como siempre lo hace... a través de alguien más, alguien que me importa. Por eso no quiero estar contigo.

Sobre la cabeza de ella él se encontró sonriendo.

– Estás empezando a sentir algo por mí.

– Tú sigue diciéndote eso. – Le dijo ella. – Esta sopa está buena. Me sorprende que sepas cocinar. – No quería examinar demasiado de cerca o aludir de ninguna forma el hecho de que él pudiera o no pudiera comer. No era el momento de asustarse a sí misma a muerte. Se puso en pie cuidadosamente, alejándose de él con una pequeña retirada femenina que él encontró secretamente divertida.

Todo en ella era así. Le iluminaba por dentro. Le llenaba de calidez. La hacía desear sonreir. Más que eso, *tenía* que sonreir. La observó mientras ella muy cuidadosamente, muy domésticamente, lavaba el bol y la cuchara.

Jaxon le pescó observándola.

– ¿Qué? – Sonaba a la defensiva.

– Me gusta observarte. – Admitió él con facilidad. – Me gusta tenerte en mi casa.

Ella intentó no dejarle ver lo mucho que sus palabras la complacían. Quizás solo se sentía sola. Quizás era demasiado susceptible a sus hermosos ojos. Su voz. O quizás a su boca. O quizás era porque era tan endiabladamente guapo. Suspiró en voz alta.

– Voy arriba a descansar un rato. Vivir contigo es demasiado excitante para mí.

Lucian la siguió escaleras arriba, llevando su rifle de larga distancia.

– Esta cosa pesa casi tanto como tú, Jaxon.

– Dijiste que sabías que yo estaba fuera de la casa. – Filosofó de repente en voz alta, ignorando completamente su burla. – ¿Por qué yo no sé lo que tú estás haciendo?

– Tú no miras.

Ella le lanzó una mirado sobre el hombro, sus grandes ojos elocuentes en cuanto a censura.

– ¿Mirar? ¿Mirar qué?

– Mi mente. – Lo dijo con una voz sin ninguna inflexión en absoluto. – Yo permanezco como una sombra en tu mente. Aparte del hecho de que es mucho más seguro para mí saber lo que estás haciendo en cada momento, es necesario para ambos que nos toquemos el uno al otro para estar cómodos.

– Sabes, Lucian, si tuviera algún cerebro en absoluto, no te permitiría enredarme así. Lanzas esas declaraciones casuales, y mi curiosidad siempre me vence. – Arrojó sus cuchillos y armas al interior del tocador, sacando la gorra del bolsillo y añadiéndola a la creciente pila.

Lucian estaba observándola a través de los ojos entrecerrados, una pequeña sonrisa curvaba su boca.

– Mírate, eres un arsenal ambulante.

– Bueno, al menos sé como protegerme a mí misma. Tú crees ser tan poderoso, que ni siquiera la bala de un francotirador puede contigo.

– Ya volvemos a eso. Cielo, puedo comandar los cielos, mover la tierra, mover mi cuerpo a través del tiempo y el espacio. Estoy mucho más armado siempre de lo que tú estarás nunca. No me mires con tus grandes ojos marrones y ese pequeño ceño fruncido en la cara. Estás en grave peligro, pues ardo en deseos de besarte.

Jaxon retrocedió lejos de él tan rápidamente, que cayó hacia atrás sobre la cama, con alarma en su cara.

– Quédate al otro lado de la habitación, eres el diablo. – Mantuvo una mano alzada para detenerle. – No hables, y no me mires tampoco. Utilizas tácticas deshonestas para salirte con la tuya.

Él avanzó cruzando directamente la habitación, irguiéndose sobre la pequeña figura de ella como un antiguo conquistador.

– Mereces alguna clase de castigo por dejar esta casa después de que me prometiste sinceramente que te quedaría aquí.

– Te aseguré que no tenía intención de salir a bailar. – Apuntó ella virtuosamente. – No se me ocurre de donde pudiste sacar la idea de que tenía intención de sentarme a holgazanear esperándote. Tengo cosas que hacer. Hoy en día las mujeres no se sientan en casa mientras sus hombres salen a jugar.

Él le tocó la cara con la punta de un dedo, recogiendo su suave piel, la delicada línea de sus altos pómulos.

– Te dije que te quedaras aquí.

– Simplemente estaba paseando. El aire fresco es bueno para una persona... ¿no lo sabías? Y pasear es el mejor ejercicio de todos. Puede hacerse en cualquier parte, en cualquier momento. – Parecía absolutamente convencida de ello. – Pasear no cuenta como salida.

Lucian se sentó en la cama, acosándola.

– Paseando. – Murmuró la palabra ausentemente, sus dedos se enredaron en el pelo de ella. La sensación de tenerlo contra su piel le distraía. – No te coloques en peligro de nuevo, ángel. Tomaré represalias la próxima vez.

Ella empujó la pared de su pecho, más para conseguir algo de espacio para respirar que por ninguna otra razón. Él parecía capaz de robarle el mismo aire.

– Espero que no me estés amenazando de alguna forma. Soy oficial de policía, Lucian. Las amenazas no son una buena forma de ganas favores.

– Yo no necesito favores, y no me importa mucho tu elección más bien extraña de ocupaciones. Este no puede ser un buen momento para sacar el tema, pero no pareces entenderlo. Nunca nadie había cuestionado mis decisiones. No te volverás a colocar en peligro. – Nunca levantaba la voz; si acaso, era más suave, más amable que antes. Sonaba humilde, dándole la orden casi ausentemente.

Jaxon frunció el ceño hacia él.

– No mejoras mucho en darte por enterado. No me gustan los hombres mandones.

La mano de él se deslizó hasta la nuca de Jaxon, sus dedos acariciaron la piel suave y fragante. Él no parecía notarlo, y ella se sentó muy quieta, no deseaba atraer atención sobre el hecho de que él esparcía sus sentidos en todas direcciones.

– Yo no me considero mandón. Hay una vasta diferencia entre ser mandón y estar al mando.

– Entonces ordena otra cosa, Lucian, porque no voy a cambiar mi forma de vida. Un cambio total. Si decido dejar la casa, lo haré cuando me plazca. No creas que puedes salirte con la tuya siendo un dictador supremo solo porque eres... – Las palabras le fallaron totalmente. ¿Qué era él?

Ya respondí a eso. Deliberadamente utilizó la íntima forma de comunicación que su raza utilizaba con sus compañeras. Inclinó la cabeza hacia la nuca vulnerable, incapaz de resistir la tentación. *Soy un Cárpato, tu compañero.*

Al momento llamas hambrientas danzaron sobre el cuerpo de Lucian. Sus entrañas se apretaron apasionadamente, y cerró los ojos para saborear la sensación y el sabor de la piel de ella. El sabor de la sensación de intensa hambre. Su cuerpo más grande y más fuerte se inclinó sobre el de ella, obligándola lentamente a tenderse sobre la cama bajo él. Ella era muy delicada, muy frágil bajo sus manos exploradoras mientras la imprimía para siempre en lo más profundo de su alma.

– Lucian. – Su nombre surgió como una suave y susurrada súplica, casi como si estuviera pidiéndole ayuda.

Lucian alzó la cabeza y bajó la mirada a los enormes ojos de ella. Parecía confusa, adormecida, y muy, muy sexy.

– No voy a hacerte daño, ángel, solo a dar rienda suelta a una tremenda necesidad que tengo de sentirte.

Ella levantó una mano para acariciarle el pelo, una pequeña sonrisa tiró de su lleno labio inferior.

– Si, bueno, lo he notado. Sólo que creo que esto es un poco peligroso. Todavía estoy intentando acostumbrarme a la idea de que no eres humano. Me cuantas todo este interesante rollo de ciencia ficción, y oigo lo que estás diciendo, pero mi mente no quiere encajar los hechos. Positivamente das miedo, Lucian.

– No a ti. – Negó él, su voz perezosa mientras se inclinaba para encontrar la garganta de ella con la boca. Sabía tan bien. Se sentía tan bien, su piel parecía satén. – He sido increíblemente gentil contigo. – Su boca siguió la perfección de su piel bajando por la garganta y cruzando la clavícula. Era tan delicada. No veía como algo tan pequeño podía mantenerse unido en un paquete perfecto.

– Siempre eres tan controlado. No puedo imaginarte sin estar en completo control. Pero entonces me miras, y... – Cerró los ojos cuando la boca de Lucian bajó más abajo, echando a un lado la delgada tale de su top para poder tocar más piel.

– ¿Qué decías? – Murmuró contra la invitadora plenitud de sus pechos. – ¿Te miro y...? – Sus dientes rasparon gentilmente, eróticamente sobre la piel sensible, y se oyó a sí misma jadear incluso mientras le acunaba la cabeza con los brazos acercándole a ella.

¿Qué había estado diciendo? Él todavía mantenía el control. Incluso ahora, mientras estaba tendida entre sus brazos y podía sentir su cuerpo ardiendo por ella, con hombros hambrientos, seguía completamente controlado. Se giró más completamente entre sus brazos, presionando su cuerpo más cerca de la enorme fuerza del de él. ¿Como sería pertenecerle? ¿Pertenecer realmente a alguien? ¿No tener miedo todo el tiempo? Cuando estaba con Lucian, nunca tenía miedo.

Lucian sintió su cuerpo, suave y flexible, amoldándose al propio. Empujó la ofensiva tela lejos de su piel, exponiendo sus pequeños y bien moldeados pechos al aire frío. A su oscura y posesiva mirada. Al calor de su boca. Realmente ella era un milagro, todo en ella lo era. El cuerpo de ella se movía inquieto, y cambió su peso para atraparla más completamente bajo él, necesitando sentir que cada centímetro de ella se imprimía contra su piel. Bajó su boca y saboreó los pechos, su lengua se retorció perezosa, atormentando su pezón hasta convertirlo en un duro pináculo.

Podía oír el flujo y reflujo de su sangre apresurándose por las venas, llamándole, ofreciéndole una dulce invitación. Murmuró su nombre suavemente, acariciando su piel, trazando cada costilla por separado, encontrando su pequeña cintura. En sus oídos hubo un rugido apagado, y la bestia de su interior alzó la cabeza y rugió pidiendo alivio. Rugió reclamando lo que le pertenecía.

Jaxon sintió el cambio en él. Estaba en la dura posesión de sus manos, en la súbita agresión de su cuerpo. Por primera vez tuvo miedo. Atrapó su espeso pelo negro entre los puños y dejó escapar un pequeño sonido en alguna parte entre la sumisión y la protesta.

– Lucian. – Susurró su nombre como un talismán, sabiendo que siempre la protegería.

Al momento él levantó la cabeza. El aliento se le quedó atascado en la garganta. Tras las profundidades de esos ojos se agazapaba un animal primitivo; podía verlo, las rojas llamas de sus ojos, el calor y el hambre acumulándose en una feroz conflagración. El corazón la latió salvajemente.

– Lucian. – Apretó la garra sobre su pelo, en dos grandes manojos, aferrándose por su vida.

– Todo va bien, ángel. – Dijo él tiernamente. La besó en la garganta gentilmente, demorándose sobre el pulso que latía salvajemente. – Nunca podría hacerte daño. Tú eres mi vida, el aire que respiro. A veces puedo actuar más como animal que como hombre, pero en realidad soy un hombre después de todo.

– Pero no humano. – La voz de Jaxon era un simple hilillo.

– No humano. – Estuvo de acuerdo él. – Un hombre de los Cárpatos, mucho muy necesitado de su compañera en este momento.

Jaxon fue de repente agudamente consciente de sus ropas desarregladas.

– Creo que sería mejor que te fueras a tu habitación.

– ¿Mejor para quién? – La diversión matizaba su voz. – Para mí no. – Muy gentilmente le colocó el top negro para cubrir su cremosa piel. – ¿Tienes la más mínima idea de cuanto significas para mí? – Negó con la cabeza. – No es posible que puedas saberlo.

Jaxon tenía miedo de respirar. Todo su cuerpo clamaba por el de él, traicionando completamente su cordura.

– Lucian, de veras necesito estar sola un rato.

– ¿Así que puedes negar que me deseas?

– Para nada. – Estuvo de acuerdo ella fácilmente. No había razón para negarlo. Tenía suerte de que ella no tuviera experiencia. Simplemente debería arrancarle la ropa. La idea la dejaba sin aliento.

Él arqueó una ceja expresiva hacia ella.

– A mí también me deja sin aliento. – Murmuró él contra su garganta, probando que era una sombra firmemente atrincherada en su mente.

Quiso enfadarse con él. Él no tenía derecho a escuchar cada uno de sus pensamientos. Pero se encontró a sí misma riendo. Simplemente parecía tan íntimo, tendida sobre la cama

con el brazo de él alrededor de su cintura, los ojos negros moviéndose sobre ella con un hambre tan agudo en ellos.

– Eres tan malo, Lucian.

Jaxon cerró los ojos agotada. Sentaba bien estar allí simplemente tendida y tranquila. Sin pensar. Sin hacer nada más que sentir la calidez y fuerza de él.

– Estoy tan cansado. El amanecer debe estar cerca. ¿Por qué siempre hablamos hasta el amanecer?

– Así te vas cansando y duermes todo el día mientras yo estoy más débil. Es una buena forma de mantenerte encadenada a mi lado. – Lucian se estiró perezosamente. – Tengo intención de dormir aquí contigo, así que acomódate y no intentes discutir conmigo.

Jaxon le golpeó el hombro, después se movió para colocar la cabeza sobre él.

– No iba a discutir contigo. ¿Por qué demonios pensarías eso? Yo nunca discuto.

Lucian le sonrió. Era demasiado pequeña, le asombraba que fuera una persona tan fuerte.

–Por supuesto que no discutes. ¿En qué estaría pensando? Duérmete, cielo, y permite que mi pobre cuerpo descanse.

– En realidad ya estoy dormida. Eres tú el que está charlando incesantemente.

Lucian su concentró en salvaguardar la hacienda. Encontró que estaba más que un poco distraído con Jaxon acurrucada tan cerca de él, el cuerpo de ella encajaba perfectamente en la curva del suyo. Ella pensaba que era tan controlado, y quizás era verdad en cualquier otra cuestión... con todas las que no fueran Jaxon. No estaba seguro de su habilidad para protegerla de sus propias necesidades y hambre.

– ¿Lucian? – La nota adormilada de la voz de ella convirtió sus apretados intestinos hasta convertirlos en una bola de fuego que se extendió como lava fundida.

– Duerme. – Pasó el brazo sobre ella, absorbiéndola completamente. Por su propia cuenta sus dedos se enredaron en la espesa mata de pelo indomable. Su propia voz estaba ronca de deseo.

– ¿No duermes bajo tierra o algo así? Sé que no utilizas un ataúd, pero esto parece demasiado normal para ti. – Su voz sostenía una sospecha.

Lucian dudó. No podía haber mentiras entre compañeros, y siempre había sido cuidadoso con los detalles que le contaba de su vida cuando ella preguntaba. Pero esto. ¿Qué iba a contestar?

– Duerme.

Al momento Jaxon intentó levantar la cabeza. Lucian no pareció notarlo. Su braza se mantuvo firmemente en su lugar. – Cuéntamelo, Lucian, o voy a estar fastidiándote todo el día.

Él suspiró.

– Creía que no te querías oír los detalles escabrosos de mi vida. – Sus dedos se movían entre el pelo de ella gentilmente, una tierna caricia que caldeaba el corazón de Jaxon como nada más podía.

Era la forma en que la tocaba, la forma en que la miraba, decidió Jaxon, como si fuera la única mujer en el mundo para él. Y era seductor. Un oscuro hechicero imposible de resistir. Como ahora mismo, su boca se deslizaba por su coronilla, la forma en que inhalaba su fragancia como si estuviera tomando su esencia en el interior de su propio cuerpo.

– Esto empezando a aficionarme a tu mundo de fantasía, Lucian. – La sonrisa abandonó su voz, y se puso muy seria. – Quiero saberlo todo sobre ti. No todo a la vez, quizás, pero tarde o temprano, todo.

Se quedó tendido allí, con el cuerpo tenso, ardiente e incómodo. Debería haber estado en un infierno ardiente, pero en vez de eso estaba lleno de alegría. Las palabras de ella le sacudieron, derritiendo sus entrañas, de forma que el demonio interior quedó seguramente atado. Sabía que la tendría, sabía que nunca le permitiría escapar de él, aunque nunca había

creído que se enamoraría de él por quién era, por lo que era. Tal vez no ocurriría, pero Jaxon quería conocerle, su realidad.

La mano de Lucian se movió hasta la nuca, sus dedos se cerraron alrededor de ella.

– Para rejuvenecer nuestros cuerpos, cuando han sufrido heridas mortales o utilizado mucha energía para sanar a otro, la tierra nos da la bienvenida. Pero no es estrictamente necesario dormir entre los brazos de la tierra. Es más seguro, pues pocas cosas pueden hacernos daño allí. – De nuevo dudó, inseguro de como se tomaría ella el próximo retazo de información.

Jaxon le golpeó el pecho ligeramente con un puño. No se molestó en abrir los ojos y fruncirle el ceño, considerando que su gesto era suficiente reprimenda.

– Cuéntame.

– Normalmente dormimos de forma distinta a los humanos, cerrando nuestros corazones y pulmones y nos quedamos tendidos como muertos. Pero es peligroso hacerlo en un lugar como este. Bajo esta casa tengo una cámara de sueño. Si sucediera algo y mis salvaguardas fallaran, sería mucho más fácil para un enemigo destruirme aquí que en mi cámara de sueño, donde no podrían encontrarme.

Jaxon echó el brazo de él a un lado y se incorporó, el pelo se le derramó salvajemente alrededor de la cara, con los ojos enormes.

– ¿Por qué no estás haciendo lo que se supone que deberías estar haciendo? No voy a emocionarme por despertar junto a alguien que parece muerto.

– No dormiré según la costumbre de nuestra raza, Jaxon. Estamos unidos. Debemos tocar nuestras mentes con frecuencia, o sería incómodo, incluso peligroso. Tu mente está acostumbrada a tocar la mí. Sin eso sentiría un intenso pesar, mucho más intenso de lo que un humano podría resistir. Las emociones Cárpatos son extremadamente fuertes, Jaxon, debido, sin duda, a nuestra longevidad. No puedo describir exactamente lo que sentiría, pero no puedo arriesgarme así contigo. No hay necesidad. Dormiré según la costumbre de tu gente.

– ¿Por qué no dormimos como hacemos siempre?

Él suspiró y deliberadamente la empujó una vez más al interior de sus brazos.

– Hablas demasiado, cuando deberías estar durmiendo.

– Lo has estado haciendo, ¿verdad? Has estado durmiendo a mi lado como un humano en vez de hacer lo que es mejor para ti. – Adivinó Jaxon astutamente. – Por eso pareces cansado a veces. Tu cuerpo no descansa de este modo, ¿verdad?

– No, no descansa. – Sonaba entre la exasperación y la risa.

– Ve a dormir a la cámara de sueño o como sea que la llames. – Exigió ella.

– No puedo estar lejos de ti.

– Si tu corazón y tus pulmones se detienen, entonces no es posible que sientas nada. – Dijo ella lógicamente.

– Estás intentando cuidar de mí de nuevo. – Señaló él, deseando que su corazón no reaccionara con tanta fuerza ante su preocupación. En todos los interminable siglos en los que había resistido, no podía recordar ni a un solo individuo, aparte de su hermano gemelo, Gabriel, que se hubiera preocupado por él. Y eso no había sido lo mismo.

– Alguien tiene que cuidar de ti. Tú no lo haces. – Replicó ella. – Lo digo en serio, Lucian. Puedo ver lo cansado que estás. Por favor ve a donde puedas dormir apropiadamente.

– No sin ti.

Hubo un pequeño silencio.

– ¿Yo puedo ir allí?

– Si. – Lo dijo lentamente. – Te lo dije, no está en la tierra. Está bajo el sótano, pero no en la tierra.

– Si me despierto, ¿Podré salir simplemente andando de allí? No creo que sufra de claustrofobia, pero odio estar atrapada en cualquier parte.

– Puedo mostrarte el camino. Pero, Jaxon, no debes creer que estoy muerto. Si te despiertas sin mí, antes de que el sol se ponga, tu mente te engañará. Yo pareceré muerto a la

vista y al tacto. No puedes permitir que tu mente te juegue una mala pasada y te haga hacer alguna tontería. Los compañeros con frecuencia terminan con sus vidas en vez de vivir solos después de haberse unido. Debes prometérmelo, si te despiertas, no abandonarás la casa, si se vuelve insoportable, me llamarás persistentemente según la costumbre de nuestra gente.

– ¿Puedes oirme mientras tu corazón y pulmones están cerrados?

– La mayoría no puede. Pero yo no soy como la mayoría. Si estás sufriendo y me llamas, te oiré.

– Entonces vamos. – Lo dijo decididamente.

– ¿Estás segura de que deseas esto? No es necesario.

– Si, lo es. Necesitas dormir y recuperar fuerza y poder para todo ese asunto raro que haces. Me estoy acostumbrando a ello, y lo echaría de menos si ya no pudieras seguir haciéndolo.

Lucian la levantó fácilmente mientras se levantaba directamente de la cama al aire, acunándola entre sus brazos.

– Cierra los ojos, ángel. Sabes como odias mi forma de viajar.

– La cosa rápida.

– Exactamente. – Su voz era infinitamente tierna.

Ella cerró los ojos y se acurrucó más profundamente en él, su corazón palpitaba nerviosamente. Hubo una ráfaga de viento y la sensación de viajar a través del tiempo y el espacio mientras maniobraban ente los intrincandos pasillos hacia su cámara de sueño lejos bajo la casa.

Cuando la tendió sobre la cama, Jaxon miró a su alrededor con temor. Era hermoso, no se parecía para nada a la cueva que había imaginado que sería. Era una habitación con muebles, velas y cristales de rocas que reflejaban las llamas danzarinas, proyectando intrigantes sombras. Su fragancia era tranquilizadora, y Jaxon encontró que podía tenderse junto a él sin temor.

Lucian se inclinó sobre ella, su mano trazó las amadas líneas de la cara.

– Duerme bien, ángel, si sueñas, deja que sea sólo conmigo. – Inclinó la cabeza y encontró el calor satinado de la boca de ella por última vez, estableciendo su reclamo, sus intenciones, moviendo la tierra para ambos. Incluso mientras alzaba la cabeza, le ordenó dormir, un profundo sueño imperturbable hasta que el sol se hundiera en el cielo.

Sólo cuando estuvo seguro de que las salvaguardas estaban colocadas y hubo enviado una palabra a los lobos para que guardaran la propiedad permitió que la respiración abandonara su cuerpo y su corazón cesara de latir.

Capitulo 7

Jaxon luchó por abrirse paso a través de los retazos de espesa niebla, emergiendo con un latido de corazón y una enfermiza sensación en el estómago. En la oscuridad de la cámara no podía decir si era de noche o de día. Ni un rayo de luz se abría paso a través de las gruesas paredes de la habitación. Tendida allí inmóvil, en las profundidades de la tierra, intentaba aclarar lo que estaba pasando. Podía sentir a Lucian a su lado. Su cuerpo estaba frío, y no discernía latido de corazón, ni movimiento de su pecho. Era raro estar allí tendida junto a él, sabiendo que no estaba siquiera respirando.

Durante un momento se sintió como si estuviera sofocándose ante la posibilidad de que estuviera muerto a su lado, pero él la había preparado para esto mismo, y forzó a la lógica a entrar en su cerebro paralizado por el pánico. ¿Qué la había despertado? Instintivamente supo que había sido programada, *mandoneada*, por Lucian para no despertar hasta que él lo hiciera.

Le llevó unos pocos minutos disipar la niebla. Incluso entonces, su dolor de cabeza se negó a desaparecer con ella, casi como si el aire fuera demasiado espeso para respirar. Se sentó, echándose hacia atrás el espeso cabello. Su estómago se revolvió locamente. Presionó ambas manos contra la barriga y se quedó muy quieta. Drake. ¿Era Drake? Algo malvado acechaba cerca de ellos. Algo malévolo. Algo horrendo que esperaba por ellos. Acechándolos.

Bajó la mirada hacia Lucian. Era un espécimen tan perfecto de hombre. Era asombrosamente guapo, sensual de una forma puramente masculina. Tocó su largo cabello negro, apartándolo de la frente con dedos acariciantes. Drake no iba a hacerle daño si ella podía evitarlo. Sabía que si le llamaba, él se despertaría, pero confiaba en sus propias habilidades, y Lucian estaba mucho más seguro bajo tierra, donde nadie podía encontrarle hasta que hubiera recuperado sus fuerzas. Resueltamente se deslizó fuera de la cama alta y

camino descalza por el suelo. Estaba oscuro en la cámara, pero su visión nocturna era fenomenal.

La puerta era pesada, y requirió toda su fuerza abrirla. Incluso entonces pareció difícil atravesar el umbral. Era como caminar a través de arenas movedizas o algún tipo de barro espeso. Jaxon se apresuró por el pasadizo, notando que iba cuesta arriba, retorciéndose y doblando por el lecho de roca. Al final llegó hasta el sótano. Pero no podía ver señales de una puerta. Entonces la descubrió pulcramente disimulada en la roca. La sensación en el fondo de su estómago se hacía más fuerte. Algo estaba definitivamente acechándoles.

Corrió ágilmente a través de la cocina subiendo las escaleras hasta su habitación. Apresuradamente se puso un par de apretados vaqueros negros y una sudadera de la academia de policía. Era una de sus favoritas y con frecuencia se la ponía para estar cómoda. Otra vez consideró despertar a Lucian, llamarle como él había dicho que podía hacer, pero desechó la idea. Incluso a través de las pesadas cortinas de su habitación podía ver que el sol no había abandonado el cielo aún. Él necesitaba todo el descanso que pudiera conseguir. Y si no recuperaba su fuerza, posiblemente se resentiría. Aún no sabía lo suficiente acerca de él como para determinar lo que ocurriría si despertaba durante las horas diurnas. La idea de que se derritiera o algo así era de risa pero desagradable de todos modos.

Su puso sus zapatillas de deporte, se colgó unos prismáticos alrededor del cuello, y encontró su Browning* favorita (Nota del traductor: marca de pistola). Si era Drake, no iba a llegar hasta Lucian. Jaxon se deslizó silenciosamente de ventana a ventana, estudiando los terrenos circundantes, teniendo cuidado de no exponerse a sí misma exponiéndose a lo que podía ser un tirador distante. Pudo oír el aullido solitario de un lobo, y pocos momentos después un segundo lobo respondió, pero no sonaba como si estuvieran cazando o hubieran sido perturbados de algún modo.

Jaxon decidió que fuera lo que fuera no podía asaltar la casa desde los bosques sin advertir de algún modo a los lobos, así que se concentró en el patio y la entrada principal. Fuera de los altos muros captó un breve vistazo de algo que se movía. No lo suficiente como para hacer una identificación, pero lo suficiente como para estar segura de que allí afuera había algo.

Avanzó hasta mitad de la escalera de caracol donde estaba el balcón con las puertas acristaladas. Se deslizó sin hacer ruido abrió y rodó saliendo fuera, ocultándose a la vista bajo el pasamanos. Al momento la terrible precognición la golpeó con ferocidad, haciéndola sentir físicamente enferma. Sabía que no se equivocaba. ¿Por qué no llamaba pidiendo refuerzos? Porque no podía explicar la ausencia de Lucian a nadie. Y no podía tener al departamento de policía metiendo las narices por ahí.

Cautelosamente levantó la cabeza y examinó la parte delantera de la hacienda. Levantó los prismáticos para conseguir una mejor visto. Al instante vio el brazo y la pierna de lo que parecía ser un hombre grande. Se movía a lo largo del muro de la hacienda y se puso completamente a la vista mientras ella observaba. Aumentado por los prismáticos, era una visión horripilante. Parecía un gigante, y su cabeza estaba de algún modo deformada, casi con forma de bala. Sus ojos estaban empañados y sin vida, los dientes ennegrecidos y afilados hasta puntos horrendos, y toda su expresión era una máscara en blanco de locura.

Golpeaba la palma de la mano repetidamente contra el alto muro de piedra, y cada vez que lo hacía saltaban chispas y se elevaba humor. Gritaba y echaba la palma de la mano hacia atrás, solo para moverse un paso a lo largo del muro y volver a intentarlo, con los mismos resultados exactos. No era posible que el muro estuviera electrificado, aunque lo parecía, crujía de vida cada vez que el desconocido intentaba tocarlo. Era persistente, no se desanimaba lo más mínimo por el hecho estar quemándose.

Jaxon se puso en pie y trepó al pasamano, con ánimo de acceder al techo. Era demasiado baja, sus dedos se quedaban cortos por varios centímetros. Irritada, alzó la mirada a los aleros. Tenía que haber una forma de trepar si se tomaba un minuto para pensarlo. No quería que el desconocido la viera. Algo en él no iba bien, y le daba escalofríos. Cuando se volvió, su

cuerpo automáticamente ajustó su peso para mantenerlo equilibrado, miró hacia el cielo juzgando la posición del sol.

Demasiado tarde vio como se extendía una tela de araña plateada que llegaba hacia ella desde lo alto, chispeando fuera de las nubes como una red para atraparla. El miedo estalló en su interior. *¡Lucian!* Fue automático, llamarle, buscarlo, casi una compulsión, ciertamente no fue una idea propia. Excepto en su trabajo, era algo que no había echo nunca en su vida... pensar en llamar a alguien en busca de ayuda. La extraña red reluciente se detuvo en medio del aire, suspendida allí durante un momento, y después cayó inofensiva hasta el suelo.

Jaxon sintió que su pequeño cuerpo era alzado por manos invisibles hasta la seguridad del suelo del balcón. Realmente sintió las manos de él alrededor de su cintura. Al momento se vio forzada a retroceder, las manos la empujaban directamente al interior de la casa. La puerta se cerró con firmeza y se atrancó sólidamente. Jaxon colocó ambos manos sobre el grueso cristal y espió a través de él al desconocido que resueltamente ponía a prueba la fuerza de las defensas de muro. En vez de utilizar las manos, ahora estaba golpeando con todo su cuerpo contra la dura superficie, y saltaban chispas en la luz decreciente que le rodeaban.

Levantó la mirada hacia ella, los ojos muertos encontraron su mirada, y sus acciones se volvieron más frenéticas, golpeando su cuerpo con más fuerza incluso y más decididamente que nunca. Jaxon sólo ponía permanecer allí indefensa, atrapada, mientras bajo su seguro punto de observación la horrorosa escena se desplegaba ante ella. Cuando el sol se puso, el desconocido empezó a emitir gruñidos, cavar la tierra bajo la valla y lanzar miradas ansiosas al cielo.

Su corazón le retumbó cuando vio la alta y elegante figura que emergía de los espesos arbustos del lado norte de la casa. Lucian no caminaba ni rápido ni despacio, su inmaculada chaqueta gris enfatizaba la amplitud de sus hombros. El pelo le flotaba alrededor de los hombros, sus ojos brillaban en la cara inmóvil. Se detuvo a solo unos pies de la verja y ondeó una mano. Al momento cesaron las chispas, y el desconocido comprendió que no había protección sobre la propiedad. Las verjas se empezaron a abrir.

La atención de Jaxon fue captado por la amenazadora aparición de nubes oscuras que se movían rápidamente a través del cielo. Algo iba terriblemente mal. Intentó abrir la puerta, temiendo por Lucian, temiendo que no notara el peligro de arriba cuando la criatura que estaba en tierra avanzaba pesadamente hacia él con paso tan decidido. Golpeó el cristal inútilmente, intentando volverse para correr escaleras abajo, pero fue incapaz de moverse más de un par de pies. Tragando con fuerza, sacó la Browning, rezando para que Lucian no hubiera instalado cristal a prueba de balas.

En su mente se extendió desesperadamente hacia él. *¡Lucian, sobre ti! Está llegando algo, y es mucho más malvado que lo que estás enfrentando ahora. ¡Déjame ayudarte*! A él no podía ocurrirle nada. No podía ocurrirle nada nunca.

Sintió al instante calidez, tranquilidad fluyendo en el interior de su mente. Durante un breve momento sintió incluso los brazos de él rodeándola, abrazándola. Jaxon colocó una mano sobre el cristal, la Browning en su otro puño, y observó la fácil y fluida forma de caminar de Lucian. Se movía con total confianza, seguridad total, la cabeza alta, el largo pelo flotando tras él. La dejó sin aliento. Mientras observaba, la mano de él se alzó casi casualmente, y sobre él las negras nubes que se arremolinaban se dispersaron como si nunca hubieran estado allí. Algo se dejó caer a tierra, un cuerpo retorcido y reptilino con alas que se contorneaba.

– Oh, Dios. – Murmuró Jaxon en voz alta, demasiado asustada por lo que sería. Se mordió el labio con fuerza en su agitación.

El desconocido casi había alcanzado a Lucian, balanceaba una pesada bola de puas al final de una cadena. La bola pasó inofensivamente a través del espacio cuando Lucian desapareció de la vista de Jaxon durante una fracción de segundo. Cuando reapareció, estaba detrás del enorme desconocido. Vio con horror como la cabeza del desconocido se inclinaba a un lado, una sonrisa encarnado apareció alrededor de su garganta como un collar. La cabeza

se tambaleó grotescamente, luego lentamente se deslizó fuera de los hombros, salpicando un rastro rojo en todas direcciones. El cuerpo cayó y golpeó el suelo mientras la cabeza rebotaba y rodaba lejos de las piernas de Lucian.

El reptil se lanzó hacia Lucian tan rápidamente que fue un borrón de garras y dientes. La cola azotaba atrás y adelante como un látigo, y el movimientos de las alas estaba creando una tormenta, levantando hojas y polvo como una cortina de humo. El grito de advertencia de Jaxon se quedó atascado en la garganta, casi ahogándola. Lucian pareció quedar completamente inmóvil, su cara inexpresiva, tranquila, incluso serena, como si estuviera simplemente admirando la vista a su alrededor. Jaxon apuntó el arma hacia el horrendo lagarto. La criatura pareció golpear una pared invisible antes de alcanzar a Lucian, y chilló cuando las llamas surgieron a su alrededor. Se desprendió carne chamuscada del lagarto. El cadáver se partió en trozos. Jaxon a penas podía creer lo que sus ojos veían cuando un hombre emergió de la carne quemada como si fuera un capullo de larva.

El vampiro voló retrocediendo lejos de Lucian, mientras ramas de árboles y rocas volaban por el aire, apuntadas directamente hacia él. Lucian flotó por la tierra, pasando de la inmovilidad al movimiento con increíble velocidad. Jaxon sintió que estaba observando a un depredador despiadado, una máquina de matar, un gato de la jungla con músculos que se retorcían para derribar a su presa. Tan rápido como el vampiro retrocedía, lanzando obstáculos en su camino, Lucian era más veloz. Los escombros nunca le tocaron, apartados con casual facilidad por su mente mientras Lucian alcanzaba al no–muerto.

Al comprender que no podía escapar, el vampiro volvió la cabeza y levantó la mirada hacia Jaxon, con odio en sus ojos, astucia y malevolencia en su cara. El cristal de una puerta corredera empezó a hincharse hacia dentro incluso mientras Lucian enterraba la mano en el pecho de la criatura, extrayendo el corazón pulsante. Jaxon saltó hacia atrás, lejos de la puerta, con la mirada fija en la escena de abajo.

Lucian tiró el corazón a alguna distancia del cuerpo que se retorcía y miró hacia el cielo. Al momento se acumularon nubes en lo alto, más y más de ellas llegaron a su llamada. Sorprendida, Jaxon le observó orquestar la tormenta. El relámpago se arqueaba de nube en nueve en un despliego impresionante. Él abrió la mano que había extraído el corazón, y una feroz bola cayó del cielo hasta su palma. Durante un momento las llamas naranjas danzaron sobre su piel, reflejadas en sus ojos negro; después tiró la bola sobre el corazón y ondeó la mano, extendiendo las llamas.

Un nocivo humo negro se elevó en el cielo. En el pudo ver imágenes de muerte y oscuridad, violentas e informes criaturas siseaban y clamaban a los cielos. Lentamente se evaporaron en el humo, y el viento que se levantaba los llevó lejos. El fuego corrió por la tierra, saltando de un cuerpo a otro, incinerando a las dos criaturas para siempre, borrando toda evidencia de su existencia, como si no hubieran existido nunca.

Jaxon observó como el cristal de la puerta se aplanaba, y la lluvia comenzaba a azotar las ventanas de la cava, y fuera Lucian levantaba la cabeza y la miraba. El corazón la palpitó incómodamente. Al momento supo que la barrera que la aprisionaba dentro de la cabeza era levantaba. Dejó el arma y los prismáticos en el escalón superior y se apresuró a bajar las escaleras de caracol hasta el primer piso.

Lucian la aterrorizaba... el poder que esgrimía, el hecho de que pudiera destruir vida tan fácilmente, que pudiera comandar los mismos cielos para hacer su voluntad, que pudiera sujetar fuego en la mano y no quemarse. Aun así deseaba tocarle... no, *necesitaba* tocarle... para saber que no había sufrido ni un solo arañazo.

Lucian entró a zancadas en la casa, alto, poderoso y peligroso más allá de su imaginación. Su cara era inexpresiva, tranquila, como siempre completamente controlado. Pero algo en la forma en que se movía le delató, y ella vaciló en su apresurada carrera hacia él, deteniéndose justo en medio del salón. Lucian continuó avanzando rápidamente, nunca interrumpió la zancado, flotando a través de la habitación como agua, sólo sus ojos estaban vivos con algo que ella nunca había visto antes.

– Lucian. – Se llevó la mano a la garganta defensivamente.

Él no respondió, simplemente capturó su fragil muñeca en una garra irrompible y continuó avanzando por el vestíbulo, llevándola con él a su despacho. Mientras entraban, ondeó una mano, y las llamas volvieron a la vida en la chimenea de piedra. Se volvió en un movimiento, sus dedos se cerraron alrededor de la garganta de Jaxon. Dio un paso hacia ella, apretándola contra la pared, atrapándola con su cuerpo más alto y más pesado.

El corazón de Jaxon se saltó un latido, y solo pudo mirarle con los ojos abiertos de par en par. De repente él parecía el peligroso depredador que realmente era.

– Nunca volverás a desafiarme así de nuevo y te colocarás a ti misma en peligro. – Su voz era tan suave que apenas captó las palabras, aunque reconoció el hierro, la orden en ellas.

La negra mirada se movió sobre su cara, amenazante, posesiva, brillando con esa cualidad desconocida que hacía que su corazón latiera de miedo. De repente bajó su boca hacia la de ella, y el corazón se le detuvo completamente.

La misma tierra se estremeció bajo su piel. Sintió su inmensa fuerza en los dedos se le rodeaban la garganta, sintió la dura agresión de su cuerpo, y reconoció su súbita resolución. Debía detenerle... tenía que detenerle... aunque el cuerpo de Lucian estaba caliente y lleno de deseo, y su hambre la abrumaba, la sobrecogía. Iba a arder en llamas allí mismo con la boca de él devorando la suya y sus manos amenazando con sacarla le vida del cuerpo como castigo por su necesidad de protegerle a él. Incapaz de pensar con claridad, profirió un pequeño sonido de protesta, aún cuando su cuerpo se relajó contra el de él.

– Escúchame, mi amor. – Le enmarcó la cara con sus grandes manos, descansando su frente contra la de ella. – Tú aún no me amas, lo sé. Pero eres una mujer fuerte, e incluso a pesar de mi monstruoso interior, tu primer pensamiento fue velar por mi salud. Temo por ti sólo porque no comprendes completamente lo que soy. Eres mi vida, mi única razón de existir, mi corazón y mi alma, el mismo aire que respiro. He vivido sin alegría durante casi dos mil años, y en el corto tiempo que hemos pasado juntos, tú has hecho que cada uno de aquellos oscuros e interminables minutos valieran la pena. No hay forma de que comprendas completamente la profundidad de mi sentimientos por ti en este momento... lo entiendo... pero tendrás que intentarlo. Tu lugar está conmigo. Ese lo sé absolutamente, sin sombra de duda. Y mis sentimientos sólo se harán más fuertes con el paso del tiempo. – La punta de los dedos de él se movían sobre la cara amada, recorriendo la forma en que su pelo se rizaba en sedosos mechones. – Te necesito completamente, Jaxon, para siempre. Necesito que estes a salvo y protegida para no volver nunca a despertarme sabiendo que has colocado tu vida en peligro. Y lo haces, una y otra vez. No es un desafío; es tu forma de proteger a otros. Y cuando digo que te necesito completamente, debes saber que necesito tu cuerpo desesperadamente.

Había miedo en los ojos y Jaxon, en el alocado latido de su corazón.

– Yo nunca he estado con nadie, Lucian, y tú eres muy abrumador. – Se mordió el labio inferior, no quería fallarle, deseaba estar allí para acabar con el terrible hambre que se acumulaba en los ojos de él, en su cuerpo. Casi había deseado verle un poco fuera de control, aunque ahora podía ver a donde conduciría eso. Lucian iba a tenerla. Ella le deseaba, aunque tenía miedo de la oscura intensidad de su interior. Parecía tan tranquilo, aun así los fuegos que ardían bajo la superficie eran oscuros y mortales. Los sentía, sabía que estaba desatando algo poderoso que no podía detener.

Los ojos oscuros de Lucian buscaban lo de ella, sosteniendo su mirada.

– Antes que haga esto, antes de que seas mía por toda la eternidad, quiero que sepas que sé que puedo hacerte feliz en esta existencia, no hay otro que pueda hacerlo, y moveré cielo y tierra por ti si es eso lo que hace falta.

La negra mirada encontró y capturó sus ojos. Ella vio la terrible hambre que era tan fuerte en él, tan aguda, cruda y viva con desesperada necesidad. Su parte cuerda sabía que él estaba diciendo algo importante, algo que debía analizar antes de

atreverse a sucumbir al oscuro fuego que la llamaba, pero era demasiado tarde. Sus brazos ya se deslizaban alrededor del cuello, y su boca se entregaba a la pura dominación de

la de él. Calor y fuego. Un volcán de deseo que se alzaba salido aparentemente de la nada. La necesidad de él, la de ella... no podía decir cual era la diferencia. No podía decir donde empezaba él y terminaba ella.

La piel de Lucian estaba caliente y sensible, demasiado sensible para sentir el roce de la tela contra ella. Necesitaba la suave piel de Jaxon presionada con la de él, sin la barrera de la ropa entre ellos. Nada volvería a interponerse entre ellos de nuevo.

La resolución de él era completa, total. Ella nunca volvería a estar en semejante peligro. Le pertenecía, había nacido para él, su milagro, para que él la amara y protegiera. Ella era más que su vida. Era su alma.

Pensó en apartar su propia camisa... una tarea fácil. Pero eran sus manos las que capturaron el borde de la blusa de Jaxon y se la sacó lentamente por la cabeza. Era tan hermosa, se quitaba el aliento. Era su respiración la que estaba fuera de control, su corazón el que corría tan rápidamente. ¿O era el de ella? Ya no podía decirlo. Sólo que ella estaba caliente, sedoso fuego, y él necesitaba arder. Ya estaba ardiendo. Sus manos encontraron el camino hasta su piel. Tan suave. Tan perfecta. La sensación de ella era casi más de lo que podía soportar. Había esperado tanto, ni una sola vez había creído que ella existía para él. Había existido en ese negro e interminable vacío sin esperanza, sin la idea de luz. Sin la posibilidad de Jaxon. ¿Era ella real?

Su boca devoró la de ella, caliente, dura y hambrienta, deslizándola hasta otro mundo donde sólo estaba Lucian y sus duros músculos, el toque de sus manos, la agresión de su cuerpo. Él estaba en todas partes, abrumándola, en su mente, en su corazón. Sus manos la tocaban íntimamente, explorando cada centímetro de ella. Su boca era pura magia, haciendo que su mundo se estrechara hasta pura sensación, haciendo que no hubiera forma de pensar, solo sentir.

Lucian la levantó fácilmente, su boca todavía sobre la de ella, de forma que ella no fuera realmente consciente de nada más que de él. No *había* nada más para ella, él lo sabía. Su mente apartó la última barrera entre ellos... el resto de sus ropas... de forma que cuando la dejó sobre la alfombra oriental sobre el suelo frente a la chimenea, supo que ella sentí la gruesa alfombra contra su piel ya sensibilizada. Levantó la cabeza para mirarla, observó la luz del fuego acariciando su cara. Era tan hermosa, simplemente mirarla realmente dolía a veces.

Los grandes ojos de ella le miraban con una incitante invitación, sexy aunque inocente en lo que realmente no sabía a lo que estaba accediendo. Su mundo. Su mujer. Su auténtica compañera para toda la eternidad. Deliberadamente inclinó la cabeza para encontrar su suave boca, para saborear el sedoso calor tan adictivo para él. Ella era suya. La realidad de ello era más de lo que podía comprender. Su piel era suave, parecía satén. La forma de sus curvas, las líneas de su cuerpo, la forma perfectamente proporcionada. Para él era un milagro, y adoraba su abandono. Su boca vagó por la garganta, tan vulnerable para alguien como él. Con otros ella era cuidadosa, pero con él era tan confiada.

Encontró la plenitud de sus pechos, oyó su jadeo cuando fue indulgente consigo mismo, cuando se perdió a sí mismo y el mundo que le rodeaba en ella. Su cintura, tan pequeña, tan perfectamente diseñada, el triángulo de apretados rizos rubios más abajo llamándole. Inhaló la fragante llamada, la salvaje e indomable necesidad que se alzaba para igualar la suya propia. Sus dientes rasparon la cara interior del muslo, abriéndole las piernas fácilmente, mientras su mano buscaba el húmedo calor, una bienvenida para el deseo de su cuerpo.

Jaxon oyó el suave sonido que escapó de su propia garganta cuando Lucian empezó una lenta e íntima exploración, buscando su lugar secreto. Se tomó su tiempo; había aprendido paciencia a través de los siglos, y había esperado este momento durante tanto tiempo, tenía intención de que su primera vez fuera perfecta para ella. Su mente estaba firmemente fundida con la de ella para que pudiera sentir como su deseo se alzaba, una ola gigantesca que le tragaba, lava ardiente corriendo a través de su cuerpo donde había habido antes sangre. Ella podía sentir el dolor, y el placer total que extraía él de las cosas eróticas que hacía a su cuerpo.

Encontró el pelo largo de él, lo enredó en su puño para sujetarse cuando su cuerpo empezó a tensarse más y más por el deseo.

El mundo pareció disolverse a su alrededor cuando pequeñas oleadas de placer empezaron profundamente en su interior y se extendieron hasta que se aferró a él como a un ancla. Lucian se irguió sobre ella, sus amplios hombros, los músculos de sus brazos y espalda definidos y tensos por el esfuerzo de ir despacio. Se deslizó dentro de ella, lentamente centímetro a centímetro, hasta que encontró la delgada barrera de resistencia. Era tan apretada y ardiente, iba a arder en llamas. Sus manos capturaron las pequeñas caderas. Incluso ahora, en este momento, con su cuerpo urgiéndole a enterrarse profundamente en ella, con un rugido en los oídos y una neblina roja de deseo en su mente, notó lo pequeña que era ella, lo frágil que parecía en sus manos.

– Lucian. – Ella susurró su nombre, y él inclinó la cabeza para tomar su boca de nuevo, empujando hacia adelante mientras lo hacía.

El suave jadeo de Jaxon quedó atrapado para siempre ante esa primera posesión, esa primera fusión de cuerpo y mente.

– Relájate para mí, angel. – Instruyó él suavemente, dejando un rastro de fuego desde la garganta a los pechos. Esperó hasta que el cuerpo de ella se estiró para acomodarle, a que se acomodara a la sensación de su invasión.

– Fuiste creada para mí, la otra mitad de mi alma. – Sus dientes se movieron hacia adelante y atrás sobre el pulso. Le susurró suavemente al oído, barriendo toda resistencia de su mente, para que hubiera solo aceptación a su deseo.

Los uñas de Jaxon se enterraron en la espalda de él cuando un dolor ardientemente blanco la atravesó, dando paso después a algo oscuro y erótico mientras los dientes se hundían profundamente en ella. Las caderas de Lucian empujaron hacia adelante, y la introdujo en un mundo de sensualidad que no se parecía a nada que hubiera nunca imaginado.

Su boca, alimentándose de ella, era íntima y sexy, y le acunó la cabeza contra ella, ofreciendo su pecho, deseando que él tomara en él la esencia de su vida para siempre. Su cuerpo se movía dentro de ella con largas y seguras estocadas, cada una más profunda y dura que la última, creando una fricción tal de calor que ambos ardieron, una sola llama viva y que respiraba. La lengua acarició los pequeños pinchazos de su pecho, y él se movió en su interior más rápido, empujando profundamente buscando su mismo centro.

La palma de su mano le acunó la cabeza, y en su mente él reunió el deseo, la idea, convirtiéndola en necesidad, hasta que él fue la única cosa en la que ella podía pensar. Jaxon tuvo que reprimir esa terrible urgencia que estaba en la neblina roja de la mente de él. Lucian le sostuvo la cabeza cerca de los pesados músculos de su pecho, e inmediatamente una pequeña herida apareció allí. Lucian le presionó la boca contra él, su mente controlaba la de ella, instándola a beber profundamente del oscuro pozo. La sensación de la boca de ella alimentándose no se parecía a nada que hubiera nunca experimentado. Ese cuerpo, ardiente y apretado, era terciopelo rodeándole, una vaina feroz que puso a prueba los límites de su control.

Mientras ella bebía, Lucian recitó muy lentamente las palabras rituales una vez más. Deseaba esto, lo corrección de ello, la plenitud. Esta era su auténtica compañera para toda la eternidad, y deseaba que la ceremonia fuera exacta, para que no hubiera oportunidad de que escapara de él. Ni posibilidad de que a ella pudiera sobrevenirle algún daño.

– Te reclamo como mi compañera. Te pertenezco. Te ofrezco mi vida. Te doy mi protección, mi lealtad, mi corazón, mi alma, y mi cuerpo. Del mismo modo tomo en mí los tuyos para a guardarlos. Tu vida, tu seguridad y bienestar serán apreciadas y colocadas sobre las mías para siempre. Eres mi compañera, unida a mí por toda la eternidad y siempre a mi cuidado.

Residiría en ella para siempre, sabría inmediatamente si algún peligro la amenazaba. Y ella residiría en él, anclándole para que la bestia interior no tuviera oportunidad de ser desatada sobre el mundo.

Su cuerpo estaba ardiendo en llamas. Podía sentirse a sí mismo perdiendo el control Al momento apartó de ella la compulsión de alimentarse, seguro de haberle dado suficiente sangre para un verdadero intercambio. Con el ritual completado... su tercer intercambio de sangre y su emparejamiento... se permitió la indulgencia de perderse en el cuerpo de ella. Se enterró en ella una y otra vez, sintiendo su calor, su fuego, tomándole en su interior, limpiando la oscuridad de su alma. Todos aquellos siglos vacíos, todas las oscuras cicatrices, aunque haber sido necesarias, todos los pedazos perdidos... ella de algún modo los había vuelto a unir. El éxtasis que ofrecía su cuerpo era casi más de lo que podía soportar. Sintió los músculos que se apretaban a su alrededor, más y más fuerte, lanzándole vertiginosamente más, más profundo en el interior de ese feroz vórtice, derritiéndole de una forma tal que estaba explotando, rompiéndole, llevándola con él a lo desconocido.

Jaxon se aferró a Lucian buscando seguridad, un puerto a salvo en la tormenta de sensaciones que la estaba sobrecogiendo. No tenía ni idea de que podía sentirse de esta forma, no tenía ni idea de que su cuerpo fuera capaz de cosas semejantes. Lucian estaba tendido sobre ella, cuidando de evitar que su cuerpo la aplastara, su cuerpo todavía enterrado firmemente en el de ella. Era sexy, erótico, y terriblemente íntimo. Saboreó la sensación de él en su boca, un sabor ligeramente cobrizo, masculino y adictivo. Estaba tendida bajo él, mirándole con admiración.

Había un recuerdo en su mente, de su boca moviéndose sobre el pecho de él. Pero cuando intentó capturarlo, el pensamiento fugaz la trajo al instante a la conciencia del duro grosor de él enterrado profundamente en su cuerpo. Se estaba moviendo gentilmente, casi como si tuviera que moverse, como si la sensación de tenerla rodeándole fuera más de lo que podía soportar pasivamente. Sus manos le enmarcaron la cara.

– Eres tan hermosa, Jaxon, tan verdaderamente hermosa.

Jaxon se movió contra él, su cuerpo tan ardiente e inquieto como el de él, tan necesitado como el de él. La alfombra bajo su piel la acariciaba como si fueran dedos. Esa boca se movía sobre su cuerpo de nuevo, la lengua se arremolinaba sobre sus pechos, su masculinidad celebraba su habilidad para tomarla una y otra vez, siendo indulgente consigo mismo.

Ella era calor, sedo, todo lo que podía haber deseado. Y le deseaba con la misma urgente necesidad que él sentía por ella. Observó la luz del fuego jugando sobre el cuerpo de ella, acariciando las sombras y luces de las cremosas líneas de su pequeño cuerpo. Observó su propio cuerpo moviéndose dentro y fuera de ella, la erótica vista aumentaba su placer incluso más. Inclinó la cabeza hasta la punta de un pecho porque podía, sus manos acariciaron la pequeña cintura y el estómago plano. Al mismo tiempo sus caderas se movieron lentamente, pausadamente, aumentando el calor entre ellos hasta que ambos pudieron arder una vez más en llamas. Lo deseaba de esta manera, lento, largo y lo suficientemente fácil como para durar para siempre. Deseaba vivir allí en el puerto seguro de su cuerpo, donde los milagros realmente ocurrían.

– Lucian. – Dijo ella con jadeante admiración, deslizó las manos sobre sus hombros, apaciguándole.

Fue gentil con ella, amoroso, asegurando su placer, aunque al mismo tiempo ella podía sentirle observándola atentamente, esperando algo. Esperando que ella le condenara. Captó el pensamiento antes de que él pudiera censurarlo, y al momento alzó la cabeza para encontrar la boca de él con la suya, deseando apartar el miedo a su desagrado. Lucian no podía pensar que le había hecho daño, que ella no pudiera nunca perdonarle. Lo que estaban haciendo era hermoso y correcto. Lo sentía con cada célula de su cuerpo. ¿Cómo podía él pensar otra cosa? ¿Cómo podía condenarse a sí mismo cuando había sido tan gentil y cuidadoso con ella?

– No quiero que me odies, ángel. – Inclinó la cabeza para besar su vulnerable garganta. – He buscado en tus recuerdos, tu corazón y alma, y no he encontrado evidencia de odio... ni siquiera por tu peor enemigo. Es la única cosa que me da esperanzas.

Jaxon enredó los brazos alrededor de su cabeza cuando el cuerpo empezó a moverse más agresivamente, con estocadas más duras y rápidas. Su propio cuerpo pareció buscar el mismo

ritmo que el de él, alzándose para encontrarle de forma que pudiera sentirle profundamente en su interior, una parte de ella. Necesitaba abrazarle para sentir la acumulación de la tormenta, las llamas deslizándose de él a ella y otra vez de vuelta, más y más alto, atravesando sus cuerpo, una feroz conflagración que finalmente explotó en mil fragmentos, haciendo que llovieran chispas sobre ellos.

Lucian rodó, arrastrándola para que quedara tendida sobre él. La luz del fuego danzaba sobre ellos, aunque el aire parecía ayudar a enfriar sus cuerpos. Sus manos apartaron el salvaje pelo rubio que caía alrededor de la cara de ella para poder mirarla.

– Eres mía, lo sabes. – Declaró.

El cuerpo de ella ciertamente lo sabía. Le sentía en cada célula, vivo, viviendo dentro de ella. Sonrió, acarició con las manos los pesados músculos de su pecho.

– Estabas enfadado conmigo por salir afuera, ¿verdad?

– Honestamente no creo que pudiera enfadarme contigo. – Dijo él en confianza. – Eres mi vida. Mi milagro. Tuve *miedo* por ti, y no me gustó la sensación. Nunca he conocido el miedo. He cazado y destruido, entré en batalla miles de veces, y nunca conocí esa emoción. Ahora la conozco, y no me gusta. – Su mano le echaba el pelo hacia atrás, acariciando y retorciendo los mechones, los dedos ocasionalmente encontraban la nuca para masajearla. – Está en tu naturaleza proteger a los demás. Eres muy distinta de lo que imaginé una vez supe que existías.

Jaxón levantó la cabeza.

– ¿De veras? ¿Exactamente que imaginaste?

El sonrió a sus ojos oscuros.

– Tengo el presentimiento de que mi respuesta podría meterme en problemas. Creo que permaneceré en silencio.

– Oh, no, no lo harás. Cuéntamelo todo sobre esa mujer maravillosa. – Le golpeó el pecho con énfasis.

– Las mujeres de mi raza son altas y elegantes con largo pelo negro y ojos oscuros. Nunca van a la caza de un vampiro o un ghoul o ni siquiera un loco, especialmente cuando su compañero les pide que se queden dentro de una cierta zona. Y antes de que las consideres sometidas, esas mujeres lo hacen porque tienen completa fe en la habilidad de su compañero para protegerlas. Tú te apresuras a lanzarte de cabeza, tu primer pensamiento es por mi seguridad en vez de por la tuya propia. Yo soy el cazador más poderoso que nuestra gente ha conocido, aun así tu crees tener que salvarme de algo como un ghoul. – Sonrió y se extendió para besar y apartar su ceño fruncido. – No me quejo, ángel. Simplemente estoy estableciendo un hecho que estoy empezando a comprender.

– ¿Alta? ¿Elegante? ¿Eso que significa? ¿Qué quieres decir con "elegante"? El que sea bajita no significa que no pueda ser elegante. Visto vaqueros porque me gustan, y son cómodos. El pelo largo y moreno puede ser hermoso... el tuyo lo es... pero el pelo rubio no tiene nada de malo. O el pelo corto, ya que estamos. Es muy práctico de cuidar. – Sonaba indignada.

La mano de él se estaba moviendo entre su pelo. Adoraba su pelo, los mechones sedosos y salvajes que salían en todas direcciones. Se encontró sonriendo de nuevo sin razón. A Jaxon no le importaba lo de que las mujeres de su raza pudieran permanecer seguras puertas adentro mientras los hombres salían a cazar. Le importaba el que él las hubiera descrito como altas y elegantes con largo pelo negro. Lo encontraba bastante divertido. Jaxon era Jaxon, un pequeño polvorín preparado para salvar el mundo. Nadie cambiaría eso, y menos que nadie su propio compañero. Tenía que ser aceptada como la persona que era.

La decisión de Lucian de convertirla a la raza Cárpato era el resultado de conocer la naturaleza de ella. Era la única forma segura de protegerla de todo daño. Dormiría cuando ella durmiera; siempre sería consciente de cada uno de sus movimientos. Estaría en ella, con ella, si algo o alguien la amenazara. Era la único camino que le quedaba si quería permitirla seguir

siendo exactamente quien era; aunque su decisión podía muy bien causar que ella le despreciara.

– ¿Qué va mal, Lucian? ¿Lamentas haberme hecho el amor? – De repente Jaxon estaba inquieta. No tenía suficiente experiencia para saber si le había complacido o no. Pensaba que lo había hecho, pero quizás no. Él era intensamente apasionado. Quizás ella no podía saciar su hambre. Después de todo, él era de una especie completamente diferente.

– ¿Cómo podría nunca lamentar el hacer la única cosa que he deseado más que nada en el mundo? Sólo para tu información, ángel, tengo intención de hacerte el amor unas cuantas veces más antes de que acabe la noche. Y nadie más podría satisfacerme. Para mí solo hay una. No cualquier otra mujer. Nunca. No deseo a ninguna alta, elegante o de largo pelo negro. Me he aficionado bastante a tu pelo corto y rubio y a este pequeño y perfecto cuerpo. No te librarás de mí fácilmente.

Jaxon sonrió le reposó la cabeza una vez más sobre su pecho. Profundamente en su interior donde se había sentido tan maravillada, fue consciente de un lento y tortuoso tensarse y relajarse de sus músculos. Se presionó una mano contra el estómago y se tendió muy quieta, intentando descubrir lo que ocurría. ¿Era esto normal? Parecían retortijones... no, peor que retortijones... como algo vivo moviéndose dentro de su cuerpo, extendiéndose a cada órgano.

La mano de Lucian estaba en su nuca, aliviando la tensión de sus músculo repentinamente tenso. Estaba muy quieta, como si sintiera que algo iba mal. No le preguntó que era. No dijo nada en absoluto. Simplemente la abrazó apretada entre sus brazos, protectoramente, posesivamente.

Capitulo 8

Jaxon yacía tranquilamente entre sus brazos, levantando la mirada a la cara de Lucian, con ojos grandes y oscuros. Ojos embrujados. Ojos aterrorizados.

– Me siento completamente enferma de repente. – Se sentó bruscamente, empujándole inútilmente para poner distancia entre ellos. El terrible ardor de su estómago se incrementaba con cada minuto que pasaba. Se incrementaba y extendía como un fuego salvaje atravesando su cuerpo. – Lucian algo va realmente mal. – Extendió buscando el teléfono que había sobre una pequeña mesilla.

Se inclinó sobre ella y le sacó el receptor de la mano.

– Es la conversión que está teniendo lugar en tu cuerpo. – Una vez más su voz era totalmente inexpresiva. – Tu cuerpo debe librarse de las toxinas humanas. – Lo dijo con su suave y práctica voz.

Jaxon saltó lejos de él, con los ojos enormes. Se presionó el estómago con ambas manos. Parecía como si alguien pasara un soplete por sus entrañas.

– ¿Qué has hecho, Lucian? ¿Qué has hecho?

El fuego atravesó su cuerpo, sus músculos se contorsionaron, y se encontró cayendo de espaldas hasta el suelo impotente ante los dolores de alguna clase de espasmos. Lucian estaba allí antes que ella, acunándola, su mente compartiendo la de ella de forma que él cargaba con el embate del horrible dolor cuando oleada tras oleada la atravesaba. Jaxon solo podía aferrarse a él, aterrorizada, mientras la agonía se arrastraba por su cuerpo.

Pareció durar hora, aunque en minutos el dolor empezó a decrecer. Pequeñas gotas de sudor le cubrían la piel, y se sentía más enferma que nunca, exhausta.

– El fuego, Lucian. No puedo soportar el fuego. Me duele todo. – Inclusos los ojos le dolían.

Él ondeó una mano, y las llamas desaparecieron. Una brisa fresca atravesó la habitación, refrescando su piel. Le hundió las uñas en el brazo. Empezaba de nuevo. Él lo sentía en su mente, el dolor que le retorcía las entrañas, desgarrándola. Lucian estaba consternado por la fuerza de los ataque que levantaban y dejaban caer su pequeño cuerpo. Sin sus brazos rodeándola se habría derrumbado sobre el suelo. Este espasmo fue peor que el último, sus músculos estaba agarrotados y tensos bajo la piel. Intentó pronunciar su nombre, susurrando cuando necesitaba un ancla, pero no surgió nada, ni siquiera un graznido. En el interior de su mente le llamaba a gritos.

Lucian la rodeó, cuerpo y mente. Se envió a sí mismo a buscar fuera de su cuerpo y en el interior del de ella. Sus órganos estaban cambiando de forma, sus tejidos y célula se transfiguraban. Hizo todo lo que pudo por aliviarle el dolor, pero Jaxon era muy delgada, muy pequeña, y la fuerza de los ataques era desgarrdora para su cuerpo, sus músculos estaban tan tensos que parecían duros nudos. Respiró con ella, para ella. La sostuvo cuando rechazó los restos humanos y vomitó una y otra vez. Le limpió la cara, retirando las gotas de sangre que había sudado por la frente y la meció cuando la oleada de agonía remitió.

Jaxón se tendió pasivamente, conservando su energía. Ya no luchaba con el dolor, y su mente estaba cuidadosamente en blanco. Tenía los ojos abiertos de par en par, y le miraba indefensa, desesperada cuando el siguiente ataque empezó a sobrecogerla. Lucian se encontró a sí mismo maldiciendo entre dientes en la lengua ancestral. Esperó hasta que estuvo seguro

de que el vómito había pasada, que las últimas toxinas habían sido extraídas de su cuerpo, antes de poder ordenarle de forma segura que durmiera.

Una vez dormida; limpió cuidadosamente su cuerpo, después limpió toda evidencia de su tormento de la habitación. Muy gentilmente la levantó, acunándola contra su pecho. Se la sentía tan liguera, tan delicada, sus huesos tan frágiles. Enterró la cara en su pelo, las lágrimas nadaban cerca de la superficie, ardiendo en sus ojos. La llevó a través del sótano hasta su cámara de sueño y la colocó en medio de su cama. Parecía una niña pequeña bajo la sábana que cuidadosamente había colocado sobre ella.

Lucian se sentó y la observó durante largo tiempo, sus ojos oscuros pensativos. Cuando despertara, despertaría completamente Cárpato, necesitaría sangre para mantenerse viva. Sería incapaz de caminar bajo el sol, su piel y sus ojos serían demasiados sensibles para permanecer a la luz. ¿Le miraría con aversión, con repulsión?

Esperó otra hora deseando asegurarse de que dormía pacíficamente, antes de dejarla. Se vistió mientras se deslizaba escaleras arriba y atravesaba la casa. La noche era fría y clara, el viento fresco en su cara. La aspiró, las historias que contaba la noche. Con tres pasos apresurados tomó los cielos, volando hacia el corazón de la ciudad. Necesitaba sangre suficiente para los dos. Su presa sería los que vagaban por la ciudad en busca de víctimas, creyéndose seguros y poderosos en la oscuridad. Pero él podía verlos tan claramente como si el sol estuviera brillando intensamente.

Aterrizó sobre la acera, caminando sin perder el paso, un hombre alto y elegante vestido con un traje gris. Parecía muy rico, en contradicción con lo que le rodeaba. No miraba ni a derecha ni a izquierda, actuando como si no oyera nada, aunque lo oía todo, incluso el murmullo bajo de conversación que provenía del otro lado de la calle. Oyó los susurros de pasos tras él. Un par, después un segundo. Los pasos se separaron, sus atacantes venía a él de dos direcciones. Esta era la gente que había utilizado a través de los siglos, los que intentaban asaltarle con la esperanza de que tuviera algo de efectivo. Siempre les permitía atacarle antes de sentenciarlos; siempre se aseguraba de sus malvadas intenciones, aunque era demasiado fácil leer sus mentes.

Leyó sus pensamientos, conocía su plan, sabía cual de los dos era el líder, el más cruel, el que atacaría primero. Continuó caminando, ni rápido ni despacio, mirando directamente adelante, simplemente esperando que ellos hicieran el primer movimiento. Estaba a medio camino de bajada de la calle, justo llegando a un pequeño callejón entre los apartamentos, cuando el líder le empujó. El hombre era grande y fuerte, enredó un brazo alrededor de la cabeza de Lucian, conduciéndole al interior del callejón. Lucian cooperó, yendo en la dirección que el líder le indicaba hasta que ambos atacantes estuvieron fuera de la vista de ojos que pudieran estar observando desde las ventanas.

Se dio la vuelta, sacando de un golpe el cuchillo de la mano del líder, atrapando al hombre entre sus manos enormemente fuertes, deteniendo a ambos asaltantes con una suave orden. Los dos matones permanecieron en pie esperando su atención. Bebió profundamente de cada uno de ellos, sin preocuparse de que ambos quedaran débiles y adormilados. Siempre requería un tremendo autocontrol dejar a hombres como estos vivos. A veces, cuando leía sus depravadas mentes, lo encontraba casi imposible. Peor se dijo a sí mismo que era un guardián de la raza de los Cárpatos; la raza humana se regía por sus propias leyes.

Lucian no se molestó en plantar un recuerdo plausible en ninguno de los dos atacantes. Recordarían haber intentando asaltarle, y después tendrían un momento en blanco y por mucho que lo intentaran no podrían llenarlo. Les dejó allí en el callejón, tendidos sobre el suelo sucio, sin estar seguros de lo que les había ocurrido.

Cuando Lucian volvió, la casa estaba fría y oscura. Estos días Lucian adoraba volver a casa. A Jaxon. Casi todo en la casa era algo que había sacado de los recuerdos de ella, cosas que amaba, colores que encontraba reconfortantes. Obras de arte que había visto y admirado. Incluso los cristales tintados, increíbles obras de arte que la esposa de su hermano había creado, habían sido especialmente hechos para Jaxon. Tejida en cada pieza había una fuerte

Librodot

salvaguarda para la casa y una tranquilizadora bienvenido y calidez para los que moraban en ella. Francesca era una auténtica sanadora, e, incluso en su arte, su don se mostraba.

En la cámara de sueño se despojó de sus ropas y recogió a Jaxon entre sus brazos antes de emitir la orden de despertar. La conversión era completa, y ella había descansado casi dos horas. Deseaba alguna confirmación antes del próximo alzamiento. Jaxon se movió, gimió suavemente como si recordara, y después sintió su corazon palpitando con fuerza. Estaba completamente despierta, negándose a abrir los ojos y enfrentar la verdad de lo que había ocurrido. Él sintió como su propio corazón se saltaba un latido; el aliento se le quedó atascado en los pulmones. Este era el momento. Ella tenía que aceptar aquello en lo que se había convertido. Tendría que aceptar su rechazo.

Lucian la sostuvo entre sus brazos, observando las expresiones que cruzaban su cara. Las pestañas imposiblemente largas de Jaxon se movieron, después se elevaron, y él estaba mirando dentro de los grandes ojos oscuros. No vio condenación en ellos. Simplemente le miraba. Muy lentamente levantó una mano y se le frotó el ceño que él no había notado que tenía en la cara.

– ¿Qué has hecho esta vez? – Preguntó ella.

Las manos se Lucian se movieron sobre su cara, apartándole el pelo de las delicadas mejillas.

– Creo que ya lo sabes.

– Si es lo que creo que es, puede que tenga que recurrir a la violencia.

Lo estaba haciendo de nuevo, no tratar con algo para lo que su mente no estaba preparada. En lugar de eso la yema de su dedo índice estaba frotando una pequeña caricia en su boca.

– No parezcas tan preocupado, Lucian. No estoy hecha de porcelana. No me voy a romper. Tienes pinta de que el mundo fuera a terminarse. Aunque, tengo que admitirlo, dolió como el demonio, y cuando me sienta un poco más fuerte, puede que tenga que tomar represalias.

– Te quiero, ángel, y no te haría pasar a través del sufrimiento de una conversión si no hubiera sido necesario.

Jaxon sacudió la cabeza.

– No digas *conversión*. No creo que debamos seguir por ahí. *Conversión*. Suena como una película que vi una vez. Era de vampiro y cosas repulsivas. Una criatura realmente repugnante que mordía a la heroína y después le daba su sangre. – Su voz decayó durante un momento, y él sintió su temblor, pero siguió con resolución. – La transformaba en una vampiresa adicta al sexo. Corría por ahí chupando el cuello a los hombres y matando niños pequeños. Realmente eso no es lo mío. Al menos no lo de matar niños. No sé que tal será chupar el cuello a los hombres. – Un diminuto temblor atravesó su cuerpo.

La mano de Lucian le acariciaba el pelo, un brazo la aferraba posesivamente a él.

– Nunca toleraría que chuparas el cuello de otros hombres, así que podemos dispensarte de esa preocupación.

– Me alegro. Aunque, quizás me habría gustado. – Intentaba bromear.

Esa era una de las cosas que admiraba tanto en ella. Estaba asustada, su corazón latía más rápido de lo normal, pero estaba aguantando, siendo valiente. Su respeto por ella continuaba creciendo.

– Lo siento, ángel, pero tendrás que superar la desilusión de ser así. Estoy descubriendo que soy un hombre celoso después de todo.

Ella se acurrucó contra él, buscando subconscientemente confort.

– Pareces un hombre con completa confianza en sí mismo, Lucian. No puedo creer que seas celoso. Por otro lado, nadie más me desea.

Las cejas de Lucian se alzaron.

– ¿No has notado como caen los hombres a tus pies? Incluso ese estúpido jovencito que desobedeció tus órdenes y entró en el almacén estaba haciendo el tonto... pensaste que su heroísmo era para promocionarse a sí mismo, pero la verdad es que quería que te fijaras en él.

– De eso nada. – Jaxon estaba escandalizada, y lo mostró. – Tiene influencia política, y la utilizó para entrar en mi equipo incluso a pesar de que me opuse totalmente. No estaba preparado, y no era un jugador de equipo. Quería gloria y titulares. Públicamente mi unidad es tan anónima como es posible, pero desde dentro es conocida como la mejor. Benton definitivamente tenía la promoción... no a mí... en mente. – Declaró segura de los hechos.

Lucian inclinó la cabeza para rozar gentilmente un lado de la boca de ella con la suya. El liguero toque hizo que su corazón se sobresaltara, y sintió el salto de respuesta del corazón de él. Sus labios apenas la habían rozada, aún así sintió el calor arremolinarse en el fondo de su estómago.

– Eso es lo que aparentaba, pero no lo que tenía en mente. Quería sobresalir, para que tú te fijaras en él.

– Ciertamente se ocupó de ello de una forma interesante. Me fijé bien en él. Casi consiguió que a Barry y a mí nos mataran. – Su voz traicionó su rechazo a la opinión de Lucian.

– Yo estaba allí, cielo. Leí su mente con exactitud. Causas estragos entre los hombres de tu departamento, y ahora, desafortunadamente, lo harás incluso más.

Jaxon rió suavemente hacia él.

– Te burlas de mí, ¿verdad? Nadie me desea. Solo piensan que soy dinamita en mi trabajo, que lo soy. – Lo dijo sin falsa modestia.

– Estás rodeada de hombres todo el tiempo cuando trabajas. Es impropio para una mujer de los Cárpatos estar desprotegida en compañía de hombres.

Ahora fueron las cejas de ella las que se alzaron.

– Afortunadamente para mí, yo solo soy sólo una simple mujercita humana que trabaja para vivir.

Las manos de él le acariciaban el pelo, después se movieron para rozar la suave piel antes de volver los indomables mechones rubios que le intrigaban.

– Ya no. No soy un hombre moderno, ángel. Creo firmemente en los deberes que me he comprometido a llevar a cabo bajo juramento. Tú eres mi auténtica compañera, mi corazón y alma, la luz de mi oscuridad. No creo que correr por ahí buscando peligros sea lo que quiero para la luz de mi oscuridad. Piensa en lo que significaría para el mundo, mi amor, que algo te ocurriera. He resistido contra la oscuridad durante más siglos de los que puedo contar, pero si algo te ocurriera, verdaderamente me convertiría en un monstruo. Incluso los cazadores de mi familia encontrarían imposible rastrearme y destruirme.

– No lo creo, Lucian. Olvídalo, me estoy acostumbrando a estar en tu mente. No te convertirías en un monstruo. Sólo intentas conseguir que yo haga lo que quieres.

– Así que crees que me conoces. – Su voz fue más suave que nunca.

Al momento Jaxon frunció el ceño y se sentó cautelosamente, poniendo a prueba las respuestas de su cuerpo.

– Eso no es justo, Lucian. No te conozco, y tú no me conoces. Ni siquiera sé como llegué aquí. No sé como te he permitido asumir el control de mi vida. Y ahora esto. No sé que has hecho, pero sé que no es algo que yo quisiera, y no te molestaste en consultar conmigo ni en una cosa ni en otra. ¿Esto es parte de ser anticuado? ¿De haber nacido hacer siglos? ¿La mujercita no tiene nada que decir en su propia vida? – Su mano se arrastró defensivamente hacia la garganta. No era la misma en absoluto. Podía sentir la diferencia. En realidad como importaba si lo quería o no.

Estaba en una cama completamente desnuda con un hombre del que prácticamente no conocia de nada. No era ni siquiera un hombre. Algo, algún poderoso depredador que ella encontraba sexy. Jadeando, apartó de un empujó la sólida pared del pecho de él, aferrando la sábana, y envolviéndosela alrededor.

– No te conozco en absoluto. No puedo creer que durmiera contigo.

La cara de Lucian era más sensual que nunca, frunció el ceño ligeramente desconcertado, le hacía tan atractivo, Jaxon quería prohibírselo en el acto.

– ¿Las mujeres de hoy en día no duermen con sus maridos?

– No estamos casados. No me he casado contigo. Si lo hubiera hecho lo habría sabido. ¿Lo hice? – Se pasó una mano por el pelo, enviándolo en todas direcciones, después aferró apresuradamente la sábana que se deslizaba tan precariamente. Le miró fijamente, desafiándole a sonreír ante su apuro.

Lucian encontró que sus siglos de autocontrol aguantaban. Mantuvo sus rasgos completamente inexpresivos cuando deseaba desesperadamente sonreír con la alegría que inundaba su corazón. Ella derretía sus entrañas, convirtiéndole en algo amable, cuando había estado tan seguro de que no había posibilidad para él de sentir semejantes cosas. Quería enredar los brazos alrededor de ella y besarla hasta que los ojos se le pusieran oscuros de deseo y su cuerpo ardiera en llamas con el de él.

– ¿Qué crees que es un compañero? Estamos casados según la costumbre de la gente de los Cárpatos. Atados por toda la eternidad, el uno al otro, cuerpo y alma.

Ella saltó fuera de la cama, intentando estar digna con una sábana enrollada alrededor como una toga, enredándose en sus pies, impidiéndole libertad de movimiento.

– Otra vez vuelves con palabras como *eternidad*. ¿Lo ves? Eso es exactamente de lo que estoy hablando. No somos compatibles lo más mínimo. Y yo no duermo con cualquiera. Me has hecho algo. Algún truco de magia negra. Vudú. Tengo algo de moral. No me acuesto con cualquiera, sabes.

Una sonrisa sobrevoló peligrosamente cerca. Los ojos negros de Lucian brillaron hacia ella, recorriéndola con una lenta y ardiente posesión que decía más de lo que era posible expresar con palabras.

– Yo no soy cualquiera, Jaxon,y estoy más que agradecido de que no te acuestes con cualquiera. – Se movió entonces, un brillante felino de la jungla estirándose perezosamente.

Al momento el corazón de Jaxon palpitaba excesivamente fuerte y ella retrocedía lejos de la cama, con los ojos abiertos de par en par en su cara.

– Me pides que sea algo que no soy, Lucian. No me has dado oportunidad de pensar las cosas.

– ¿Qué cosas? ¿Qué tienes que pensar? Yo debo descansar en la tierra. No puedo hacerlo si no estás a mi lado. Eres un imán para los problemas.

Instantáneamente los ojos oscuros de ella lanzaban fuego.

– ¡Exacto! Es lo que he tenido contigo. Ni siquiera pareces saber qué has hecho. No muestras ningún remordimiento en absoluto. Y soy yo la única que tiene que comprometerse en todo, excepto que aquí no hay compromiso. Simplemente tú decides que voy a hacer algo, y después lo haces. ¡Y dolió como el infierno! – Y con ese grito de despedida, salió tormentosamente del dormitorio. El extremo de la sábana que arrastraba tras ella quedó atrapado en el borde de la puerta y tiró de ella bruscamente. Jaxon simplemente dejó que la sábana cayera al suelo, dando a Lucian un último vistazo de su suave y pálida piel y hermosas curvas antes de desaparecer de su vista.

Lucian se estiró de nuevo, celebrando la sensación de sus fuertes músculos, de la forma en que su cuerpo se sentía tan vivo. La deseaba de nuevo. La desearía siempre. Nunca llegaría el día en el que estuviera completamente saciado. Estaba sonriendo, incapaz de detenerse. Ella suponía para él un milagro tan perfecto. Ahora mismo, cuando la mayoría de las mujeres estarían histéricas antes la idea de la conversión, ella le regañaba por ser un arrogante hombre de los Cárpatos. Lucian sabía que Jaxon iba a tener que aceptar aquello en lo que se había convertido, y no le resultaría fácil, pero había sido necesario para asegurar su continua seguridad. Jaxon no era una mujer que pudiera ser colocada en un estante. Siempre estaría en el meollo del asunto, no importaba lo que el decretara. Una vez hubo aceptado ese hecho,

aceptado la personalidad de ella, su naturaleza protectora, le quedaba una única opción abierta para evitar el desastre.

Se paseó descalzo por la habitación y se detuvo a recoger la sábana descartada. Sonrió de nuevo. Nunca se la había ocurrido que experimentaría los celos, pero comprendía que no le gustaba la idea de que otros hombres estuvieran cerca de ella. Ni siquiera quería que pensaran en ella, que fantasearan con ella. Más que eso, no quería que ella les sonriera con esa sonrisa inocente y sexy, o les tocara de la forma que acostumbraban los humanos a hacer unos con otros. Vivir con emociones era una experiencia interesante. Peor aún, ahora que Jaxon era completamente Cárpato, su habilidad para atraer a los hombres se incrementaría. Su voz se volvería más encantadora, tan memorable que los que la oyeran desearían oírla una y otra vez. Sus ojos atraerían a los hombres a ella... como si no se sintieran atraídos ya.

Lucian suspiró y sacudió la cabeza.

Se movió a través de la casa y subió las escaleras hasta la habitación de ella. Los cajones habían sido sacados de un tirón para poder agarrar algo de ropa. Jaxon estaba en es espacioso baño. Podía oír correr el agua de la ducha. Lucian tocó su mente muy gentilmente. Estaba en estado de pánico e intentando calmarse con actividades normales de humanos. Había lágrimas en su mente, corriendo por su cara. Al instante Lucian se encontró necesitando estar con ella.

Pero la puerta del baño estaba firmemente cerrada, y ella había colocado una toalla enrollada en la basa. A pesar de todo Lucian se encontró sonriendo de nuevo. Jaxon no tenía ni idea de su auténtico poder. Podía ordenarle mentalmente que abriera la puerta. Un toque y se abriría de par en par. Podía abrirla de mil formas. Su cuerpo sólido relució durante un momento antes de volverse insustancial, transparente, después se disolvió en niebla. Las gotas fluyeron a través del ojo de la cerradura y se vertieron en el baño, mezclándose con el vapor de la ducha.

Lucian surgió de la neblina, su cuerpo musculoso se solidificó una vez más. Podía ver a Jaxon claramente a través del cristal de la puerta de la ducha. Apoyaba la frente contra la pared, el agua caía sobre su cabeza y bajaba por su espalda. Parecía hermosa, pálida y frágil. Le quitaba el aliento. Silenciosamente se deslizó en el interior de la ducha y se extendió hacia ella, girándola hacia su pecho en brazos fuertes, sin darle oportunidad de protestar.

– No puedo soportar tus lágrimas, mi amor. Dime que quieres que haga, y lo haré. Cualquier cosa. Tú eres la única cosa en este mundo que me importa. – Le enmarcó la cara con las manos para inclinarle la cabeza hacia arriba y hacia él. Se inclinó para saborear sus lágrimas. Dolía por dentro, su corazón se retorcía con auténtico dolor.

Jaxon sintió la reacción de él a sus lágrimas y supo que era sincero. Estaba afligido por su pesar. Su boca se movía sobre la de ella, adelante y atrás, una caricia gentil y persuasiva. Al momento pudo sentir la reacción de su propio cuerpo, como su corazón igualaba el ritmo del de él, como su sangre empezaba a calentarse, a acumularse, a hacer demandas. Eso produjo un flujo fresco de lágrimas. Le deseaba, deseaba estar con él de ese modo, Lucian la abrazaba tan protectoramente, tan tiernamente. Él era enormemente fuerte, aun así era tan cuidadoso con ella, tan gentil. Adoraba eso en él, adoraba la forma en que la necesitaba, en que la ansiaba, en que la deseaba sólo a ella. Pero no quería desearle. No quería desear a nadie.

– Yo quiero que me desee. – Susurró Lucian, leyendo su mente. – Quiero que me conozcas como yo te conozco. – Su boca vagó hasta el cuello, hasta la suave garganta. – Lo sé todo sobre ti, y estoy locamente enamorado de ti. *Amor* no es siquiera una palabra lo suficientemente fuerte para lo que siento por ti. Concédete tiempo para conocerme, Jaxon. Confía en mí, ángel. Sólo inténtalo.

Su boca estaba creando un mundo de calor y colores, un lugar donde sólo ellos dos existían. Movía las manos sobre su cuerpo con exquisito cuidado.

– Ahora soy como tú, ¿verdad? – Susurró Jaxon suavemente contra el pecho de él.

Los dedos de Lucian encontraron su nuca, se movieron a través de su pelo, el toque era posesivo.

– Eres Cárpato, cielo, con todos los dones de nuestra gente. La tierra nos llama, el viento, la lluvia, los cielos. Es un mundo hermoso. Podemos correr con los lobos, volar con las aves de presa, nadar en los ríos con los peces si lo deseamos. Puedo mostrarte maravillas que nunca ha visto el ojo humano. Puedes hacer cosas tan increíbles, que conocerás una dicha más allá de lo imaginable.

Le dejó que besara las lágrimas de su cara, dejó que el hambre de él se convirtiera en la suya. Había locura en lo que estaba ocurriendo, pero ya no le importaba. No podía cambiar lo que era. No podía deshacer lo que él había hecho. Y no podía odiarle por hacerlo. Jaxon quería perderse en la oscura pasión que sólo él podía darle. Quería que él la necesitara tan desesperadamente que nunca tuviera que enfrentar lo que ella era.

Movió las manos sobre su cuerpo, trazando cada definido músculo. Lucian le cogió la cabeza entre las manos cuando se acercó a él, con su boca moviéndose sobre la piel húmeda del hombre, capturando pequeñas gotas de agua con la lengua.

El cuerpo de él se tensaba dolorosamente, haciendo urgentes demandas, cuando todo lo que deseaba era reconfortarla, decirle lo mucho que la amaba por no condenarle. Deseaba sujetarla entre sus brazos y dejarla llorar si eso era lo que necesitaba para ayudarla a encarar lo que había tenido lugar dentro de su cuerpo.

– No estás aquí para satisfacer mis necesidades, ángel. Yo estoy aquí para servirte. Déjame abrazarte. Hazme preguntas.

Puro terror brilló durante un momento en sus ojos, después quedó perdido en una furiosa llama de pura sensualidad. Sus manos se movían sobre las caderas de él, demorándose en los definidos músculos de su trasero, explorando sus muslos.

– Quiero sentirme viva, Lucian. Quiero sentir que tengo algún poder, algo de control sobre mi propio mundo. Sólo quiero *sentir*. – Sus manos buscaron la dura y gruesa evidencia de su deseo, lo rozó ligeramente con las uñas, encontró con las manos placer en aprender la forma y textura de él.

La cabeza de Lucian se echó hacia atrás, cerró los ojos. Incluso con el puro éxtasis de las uñas de ella acariciándole tan íntimamente, se fundió completamente con la mente de ella, buscando su mayor necesidad, su mayor deseo. Ella había echado a un lado la realidad, aferrándose solo a pensamientos, sólo de él: como adoraba estar con él, como adoraba observar como sus ojos iban del frío hielo al calor fundido, la forma en que su cuerpo se endurecía aunque él seguía siendo increíblemente gentil. Los pensamientos de ella le robaban el aliento, el corazón. Ella admiraba su coraje, deseaba alejar la desolación de su existencia pasada, y estaba decidida a que nadie le hiciera daño. Deseaba que estuviera en paz, que no se viera ya forzado a destruir a las terribles criaturas que recorrían su mundo. Deseaba complacerle, y estaba preocupada por su inexperiencia.

El aire abandonó apresuradamente sus pulmones cuando la boca sedosa y cálidamente húmeda se cerró a su alrededor. Ella podía echar manos de sus propias fantasías eróticas, podía sentir lo que le estaba haciendo. Jaxon se había perdido en su recién encontrado poder, y Lucian reaccionaba con creciente deseo, un hambre cálida y dura. Sus dientes ya se apretaban. Ella encontró el ritmo de sus caderas, deleitándose en la forma indefensa en que él se movía en su interior. Él tiempo había desaparecido. La realidad había desaparecido. Jaxon había desaparecido, y en su lugar estaba una sirena, una tentacion que ponía a prueba su habilidad para robarle el autocontrol.

Lucian enterró las manos en su pelo y la arrastró hacia arriba para encontrar su boca. Ella se movía contra él, sus pechos le tentaban; sus manos acariciaban e inflamaban. Trazó un ardiente rastro de fuego desde la garganta de ella hasta la cremosa plenitud de sus pechos.

La palma de su mano encontró los apretados rizos rubios en el vertice de sus muslos y presionó buscando el húmero calor de bienvenida. Movió los dedos para probar su predisposición y encontró ardiente terciopelo apretándose a su alrededor, encontró que ella le necesitaba con la misma urgencia que sentía él. Que su respiración llevaba en hondos jadeos.

– ¡Apresúrate, Lucian! – Gritó sin aliento enviando un penetrante pinchazo de alegría que se deslizó a través de él.

Ella le necesitaba; ningún otro serviría. Él era su auténtico compañero, y su cuerpo clamaba por él. Lo quería todo de ella. Su mente y corazón a la vez que su cuerpo y alma. Y su mente estaba llena de ardiente y hambriento deseo por él.

Cogió su pequeña cintura, la levantó entre sus brazos, y la colocó sobre él como una vaina perfecta para una espada. Un sonido escapó de uno de ello... ¿de él o de ella? Ninguno de los dos sabía quién era Lucian y quién Jaxon. Era apretada y perfecta, y la llenaba completamente, apretándola en su fuerte abrazo. Jaxon le rodeó el cuello con los brazos, inclinándose más cerca de él, piel con piel, corazón con corazón. Cerró los ojos y dejó que la belleza de su unión la sobrecogiera, hasta que dio vueltas en el espacio, en caída libre con Lucian, deseando que durara para siempre. Sólo ellos dos en su propio mundo privado de fantasía erótica.

La forma en que él la abrazaba era tan correcta. Gentil, tierno, incluso moviéndose profundamente en su interior, cada estocada creaba una fiera fricción que los dejaba a ambos aspirando interminablemente a más. Lucian inclinó la cabeza protectoramente sobre la de ella, rodeándola de amor, calidez y confort incluso mientras su cuerpo le rodeaba con un éxtasis tan perfecto.

Jaxon sintió que sus músculos internos se tensaban, la sensación aumentaba más y más, el placer era casi más de lo que podía soportar. Encontró el hombro de él con los dientes; estaba jadeando en busca de aliento, de cordura, intentando prolongar el momento incluso cuando todo su cuerpo se rompía, se fragmentaba, girando fuera de control.

La mente de Lucian estaba firmemente fundida con la de ella. Podía sentir como su cuerpo reaccionaba a él, y eso provocó su propia explosión, intensificando la sensación para los dos. Podía sentir los estremecimientos posteriores, como el cuerpo de ella se contraía y relajaba a su alrededor.

La volvió para que la cascada de agua cayera sobre los dos. Jaxon se aferró a él, no deseando dejar la plenitud de formar un solo ser. Lucian simplemente la abrazó protectoramente entre sus brazos, necesitando reconfortarla. Al final ella levantó la cabeza y miró a sus ojos negro aterciopelados.

Parecía tan frágil, tan vulnerable, que tenía miedo de que pudiera romperse.

– Estoy contigo, Jaxon. – Susurró suavemente. Muy gentilmente empezó a separar sus cuerpos, sintiéndose casi abandonado. – Nunca volverás a estar sola. Resido en ti como tú siempre residirás en mí. – La acunó gentilmente entre sus brazos.

– No puedo pensar en ello, Lucian. Si lo intento, me volveré loca.

– Todo va bien, ángel. ¿Qué esperas de ti misma? ¿Aceptación instantánea? Nadie podría aceptar fácilmente tal cosa. Es un oscuro don. Vivimos en un mundo hermoso, si, pero debemos pagar un alto precio por los dones especiales que se nos da. Y tu compañero tiene responsabilidades que te colocan en situaciones peligrosas. Cambiaría lo que soy si pudiera... el ángel oscuro de la muerte, como me llama mi gente... pero soy un cazador del no–muerto, y temo que siempre lo seré.

Los grandes ojos de ella brillaron con súbita furia.

– ¿Te llaman así? ¿El ángel negro de la muerte? ¿Como pueden ser tan terribles cuando les has dado tanto? ¿Que derecho tienen a juzgarte? – Era instantáneamente protectora con él, una joven tigresa, y tuvo una repentina visión de ella con los hijos de ambos.

La idea le hizo desear sonreír. En vez de eso, cerró el agua y la sacó de la ducha. Una vez la puso en pie sobre los azulejos, la envolvió con una enorme toalla. Cerrando los extremos, la arrastró más cerca.

– Soy un antiguo hombre de los Cárpatos con tremendo conocimiento y poder. Mi gente sabe lo peligrosa que es esta combinación. Somos depredadores, mi amor, y podemos convertirnos en cualquier momento cuando no tenemos compañeras. La mayor parte de los hombres se convierten tras muchos menos siglos de los que yo he existido.

Ella le miró fijamente.

– No les excuses. He estado en tu mente, y no eres más asesino que yo.

Él rió; no podía contenerse. Era tan inocente, incluso ahora, después de todo lo que habían compartido. Ella nunca sería lo que era él, un depredador con un delgado barniz de civilización y tremenda disciplina. Era la luz de su oscuridad, su salvadora, su milagro, y ella no podía verlo. No se miraba a sí misma a través de sus ojos.

– El amanecer se aproxima, Jaxon. – Lo sabía sin mirar la hora; su gente siempre sabía el momento exacto de la puesta y salida del sol – Ven conmigo a la cámara de sueño.

Lucian sintió su instantánea reluctancia, el súbito temor que la sobrecogió. Eso lo hacía real en su mente, demasiado real para aceptarlo. Extendió una mano hacia ella.

– Camina conmigo. – Lo dijo suavemente, gentilmente, su voz parecía terciopelo.

Jaxon miró fijamente su mano, no deseaba ir con él, como si de algún modo permanecer en el piso principal de la casa la haría seguir siendo humana. Se sentía dividida, deseando quedarse, pero sin desear herir a Lucian. Muy lentamente, dudando, puso su mano en la de él. Los dedos se cerraron alrededor de los suyos, cálidos y seguros.

– Siempre estarás a salvo conmigo, Jaxon. Si lo crees, superarás esto.

Tiró de ella hasta que estuvo bajo la protección de su hombro y pudo enredar el brazo a su alrededor. Se movieron juntos por la casa, bajando la escalera de caracol, a través de la cocina, y en el interior del sótano. Lucian sintió la duda de ella cuando entraron en el estrecho corredor que bajaba hasta la cámara de sueño. Estaba allí en su mente, la idea de huir de vuelta a las escaleras. Lucian simplemente apretó su brazo, inclinando la cabeza para rozar la calidez de su boca contra las sienes de ella en un pequeño gesto de ánimo.

– En todos los siglos de mi existencia, Jaxon, nunca he encontrado a una mujer como tú.

Su admiración y amor por ella estaba en la suave pureza de su voz. Deliberadamente igualó su respiración con la de ella, su corazón con el de ella para poder regular su paso aterrorizado hasta uno más tranquilo. Fácilmente se movió en su mente, aquietando el caos, un ligero toque para dar una cierta tranquilidad, aceptación, facilitándole el paso por la difícil transición. Lucian estaba cuidando de no arrebatarle su libre voluntad, pero no podía soportar que sufriera. Le conmovía como nada había echo en su vida. Tenía que hacer algo por ella, para protegerla. Tenía la habilitad de borrar cada terrible recuerdo de su mente, limpiar todo su pasado. Tenía la capacidad de asegurarse de que aceptaría ser una Cárpato, de hacerla creer que siempre lo había sido, aunque sabía que estaba mal. Aún así, la idea le daba vueltas en la cabeza. Se despreció a sí mismo por dejarla sufrir, por causarle el dolor físico de la conversión y ahora su agonía de intentar aceptar lo que le había hecho.

– Lo odiaría. Tarde o temprano no serías capaz de vivir con la mentira, Lucian. – Dijo ella tranquilamente.

Bajó la vista hacia ella, una negra y amorosa mirada. Ella le miraba con enormes ojos marrones, y un indicio de risa en sus profundidades.

– No creías que aprendería a leer tu mente tan fácilmente, ¿eh? – Negó con la cabeza.

– No, no creías que eligiera leerla. – Presumía por haber captado ese poco conocimiento.

Él abrió la puerta de la cámara y retrocedió para dejarla entrar primero. Le complacía que hubiera elegido leer sus pensamientos. Era una intimidad entre compañeros, el compartir pensamientos y sentimientos sin palabras. Un vínculo privado para dos.

– Continuamente me dejas atónito. – Admitió. Y realmente lo hacía. Le asombraba con su habilidad para adaptarse a cada nueva situación. Sólo el hecho de que pudiera sonreír era asombroso.

Jaxon sujetó la toalla, buscando a su alrededor desesperadamente algo que ponerse para no sentirse tan vulnerable. Lucian le extendió una inmaculada camisa blanca de seda, y ella deslizó los brazos dentro. Sus largas pestañas bajaron, velando su expresión cuando él comenzó a abotonarle la pechera de la camisa, sus nudillos le rozaban la piel desnuda.

– ¿Qué era esa criatura que se lanzaba contra el muro? No era un vampiro, ¿verdad? porque parecía increíblemente estúpida.

– Era un ghoul. El muerto que camina. No un no–muerto, como el vampiro, sino un siervo del vampiro. Un sirviente. Una marioneta. Como te dije, el vampiro puedo utilizar a un humano para hacer su voluntad durante el día mientras él descansa. El ghoul vive sólo para llevar a cabo los deseos del vampiro. Se alimenta de la sangre del vampiro y la carne de los muertos.

Jaxon jadeó y su cubrió la boca.

– No sé por qué te pregunto. Siempre me dices algo salvaje. Y no es que no sepa que lo vas a hacer. Es que lo sé y de todas formas pregunto. – Se pasó una mano por el pelo, enviando mechones húmedos en todas direcciones.

Lucian extendió la mano automáticamente y le alisó el pelo de vuelta a su lugar.

– Un ghoul es peligroso porque nunca se detiene hasta que es completamente destruido.

Ella asintió, dando vueltas a la información una y otra vez en su cabeza.

– ¿Qué hay del muro? ¿Qué clase de sistema de seguridad tienes en él? ¿Se te ha ocurrido alguna vez que un niño podría intentar escalar ese muro?

– Si un niño intentara escalar el muro, no ocurriría absolutamente nada. – Respondió él. – El muro sólo reacciona al mal.

Ella asintió de nuevo, mordiéndose el labio inferior.

– Naturalmente. Por supuesto. ¿Por qué pensaría otra cosa?

– Ven a la cama, ángel. – Invitó él suavemente.

Ella no estaba mirándole, sus ojos estudiaban cuidadosamente las paredes circundantes. Había sido meticuloso en la construcción de esta habitación, asegurándose de que parecía ser una réplica un dormitorio de arriba. Ligeramente tocó la mente de ella, deseando corregir lo que fuera que pudiera estar mal. Le llevó un gran esfuerzo evitar que una sonrisa se mostrara en su cara. La reacción de Jaxon no tenía nada que ver con la habitación, nada que ver con su conversión, y todo que ver con el cuerpo desnudo de él y las cosas que habían hecho juntos.

Lucian se deslizó hasta la cama y cubrió la parte inferior de su cuerpo con una sábana.

– ¿Vas a seguir paseándote por la cámara todo el día?

– Quizás. – Respondió ella, tocando las paredes, recorriéndolas con la punta de los dedos para sentir la textura. – ¿A qué profundidad estamos?

Lucian encontró sus poderosos hombros, un ondeo casual de músculos, sus ojos de repente vigilantes.

– ¿Tienes algún problema con estar bajo tierra? – Era una sombra en su mente y sabía que no sufría de ansiedad por estar bajo tierra. Era reluctante a meterse en la cama, temía dormir, despertar, temía enfrentarse a la verdad.

Le miró fijamente, más cómoda ahora que él había cubierto su desnudez. Su comportamiento parecía no tener sentido para ella misma. ¿Por qué deseaba estar con Lucian tan desesperadamente? No era propio de ella. Él había sido honesto desde el principio sobre quién y qué era, pero ella simplemente había aceptado todo lo que él había dicho, todo lo que había hecho.

– Eres mi compañera, Jaxon. Naciste como la otra mitad de mi alma. Tu cuerpo y mente me reconocen. Tu corazón y alma claman por los míos. Es la costumbre de nuestra gente.

– Yo no soy Cárpato. – Lo dijo a la defensiva, se llevó la mano protectoramente a la garganta. – ¿Por qué ocurriría?

– Es mucho más misterioso para mí que para ti. Todo lo que se me ha dicho es que algunas mujeres humanas con poderes psíquicos son auténticas compañeras para nuestros hombres. – Suavizó su voz deliberadamente, evocando una consoladora y tranquila calma. – Obviamente así es. – Una vez más se fundió completamente con ella, ralentizando su corazón y pulmones, permitiéndola encontrar la fuerza para cruzar el suelo y deslizarse dentro de la cama junto a él.

Lucian enredó los brazos firmemente a su alrededor, empujando su pequeño cuerpo al abrigó del suyo más grande. Se relajó contra él inmediatamente, su toque calmó la creciente oleada de terror que la atravesaba. Se sentía apaleada emocional y físicamente. Tenía muchas preguntas pero no deseaba que fueran contestadas, temiendo sus propias reacciones a lo que él podía contarle.

– Sólo quiero dormir, Lucian. – Dijo, su cabeza se acurrucó contra el hombro de él. – ¿Podemos dormir simplemente?

La sintió contener el aliento. Ella no quería dormir; quería huir. Le rozó la coronilla con un beso, los dedos se movieron tiernamente en su pelo.

– Duerme, ángel. Estarás a salvo conmigo. – Tomó el control, enviándola a un profundo sueño inmediatamente para que no tuviera oportunidad de luchar contra la orden.

No dormirían en esta cámara, o esta cama, esta noche. El cuerpo de ella necesitaba rejuvenecer; necesitaba la sanación que sólo la tierra podía ofrecer a un auténtico Cárpato. Lucian no tenía intención de obligarla a enfrentar esa realidad en particular de su existencia. Él era su compañero; como tal, no podía hacer otra cosa que velar por su salud, por su felicidad. Pero quería ahorrarle los detalles que estimaba innecesarios que aprendiera en una etapa tan temprana.

Alzó su cuerpo ligero en brazos, después se concentró en la pared de la izquierda. La pared se movió para revelar un estrecho pasadizo de piedra que conducía a las profundidades del corazón de la tierra. Lo siguió hacia abajo hasta que llevó a la rica y oscura cama de tierra que había preparado dentro de la roca. Ondeando una mano, la abrió. Después flotó al interior de la cama, acunando el delgado cuerpo de Jaxon contra él. colocada la salvaguardas, los lobos corriendo libres, cerró todas las puertas para que su guarida estuviera oculta a cualquier intruso. De nuevo colocó salvaguardas en cada puerta, a lo largo del propio pasillo, y sobre ellos en la cama de roca. Sólo entonces envió a Jaxon al profundo sueño de su gente, deteniéndole el corazón y pulmones para que quedara tendida tan inmóvil como si estuviera muerta en el interior de la tierra. Mientras ondeaba una mano para ordenar a la tierra que se vertiera sobre ellos, envió su propio cuerpo al sueño de los Cárpatos. Su corazón palpitó durante un momento, después cesó de latir. La tierra continuó vertiéndose sobre ellas hasta que toda estuvo en su lugar, imperturbable como si hubiera estaba así durante siglos.

Capitulo 9

El sol se movía lentamente atravesando el cielo. La casa sobre la colina permanecía en silencio, las hermosas ventanas de cristal tintado reflejaban los rayos de luz de vuelta hacia el sol.

Dentro todo estaba apaciguado, tranquilo, el propio aire inmóvil, como si la casa estaba viva y esperando algo. Cuando el sol comenzó a ponerse, en las profundidades de la tierra un solo corazón empezó a latir. Lucian escudriñó la zona alrededor de la finca incluso mientras abría la tierra sobre ellos. Todo estaba tranquilo. Flotó desde la tierra de vuelta al confort de su cámara de sueño. Tendió a Jaxon sobre la cama, al mismo tiempo ondeó una mano para encender las velas. Las llamas danzarinas dejaron sombras reconfortantes y esencias de hierbas en la habitación.

Lucian inspeccionó el cuerpo de Jaxon cuidadosamente para asegurarse de que ni una sola partícula de tierra permanecía, que se despertaría limpia y refrescada. Se envió a sí mismo a buscar fuera de su cuerpo y al interior del de ella para poder examinar sus órganos internos y ver por sí mismo que estaba completamente curada. Sólo cuando estuvo del todo satisfecho de que todo estaba bien la liberó del sueño de los Cárpatos hasta el sueño ligero de los mortales. La sintió tomar su primer aliento, oyó el primer latido de su corazón. Sus manos fueron a la pequeña cintura bajo la delgada seda de su camisa para poder sentir el suave satén de su piel.

Sintió el instantáneo resurgir del calor corriendo por su propio cuerpo en respuesta, y se estiró perezosamente. Ella estaba con él. Estaría con él cada alzamiento. Apartó la camisa de su estómago e inclinó la cabeza para saborear su piel. Sus manos siguieron la suave curva de las caderas. Se estaba ya familiarizando con su delicada estructura ósea, las líneas de su cuerpo. Su piel era cálida bajo sus manos y boca acariciante. Se movió todavía más abajo, deseando saborearla, deseando que despertara al erótico placer que sólo él podía proporcionarle.

Era cálida, miel fundida, tan suave que quería arrastrarse dentro de ella. Supo el momento en que despertó, el momento en que fue completamente consciente de él, de lo que estaba haciendo, de la creciente y gigantesca oleada de hambre que se apresuraba a atravesar su cuerpo como una bola de fuego para igualar la lava fundida que corría a través de él.

¡Lucian! Gritó su nombre a la manera íntima de su especie, su cuerpo ardiente, intranquilo y dolorido por el deseo. Ardiendo por él. Le necesitaba. Necesitaba lo que le estaba haciendo, necesitaba la sensación de él ardiente, duro y grueso en su interior, revelando la terrible tormenta que se acumulaba. Su cuerpo ondeaba de vida con tal placer que gritó su nombre de nuevo, sus manos le aferraron el pelo para intentar arrastrarle arriba hasta ella.

Al momento él cubrió su cuerpo con el propio. Su entrada era ardiente, una cremosa invitación para él. Cuando presionó contra ella, deslizándose dentro de su apretada vaina, ella jadeó al reaccionar su cuerpo una y otra vez, subiendo vertiginosamente, contrayéndose y aferrándose. Después se enterraba en ella, con fuerza y rapidez, sus caderas la conducían a una tormenta de fuego que seguía remontándose más y más alto.

Jaxon estaba aferrada a sus brazos, con la cara contra su pecho. Sentía el calor acogedor de su piel, podía latir su corazón, el ritmo invitador de su pulso. Frotó la nariz contra su pecho casi impotentemente. Movió la boca sobre su piel. Su cuerpo se tensaba alrededor del de él, haciendo más demandas. Los dientes mordisquearon el pecho justo sobre su pulso. Sintió el salto en respuesta, le sintió endurecerse incluso más dentro de ella, duro y pesado, sus caderas empujaban hacia adelante enterrándose incluso más profundamente. Jugueteó con la lengua sobre el pulso de él. Una vez. Dos.

Dios. ángel, hazlo. Te necesito así. Su voz le susurró en la mente, sobre la piel, sexy, baja, suplicando con dolorida necesidad.

Ahora estaba incontrolable, salvaje en su intensidad, su cuerpo frenético por el de ella. Toda ella. La lengua de ella se retorció de nuevo, y él gimió, enterrándose de una y otra vez

en la feroz vaina. *Jaxon. Por favor.* Sus manos acunaron las pequeñas caderas empujando hacia adelante en largas y duras estocadas.

Había demasiado placer, Jaxon permitió que la cubriera, la consumiera. El pulso de él era fascinante. Oyó su ronco lamento, sintió su mente fundida sólidamente con la suya, para hacerla sentir el látigo ardientemente blanco del relámpago que le travesó cuando ella hundió los dientes profundamente y la esencia de su poder, su sangre ancestral, fluyó en ella. Jaxon sintió lo que su cuerpo estaba haciéndole, el ardiente fuego que le rodeaba, aferrándole firmemente. Sintió la intensidad de su placer, tan profundo, tan real, su deseo de esto duraría para siempre.

Su lengua le acarició el pecho, cerrando los diminutos pinchazos, justo cuanto los músculos del cuerpo masculino se tensaban bajo sus manos y su propio cuerpo se fragmentaba, llevándolo con ella. Oyó su propia voz, un sonido en su garganta, suave y ronco. Se saboreó, su terrible hambre saciada mientras se cuerpo latía y ardía, explotando en la noche para convertirse en parte del tiempo y el espacio.

Jaxon se encontró levantando la mirada hacia él, sus ojos oscuros abiertos de par en par con sorpresa. No podía creer las cosas de las que su cuerpo era capaz. No podía creer que acabara de hacer algo tan voluntariamente. Deseaba que su cuerpo rechazara el alimento, pero lo saboreó, le saboreó a él en su boca, en sus labios, como un néctar adictivo. Empujó la pared de su pecho, decidida a alejarse de él para poder pensar. La mirada de él se suavizó, negro terciopelo, oscura y peligrosa, recorriendo lentamente su cara. Había pura posesividad en sus ojos. Hambre. Oscuro deseo. Él inclinó la cabeza para trazar la suave columna de su cuerpo con la lengua.

– No estoy seguro de que este alzamiento sea lo bastante largo como para saciar mi hambre. De nuevo. Te deseo de nuevo.

– ¡No es posible que pueda! – Jadeó ella, pero él ya le estaba acariciando el cuerpo, manteniéndola inquieta y ansiosa por él.

– Nosotros no estamos atados por limitaciones. – Susurró él suavemente, buscando el hueco cremoso de su garganta. – Tengo mucho que enseñarte.

Horas después, Jaxon se estableció en una silla en el despacho de Lucian. Su cuerpo estaba deliciosamente magullado, todavía sensible a la interminable posesión de él. Había sido por turnos gentil y tierno, salvaje e indomable. Siempre mirándola con ojos hambrientos. Solo cuando notó que estaba exhausta la llevó escaleras arriba a la ducha, donde la lavó con manos demasiado acariciantes. Ahora mismo no estaba segura de si alguna vez sería capaz de volver a mirarle. Intentando mostrarse indiferente, abrió el periódico y recorrió más bien ociosamente los diferentes titulares. Sus ojos se abrieron de par en par con sorpresa.

– Samuel Barnes murió ayer.

Lucian se detuvo en el acto de trabajar con su ordenador. Había estado haciendo todo lo que podía para darle algo de espacio, leyendo su mente cuidadosamente. Su voz era tímida con él incluso después de las eróticas horas que había pasado juntos. Una ceja se alzó cuando la miró por encima del hombro.

– ¿El banquero? – Su voz fue estrictamente neutral.

– Si, el banquero. El Señor Banquero Internacional Estoy En Todos Los Titulares. Acaba de morir en su casa. Un empleado le encontró e intentó hacerlo el RCP pero sin éxito. Sospecho que era un pez gordo en el tráfico de droga en nuestra ciudad, pero nunca conseguí algo sólido contra él.

– ¿Y cómo murió?

Los enormes ojos de Jaxon le evaluaron firmemente por encima del periódico.

– No sospechan juego sucio. No hay evidencia de eso. – En todo momento su voz fue sospechosa. – No conocías a Barnes, ¿verdad?

– Jaxon. – Dijo su nombre suavemente, íntimamente, su voz la arropó en sábanas de satén, deteniéndole efectivamente el corazón. – No estás acusándome de nada, ¿verdad?

Jaxon se encontró ruborizándose sin ninguna razón en absoluto excepto la forma en que él la miraba. Lucian era sinónimo de control. Podía ser mortífero, pero guardaba silencio sobre ello. Nunca parecía permitir que nada le afectara. Hasta que la miraba. Podía ver su terrible hambre ardiendo a fuego lento justo bajo la superficie en todo momento en que su oscura mirada descansaba sobre ella. Era demasiado sexy, simplemente mirarle le robaba el aliento. Ahora mismo no era el momento de hacer demasiado hincapié en todo lo que había ocurrido entre ellos. Le parecía que lo que estaba haciendo medianamente bien, aferrándose a su cordura con la punta de los dedos. Postergaba eficazmente encarar lo verdad de lo que Lucian había hecho con su "conversión" y lo que había hecho ella con él desde entonces. Las mujeres de los Cárpatos debían ser maníacas sexuales, porque la auténtica Jaxon definitivamente no lo era. Sacudió la cabeza, decidida a no salirse del tema. ¿Había conocido Lucian la conexión de Barnes con ella? ¿En qué estaba pensando de todas formas? ¿Cómo era posible que Lucian conociera a Barnes? No podía acusarle de todo.

–No, por supuesto que no.

Le observó volverse hacia la pantalla del ordenador. Parecía muy intrigado por su trabajo, aunque ella no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Una vez vio que recibía un e–mail de Gabriel, su gemelo. ¡Dos como este en el mundo! *Esa* era una idea escalofriante.

Volvió a su lectura. En la segunda página había un pequeño artículo sobre un coche caído de un acantilado. El ocupante no había sobrevivido. Se estremeció cuando leyó el nombre. Esto era demasiada coincidencia.

– Lucian.

Instantáneamente tuvo su completa atención. Adoraba eso en él, como si todo lo que ella dijera o hiciera fuera de la máxima importancia para él.

Así es. Su voz le susurró íntimamente en la mente, un sonido acariciante que le rozó las entrañas hasta que se enredó los brazos protectoramente alrededor del estómago, donde parecían haber alas de mariposa revoloteando incansablemente.

Jaxon le lanzón su mirada más intimidante.

– Mantente fuera de mi cabeza, fenómeno. Yo soy la única que tiene permiso para leer mis pensamientos. – Frunció el ceño de repente. – ¿Toda tu gente puede leer los pensamientos de los demás?

Él se encogió de hombro, un ondeo casual de músculos que pareció hacer que su estómago se sobresaltara una vez más.

– Si y no. No es lo mismo entre compañeros. Hay un vínculo estándar de comunicación para nuestra gente, y otros más privados que se establecen con el intercambio de sangre. Yo puedo leer la mente de Gabriel y siempre podré, ¿pero quién quiere hacer eso ahora? En todo en lo que piensa es en Francesca. Bueno, en Francesca y en las niñas. Skyler es su pupila, una adolescente de la que una vez abusaron salvajemente. Es humana, y psíquica. Y tienen ahora una niña pequeña, aún no tiene un año. Gabriel las guarda con razón, pero aún así, se ha convertido en un viejo gruñón.

Jaxon estalló en carcajadas.

– No puedo imaginar a alguien que se te parezca actuando como un viejo gruñón.

– No sé como Francesca le aguanta. – Lucian se deleitó con el hecho de que ahora experimentaba afecto por su gemelo. No era el recuerdo del afecto o el deseo de sentirlo, sino una emoción verdaderamente profunda. Jaxon había hecho esto por él. Su Jaxon. Su milagro. Su mirada descansó posesivamente sobre ella. Era rápida poniendo su mundo patas arriba.

Todo era diferente. Cada vez que la mirada, su corazón se fundía por los bordes, y se volvía suave y cálido por dentro. Podía quedarse mirándola por toda la eternidad y nunca cansarse de la vista. Tenía un hoyuelo que apareció inesperadamente salido de ninguna parte, después se fundió en su sonrisa. Sus ojos sostenían risa cuando se burlaba de él. Se *burlaba* de él. Era un milagro que alguien se atreviera a hacerlo. Ella le restaba importancia, haciéndole pasar un mal rato en cuanto tenía oportunidad. Adoraba la forma en que se movía. Era

pequeña pero perfectamente proporcionada. Era tranquila y fluída, toda gracia y feminidad, aunque ella pensaba que proyectaba una imagen de dura.

Todo en ella la hacía sonreír... todo, desde la coronilla de su cabeza a la punta de los pies. Especialmente su boquita tentadora. Adoraba su boca. Cada vez que la miraba, su cuerpo hacía instantáneas y urgentes demandas. Se deleitó en ello, en el ardiente y fuerte hambre que una sola mirada a ella podía producir.

Una bola de papel de periódico llegó volando hasta él, y la cogió bastante ausentemente en el aire.

– ¿Me estás escuchando? Justamente estaba pensando lo genial que era que estuvieras pendiente de cada una de mis palabras, y ahora te quedas ahí sentado como un tonto, con la mirada perdida en el espacio. ¿Dónde estabas? – Preguntó Jaxon.

– No estabas diciendo nada.

– Si que lo hacía. – No la molestaba decir una pequeña mentira para probar que no la estaba escuchando. Le miró indignada.

Él había estado a alguna distancia de ella, sentado ante el ordenador, pero ahora estaba irguiéndose sobre ella como una especie de ángel vengador.

– No dijiste ni una sola palabra. – Reiteró él. Parecía divertido y tolerante. Parecía un perezoso felino estirándose. Tenía esa mirada que la hacía saber que era más peligroso para ella que ningún otro. Parecía sortear sus defensas tan fácilmente. Convertía sus entrañas en lava fundida y enviaba imágenes eróticas a danzar en su cabeza.

Se recostó contra los cojines y ondeó una mano hacia él para advertirle.

– Esa cosa rápida que haces tiene que acabar.

Él arqueó una ceja hacia ella. Deseaba tocar su hermosa cara con la punta de los dedos, trazar cada ceja y la sombra de su mandíbula. Muy cuidadosamente Jaxon puso las manos bajo ella y se sentó encima, sus ojos completamente inocentes. Él haría bien en leer su mente en ese preciso momento. Le miró fijamente sólo por si acaso *estaba* leyéndole la mente, para mostrarle que hablaba en serio.

– Tienes facilidad de palabra, cielo.

Le gustaba observar sus ojos. Podía ir del frío hielo obsidiano a brillar como joyas en cuestión de segundos.

– Si, ¿verdad? – Parecía complacida.

– No estoy seguro de que lo dijera como cumplido. – Señaló él con una mueca.

– Informan de un accidente en el periódico. – Cambió de tema con un pequeño suspiro.

– Eso dijiste.

– *Otro* accidente. Un hombre condujo su coche cayendo por el acantilado. La policía estatal cree que simplemente condujo saliéndose directamente de la carretera. No había marcas de patinazos en absoluto.

– ¿Y el significada de eso es...? – Incitó él.

– El hombre trabajaba para Barnes. Simplemente es demasiada coincidencia que ambos murieran tan repentinamente. Quizás el cartel de la droga se molestó con él por algo. Tendría que hacer algo al respecto. Si pudiera estar segura de que estarías a salvo de Drake mientras salgo a trabajar... – Se interrumpió, levantando la mirada al techo como si fuera a encontrar la respuesta allí.

Un lenta sonrisa suavizó la boca de él y añadió calidez a sus ojos.

– Así que eres tú la que me mantiene a mí a salvo. Te agradezco, compañera, que mi seguridad tenga siempre tan alta prioridad para tí. Demuestra lo importante que soy para ti. – Había terminado con éxito con cualquier oportunidad de insubordinación por parte de ella en cuestión de seguridad. Si ahora se preocupaba por él, simplemente disfrutaría de la idea.

– Eso te crees tú. Tienes una arrogancia de lo más molesta. – Bufó indignadamente. Tuvo que sacarse las manos de debajo para volver a coger el periódico. – Simplemente no quiero publicidad sobre algún pez gordo como tú asesinado en mi presencia. Tengo una reputación en la que pensar, ya sabes.

– Hablando de reputaciones, ¿quién es Don Jacobson?

Ella pareció sorprendida.

– ¿Cómo sabes de Don?

– Estabas hablando con él la noche pasada por teléfono, y has estado pensando en él.

– En realidad no hay secretos para ti, ¿verdad? – No quería pensar con cuanta frecuencia fantaseaba con Lucian. Ahora mismo en este mismo momento estaba pensando cosas que trajeron un golpe de color a su cara.

Lucian no iba a dejarse distraer.

– ¿Quién es?

– Crecí con él en Florida. Antes de empezar una de sus cacerías aniquiladoreas, Drake siempre vuelve a donde empezó todo. Es una especie de ritual. Vuelve a repasar todo el curso de entrenamiento varias veces, acampa afuera, casi como si jugara al escondite con los nuevos reclutas. Nadie les ha visto nunca en realidad, y nunca a matado a nadie allí, pero deja pistas para burlarse de todos ellos como si fuera superior.

– Florida está claramente al otro lado del país.

– Eso no importa. Él siempre empieza allí. Esperaba que quizás estaría todavía allí cuando llamé a Don. Era un tiro a la desesperada, pero tenía que intentarlo. Podríamos haberle cogido en el aeropuerto o detenerle en el coche en la autopista hacia aquí. No hubo tanta suerte. Drake ha encontrado tu palacio real, justo como esperabas que hiciera. Ahora tengo que pegarme a ti y protegerte de tu propia arrogancia.

– Me alegro mucho de ser un hombre arrogante. Me complace que tengas una razón para pegarte a mí y protegerme. – Lucian extendió una mano y le acunó la cara con la palma de la mano con exquisita gentiliza.– No has contestado a mi completa satisfacción sobre qué es este hombre, Don Jacobson, para ti. – Su voz era muy suave e íntima.

– No tengo que justificarme ante ti. – Él estaba causando estragos en sus entrañas, derritiéndolas como mantequilla. Sólo mirarle la hacía sentir débil y temblorosa. – Está haciendo calor aquí. – Se quejó. – No has encendido la calefacción, ¿verdad?

– Los Cárpatos pueden regular la temperatura de sus propios cuerpos.

Ella asintió.

– Por supuesto que pueden. ¿Por qué no pensé en ello?

Lucian se apoyó contra ella para que el calor de su piel tocara la piel de ella a través de la delgada tela de la blusa de ella. Le echó hacia atrás los mechones de pelo color platino.

– Estás un poco caliente. – Fruncía el ceño mientras le comprobaba la frente. Tocar su piel era adictiva. Cuanto más lo hacía, más lo necesitaba. – Piensa en sentirte fresca, ángel, y automáticamente lo estarás.

Ella empujó hacia atrás la pared de su pecho. ¿Quién podía pensar en sentirse fría cuando él estaba tan cerca?

– Aléjate de mí, Lucian, y deja me mirarme de esa forma.

– ¿Cómo te estoy mirando?

– Ya sabes. – Acusó y deliberadamente volvió a coger el resto del periódico. – Vete. Si me tocas de nuevo, voy a romperme en un millón de pedazos.

– Simplemente quería desearte. – Murmuró él inocenemente, su voz suave terciopelo y deliberadamente seductora. Inclinó la cabeza para tocar el pulso que tan frenéticamente latía en el cuello con el calor de su boca. Lo sintió saltar bajo su lengua exploradora. La punta de sus dedos tocó la piel, echando a un lado el fino escote de algodón de su camisa para deslizarse por la delicada clavícula. La sentía satinada para él, increíblemente suave. Al momento se alzó el deseo, agudo y urgente. Apoyó su peso contra ella, obligando a su cuerpo más pequeño a recostarse hacia atrás en el sofá. Acunó la plenitud de uno de sus pechos con la palma de su mano mientras su boca tomaba posesión de la de ella.

La aspiró, tomando su fragancia en el interior de su propio cuerpo. Era pequeña bajos sus manos errantes, tan perfectamente formada, un milagro de piel suave y pelo sedoso. Incluso cuando su cuerpo hacía demandas y sentía su aceptación, su deseo y voluntad de

apaciguar su hambre, sintió su cansancio extremo. Estaba aún magullada. Debería tener más cuidado con ella, tan pequeña, frágil e inexperta como era. Había sido demasiado exigente con ella. Ella tenía razón; había visto que esto estaba un poco fuera de control.

– Lo siento, cielo. Debería ser más cuidadoso contigo. – Le besó la sien, después le pasó una mano por el pelo sedoso. – Puedo curarte. – Ofreció.

– No me has hecho daño, Lucian. – Protestó ella inmediatamente, ruborizándose ante la idea de lo que él había hecho, el placer que había experimentado. – Me gusta como se siente mi cuerpo.

Como si le perteneciera.

Me perteneces.

Adoraba esto, la intimidad de su voz aterciopelada susurrando en su mente sólo para ella. Su mundo secreto de calor y oscuridad. Nunca volvería a estar sola. Nunca tendría que volver a enfrentar a los monstruos del mundo sola. Jaxón sabía que le estaba mirando con estrellas en los ojos, y eso la irritaba. Apartó la mirada de él, fingiendo encontrar el periódico más interesante.

Lucian rió suavemente, la diversión de un hombre que encontraba a su mujer tímida después de horas de hacer el amor. Las largas pestañas de Jaxon se alzaron durante un momento para reprenderle antes de volver a su lectura. Casi al momento se fijó en el próximo artículo, su cuerpo se quedó tieso.

– Escucha esto, Lucian. James Atwater aparentemente se disparó a sí mismo en su propia casa. Dejó una nota diciendo que no podía ya vivir consigo mismo después de acabar con tantas vidas por orden de Samuel T. Barnes. Realemente nombra a Barnes. No hay forma de que Adwater de repente tuviera un ataque de conciencia. Él no es así. Esto tiene que ser una purga en las filas. Estos tipos deben haber cometido un error, y alguien más alto en la cadena alimenticia ha ordenado acabar con ellos. Quien fuera hizo un buen trabajo para conseguir que el forense decretara muertes por causas naturales, accidente, y suicidio. La razón que tenía contra Barnes en primer lugar era su asociación con Atwater. Atwater era un claramente un asesino.

La mano de Lucian se enredó en su pelo, pasando los mechones entre las yemas de sus dedos índice y pulgar repetidamente. Un serie de pequeños *bips* sonaron durante un momento, después cesaron. Jaxon encontró su mensáfono sobre la mesita del café.

– Es el departamento, Lucian, tengo que hacer una llamada.

– Aún no hemos tenido esa discusión. – Dijo él perezosamente, siguiéndola hasta el teléfono.

Caminaba tan tranquilamente, que le produjo una extraña sensación.

– ¿Qué discusión? – Estaba pulsando los números rápidamente por el largo hábito.

– Esa en la que tú me dices que vas a dejar la policía y quedarte en casa conmigo.

– Oh, esa. – Rió ella. – No cuentes con ello.

Lucian pudo oir la respuesta al otro lado de la línea, el pequeño remolino de actividad, luego la voz fuerte del capitán. Enseguida ella supo que algo iba mal. Se acercó a Jaxon, su gran cuerpo protector contra el de ella, los brazos rodeándole la cintura.

– ¿Qué pasa, Daryl? Simplemente suéltalo.

Lucian podía oír las palabra como si el hombres estuviera en la habitación con ellos. Crudas. Horrendas.

– Te envió una escolta para que Daratrazanoff y tú os encontréis con nosotros en tu antiguo edificio. Drake ha golpeado de nuevo, Jaxon, y es malo.

Lucian estaba en la mente de ella, y sintió como se quedaba muy quieta. Incluso el aire alrededor de ellos se inmovilizó. Jaxon se encorvó en sí misma, intentando alejarse de él. Lucian apretó los brazos firmemente alrededor de ella, protector, su garra inquebrantable. Se negó a permitir que escapara de él ni física ni mentalmente. *Estoy contigo, ángel. Podemos enfrentar lo que sea juntos.*

– Cuéntame. – Dijo Jaxon suavemente al teléfono, sus dedos se enredaron en el cordón hasta que los nudillos se le quedaron blancos, amenazando su nerviosismo.

– La señora Kramer, Jaxx. Drake la mató. Y la pareja del apartamento contiguo al tuyo... Tom y Shelby Snyder. Los asesinó. – El capitán se aclaró la garganta. – También fue por el anciano de un par de puertas más allá de la tuya. – Jaxon podía oír como los dedos del capitán golpeteaban. – Vamos, Jaxx, ¿cuál es el nombre del anciano?

– Su nombre era Sid Anderson. Tenía setenta años, y escribía las poesías más hermosas que haya leído nunca. – Proporcionó Jaxon suavemente. – ¿Carla y Jacob Roberts? ¿Qué hay de ellos? – Su voz fue un susurro. Podía oír los gritos dentro de su cabeza, una y otra vez, aunque su voz sonaba más tranquila que nunca.

– Ahora los estamos buscando. – Le dijo Daryl Smith con voz tensa. – Por ahora no los hemos encontrado.

– Entonces están vivos. – Dijo Jaxon. – Drake nunca cambia de método. Está muy enfadado, y me está castigando. El mensaje es, líbrate de Lucian o acabará con todo el que alguna vez me haya importado. Intenta con la madre de Carla. Van allí con frecuencia. Llévales a un hotel o algo así. Drake irá tras ellos, seguro. Le gusta terminar las cosas. Pensándolo bien. Me encontraré contigo en el edificio.

– Espera a tu escolta.

Tengo mi propio equipo personal de seguridad. Dile que no malgaste recursos, dijo Lucian en su mente.

– Lucian tiene gente buena, Daryl. No te molestes en enviar a nadie. Nos arreglaremos sin problemas. Quince minutos.

– No es agradable, Jaxx.

– Nunca lo es. – Lentamente volvió a colocar el teléfono en su sitio y se volvió para apoyar la cabeza contra el pecho de Lucian. Cerrando los ojos, se quedó tranquilamente entre sus brazos.

– Ni siquiera intentes sugerir que deberías dejarme, Jaxon. Siento tu pena y temor en tu mente. Crees que si me dejas, él se detendrá. Pero esa no es una opción. Nunca será una opción. Drake es responsable de estos crímenes, no tú.

– No se detendrá, Lucian. Mientras sepa que estoy contigo, seguirá matando. Todo aquel que conozco está en peligro porque estamos juntos.

Él le cogió la barbilla firmemente con la mano.

– Están en peligro porque un sociópata anda suelto. No tiene nada que ver contigo. Tiene una fijación contigo, pero no es culpa tuya. No puedes permitir que este monstruo dicte toda tu vida. Está tendiendo una trampa, no castigándote. Le encontraré. Te lo prometo, le encontraré.

Los grandes ojos de Jaxon buscaron en su cara durante un largo tiempo. Las lágrimas brillaban en las profundidades de sus ojos, amenazando con derramarse, refulgiendo en sus largas pestañas.

– Podría matar a un montón de gente antes de que le encontremos. Está altamente entrenado, Lucian, y es astuto, muy astuto. Se camufla con lo que le rodea, puede esperar durante horas sin moverse sólo para conseguir ese disparo sobre su objetivo. No sabe del bien o del mal. Mata a un niño igual de fácilmente que a un hombre o a una mujer.

– Apartaré su presencia de tu vida, Jaxon. Esa es mi promesa a ti, y siempre cumplo mis promesas. – La cogió del codo. – Vamos, ángel. El chófer ha llegado.

– ¿Le has mandado llamar tan rápido? ¿Sin teléfono? ¿Paloma mensajera quizás?

– Estaba en las inmediaciones.

– Apuesto a que si. – Le respondió Jaxon, caminando con él hacia la puerta. Sentía los pies de plomo. Había visto el trabajo de Drake antes, y cada vez, junto con el horror de sus últimos crímenes, el recuerdo de los asesinatos de su madre y hermano acudía nuevamente a su mente.

La limusina estaba esperando en las verjas, el chofer salió para abrir la puerta.

– Buenas noches, Jaxon, Lucian. – El hombre se tocó el sombrero, con una pequeña sonrisa en la cara. Ese humor no alcanzaba sus ojos. Eran vigilantes, cautelosos, compasivos.

– Creo que sería apropiada una presentación. – Sugirió Jaxon secamente.

Lucian asintió.

– Este es Antonio. Es el hijo de Stefan y Marie. Son amigos y familia de uno de los nuestros, Aidan Savage, y su compañera, Alexandria. Antonio tiene muchos talentos especiales.

¿Es como tú? Se estaba volviendo más fácil comunicarse de su íntima manera, y lo encontraba conveniente cuando no estaban solos.

Querrás decir, ¿es como nosotros? No, Antonio es humano, como sus padres. Los miembros de su familia han servido voluntariamente a Aidan Savage durante cientos de años. A pocos humanos se les permite conocer nuestra existencia, pero ellos lo han hecho a través de la historia, de madre a hija, de padre a hijo.

Jaxon extendió la mano a Antonio.

– Es un placer conocerte finalmente. ¿Lucian te ha explicado quién es Tyler Drake y lo peligroso que puede ser?

Antonio le hizo un guiño.

– Lucian siempre es explícito cuando me da órdenes.

– Sólo ten cuidado. – Jaxon se deslizó dentro del coche se quedó reconfortada cuando el gran cuerpo de Lucian se movió protectoramente junto a ella. Se sentía sólido y correcto.

Lucian le pasó el brazo alrededor de los hombros.

– No malgastes el tiempo preocupándote por Antonio. Tu vena protectora está creciendo.

No podría soportar que le mataran a causa de mí.

Antonio es muy hábil, ángel, y está bajo la protección de nuestra gente. Nadie le matará fácilmente.

Jaxon sacudió la cabeza, luchando por contener las lágrimas y miró ciegamente por la ventana mientras el elegante coche corría a través de la noche hacia el infierno y la muerte. Su infierno personal.

Leyendo sus pensamientos, Lucian la empujó más cerca de él, su oscura cabeza se inclinó sobre la de ella protectoramente, su boca rozó la coronilla.

Sintió como su amor irradiaba de él hacia ella, envolviéndola, llenándola hasta que el terrible dolor que amenazaba con sofocarla se redujo. No entendía como Lucian podía hacerlo, pero lo agradecía. Sabía lo que iba a ver. Conocía y le importaban cada una de las víctimas de Drake.

Estoy contigo. Permanece conectada a mí.

Tragó con fuerza y asintió. El coche estaba aparcando tras los coches patrulla, los coches de los detectives, y el furgón del forense. Incluso mientras salía del coche, el asco golpeó su estómago; olió el hedor, el enfermizo olor dulzón de la muerte.

Respira, ángel. Escucha mi corazón, y deja que tu cuerpo utilicer el mío para regular tu corazón y pulmones. Nunca estás sola. Estamos juntos en esto.

Jaxon asintió sin mirarle siquiera, permitiendo que su cuerpo se sintonizara con el de él. Eso ayudó con su estómago revuelto. O quizás Lucian estaba haciendo algo para prevenirlo. Como fuera estaba hecho, ayudaba tremendamente. Intentó permanecer en el lado exterior de la acera, una pequeña barrera entre Lucian y el resto del mundo, pero él tenía otras ideas. La deslizó fácilmente bajo la protección de su hombro, su cuerpo mucho más grande bloqueándola directamente a los ojos curiosas de los reporteros que se reunían. Antonio tomó posiciones al otro lado de ella, atrapándola exitosamente como un sandwich entre los dos.

No protestó, sabiendo que era inútil. Cuando entraron en el apartamento de la Señora Kramer, el Capitán Daryl Smith vino a encontrarse con ellos.

– Jaxx, esto es un lío. Tú conoces su trabajo mejor que el resto de nosotros. Echa un buen vistazo alrededor, y mira lo que puedes decirnos.

Antonio se había detenido en la puerta, no deseando entrometerse en la escena del crimen. Jaxon se puso unos guantes y lanzó a Lucian una largo mirada de angustia antes de volver a la tarea que tenía entre manos.

Los ojos vigilantes de Lucian nunca abandonaron su pequeña figura. Lo vio todo a través de los ojos de ella. Sintió sus emociones. Estos eran sus amigos. Esta gente tenía importancia en su joven vida. Captó vistazos de los recuerdos que ella intentando suprimir con todas sus fuerzas. La Señora Kramer riendo cuando Jaxon se deslizaba por el umbral de la puerta, agarraba una silla por el respaldo y dejaba caer el trasero en ella de cualquier manera. Jaxon, que era siempre tan grácil. La Señora Kramer se había burlado de ella por eso con frecuencia, sosteniéndolo sobre ella como un amigable chantaje.

Quisó envolverla en la protección de sus brazas y llevársela lejos de este lugar de muerte y miseria. Quiso borrar cada recuerdo doloroso de su corazón y su mente. Jaxon no dijo nada en absoluto. Cuando le murmuraban cosas, apenas parecía registrar que lo habían hecho. Se concentraba totalmente en la escena del crimen, cuidando no perderse del más mínimo detalle. Fue de habitación en habitación, con una máscara de profesionalidad desapegada en la cara, pálida aunque compuesta. Jaxon, la policía consumada y protectora de la gente. Su Jaxon.

Podía leer los pensamientos de los que le rodeaban, recogiendo varias conversaciones en cada habitación, los vestíbulos, e incluso fuera. Jaxon tenía ahora la misma habilidad. Sabía cuales de sus colegas temían hablar con ella, pues estaba preocupados por sus familiar, cuales pensaban que era un robot sin emociones. Seguía y seguía, el bombardeo de simpatía y culpa, sangre, y muerte, de apartamento en apartamento.

Los recuerdos. Shelby Snyder haciéndole un pastel de cumpleaños y llevándoselo. Tom arreglándole el fregadero y golpeándose la cabeza, el agua salpicando en su cara y Shelby y Jaxon riéndose de él. Se lo tomó con buen humor, como siempre hacía. Noche tras noche con Sid, hablando de poesía porque no podía dormir y él tampoco. Había sido tan cuidadosa, nunca aparecía en público con ninguno de ellos, incluso entrando a hurtadillas en el apartamento de Sid en ocasiones previamente fijadas. Había hablado a Sid Anderson de sus antecedentes. Él era un hombre que inspiraba confianza. La muerte de Sid era un golpe terrible para ella.

Lucian lo observó todo, sintió la fuerza de ella, su resolución, el peso de la responsabilidad de pesado sobre sus hombros. Su admiración por ella creció. Su cerebro analizaba cada dato. Sin evadirse de los grotescos resultados de la locura de Drake; estas víctimas habían sido sus amigos, lo que la hacía estar todavía más decidida a cazarle. Estaba físicamente enferma, su estómago era un nudo, le latía la cabeza, y la oía gritar en su mente, aunque su cara estaba tranquila, y ni una vez se volvió evitando examinar la grotesca escena.

Daryl Smith la siguió hasta Lucian cuando salió fuera del último apartamento, quitándose otro par de guantes.

– ¿Entonces, qué piensas, Jaxx?

– Golpeó a la Señora Kramer primero. Estaba esperándola cuando llegó de la compra. La comida está todavía sobre la mesa. Siempre colocaba la comida inmediatamente. Entró por la ventana del dormitorio. Estaba cerrada, pero Drake no tuvo ningún problema con ello. Utilizó con ella su propio cuchillo. Es su arma favorita, más cercana y personal. Contó dieciocho profundas puñaladas y varias heridas superficiales. Le arrancó los ojos antes de marcharse. Su marca registrada usual. – Frunció el ceño. – Fue él... pero no exactamente.

– ¿Y eso que significa? – Preguntó el capitán.

Lucian estaba en su mente, y sintió su asombro.

– No puedo decirlo exactamente, pero él es diferente. Aún así, fue definitivamente Drake. Creo que siguió después al apartamento de Carla y Robert y encontró que no estaban en casa. Enfadado, acuchilló su cama con rabia asesina. Del apartamento de Carla siguió hasta el de Tom y Shelby. Los cogió juntos en la ducha. Acuchilla a Tom cincuenta y ocho veces y a Shelby al menos ochenta. Hay una contusión en la cabeza de Shelby. Probablemente la golpeó y la dejó fuera de combate mientras mataba a Tom. Su rabia se incrementó mientras

les mataba. Puedo decirlo porque las puñaladas que recibieron después de muertos son más profundas y más salvajes. Creo que el forense estará de acuerdo conmigo en eso. Les arranco los ojos y destrozó su dormitorio. Ropas, mantas, colchón, incluso la alfombra. Entró en su apartamento por la puerta trasera. No la habían cerrado. Parece como si simplemente entrara andando sin problemas.

Jaxon se extendió de repente hacia Lucian, el primer gesto público que había hecho hacia él. Estaba exhausta y sin titubear entrelazó sus dedos, cálidos y sólidos, con los de ella. Él estaba allí mismo. Ya no se sentía sola*. Soy responsable de tantas muertes, Lucian. Siento como si mi alma fuera negra.*

No eres responsable. Óyeme cuando te digo esto, Jaxon. Tyler Drake mata gente porque es un hombre enfermo, no por tu culpa. Si no fueras tú, se habría obsesionado con algún otro.

La boca de ella se curvó en una semblanza de sonrisa que nunca tuvo oportunidad de alcanzar sus ojos. ¿*Estás seguro de eso? No sabes lo que es saber que la gente que te importa está muerta porque el único crimen que cometieron fue ser tu vecino. Lucian, no quiero que esto te toque.*

He estado juzgando y ejecutando durante casi dos mil años. He destruido a tantos que no puedo llevar la cuenta, ni querría. Soy un depredador, cielo. Tú eres un ángel dulce y compasivo. Un milagro. Mi milagro.

Gracias. Lo dijo sencillamente, en serio.

Te quiero, ángel. Lucian lo dijo con su negro aterciopelada de hechicero, y *él* lo decía en serio.

El fantasma de una sonrisa tocó su boca antes de recomponerse para volverse hacia su jefe.

– Drake mató a Sid después de eso. Hay un hedor a sangre en el vestíbulo junto a la puerta de Sid. Apostaría a que es de Shelby. La sangre nunca molesta a Drake. Sid abrió la puerta. Nunca miraba por la mirilla, aunque le advertí numerosas veces. Era un hombre maravilloso. Confiaba en todo el mundo. Jugaba con los niños en el parque, les enseñaba a jugar al ajedrez, gastaba la mitad de su pensión en comida para los chicos del vecindario. Les daba cosas que hacer y un lugar al que ir cuando sus padres no estaban en casa o cuando había problemas. No se merecía lo que Drake le hizo.

Lucian la sintió vacilar entonces. Se desmoronó emocionalmente, sus gritos silenciosos más fuertes que nunca. Exteriormente parecía tranquila, pero estaba enferma, volcándose contra el pecho de él. Su corazón marcada el ritmo exacto del de ella. *No estás sola, nunca sola. Drake nunca podrá separarnos. Puedes extenderte hacia mí a través del tiempo y el espacio, y estaré contigo.*

No puedo soportar esto. Sid era tan dulce. Te habría gustado. Tom y Shelby eran gente agradable. No tenían niños, y me trataban como a una hija. Su único pecado fue que me gustaban. Y conociste a la Señora Kramer. No había nadie más agradable. Todo esto es por mí. Si no hubiera ido a tu casa, dejado que publicaran nuestro compromiso en los periódicos, Drake no habría hecho esto.

Drake es totalmente responsable, cielo, no tú. Fue paciente, repitiéndolo una y otra vez, deseando que sus palabras calaran.

Te cogerá. Lo hará. A ti y a Barry. Se puso rígida, sus ojos de repente abiertos de par en par con terror.

– Va a ir a por Barry, Capitán. Lo hará... sé que lo hará. Accederá a nuestros ordenadores, torturará a alguien, no sé como, pero va a ir a por Barry. Ahora Drake es diferente. No puedo explicarlo... sólo lo siento. Algo está mal en todo esto. En el pasado siempre mataba porque percibía que otros amenazaban a su familia. Esto fue rabia. Esto fue porque quería matar. Parte de él era Drake porque actuaba como Drake, les arrancó los ojos, pero no fue exactamente lo mismo. El no mata con este tipo de rabia. Es diferente. – Sacudió la cabeza. – Tengo que ir con Barry. No está a salvo.

– Nadie sabe donde hemos escondido a Radcliff. – Protestó DAryl. – Quiero que vayas a la comisaría y escribas tu informe. Cada detalle. Lo necesitamos, Jaxx.

– Alguien sabe donde está. Hay un rastro de papel. Siempre hay un rastro de papel. ¿Crees que no encontrará a Barry? Eso es lo que hace. Voy a ir a por él. – Era absolutamente firme.

– No puede encontrarle. – Reiteró el capitán.

– Yo podría encontrar a Barry. – Dijo Jaxon con confianza. – Lucian, tenemos que protegerle.

– Vuelve a la comisaría, Jaxon. – Dijo Lucian suavemente, su voz tan átona como siempre. Esa voz que nadie podía resistir. – Yo iré con el Capitán Smith a recoger a Barry y llevarle a un lugar seguro. Antonio vendrá también, así que no hay necesidad de preocuparse por protegerme. Le mantendré a salvo, Jaxon. – Su voz negro aterciopelada era gentil. – Estarás segura en la comisaría, y yo me concentraré en seguir la pista de Drake.

Se aferró a su mano, sabiendo que él tenía razón, pero temiendo que fuera eso justamente lo que quería Drake. Temiendo que Drake estuviera utilizando la amenaza hacia Barry como trampa para atraer a Lucian a campo abierto. Se sentía tan enferma por dentro.

– No sé que haría si algo te ocurriera, Lucian.

El le cogió la mano y la llevó a la calidez de su boca.

– Nada puede hacerme daño, ángel. Ve a la comisaría donde estarás a salvo, y déjame hacer esta pequeñez por ti.

– Drake es diferente, Lucian. No sé como, pero algo ha cambiado y le hace mucho más impredecible. Es un monstruo, un auténtico monstruo, con todas las habilidades de nuestros mejores luchadores y toda la inteligencia de una animal salvaje. Nuestro compromiso debe haberle hecho sobrepasar el límite.

– Ya había sobrepasado el límite. – Dijo Lucian tranquilamente, permitiendo que su voz cayera un octavo para consolarla y tranquilizarla. Caminó con ella hasta el coche patrulla. – Estaré contigo hasta que vea que estás segura dentro de la comisaría donde nadie puede hacerte daño. Después iremos por Barry.

– Tienes que apresurarte, Lucian. Drake podría estar acechándole ahora mismo. – Estaba ansiosa, pero la voz de él tenía ese extraño e hipnotizador efecto que la hacía sentir como si todo fuera a salir bien.

Daryl Smith se aclaró la garganta, decidido a protestar. Había permitido que Lucian Daratrazanoff acudiera a la escena del crimen porque claramente Jaxx le necesitaba allí, pero permitir que se entrometiera en medio de una crisis policial era ir demasiado lejos. Pero había algo peligroso en Lucian, algo poderoso, y no era su dinero. Los ojos eran demasiado vigilantes, la cara demasiado seria. Smith francamente cuidaba de no negar nada a ese hombre.

Daratrazanoff volvió la cabeza hacia el capitán, casi como si leyera sus pensamientos.

– Por supuesto que quiere que Antonio y yo vayamos con usted. – Lo dijo tranquilamente, su voz tan baja que Smith apenas le oyó, aunque las palabras penetraron hasta lo más profundo de su alma. *Necesitaba* a Daratrazanoff con ellos. Era imperativo que estuviera allí.

– Si, por supuesto, Señor Daratrazanoff. – Invitó el capitán.

– Por favor llámame Lucian. – Replicó él casi ausentemente. Toda su atención estaba una vez más dirigida a Jaxon, la única persona que realmente le importaba.

Lucian le sostuvo la puerta abierta. Deliberadamente había escogido para escoltarla un coche cuyo conductor había sido particularmente simpático en su conversación con algunos de los otros oficiales. Era un pequeño gesto, pero ella no tenía necesidad de sentirse incómoda con uno de los que secretamente temían ser visto en público con ella o que la considerara responsable de las acciones de Tyler Drake.

Jaxon mantuvo la cabeza alta, su cara una máscara en blanco. Los flashes de las cámaras de noticias estaban en todas partes. No miró a ninguno de ellos mientras se metía en el coche.

Antonio y Lucian iban a ambos lados de ella, escudándola efectivamente, protegiéndola de ojos curiosos. Se mantuvo cerca de Lucian, de la calidez de su cuerpo, de la calidez de su corazón.

Le encontraremos, cielo.

Pero nunca podremos traerles de vuelta, ¿verdad? Las lágrimas llevaban su voz, su mente, su corazón.

Lucian quiso llorar por ella. No se merecía esto. Era tan joven y compasiva, totalmente el opuesto de lo que era él. Los monstruos no iban por *él*, la quería a ella. Humanos y Cárpatos por igual, querían a Jaxon. No, no había explicado con detalle la historia de los vampiros, porque ella ya tenía suficiente culpa agobiándola. Pero los vampiros una vez habían sido hombres de los Cárpatos que había elegido perder sus almas tras siglos de vacía desesperación. Y al igual que los hombres de los Cárpatos buscaban una compañera, los vampiros buscaban entre las filas de la humanidad mujeres como Jaxon. Su presencia en la zona los atraía.

Los vampiros eran criaturas solitarias en su mayor parte, desconfiados, vanos, astutos y malvados. No conocían la lealtad, aunque algunas veces se unían en bandas con la esperanza de eludiar o incluso destruir a un cazador que hubiera en la zona. Otras veces un maestro vampiro, uno antiguo y hábil que había sobrevivido como no–muerto durante siglos, tomaba como aprendiz a vampiros más recientes y jóvenes que acababan de convertirse. Los utilizaban para tareas menores, como peones que sacrificar, como carne de cañón para lograr su objetivo final. Jaxon había atraído a más de un vampiro a la zona sólo con su presencia. Lucian había cazado y destruido a tres vampiros así que los humanos habían confundido con asesinos en serie antes de que hubiera hecho su reclamo sobre Jaxon. Había establecido su hogar, la había vigilado, aprendiendo lo que le gustaba y disgustaba, recogiendo todo lo que podía antes de acercarse a ella. Si ella supiera que los vampiros acudían a su ciudad por su causa, sería capaz de terminar con su vida para proteger a los demás. No podía permitir algo así. Si ella averiguaba toda la verdad, sufriría incluso más de lo que sufría ahora, y él no podía hacer otra cosa que protegerla. Era su compañero y responsable de su felicidad, salud y completa seguridad.

Lucian y Antonio la escoltaron escaleras arriba hasta la comisaría, abriendo la puerta y esperando hasta que estuvo dentro.

– Permanece dentro con todos estos policías antes que vuelva con Barry. – Dijo Lucian. – Y esta vez, ángel, espero que hagas lo que te digo. No estaré muy contento si vuelvo y encuentro que has abandonado la seguridad de este edificio.

– No lo haré. – Le aseguró ella, aferrando su mano. – Sólo asegúrate de que no te pase nada. Ni a Barry. Tráele de vuelta, Lucian.

– Lo haré. – Inclinó la cabeza hacia ella, su boca buscó la de ella, con increíble ternura. – Volveré pronto.

Capitulo 10

Jaxon se presionó ambas manos contra el estómago mientras observaba como Lucian se alejaba. Se sentía más enferma que nunca. Cerca de Lucian, podía controlar la terrible sensación, pero habiéndose marchado él, crecía más fuerte aún. Avanzó lentamente a través

del familiar vestíbulo, saludó con la mano a un par de personas que la saludaron desde el mostrador, intentó responder cuando otros le palmearon el hombro y murmuraron su simpatía.

Había un rugido en sus oídos, como martillos machacando en su cabeza. Continuó avanzando resueltamente, pero parecía que su escritorio estuviera a millas de distancia, sus piernas parecían de goma. La habilidad de oír tan bien era una maldición. Todos sus compañeros discutían los asesinatos; en cada piso podía oír las múltiples conversaciones. No quería esto... no quería saber lo que la gente pensaba de su participación en la carnicería.

Admitió ante sí misma que la mayor parte de lo que había oído era amable y compasivo, pro eso no redujo el dolor. Y nunca había buscado la piedad de nadie. Cuando se sentó, su estómago dio un vuelco de nuevo, y la sensación de maldad cercana la sobrecogió. Fue consciente tener ojos fijos en ella, incapaces de dejar de mirarla fijamente. Deseaba desesperadamente estar sola, llorar y tirar cosas, gritar, sentarse en el suelo del baño, abrazarse al inodoro, y vomitar. En vez de eso, se obligó a escribir sus notas sobre el escritorio. Las imágenes vendrían después. Ahora no podría enfrentarlas.

No era fácil estar sin Lucian. Había estado con él casi en todo momento desde que se había despertado después del desastre del almacén. Ahora, cuando más le necesitaba, cuando necesitaba su confort, había salido a salvar a su amigo. Estaba en peligro por culpa de ella. Se frotó la palma de una mano contra la cabeza palpitante.

No estoy en peligro, ángel. Eso es imposible. Ya deberías saberlo. Quédate quieta, y permíteme acabar con tu dolor de cabeza.

Es suficiente con saber que estás ahí si te busco. Y lo era. Jaxon se sintió reconfortada, a salvo. Sintió que la rodeaba con sus fuertes brazos. *Trae a Barry de vuelta y a salvo, Lucian. Todavía tengo ese presentimiento, el que indica que Drake está a punto de hacer algo terrible.* Su estómago era un lío, tensándose y retorciéndose con la afrenta.

Estamos cerca del la casa donde el capitán dice que tiene escondido a Barry. Estoy escudriñando la zona a nuestro alrededor continuamente, y no todo va bien. Siento la intrusión del mal, aunque no es lo mismo que sentiste tú en los apartamentos.

Jaxon cerró los ojos con fuerza, intentando aislarse de la realidad, aunque fuera sólo por un momento. Si Drake ya sabía donde localizar a Barry, había muy buenas probabilidades de que fuera demasiado tarde para salvarle. Sólo podía esperar que Daryl hubiera llamada antes para advertir a los policías que custodiaban a Barry de que Drake estaba en una de sus orgías aniquiladores y los acechaba.

Se inclinó sobre sus notas, intentando concentrarse, intentando leer las palabras, pero la tinta parecía borrarse. ¿Cómo iba a escribir un informe decente si no podía ni siquiera leer su propio trabajo? Le llevó varios minutos antes de que comprendiera que había lágrimas en sus ojos. Maldiciéndose silenciosamente a sí misma, se levantó de un salto y empezó a abrirse camino por el vestíbulo hasta el baño.

Cada paso que daba sólo incrementaba la terrible premonición de muerte. Pequeñas gotas de sudor surgieron de su frente. *¿Lucián?* Se extendió en busca de él desesperadamente.

Estoy aquí. Su voz era tranquila y suave, más consoladora que nunca, una instrumento hipnótico que le inspiraba tranquilidad.

Está matando a alguien ahora mismo. Le siento. Por favor alcanza a Barry.

No es Barry. Tu capitán está hablando con Radcliff por teléfono. Estaremos allí en unos minutos. Hay una presencia, pero no estoy seguro de que sea Drake. No se siente igual que en tu mente cuando repaso tus recuerdos. Similar, pero diferente.

¿Cómo en el apartamento?

No, ni siquiera eso. Ahora estamos aquí. Protegeré a Barry de este monstruo. Con esa última expresión de seguridad Lucian rompió el vínculo.

Pensó en eso, la brusquedad de su partida. Nunca había hecho eso, nunca se separaba de ella como había hecho ahora. Siempre lo hacía lentamente, casi a regañadientes, su presencia permanecía algún tiempo para que pudiera sentirle, no siempre quedaba segura de si se había ido realmente o permanecía todavía como una sombra en su mente. Esto había sido diferente.

Se había ido completamente, y ya sentía una pérdida. Por primera vez supo lo que quería decir él cuando hablaba de los compañeros y su urgente necesidad el uno por el otro.

Con un suspiro abrió la puerta del baño. Al momento la sensación de oscuridad y maldad la sobrecogió, y se dobló por la mitad, aferrándose el estómago, retorciéndose violentamente.

Un brazo la rodeó por la cintura, y Tom Anderson la ayudó a entrar en el baño y alejarse de ojos curiosos.

– Estarás bien, Jaxx. Toma algo de agua.

Tom había sido un miembro leal de su unidad desde hacía mucho, así que le permitió ayudarla, aunque encontraba humillante que tuviera que verla en este estado. Se había entrenado con estos hombres, luchado a su lado, los había liderado. Necesitaba su respeto si iba a seguir trabajando con ellos. Echarse agua fría en la cara ayudó a aliviar el nudo de su garganta, pero su estómago era un nudo más apretado que nunca. La sensación persistía. Drake estaba ocupado esta noche. ¿Barry? No podría soportar que Barry fuera asesinado.

– Lamento todo esto. – Dijo Tom. – Pero Radcliff es duro. Nadie va a acabar con él fácilmente. Por otro lado, tienen protegido todo el lugar.

– Gracias, Tom. – Murmuró suavemente y se inclinó para tomar un sorbo de agua. La golpeó entonces. La sensación era demasiado fuerte para la distancia que había entre la comisaría y el lugar donde estaba Barry.

Se irguió, presionándose una mano sobre el estómago, volviéndose para mirar sobre el hombro a Tom.

– Está aquí.

– ¿Qué? ¿Quién está aquí?

– Drake está aquí. En algún lugar del edificio, en este edificio. – Apartó a Tom de un empujón y empezó a moverse rápidamente por el vestíbulo hacia su escritorio.

– ¿Estás loca? Jaxx, esto es una comisaría. Es el hombre más buscado de los alrededores. ¿Realmente crees que es tan estúpido? – Tom estaba susurrando, intentando protegerla de su imaginación hiperactiva. No la culpaba, pero no quería que nadie más fuera testigo de como se derrumbaba.

Jaxon no le respondió; ¿para qué? ¿Cómo podría explicárselo? Simplemente lo sabía. Sabía cosas. Sabía que Drake estaba en el edificio, acechando más víctimas, personas con las que ella trabajaba. Quizás asechando al propio Tom. El cajón de su escritorio contenía un arma un con cargados de repuesto. Se metió el cargador en el bolsillo y rodeó a Tom.

– Simplemente quédate aquí en esta habitación. No vendrá aquí cuando hay tantos testigos. Probablemente se fijará en alguno de los que pertenecéis a mi unidad.

– ¿Estás segura de esto? – Tom estaba empezando a creerla. Jaxon podía haberse puesto enferma, pero estaba tan firme como siempre. Tenía esa mirada en sus ojos, la que siempre les salvaba el cuello. – ¿Crees que está aquí?

– Sé que está aquí. Estás en terrible peligro, Tom. Quédate aquí y llama al resto de la unidad y adviérteles. Todos los que estén en el edificio deben venir aquí. Será más seguro que cuidéis los unos de los otros. Yo voy a por él.

– Sola no, no lo harás. – Tom había palidecido. – No sólo el capitán y Radcliff me darían de patadas hasta el infierno y vuelta, sino que ese prometido tuyo probablemente me rompería el cuello. No es alguien con el que puedas bromear, Jaxon. Dijo que te mantuvieramos a salvo.

– Cállate, Tom, y haz lo que te digo. Es de Drake de quien estamos hablando, y nadie lo conoce como yo. – Ya estaba a medio camino de recorrer el vestíbulo, dirigiéndose hacia las escaleras. Sobre ella estaba el segundo piso. Era de noche, y no habría demasiados policías de servicios, dos detectives de homicidios, el escuadrón antivicio, y varios uniformados que daban vueltas por ahí. Bajo ella, en el nivel de sótano, estarían sólo dos policias, quizás tres, y a lo mejor un puñado de prisioneros esperando ser transferidos a las celdas para pasar la noche.

– No estás pensando con claridad, Jaxx. Eres un policía. Compórtate como un policía. No puedes reunirnos y colocarnos en un lugar seguro mientras tú le persigues. Organización.

Jaxon se pasó una mano impaciente pero firme como una roca por el pelo.

– Tienes razón, Tom, gracias. Creo que sólo quería enfrentarme a él.

– Hazlo bien entonces.

Jaxon asintió y retrocedió por el vestíbulo hasta el teléfono.

– Llamémosles entonces, utiliza nuestro código, y consigue a todos una radio. – Daba golpecitos con el pie mientras Tom hacía lo que le ordenaba, ansiosa por moverse. Cuando el grupo estuvo reunido, los examinó cuidadosamente, asegurándose de que Drake no había penetrado en sus fuerzas.

– Registraremos el edificio, Tom, toma la delantera. Mirad en todas partes, no importa lo ridículo que parezca. La ventilación, bajo los escritorios, cualquier lugar en el que pudiera meterse. Es increíble escondiéndose al descubierto sin ser detectado. Cada una de vosotros tiene un número y nos contaremos regularmente para que no pueda confundirse con uno de los nuestros. Nadie irá solo, y nunca olvidéis que es un asesino muy bien entrenado. No dudéis en matarle, porque él no dudará en mataros a vosotros. Empezad escaleras arriba y no dejéis nada al azar. Mantendré contacto por radio. Voy al sótano a ver si está pasando ahí abajo. ¿Alguien sabe exactamente cuantos prisioneros hay?

– Un conductor borracho, un par de ladronzuelos, y tenemos aTerry Stevens abajo esperando el transporte?

– ¿Y los policías?

– Two–Kitter y Halibur. – Replicó Tom.

– A ello entonces. – Dijo Jaxon. – Tened cuidado. Es tremendamente peligroso.

– Llévate a alguien contigo, Jaxx. – Insistió Tom.

– Sólo voy a asegurarme de que todo va bien abajo. Tendré a Kitter y Halibut para vigilarme.

El sótano era una laberinto de tuberías, archivos y celdas. Jaxon tenía un fuerte presentimiento sobre el sótano. Había muchas posibilidades de que Drake estuviera escaleras arriba, pero lo dudaba seriamente. No iba a permitir que ninguno de sus amigos muriera simplemente porque trabajaba con ella o había hablado con ella.

Esto había empezado con ella. No podía recordar ni un solo momento en su vida en el que no hubiera conocido a Tyler Drake. No había sido más constante en su vida que su propio padre o madre, aunque se había vuelto una fuerza destructiva, retorcida, obsesiva. Drake había asesinado a su padre para ocupar su lugar en la vida de Jaxon. Su madre y hermano habían sido destruidos para poder tenerla sólo para él. Era ella la que tenía que terminar su racha de asesinatos de una vez por todas.

Jaxon despachó a los otros de su mente cuando empezó a bajar las escaleras. Se movía silenciosamente, sin permitir siquiera que sus ropas susurraran delatando su presencia. Con cada paso su estómago se tensaba aún más. Estaba sobre la pista correcta. La iluminación era oscura en la escalera y peor cuando llegó abajo. No importaba. Su visión era ahora fenomenal.

¿Lucian? Se extendió hacia él antes de pensar realmente en ello, antes incluso de saber que lo estaba haciendo.

Él está aquí, ángel. Encontramos a dos de los policías muertos en el coche patrulla. Fueron apuñalados varias veces.

Se quedó callada durante un momento, pensando en lo que él le había revelado. *¿Estás seguro de que es Drake?* No podía estar equivocada. ¿Cómo podría estarlo? ¿Era posible que después de todo este tiempo hubiera perdido ese sexto sentido especial fuera el que fuera, que la había ayudado a detectar cuando la maldad estaba cerca? Quizás estaba sufriendo los efectos retardados de estar rodeada de tantos asesinos.

Es la misma sensación de antes, en los apartamentos. Y no tienen ojos. Lo extraño es, que no puedo fijar su olor. Soy incapaz de rastrearle de esa forma. Lo noté en el edificio de apartamentos. No había nada que pudiera rastrear.

¿Qué ocurre cuando exploras? Siempre pareces saber donde está todo el mundo.

Hay varias personas dentro, pero no puedo decir quienes son. Nadie habla. Y la televisión está encendida. Voy a entrar.

Ten cuidado, Lucian. Es una trampa. Drake quiere que mueras tú más que cualquier otro. Todos los demás no son nada para él. Todo esto es para atraerte.

Nadie me verá, cielo, si no lo deseo.

Sólo ten cuidado. Permitió que la fusión de mente se alejara lentamente. La sensación en el fondo de su estómago era más fuerte que nunca. Algo malvado acechaba en el interior del edificio, acechaba a sus amigos, y había creído que era Drake. Quizás Drake había estado ya en el refugio de Barry en un intento de conducirlos lejos de la comisaría.

Jaxon siguió moviéndose, sus sentidos desplegados para localizar a los policía, los prisioneros, y, con suerte, al intruso. Fue consciente de cierto movimiento al doblar la esquina desde su posición. Quedándose cerca de la pared, sin que siquiera un susurro la traicionara, avanzó centímetro a centímetro. Mientras daba un paso hacia adelante, un bulto en el suelo a su derecho captó su atención. Se detuvo. La terrible oscuridad crecía dentro de ella. Drake estaba aquí, y ya había matado.

¿Lucian? Está aquí. Se abrió paso hacia el oscuro bulto tirado sobre el suelo.

Podía ver que el hombre estaba muerto, el uniforme atravesado por una docena de puñaladas. La cabeza colgaba en un ángulo peculiar. Era Halibut. No tenía ojos. La marca de Drake.

–¿Estás segura? Su voz era la misma. Calmada, tranquila, reconfortante en su suave firmeza.

–Absolutamente. Ahora mismo estoy de pie junto a un cuerpo. Puedo sentir su presencia.

–Algo va mal, amor. También está aquí. La mancha de poder está aquí. ¿Puedes sentirla ahí?

–No estoy segura de lo que quieres decir.

Sería la misma débil sensación de poder que experimentaste cuando sentiste la presencia del ghoul, y después del vampiro. Estaba también en los apartamentos. El rastro está aquí también. Pero no creo que Drake esté en ninguno de los dos sitios. Creo que estamos tratando con marionetas programadas de un vampiro, clones de Drake para llevar a cabo sus fechorías. Creo que cualquier humano que tenga recuerdos de tí está en peligro.

Jaxon estaba de nuevo en movimiento. No conocía a Kitter muy bien, sólo le decía hola al pasar, y ninguno de los prisioneros la conocía excepto Terry Stevens. Steven era un criminal habitual, un distrubuidor callejero bien conectado con un gran abogado. Si el intruso estaba en el sótano, como pensaba, y Lucian tenía razón, sería Stevens el que estuviera en mayor peligro. Había tenido muchos encontronazos con Jaxon.

–Podrías tener razón. Se siente diferente, pero también se sentía diferente en los apartamentos. ¿Eso significa que Drake está muerto? ¿Con qué estamos tratando?

–Limítate a salir de ahí. Acudiré cuando despache a este. No puedo dejar que estos humanos enfrenten el peligro que supone esta cosa. Tampoco quiero que tú te enfrentes a un ser tan poderoso.

–Soy un oficial de policía, Lucian. No huyo porque algo sea peligroso. Hay prisioneros aquí abajo y otro policía. Tengo que ponerlos a salvo.

–No tengo tiempo de discutir, ángel. El asesino se aproxima mientras hablamos. Voy a ayudar al humano, y te pondrá en peligro el que me vea obligado a forzar tu conformidad. Mantente fundida conmigo todo el rato para que pueda ayudarte si lo necesitas. La suave voz de Lucian escondía más que su habitual orden gentil; escondía una compulsión para imponerle su volunta, para asegurar que haría lo que le decía.

Era raro estar en dos lugares a la vez. Si lo deseaba, podía "ver" a través de los ojos de Lucian mientras él se deslizaba silenciosamente a través del edificio, invisible para los humanos. Vio a dos hombres de uniforme pasar justo a su lado y ni siquiera notaron que

estaba allí. Era un borrón, en realidad, utilizando su habilidad para moverse a una velocidad imposible. La puerta se abrió con un estallido para él a un golpe de la palma de su mano. Lucian estaba enfrentando a un ser que parecía exactamente ser Tyler Drake.

La respiración de Jaxon quedó atrapada en su garganta. *Es él. ¡Ese es Drake!*

El brazo de Drake se balanceaba en ángulo descendente, con un cuchillo ensangrentado aferrado en el puño. La mente de Lucian colocó una barrera entre el cuchillo y el blanco pretendido por Drake. El cuchillo cayó inofensivo al suelo. Jaxon captó un breve vistazo de Barry Radcliff cuando Lucian le miró al pasar.

La mano de Barry estaba herida, como si hubiera intentado evitar el ataque. Había una veta carmesí que le atravesara el biceps derecho y extendía una mancha en el costado de su camisa.

Incluso mientras Lucian saltaba hacia Drake, algo distrajo a Jaxon... no un sonido en realidad, más bien un movimiento del aire. Se dio la vuelta, sacando el arma mientras lo hacía. Drake estaba casi sobre ella, con los ojos brillantes y enloquecidos. Tenía un cuchillo en la mano. Jaxon podía ver la sangre en él, la sangre que le manchaba las manos. Disparó tres tiros rápidos, directamente al corazón, mientras se lanzaba a un lado, rodando bajo el escritorio y volviéndose a poner en pie al otro lado.

Las tres balas le habían dado en un pequeño patrón sobre el corazón. Pareció vacilar y tambalearse por un momento, una sonrisa enfermiza y burlona pegada a la cara. Después empezó a acercarse a ella de nuevo. Disparó dos veces más, esta vez apuntando a la frente, el centro vital, temiendo que llevara puesto un chaleco antibalas. Dos agujeros rojos florecieron en medio de su frente. Otra vez se detuvo. La sangre salía a borbotones, después corría en una corriente firme, bajando por la cara, hasta los ojos. Pero él continuaba sonriéndole, su expresión nunca cambiaba, y empezó a avanzar de nuevo hacia ella.

– ¿Kitter? ¿Estás en alguna parte? Soy Jaxon Montgomery. Hallibut está muerto. Drake le mató. Responde si estás vivo. – Llamó Jaxon. Se estaba moviendo, manteniendo el mobiliario entre Drake que seguía avanzando y ella misma. Estaba intentando maniobrar para alejarle de las celdas que confinaban a los prisioneros.

– Te cubro. – Gritó Kitter en respuesta. – ¡Alto, Drake! Si das un paso más hacia ella, se volaré la cabeza.

Drake no actuó como si le oyera. Sus ojos nunca se apartaron de Jaxon. Ni parpadeó o intentó limpiarse la sangre. Seguía moviéndose hacia adelante. Kitter disparó su arma, los disparos tan juntos que sonaron simultáneamente. Maldijo cuando vio que la parte de atrás de la cabeza de Drake se había desintegrado pero el hombre seguí avanzando.

– ¿Qué demonios? ¿Jaxx? ¿Qué está pasando?

– Saca a los prisioneros de aquí, Kitter. Llévate a Stevens primero. Creo que está más en peligro que ninguno de los otros. Vamos, apresúrate.

– Debe haberse metido algo... – Murmuró Kitter, confuso.

– Haz lo que te digo. Saca a los prisioneros. – Jaxon dio la orden con voz de mando, trayendo a Kitter de vuelta a la realidad de sus problemas. Era más fácil tratar con la idea de trasladar a los prisioneros que con la imposibilidad de un hombre con la mitad de la cabeza volada, amenazando a otro policía.

–Lucian, dime que hago. No se atrevió a intentar "ver" a través de los ojos de Lucian. Se distraería demasiado con dos Drakes en dos sitios distintos. Ya estaba suficientemente desorientada.

Al momento él estaba allí. Su respiración era la de ella, ralentizándola para que se relajara y recuperara el control. Su corazón reguló el de ella hasta un paso normal y firme. Su calidez inundó el cuerpo de ella con tranquilidad y completa confianza. – *–Concéntrate en el blanco, ángel. Mírale directamente. No puede hacerte daño a distancia. No apartes la vista de él no importa lo que suceda. Recuerda, ya no eres una humana con limitaciones humanas. Eres un Cárpato con todas las habilidades de los Cárpatos. Puedes disolverte en niebla si se presenta la necesidad.*

Jaxon se deslizaba con la misma facilidad de la gente del los Cárpatos sin ser realmente consciente de ello. Se movía rápida y silenciosamente, esquivando un archivo mientras la cosa que se suponía era Drake continuaba persiguiéndola. Mantuvo la mirada fija en la ensangrentada abominación. Podía sentir a Lucian vertiendo fuerza en ella, llenándola de confianza y poder.

Mientras miraba a Drake, a este empezaron a danzarle llamas por la piel, lamiendo sus brazos y hombros, su pecho, incluso su cabeza, de forma que el pelo ardió y se ennegreció. Al instante el aire olió a carne chamuscada. Horrorizada, Jaxon intento volverse.

–Mantén la calma, Jaxon. Sigue concentrada. Debes derrotar a esta cosa. Es un instrumento del no–muerto, y nada le evitará que cumpla su tarea asignada.

Jaxon notó que no podía apartar la mirada. *Lucian, por favor. No puedo matar a alguien así.* El grito le fue arrancado de las profundidades de su alma. Drake no se estaba resistiendo; simplemente aullaba con un agudo, firme y casi sobrenatural lamento. El sonido le atravesó los oidos, desgarrándole el corazón. Drake continuaba viniendo hacia ella, cada paso avivaba más las llamas hasta que fue engullido por ellas.

–Sé que no puedes, mi amor. Tú eres la luz de mi vida. No estás matándole, Jaxon, soy yo el que está destruyendo lo que ya está en realidad muerto. Soy el oscuro ángel de la muerte y lo he sido durante dos mil años. La responsabilidad es mía.

Jaxon no podía apartar la mirada de la horripilante visión. La horrenda criatura estaba ardiendo aunque todavía la perseguía. Partes de él empezaron a caer al suelo convertidas en cenizas mientras las llamas ardían limpiamente a través de él. Notó que el fuego no se extendía al suelo o a ninguno de los estantes que Drake derribaba mientras la seguía por el sótano. Fue consciente de que los policías se congregaban bajando las escaleras, aunque parecían incapaces de entrar en la habitación. Podía oírlos intentando frenéticamente ayudarla.

Las lágrimas corrían por su cara mientras observaba la ruina ennegrecida de un hombre finalmente reducida a un montón de llamas. Incluso en el suelo, la cosa intentaba alcanzarla, extendiéndose hacia ella. *Lucian, por favor detente. Ya no puede estar vivo,* gritó, temiendo desesperadamente que nunca superaría el recuerdo.

–Debe ser totalmente destruido, mi amor, o se alzará una y otra vez para ser utilizado por su creador. Lo siento. Sé que esto es difícil para ti.

Jaxon podía sentir el profundo arrepentimiento que sentía él por tener que utilizarla para algo tan desagradable... matar a distancia, empleando los ojos de ella... pero no se detuvo, manteniéndola inmóvil hasta que la criatura fue literalmente un montón de cenizas. Se derrumbó en el suelo en el momento en que él la soltó. Su pelo estaba húmedo por el sudor y se le pegaba a la cara. Estaba temblando. Cerró los ojos durante un momento, agradeciendo poder hacerlo. ¿Cómo podía Lucian haber vivido día tras día, mes tras mes, año tras año interminable, obligado a resistir tan horrendo tormento? Su corazón estuvo con él al igual que con la criatura que él había destruido.

Lucian, una sombra en su mente, se permitió a sí mismo tomar aliento, permitió que su corazón latiera. Debería haber sabido como reaccionaría Jaxon. Con compasión hacia él. Pensando en él y en su vacía forma de vida, no en lo que él acababa de hacer, destruir a otro utilizándola para hacerlo. Se concentró en ella, cerró los ojos, y saboreó su propio milagro personal. *Jaxon.* Ella era un viento fresco y limpio que soplaba apartando el hedor a muerte de su mente.

Volvió la cabeza lentamente para mirar una vez más el montón de cenizas junto a Barry Radcliff. Barry estaba todavía vida, un sorprendente testimonio de su voluntad de vivir. Los ghouls raramente fracasaban en su tarea programada. Barry había luchado con la criatura resistiendo lo suficiente como para dar tiempo a Lucian de llegar allí y destruir a la criatura. Lucian había ralentizado el corazón y los pulmones de Barry para evitar que el policía se desangrara hasta morir mientras disponía del clon de Drake. Ahora se inclinó sobre el humano.

– ¿Seguro que vivirá?

Lucian se encontró sonriendo. Jaxon no tenía ni idea de lo rápidamente que estaba ganando fuerza. Tocaba su mente tan fácilmente, utilizando el vínculo privado de su canal íntimo como si lo hubiera hecho desde siempre. Estaba empezando a aceptar los cambios de su cuerpo, el poder que estaba acumulando. Era una mujer con un tremendo control, y utilizaba los talentos especiales de la gente de los Cárpatos casi sin notarlo.

–No hay duda. He detenido la hemorragia. El problema principal será controlar el daño. Barry solo recordará que fue atacado por Drake. Implantaré en su cabeza que fue un intento de un imitador. Tú debes dejar claro que lo mismo ocurrió allí.

Uno de los policías disparó al ghoul, marioneta, clon... como sea que quieras llamarlo. Casi le voló la cabeza. Vio que yo también le disparaba. Tres veces en el corazón, dos en la frente. Kitter le disparó dos veces en la nuca. Sabe que no cayó.

Intenta encontrarle lo antes posible. Implantaré una historia en medio de la confusión. Las cosas con frecuencia parecen diferentes de lo que son.

–¿Y las cenizas en ambos lugares?

Habrá cenizas sólo en la comisaría. De aquí habrá escapado.

Las horas no concuerdan.

Eso se puede arreglar. Tienen que creer que el mismo hombre atacó en ambos lugares, y ahora está muerto. Se prendió fuego el mismo con algún producto químico antes de ser tomado prisionero. Cuando se examinen las cenizas, corroborarán tu historia. No puedo acudir a ti, debo llevar a Barry al hospital y asegurarme de que el horario de nuestra historia encaja, pero estaré contigo todo el tiempo.

Jaxon se puso en pie lentamente y se abrió paso hacia las escaleras. Estaba tan cansada. El clamor de los policías intentando llegar hasta ella la hizo comprender que sólo habían pasado un minuto o dos, aunque habían parecido interminables. Una eternidad. La puerta atascada escaleras arriba cedió de repente, y los policías la rebasaron bajando las escaleras. Se apoyó contra una pared y les permitió rodearla. Sólo la compañía humana de dio gran consuelo.

Quería ser abrazada. Tan pronto como la idea cruzó su cabeza, sintió los brazos de Lucian rodeándola, manteniéndola cerca de la calidez de su cuerpo. La ilusión fue tan real, se quedó perfectamente inmóvil, saboreando la sensación de ser parte de alguien más. Los hombres estaban tocándola, comprobando para asegurarse de que no estaba herido. Podía oírlos a todos hablándole a la vez, pero solo era un barrullo para ella.

Tom Anderson apartó a los otros a empujones.

– Dadle algo de espacio, Jaxon, ¿estás bien? – Le dio una pequeña sacudida. – ¿Qué ocurrió aquí abajo?

Jaxx tragó con fuerza. El hedor de la carne quemada era ofensivo.

– Un infierno es lo que ocurrió aquí abajo, Tom. No era Drake. Algún imitador... no sé. Parecía Drake, y su modus operanti era lo suficientemente parecido como para que me engañara, pero no era Drake.

– Kitter dijo que le disparó dos veces, que le voló la parte de atrás de la cabeza. Dijo que tú le disparaste al tipo al menos tres o cuatro veces, y no cayó.

Jaxon asintió.

– Kitter le dio. Estoy segura. Vi sangre. Yo raramente fallo, pero simplemente siguió adelante. – Captó un vistazo de Kitter y se movió para estar directamente delante de él, sus ojos grandes de color chocolate capturaron su mirada. – Parecía que estuviera drogado. Algo fuerte, ¿no crees?

El poder de Lucian fluía a través de ella. Jaxon podía sentirle dentro de su mente, sentirle tomando el control de Kitter. El policía asintió lentamente, pensativamente.

– No veo que otra cosa podría haber sido. He visto cosas feas con sospechosos a tope de PCP. Le di, pero ni siquiera parpadeó.

Jaxon liberó la mirada del hombre. Sintió el fluyo de información, la historia pasaba a través de ella a Kitter, y quedó impresionada con los poderes de Lucian. Lo hacía tan fácil, tan

eficientemente, aparentemente con tan poco esfuerzo. Por primera vez realmente se permitió pensar en ello y lo que significaba.

–No hay necesidad de encontrar nuevas razones para temer a tu compañero, cielo. Su diversión masculina casi la hizo sonreír. En realidad ya tienes suficientes razones en tu imaginación. Si fuera a convertirme en vampiro y caer sobre la raza humana, ya lo habría hecho. Tú eres la luz de mi oscuridad. Ya no es posible que me convierta.

–No es necesario que te conviertas para que caigas sobre la raza humana. Lo has estado haciendo durante años. Siglos. Siempre te sales con la tuya.

Inmediatamente Jaxon tuvo la impresión de una sonrisa lobuna, el relámpago blanco de los dientes de un depredador. Incluso le oyó gruñir por lo bajo. *Un alarde.* Resueltamente volvió a los problemas que estaba enfrentando. Sus colegas habían examinado las cenizas y estaban congregándose de nuevo a su alrededor, exigiendo respuestas.

Levantó una mano pidiendo silencio.

– No sé que ha ocurrido. En un minuto estaba viniendo hacia mí con un cuchillo y cubierto de sangre, y al siguiente podíamos oíros escaleras arriba. Dijo algo pero no lo entendí. Creo que fue como que nadie iba a cogerle con vida o algo por el estilo, pero no estoy realmente segura. Todo ocurrió tan rápido. Tenía alguna especie de líquido con el que se empapó, algo así, se prendió fuego él mismo. Fue horrible. Pensé en dispararle para terminar con su miseria. Creo que le oiré gritar durante el resto de mi vida.

– ¿Has visto esto, supongo? No hay cuerpo... no ha quedado nada en absoluto. Nada más que una pila de cenizas. La gente no arde así. Y no hay marcas de quemaduras en el suelo o en ningún otro sitio. – Señaló Tom.

– También ardió rápido. – Dijo Jaxon. Se atusó el pelo. – Quiero sentarme en alguna parte. Esta noche ha sido infernal. ¿Alguien ha sabido ya algo del capitán?

– Acaban de llamar del despacho e informar de que han recibido un mensaje hace quince minutos de que Radcliff ha sido atado por algún maníaco. Radcliff luchó con él, pero no llevaron al hospital. Dos policias muertos en un coche patrulla. El sospechoso escapó. Podría ser nuestro chico. Piensan que fue Drake.

– ¿Alguien sabe cómo está Barry? – Preguntó Jaxon ansiosamente. Estaba tan cansada que se tambaleó en las escaleras, y Tom le deslizó un brazo alrededor de la cintura para ayudarla.

– Llamaré al hospital, Jaxx. Siéntate antes de que te caigas. Te arriesgaste mucho bajando ahí sola. ¿Y cómo se atrancó la puerta? Tuvimos que echarla abajo. La hicimos pedazos. – Señalo los trozos para probárselo, después la ayudó a llegar a su escritorio. Cuando ella miró con disgusto las notas extendidas ante ella, se apresuró a recogerlas. No necesitaba mirar los recordatorios de las muertes de sus vecinos y amigos ahora mismo. – Déjame traerte un vaso de agua.

– Gracias, Tom. Ha sido una noche larga. – Apreciaba la consideración del hombre.

Tom le ofreció un vaso de agua y observó como bebía. Siempre había pensado que era guapa, pero ahora había algo más. Había en ella una cualidad misteriosa y etérea. Y su voz era tan hermosa, podría escucharla para siempre. Sus ojos eran los clásicos ojos de alcoba. Había oído la descripción antes, pero en realidad nunca había sabido qué significaba hasta que la miró a los ojos. Se movía con una gracia fluida, inocentemente sexy. Pasó un momento difícil evitando que su mirada la devorara.

Jaxon le lanzó una sonrisa, completamente ignorante del descalabro que estaba creando. Tom la observaba muy atentamente, se sentía avergonzada. Se pasó las manos por el pelo.

– Tengo un aspecto horrible, lo sé. Un completo desastre.

Parecía tan vulnerable, tuvo la urgencia de cogerla en brazos y protegerla siempre. Sin darse cuenta de lo que hacía, colocó las manos sobre los hombros de ella, con intención de darle un masaje para aliviarle la tensión. Antes de que pudiera hacerlo, un viento frío recorrió la habitación, un golpe helado de amenazadora advertencia. Cuando Jaxon y Tom levantaron la mirada, Lucian se alzaba ante ellos.

Al instante Jaxon apenas podía respirar. Había algo salvaje e indomable en él, algo oscuro y peligroso en las profundidades de sus ojos negros. Ni era rabia. Muerte helada. Cuando miró a Tom, Jaxon de repente temió por el hombre y no estaba seguro de por qué.

– ¿Lucian? – Pronunció el nombre suavemente, un susurro inquisitivo.

Lucian no volvió la cabeza hacia ella, pero se acercó de forma que su cuerpo quedó firmemente entre ella y el oficial de policía. Sonrió, casi apaciblemente, pero parecía la sonrisa de un lobo al acecho.

– No creo que nos hayan presentado. Soy Lucian Daratrazanoff, el prometido de Jaxon. – Extendió la mano, sus ojos negros e insondables pozos capaces de hipnotizar. Su voz era tan suave y amable como siempre. – Usted debe ser Tom, Jaxon habla de usted con frecuencia. Agradezco que cuidara de ella. – Se adelantó un paso y susurró suavemente. Tom asintió varias veces, sonriendo en respuesta.

El corazón de Jaxon latía tanta fuerza que la aterrorizaba. No podía acusar a Lucian de descortesía, aunque su muestra de poder, al descubierto y sin rodeos, había dejado a toda la brigada en la habitación completamente silenciosa. Eran policias, detectives, polis endurecidos por peligrosas situaciones, aún así algo en Lucian los dejaba helados. Eso la asustaba. ¿Había escapado de Drake, sólo para atraer a alguien peor? Ciertamente Lucian tenía suficiente poder para ser peor. ¿Qué había en ella que sacaba lo peor de los hombres?

–Nada, ángel. Eres la mujer perfecta para mí. Soy un hombre de los Cárpatos y no puedo ser nada más que lo que soy.

Ella estaba levantando la mano para intentar peinar su pelo y lograr alguna semblanza de orden, un hábito nervioso que no podía evitar. Se sentía en una gran desventaja, tan despeinada. Lucian le cogió la mano y se la llevó a la calidez de su boca, su mirada repentinamente centrada sólo y exclusivamente en ella.

No lo hagas, amorcito. Estás guapa tal como eres. Al instante el hielo de su negra mirada se caldeó hasta un hambriento terciopelo negro, hasta un flagrante amor que no se molestó en esconderle. Su toque fue extraordinariamente gentil cuando la arrastró bajo la protección de su hombro.

– Gracias a todos por ayudar a vigilar a la Oficial Montgomery e intentar terminar con esta pesadilla que se niega a abandonar su vida. Sois todos muy leales a ella, y aprecio eso, como sé que lo hace ella. Si alguna vez hubiera algo que pudiera hacer para retribuir esa lealtad, por favor no dudéis en decirnoslo. Barry Radcliff será trasladado en cuando terminen con él en la sala de urgencia. Estará bien. Se empleó a fondo en la pelea antes de que llegáramos allí. Fuera quien fuera el que le atacó debe habernos oído llegar y huyó. Se había marchado antes de que tuvieramos la oportunidad de atraparle.

Inclinó la cabeza para dejar un beso en la coronilla de la cabeza de Jaxon.

– Voy a llevarme a Jaxon a casa. Casi ha amanecido, y está exhausta. Puede volver esta noche a terminar su informe. Los médicos dicen que es imperativo que descanse, así que no puedo hacer otra cosa que ocuparme de que obedezca. Estoy seguro de que el capitán lo entenderá.

Hubo unos pocos resoplidos burlones a eso.

– No cuente con ello. – Dijo uno de los detectives. – Nunca es lo que se dice comprensivo.

Lucian sonrió apropiadamente, pero sus ojos se habían vuelto vacíos y fríos cuando su mirada se apartó de Jaxon y descansó sobre el interlocutor.

– Tendrá que serlo.

Harold Dawekins miró desafiante a Lcuian.

– Jaxon, necesito hablar contigo en privado sólo un minuto. Entiéndalo, Señor Daratrazanoff... asuntos policiales.

Lucian se encogió de hombros despreocupadamente, una pequeña sonrisa curvó la comisura de su boca. En vez de suavizar el toque de crueldad que residía allí, sin embargo, la

sonrisa solo sirvió para hacerle parecer más imperioso, más peligroso que nunca. Un antiguo guerrero, indomable y salvaje.

Jaxon dejó el abrigo del cuerpo de Lucian a regañadientes para seguir a Dawkins cruzando la habitación.

– ¿Qué pasa, Harol? Estoy exhausta, y si el capitán no entiende eso, lástima.

Harold Dawkins había trabajado con ella desde hacía varios años. Estaba cerca del retiro y siempre había cuidado de Jaxon como si de una hija se tratara.

– ¿Quién es ese tipo? ¿Qué sabes de él? Ni siquiera es de este país. Creo que es peligroso, Jaxx. Está en la forma en que se mueve, su postura. Tú no ves a través de todo ese encanto europeo. Podría llevarte a alguna tierra extranjera y esconderte lejos donde nadie podía ayudarte nunca. Hay muchos casos de ese tipo de cosas.

– En serio, Harold, no creo que eso vaya a ocurrir. – Jaxon intentó no reírse mientras palmeaba el brazo del anciano afectuosamente. Lucian dificilmente parecía del tipo que la escondería en un harén. – No soy ninguna dulce víctima que no pueda defenderse a sí misma. Es más, Lucian cree que soy una especie de lunática. Dice que tengo mi propio arsenal.

– Quisiera que me escucharas, Jaxx. No te metas apresuradamente en nada. Tómate algo de tiempo antes de comprometerte. Este tipo es...

– Mi prometido, Harold. Solo parece espeluznante. En realidad es un osito de peluche. – Mintió. Lucian le recordaba más a un lobo enorme, agazapado, dispuesto y altamente inteligente. Excepto con ella. Siempre era increíblemente gentil con ella. Quería defender a Lucian. Él había salvado a Barry. Había protegido a la raza humana durante siglos. Pero no podía decir eso, no podía explicar a Harry que Lucian había dedicado su vida a su seguridad de los demás.

Se volvió hacia Lucian, que inmediatamente atravesó la habitación para ponerse a su lado. Envolvió su pequeña mano con la propia, llevándole la mano de ella al pecho para sostenerla sobre su corazón mientras salían juntos de la comisaría.

Capitulo 11

– Estás muy cómoda en compañía de hombres.

Jaxon miró fijamente la cara de Lucian. Su voz era suave terciopelo, sin ninguna inflexión en absoluto. Sus rasgos estaban vacíos de expresión, pero tan duros e implacables como si el viento los hubiera tallado en granito, aunque tan sensuales que le robaba el aliento. Por alguna razón rozaban alas de mariposa insistentemente en su estómago, y al instante estaba nerviosa. Se encogió despreocupadamente de hombros para sí misma, molesta de reaccionar tanto por su sencilla declaración.

– Trabajo con hombres todo el tiempo. Me entreno con ellos. Crecí rodeada de ellos. Nunca conocía a muchas mujeres. – Ahora estaba irritada porque había sonado como una niña desafiante. No tenía razones para sentirse culpable. Ella no había hecho nada malo. Era él el que actuaba como un marido celoso.

Se mordió el labio. Él no había *actuado* exactamente así; sólo que era tan intimidante. El poder se aferraba a él, y tenía un aspecto peligroso. Tanto que el dulce Harold había pensado en advertirla contra él. Quizás Lucian no había querido decir eso en absoluto, quizás simplemente era que su acento hacía que sus palabras sonaran tan aterradoras. O su falta de expresión. Le volvió a mirar de nuevo mientras se dirigían hacia el coche que esperaba.

Antonio estaba sujetando la puerta, abierta, y, por una vez, no estaba sonriendo. Estaba sacudiendo la cabeza hacia ella como si hubiera cometido algún pecado grave.

– ¿Qué? – Estalló ella, mirando de un hombre a otro. – ¿Qué?

La mano de Lucian bajó hasta su nuca, ejerciendo suficiente presión como para que automáticamente subiera a la limusina.

– Ella es un problema, ¿eh? – Susurró Antonio en voz lo suficientemente alta como para que ella lo oyera.

Jaxon esperó hasta que Antonio estuvo tras el volante y el coche y ellos se desplazaban velozmente hacia su casa.

– No lo soy. ¿Qué significa eso? Esos hombres son mis amigos, mis colegas. Trabajo con ellos.

– ¿Por eso ese anciano caballero puso tanto cuidado en decirte que soy un hombre peligroso, alguien con quien no debes mezclarte? Le oí bastante claramente advertirte que te alejaras de mí. – De nuevo no hubo inflexión en su voz, solo ese suave y aterciopelado susurro que anunciaba problemas.

– Bueno, ¿qué esperabas cuando apareces allí con aspecto tan intimidante y espeluznante como un miembro de la Mafia o un asesino a sueldo o algo así? Necesitas parecer mas... no sé, más algo.

– ¿Amanerado? – Proporcionó suavemente, con un indicio de compasión escapando de su voz.

– ¿Qué clase de palabra es *amanerado*? Antonio, alguna vez has oído la palabra *amanerado*?

– Antonio no puedo oírnos. – Señaló Lucian.

Jaxon estaba ocupada apuñalando todos los botones de la limusina.

– ¿Cuál de estas cosas hace que pueda? Utilizas el control mental tan fácilmente, Lucian. ¿Me estás controlando a mí también?

Muy gentilmente Lucian tendió una mano sobre la de ella para inmovilizas sus frenéticos dedos.

– Cálmate, Jaxon. Estás sufriendo innecesariamente. No controlo tu mente. Si lo hiciera, no te colocarías a ti misma en peligro a la menor oportunidad. Lo creas o no, estoy intentando encontrar un equilibrio con tu naturaleza. Los hombres de los Cárpatos so aceptan fácilmente que haya otros hombres alrededor de sus mujeres. Es un simple hecho. No hay necesidad de temer lo que es natural. Mis emociones son nuevas y crudas, pero nunca te haría daño a ti o a alguien quien aprecias.

– Bien, soy y no soy un Cárpato, así que simplemente tendrás que acostumbrarte a ello. – Murmuró ella rebelde. – No te tengo miedo. En los confines cerrados del coche, con la mano de él cubriendo la suya, su pulgar deslizándose adelante y atrás en una caricia sobre su propia muñeca, era difícil pensar en nada más que en Lucian.

– Soy policía. Esos hombres son mis compañeros. Cuidamos los unos de las espaldas de los otros. Así es como vivo, como sobrevivimos todos. – A pesar de su determinación de no hacerlo, se encontró dando explicaciones.

– Sabía que había una razón por la que no quería que continuaras con su profesión. – Dijo Lucian inexpresivo. Se inclinó hacia ella, la palma de su mano le encontró la barbilla para obligarla a levantar la mirada. – No me gusta verte en peligro. Es más de lo que mi corazón puede soportar. Añade tu pesar y la culpa que colocas sobre ti misma, y mi corazón sabe lo que se siente al romperse. Si otro hombre, humano o no, decide mirarte con deseo y después coloca sus manos sobre ti, siento el deseo de perder el control solo durante unos minutos.

Jaxon se encontró luciendo una pequeña sonrisa ante la completa sinceridad de él.

– ¿Hiciste que Tom pensara que me veía como una arpía vieja y arrugada o algo así?

– Fue toda una tentación. – Su mano se deslizó hasta la nuca de ella y encontró varios mechones de pelo que acariciar. – Sentí una primitiva urgencia de desalentarle para que dejara de codiciarte.

Ella parpadeó hacia él suspicazmente.

– No quiero saber lo que quisiste decir, así que no te molestes en explicarte.

Una lenta sonrisa caldeó el hielo negro de los ojos de Lucian.

– Estás empezando a conocerme.

– Gracias por salvar a Barry. Por el vistazo que capté de él, parecía estar en mala forma. Sé que debe haber sido difícil destruir al ghoul allí, ayudarme, y ocuparte de él todo al mismo tiempo. – Podía sentir que estaba exhausto. No lo mostraba en la cara, pero estaba en su mente. Estaba extremadamente cansado. Había utilizado una energía tremenda esa noche. Incluso alguien tan poderoso como Lucian podía cansarse.

Ciertamente también ella estaba cansada, pero se manifestaba más como pena. Era casi demasiado aceptar la pérdida de tanta gente que conocía y apreciaba. Por un momento la realidad de todo ello tocó su mente, y no pudo respirar, sus pulmones se negaban a trabajar apropiadamente.

– Si el hombre de los apartamentos no era Drake, y el de la comisaría tampoco, quienes eran, y como sabían exactamente lo que hacía Drake con sus víctimas? ¿Cómo sabían a quién matar? ¿Y por qué querrían matarlos, Lucian?

– Hay una única respuesta, ángel. – La voz de Lucian fue más inexpresiva que nunca. Hizo que Jaxon levantara le mirada con aprensión. – Debe haber un vampiro envuelto en esto, un maestro vampiro, uno de los antiguos. Es una criatura capaz de tales cosas.

– ¿Y Drake? ¿Está muerto? – Había casi una nota esperanzada en su voz.

Lucian sacudió la cabeza.

– Lo más probable es que Drake todavía ande suelto en alguna parte, probablemente asombrado antes estas muertes. El vampiro ha leído tu mente, recopilando detalles de tu cabeza, y por eso sabías que algo iba mal. Los detalles no eran exactamente los de Drake. El vampiro creó a sus ghouls y los envió con órdenes de matar a cualquiera que tuviera recuerdos de ti.

Los dedos de Jaxon se retorcieron, y su estómago ardió, un duro nudo de dolor.

– ¿Por qué? ¿Que ganaría?

La negra mirada de Lucian la recorrió, insondable, melancólica, posesiva.

– Precisamente lo que ha ganado. Dolor. Los vampiros prosperan con el dolor de los demás. Debe haberte pillado al descubierto, lejos de la protección de la finca, y leyó tus recuerdos. No podría haber escondido su mancha de poder de mí si yo hubiera estado cerca.

Jaxon sintió como si la hubiera golpeado con fuerza en el fondo del estómago. La sensación fue tan real, que realmente se dobló, dejando caer la cabeza en la palma de la mano.

– Así que yo hice esto. Simplemente saliendo de la casa. Yo causé todo esto. Básicamente eso es lo que estás diciendo, ¿verdad?

El brazo de Lucian se deslizó alrededor de sus esbeltos hombros. Su dolor irradiaba de ella, envolviéndole de forma que se sentía casi tan enfermo como ella.

– Por supuesto que no, Jaxon. No puedes creerte responsable de las enfermizas acciones de otros.

Jaxon se agachó saliendo de debajo del hombro, incapaz de soportar el contacto. Estaba luchando por respirar.

– Lucian, haz que Antonio detenga el coche ahora mismo. Necesito salir. Andaré el resto del camino. No está lejos.

– Casi ha amanecido, mi amor. – Pronunció las palabras suavemente, sin inflexión, aparentemente ni a favor ni en contra de su decisión.

– Aquí no puedo respirar, Lucian. Para el coche. – Quería correr tan rápido como pudiera... si era para huir de sí mima como de todo lo que había ocurrido esta noche, no lo

sabía. Sólo sabía que tenía que salir. – Necesito estar sola. Por favor para el coche y déjame caminar por mí misma de vuelta a la casa. Tengo que estar sola.

La negra mirada de Lucian le recorrió la cara una vez más, pensativa, suspicaz. Su mente recorría la de ella. Leyó la necesidad de Jaxon de estar sola, de tomar aire fresco, de poder respirar libremente. Había tal caos en su mente, que estaba teniendo problemas para respirar.

El momento el coche fue deteniéndose hasta detenerse, y Jaxon comprendió que Lucian había ordenado a Antonio que hiciera una parada. Instantáneamente estuvo fuera del coche y corriendo, dejando atrás el asfalto, tomando el prado que conducía a las colinas y al lado sur de la finca. Corrió en paralelo a la carretera hasta que el coche tomó una curva y se perdió de vista. Instantáneamente cambió de dirección y subió corriendo a la colina, lejos de la casa y hacia los acantilados. Tuvo que detenerse dos veces, doblándose cuando su cuerpo protestó por los terribles crímenes cometidos simplemente porque alguien la conocía. ¿Qué era ella? ¿Un imán para los monstruos? Algo horrendo en su interior atraía a los demonios que había en los demás. Ella no pagaba el precio; algún inocente espectador lo hacía siempre.

Jaxon había oído las conversaciones en el edificio de apartamentos y en la brigada. Los murmullos, el silencio condenatorio. La mayoría de sus amigos tenía miedo de hablar con ella, nadie quería ser visto con ella, y todos ellos estaban aterrorizados por sus familias, y con razón. Esta última carnicería había sido peor que cualquier cosa que Drake hubiera hecho antes. Este vampiro era capaz de asesinar en masa en dos lugares a la vez.

Continuó corriendo tan rápido como pudo. Cuando el sendero se volvió más empinado, tropezó ocasionalmente, las lágrimas corrían por su cara, nublándole la visión. Jaxon no tenía ningún pensamiento claro en la cabeza; ya no sabía lo que estaba haciendo. Solo que esta matanza no podía continuar. Su padre. Su madre. Su amado pequeño Mathew. Toda la familia Andrews, incluso la pobre Sabrina, que estaba en casa sólo por vacaciones. Después su vecina, Carol. La dulce Carol cuyo gran crimen fue observar el amanecer cada mañana, y murió porque disfrutaba de compartir la experiencia con su vecina. Y ahora todas estos otras víctimas inocentes.

Sollozaba mientras arañaba su camino escalando las rocas pronunciadas hasta lo alto del acantilado. Tan pronto como se puso en pie, la tierra rodó y se hundió bajo sus pies como una montaña rusa. En lo alto las nubes de arremolinaban y nublaban, hirviendo como un caldero. Un relámpago se arqueó de nube en nube, golpeando la tierra con dentados tajos de ardiente blanco, el trueno casi la ensordeció. Gritó mientras corría hasta el borde del acantilado. Si no hubiera Jaxon, no habría necesidad de que Drake volviera a matar a nadie.

Intentó correr con la tierra rodando bajos sus pies, lanzando su cuerpo hacia el borde. Justo cuando tenía un pie ya fuera, en el aire, un brazo fuerte la cogió rodeándola por la cintura y levantándola completamente del suelo.

– Lucian. – Susurró su nombre, aferrándose a él, su única cordura en medio de la locura del mundo. Le rodeó el cuello con sus brazos esbeltos, y enterró la cara en el confort de su hombro.

El cuerpo de él estaba temblando; podía sentirlo. Levantó la cabeza y vio puro terror ardiente en las profundidades de sus ojos. Él bajó la cabeza y tomó posesión de su boca incluso cuando los cielos se abrieron sobre ellos y vertieron lluvia sobre la tierra.

– Te necesito, Jaxon. – Cada palabra fue pronunciada suavemente. – No puedes dejarme solo en este mundo. Te necesito. – Látigos de relámpago chisporroteaban y danzaban por todas partes a su alrededor. El trueno estalló y retumbó. – No puedes dejarme solo.

– Lo sé, lo sé. – Susurró ella en respuesta, presionándose contra él, una ofrenda en medio del mundo que se derrumbaba alrededor de ellos. – No sé qué ha ocurrido, en qué estaba pensando. Lo siento, Lucian. Lo siento.

– No tienes que decir eso. Nunca lo digas. – Su boca se movió otra vez sobre la de ella, ardiente y necesitada con temor y creciente deseo. – Tengo que saber que estás aquí conmigo.

– Estoy aquí. No te dejaré. No eres tú. – Jaxon estaba llorando, sus manos se deslizaron bajo la camisa de él para tocar su sólida realidad. Él era real, y era su único consuelo, su única cordura. Le había hecho daño; lo sentía irradir de él, profundo e intenso, junto con el terror que estrangulaba su alma. Levantó la cabeza para encontrar beso con beso, entregándose a él, deseando sólo consolar y ser consolada.

Lucian la estaba consumiendo, devorándola, su boca estaba en todas partes, la lluvia sobre su piel desnuda, sobre sus pieles desnudas. Él había dispuesto de sus ropas tan rápidamente, tan fácilmente, con no más que un simple pensamiento impaciente en su mente.

A Jaxon le llevó unos momentos comprender que él estaba furioso, la terrible ferocidad de la tormenta reflejaba la negrura de su humor. Pero sus brazos enormemente fuertes la sostenían con tal gentileza, que hizo que le dieran un vuelco el corazón.

– Te necesito conmigo, ángel. Tú todavía no lo ves, no importa cuanto intente yo decírtelo, mostrártelo. – Por todas partes alrededor de ellos la tierra se movía y dividía, grandes grietas se abrían en las rocas. – Sin ti no tengo razón de vivir. Te necesito. Realmente te necesito. Pon las piernas alrededor de mi cintura. – Su susurró la orden incluso mientras sus dientes raspaban frenéticamente el pulso de ella. – Ahora mismo, Jaxon, te necesito, necesito estar dentro de ti, te necesito rodeándome con tu calor y tu luz. Necesito sentir que estás a salvo y viva y nada puede hacerte daño.

Él estaba en todas partes, sus manos explorando, inflamando, su cuerpo tan duro y agresivo, tenso por la terrible necesidad, el terrible hambre, que Jaxon le obedeció casi ciegamente. Su hambre era intensa, la tormenta aumentaba en vez de decaer, un auténtico barómetro de su urgente deseo.

– No puedes dejarme solo para vivir en un mundo vació sin luz o risa. No puedes dejarme solo.

Su voz era ronca, su hermosa voz ronca por el miedo y la implacable hambre sólo por ella. Tenía el pelo húmedo, los espesos mechones de ébano le caían por la espalda. Parecía salvaje e indomable. Parecía lo que era: peligroso e impredecible. Aún así Jaxon no tenía miedo. Se aferró a él, necesitándole con la misma urgencia, deseando sólo sentir la fuerza de sus brazos, de su posesión, su cuerpo moviéndose dentro de ella, su boca alimentándose de su pecho, su alma anclada a la de ella en medio de este caos.

Le deslizó las piernas alrededor de la cintura, y colocó su cuerpo sobre la dura longitud de él. La llenó instantáneamente, haciéndola jadear con el inesperado placer. La tormenta se intensificó, los relámpagos acuchillaban el cielo gris. El sol intentaba valientemente alzarse, pero las amenazadoras y arremolinadas nubes negros eran espesas y oscuras, evitando que la luz penetrara hasta sus pieles sensibles. Aún así, Jaxon sentía la primera picazón de ansiedad ante la luz amortiguada. Le caían lágrimas por la cara, los ojos le ardían, sus pulmones jadeaban en busca de aire de los estrangulados sollozos que la sacudían mientras se aferraban el uno al otro en un salvaje tango de vida... de reafirmación de amor.

Los brazos de él eran como el acero, manteniéndola segura, su cuerpo se movía agresivamente dentro del de ella, aunque eran tan tierno que rompía el corazón, su boca cálida y amorosa sobre la piel de Jaxon.

– Deja de llorar, ángel. Tienes que parar ahora. – Susurró él contra su pelo húmedo de lluvia. – Superaremos cualquier cosa mientras estemos juntos. No puedo estar nunca sin ti. Tú eres el aire que respiro. Eres mi alma, mi corazón. Mira en el interior de mi mente, en mis recuerdos, observa mi vida, vacía e interminable sin ti. No podrías plantearte nunca algo semejante si supieras como te necesito. No puedo volver a estar solo.

– No sabía lo que estaba haciendo. – Negó ella.

La creía. Su mente había estado sumida en tal caos, había estado tan llena de pena que corría ciegamente, sin pensar en realidad. Ni una vez había pensado en destruir aquello en lo que se había convertido. Sus pensamientos habían estado concentrados solo en la tragedia. Lucian encontró que podía respirar realmente, obligando al aire a entrar en sus pulmones, permitiendo que su corazón latiera una vez más.

– Nunca vuelvas a hacer algo semejante. – Sus caderas se movían con un ritmo que igualaba la ferocidad de la tormenta.

Jaxon encontró que sus lágrimas se detenían mientras el fuego se extendía a través de su cuerpo, a través del de él. Las llamas saltaban más y más alto, extendiéndose hacia los cielos, extendiéndose hasta el interior de las nubes sobre ellos de forma que los rayos dentados danzaban con ellos, a través de ellos. Oyó sus gritos fundiéndose con los de él cuando explotaron juntos, aferrándose el uno al otro como niños aterrorizados mientras sus corazones y pulmones trabajaban frenéticamente para mantener el paso de sus cuerpos que volaban.

Jaxon se tendió contra él, acurrucándose tan cerca como era posible en busca de confort, incapaz de controlar la tormenta de lágrimas más de lo que había sido capaz de controlar la tormenta de deseo que los había barrido a ambos. Sentía el cuerpo de él temblar, estremecerse, y sus brazos la apretaron más firmemente que nunca. Sentía las lágrimas de él en su mente, la agonía del miedo, el creciente terror mientras comprendía lo que casi había hecho ella.

Entonces fue Jaxon la que proporcionó consuelo a Lucian, enmarcando su cabeza entra las manos, cubriéndole la cara de besos.

– No tenía intención de hacer algo tan estúpido, Lucian. No fue por ti o por lo que soy. No estaba pensando con propiedad. No tuvo nada que ver con nosotros. Simplemente no podía soportar acarrear tanta muerta a tantas familias.

– Jaxon, Jaxon. – Dijo él suavemente, su dolor la desgarraba. – ¿Qué voy a hacer contigo? ¿Y cuántas veces debo recordarte que no eres responsable de esas muertes? Haces las cosas tan impetuosamente, sin pensar. Pensaste en desperdiciar una vida tan hermosa e importante, si bien no habrías muerto si hubieres saltado por el acantilado.

Parpadeó hacia él.

– ¿Qué quieres decir?

– Si no te hubiera cogido o fundido contigo para hacerte flotar hasta abajo o detenerte de algún otro modo, realmente hubieras caído y tu cuerpo golpeado el fondo del acantilado, habrías sufrido terriblemente por huesos rotos y heridas internas, pero tu cuerpo no habría permitido tu muerte mucho más de lo que hubiera hecho el mío. Nuestra gente sufre con frecuencia heridas mortales, pero la tierra nos sana rápidamente.

Presionó la cara contra su pecho, incapaz seguir hablando de ellos. Era demasiado difícil asimilar la información que le estaba dando con su mente sumida en semejante caos. Sólo entonces comprendió que su piel estaba empezando a picar a pesar de la ferocidad de la tormenta que cubría la zona y embotaba los efectos del sol naciente. Y el ardor de sus ojos se incrementaba a cada segundo que pasaba. Se puso una mano sobre los ojos mientras él permitía que sus pies tocaran la tierra. Parecía como si mil agujas le estuvieran atravesando los ojos con cada segundo que pasaba. Se mordió con fuerza el labio inferior y enterró la cara contra el pecho de Lucian.

– Lucian, ¿sabes esa cosa de la velocidad que haces? Ahora sería el momento perfecto.

Lucian también podía sentir los efectos del sol sobre su piel a pesar de las nubes oscuras que velaban el sol. Cogiendo a Jaxon entre sus brazos, se movió con velocidad preternatural haciendo que el espacio se arremolinara alrededor de ellos y la lluvia azotara el espacio vació dejado por su partida. Lucian entró en la casa por el balcón del segundo piso y mantuvo a Jaxon en brazos hasta que se hubo deslizado a través de la casa hasta la cámara de abajo, donde los rayos del sol no tenían posibilidad de alcanzarlos. Sólo entonces permitió que la tormenta comenzara a apaciguarse.

– ¿Qué vamos a hacer? – Preguntó Jaxon. – ¿Cómo podemos detener todas estas muertes? – Recorrió la habitación con la mirada buscando una bata.

Lucian le extendió una, leyéndole fácilmente la mente. La sacó del aire mientras Jaxon parpadeaba hacia él con sus ojos grandes y confiados. Deslizó los brazos en el grueso algodón y juntó los extremos. Sus ojos permanecían fijos en la cara de él. También tú podrías utilizar una bata.

Él sacudió la cabeza ante su modestia pero obsequiosamente fabricó otra bata, una más grande y más larga, sólo por complacerla. Pudo ver que ella se relajaba una vez su cuerpo estuvo cubierto. Tuvo que volverse para esconderle su sonrisa. Jaxon estaba paseando adelante y atrás por el suelo, incapaz de estarse quieta con tanta adrenalina bombeando en su interior.

– Dime que vamos a hacer, Lucian. ¿Cómo vamos a evitar que este monstruo mate a todo el que me importa?

– Tenemos dos elecciones. – Dijo él suavemente, su voz siempre tranquila, ayudando a calmar la sobrecarga de energía nerviosa que recorría sus venas. – Podemos quedarnos aquí e intentar atraer al vampiro. No será fácil. Es antiguo y sabe quien soy. Enviará a sus ghouls y otras criaturas a luchar con nosotros antes de mostrarse. Y se expondrá sólo si cree que tiene una ventaja muy grande.

Jaxon se pasó una mano por el pelo mojado, notando que le temblaba la mano, y apresuradamente la colocó a su espalda. Retorciéndose los dedos, hizo lo que pudo para parecer compuesta.

– ¿Y la otra elección?

– Podemos abandonar la ciudad. Alejarnos y esperar que nuestros enemigos nos sigan, atrayéndolos lejos de tus inocentes amigos. Creo que Tyler Drake vendrás tras nosotros. Es posible que el vampiro también lo haga. Hay muy pocas humanas como tú. No querrá espera a intentar encontrar otra. Es posible que ya estuviera tras tu rastro cuando te encontré y crea que te aparté de él injustamente. Si ese es el caso, nos seguirá.

– Si no lo hace, dejaremos a todos desprotegidos. – Jaxon sonaba desamparada. – No lo entiendo, Lucian. ¿Qué hay en mí que atrae a semejantes monstruos? – Se volvió a mirarle, ignorante del dolor crudo en las profundidades de sus ojos.

Lucian mantuvo su mirada fijamente, firmemente. *Él* era un monstruo. Un monstruo oscuro que había vivido muchos más siglos que la mayor parte de su raza. Había cometido crímenes, era responsable de incontables muertes. Había recorrido el mundo hasta encontrarla, nunca permitiría que escapara de él, nunca la dejaría, nunca permitiría que nadie la apartara de él. ¿Qué le diferenciaba de los otros que tan desesperadamente la deseaban? ¿Era así como ella le vería? ¿Como a un monstruo?

Jaxon le rodeó con sus brazos y la sostuvo cerca de ella.

– Tú no eres un monstruo, Lucian. Eres amable, honorable y un buen hombre. Nunca te coloques en la misma categoría que alguien como Tyler Drake o esa cosa maligna que llamas vampiro.

Él inclinó la cabeza hacia ella, abrazándola firmemente a él. Ella no le conocía tan bien como creía. Esgrimía demasiado poder, le habían llamado monstruo muchas veces a lo largo de los siglos. Jaxon había leído su mente. Le asombraba que lo hubiera hecho y él no lo hubiera notado. Le hacía creer que su alma no estaba maldecida por toda la eternidad, que sus fallos serían juzgados con compasión. Le hacía creer en milagros.

Le susurró que la amaba, utilizando la lengua ancestral. Le susurró en su mente, incapaz de pronunciar las palabras en voz alta y ver que se alejaba de él. Sus manos se movieron a través del pelo rubio posesivamente.

– He aprendido el significado de la palabra miedo, ángel. No fue una lección fácil ni una que desee repetir, pero me has proporcionado un pequeño vistazo del infierno que has soportado en tu joven vida. Elige, Jaxon. ¿Dejamos un rastro que el vampiro pueda seguir? ¿Le atraemos lejos de tus amigos? ¿O nos quedamos y luchamos aquí?

Le estaba pidiendo su opinión. Jaxon parpadeó para contener las lágrimas. Era verdad que no le conocía del todo, pero había captado un vistazo de su mente cada vez que se fundía completamente con ella, y había visto lo suficiente como para saber que era un maestro planeando batallas. Sobre todo, lo importante era que él pedía su opinión.

Sopesó cuidadosamente cada plan de acción.

– Creo que es demasiado difícil proteger a todo el mundo. No podemos estar con ellos durante el día, así son vulnerables a Drake y a cualquier criatura que el vampiro decida crear. Si nos vamos, no veo que bien pueda hacer a un vampiro atacar a la gente aquí. Debemos pensar en un lugar que podamos fortificar y defender fácilmente. – De repente notó que estaba temblando incontrolablemente, tenía el pelo empapado, mientras él estaba allí de pie perfectamente aseado con su bata. Le miró fijamente.

– ¿Por qué tú estás seco y yo empapada y temblando de frío?

Lucian le tomó las manos entre las suyas y las frotó gentilmente para calentarla. Una débil sonrisa tocó su boca esculpida.

– Piensa en estar caliente y seca. Visualízalo en tu mente. Mantén en tu mente la imgen de tu pelo seco, y piel seca, tu cuerpo caliente. – Se fundió con ella, aquietando sus alocados pensamientos, ayudándola a construir la imagen de calidez y sequedad.

Jaxon retiró su mano de la de él para alzarla y tocarse el pelo con asombro.

– ¿Lo hice yo? ¿Así de simple? ¿Ni secador, ni toalla?

– Así de simple. – La sonrisa estuvo una vez más dentro de él, floreciendo con fuerza, llenándole de alegría. Ella le traía a la memoria sus primeros días cuando era un aprendiz intentando aprender las cosas que hacían tan fácilmente los adultos de su especie.

– ¿Puedo hacer todo lo que tú haces?

Él asintió lentamente, estudiando su cara a través de los ojos entrecerrados. Parecía adormilado, pero Jaxon tenía el presentimiento de que estaba totalmente alerta.

– ¿Qué te gustaría aprender a hacer? – Preguntó él.

– ¿Ahora? – Le recorrió los brazos con la palma de las manos, consciente de la forma en que su piel había resistido la salida del sol.

– Tu piel se volverá más resistente, Jaxon. Tarde o temprano serás capaz de observar el amanecer mientras lleves gafas de sol. Debería convertir en un hábito el llevarlas contigo a cualquier parte a la que vayas. De esta forma si la mañana te sorprende fuera o necesitas alzarte temprano, tus ojos estarán a salvo de los rayos del sol. Soy un antiguo... nosotros sentimos el dolor mucho más intensamente que los miembros más jóvenes de nuestra especie... aunque puedo salir en las primeras horas de la mañana sin muchos problemas. Es una ventaja que el cazador tiene sobre el vampiro. El vampiro no puede alzarse hasta que el sol se ha puesto completamente. No puede ver siquiera la salida del sol.

– ¿Estamos realmente indefensos por la tarde? Una suave nota en su voz traicionó su miedo.

La mano de Lucian encontró el pelo sedoso, después se deslizó hasta la nuca, sus dedos masajearon lentamente para aliviar la repentina tensión en ella.

– Nuestros cuerpos están aletargados en ese momento, es cierto, pero no estamos enteramente sin recursos con los que protegernos a nosotros mismos. Soy extremadamente poderoso, ángel; no hay forma de que te sobrevenga ningún peligro. Nunca lo permitiría.

Jaxon se movió entre sus brazos, abrazándose a él firmemente. Permanecer como una sombra en la mente de ella le permitía ver como veía ella su mundo, tan ajeno y diferente, tan lleno de mitos y supersticiones, con violencia y criaturas de la noche, le parecía un lugar muy aterrador. Lucian apretó los brazos a su alrededor. – Si alguna vez necesitamos ayuda, Jaxon, mi hermano siempre está cerca.

– Odio desilusionarte, Lucian, pero tu hermano vive en Paris. Vi su dirección. Es está precisamente a la vuelta de la esquina, incluso para tus estandars.

– Si tu necesidad es grande, podría hacerlo desde lejos, viendo a través de tus ojos... prestándote su ayuda, su fuerza, incluso destruir a un enemigo que te amenace.

La idea de cualquier otro hombre dando vueltas por su cabeza instantáneamente le resultó aborrecible. El por qué no le importaba que Lucian leyera cada uno de sus pensamientos, por qué parecía natural, no lo comprendía, pero sabía que no le gustaría que ningún otro descubriese sobre ellas las cosas que había descubierto él.

Lucian estaba absurdamente complacido con los pensamientos de ella. Ella normalmente estaba tan cómoda en compañía de hombres, lo que la molestaba más de lo que había comprendido hasta el momento. Quería que ella le deseara a él, que le *necesitara*, de la misma forma que él la necesitaba a ella. No porque el ritual los hubiera unido y sus cuerpo clamaran el uno por el otro, sino porque *él* era importante para ella. Lucian. Ningún otro. Aún así, era renuente a leer su mente, a explorar sus recuerdos o la persona que él era. Los compañeros lo aprendían todo el uno del otro rápidamente explorando sus mentes, aunque ella persistía en evitar cosas así.

– Pareces triste. – Ella le puso una mano en el brazo y le tocó la boca con la punta de un dedo. – Tus ojos, Lucian. Algunas veces pareces tan triste, me rompe el corazón. Sé que debes considerarme una gran desilusión porque no puedo hacer las cosas que siempre han hecho las mujeres de tu raza, pero lo estoy intentando. De veras.

– Nunca podrías desilusionarme, ángel. Ni siquiera permitas que la idea se pase por tu mente. Cada momento que paso contigo me proporciona gran alegría. – Movió el pequeño y esbelto cuerpo de ella hacia la cama simplemente apretujándola con el suyo más grande y pesado. El sol se movía en el cielo; podía sentirlo, sus efectos sobre su cuerpo ya cansado. – Con tu aprendizaje, puedo experimentar la alegría cada día una vez más.

Jaxon trepó a la cama casi ausentemente, mordiéndose el labio inferior profundamente pensativa.

– No quiero que estés triste por mí. ¿Es eso? No me compadezcas, Lucian. No podría soportarlo.

Él arrancó la gruesa bata de algodón de su cuerpo incluso aunque ella intentó mantenerla a su alrededor con timidez. La propia túnica había sido abandonada en el suelo en un montón descuidado. Sus brazos la empujaron hacia atrás haciendo que se tendiera en la cama, sus grandes ojos le miraban.

– ¿Como sería posible que sintiera pena por una mujer que tiene a Lucian Daratrazanoff por compañero? Es bastante guapo... lo sé de buena tinta. Sexy. Ardiente es el término que creo que se utiliza.

Jaxon sabía que un rubor le cubría todo el cuerpo. Las manos de él se movían sobre su piel gentilmente, una pausada exploración, como si no pudiera evitar tocarla. Cerró los ojos y se entregó a la sensación de las manos de él cubriendo su cuerpo.

– Es ardiente, pero también bastante arrogante.

– Tiene hermosos ojos. – Murmuró él, su boca encontró la comisura de la de ella, tentando, rozando, sus dientes mordisqueando tiernamente. – Te gustan sus ojos.

El placer que le daba era indescriptible. No encontraba palabras para explicar las sensaciones que inundaban su cuerpo. Calidez. Felicidad.

Lucian fue indulgente consigo mismo, trazando con las manos su piel solo por el puro deleite de hacerlo. Enmarcó la cremosa plenitud de sus pechos, acogió el tremendo placer de la sensación de la forma en que los pezones empujaban suplicantes contra las palmas de sus manos. Inclinó la cabeza para dejar un beso en el centro de la garganta. Su pelo se deslizó sobre los pechos, un tormento exquisito.

Jaxon alzó las manos para acuñarle la cabeza. Sus piernas se movían inquietas. Adoraba la forma en que él la deseaba. Podía sentirlo en el toque de sus manos, casi como si adorara su cuerpo. Podía sentir la calidez de su aliento mientras se movía sobre ella, su lengua encontrándole el pulso en la garganta. El corazón se le sobresaltó, y su cuerpo se tensó en anticipación. Sintió los pechos doloridos por el deseo de su toque, sintió la cremosa humedad de su propio cuerpo llamando al de él. Su boca encontró los pechos, la sensación fue tan exquisita que se oyó a sí misma gemir suavemente. Tenía las manos de él en la cintura, en las caderas, acariciándole la pelvis. No era suficiente. Nunca sería suficiente. Celebró la forma en que él la tocaba con tan perfecto cuidado. Nunca habría ningún otro que pudiera conmoverla como el lo hacía, de la forma en que él vivía dentro de ella. Su negra mirada estaba sobre ella cuando lentamente insertó dos dedos profundamente en su interior, empujando gentilmente.

Con los puños apretados entre el pelo largo y despeinado de él, dejó que su cuerpo se entregara al éxtasis total que sólo el podía proporcionarle. Él se tomó su tiempo, llevándola una y otra vez al fuego ardiente. Aún así, quería más. Quería su sangre fluyendo en él, conectándolos, haciéndoles uno. Ya nunca podrían separarse... ahora lo entendía, sabía que siempre tendría que estar con Lucian. Fuera lo que fuera que había hecho Lucian para unirlos había funcionado. Ya no podía soportar la idea de separarse de él. Y el fuego entre ellos sólo parecía crecer más ardiente y más fuera de control cuando más tiempo estaban juntos.

Gritó cuando él los unió, su respiración estalló fuera de sus pulmones. Necesitaba más que el cuerpo de él empujando, tan grueso y ardiente, en el de ella. Necesitaba. *Necesitaba*. Tenía su pecho ante la cara, su mano le acunaba la nuca, sujetándola contra su corazón. *Tú necesitas, ángel, yo proveo. Saboréame, soy tuyo. Saboréame. Estás tan hambrienta, y necesitas alimentarte. Me necesitas sólo a mí. Mi sabor es tan perfecto, cielo, ¿lo recuerdas? El susurro era suave y seductoa, acariciándole suavemente la mente. Una invitación. Una tentación. Pura seducción*.

Movió la boca sobre la piel de él. Sintió como su cuerpo se tensaba. *Lo necesito, ángel, al igual que lo necesitas tú. Necesito que lo hagas*. Podía sentirlo en la mente de él, la terrible anticipación, el oscuro deseo, todo su cuerpo esperando con tan urgente obsesión. Él necesitaba que ella hiciera esto mucho más de lo que ella necesitaba hacerlo. *Por mí, Jaxon, por mí. Deseo esto como no he deseado nada en toda mi vida. Tú también lo necesitas.*

Él estaba en todas partes con ella... en su mente, en su corazón, en su cuerpo, en su alma misma. Estaba necesitado, y ella no podía hacer otra cosa que proveer. Movió la boca por propia voluntad hasta la piel de él, sin compulsión, sólo pensando en complacerle, en proveer para él. Sintió la forma en que el cuerpo de él se tensaba cuando sus dientes mordisquearon la piel y su lengua jugueteó para aliviar el dolor.

Esta vez tienes que hacerlo por tu cuenta, estaba suplicándole incluso mientras sus caderas empujaban a un salvaje ritmo de fiera posesión. Se movía sobre ella, alrededor de ella, dentro de ella, deseando fluir dentro de ella.

La abrumaba con semejante necesidad erótica, Jaxon estaba consumida por ella. Sintió como sus incisivos se alargaban mientras los hundía en la piel hasta que estuvieron conectados de todas las formas posibles. Látigos de relámpagos arqueándose a través del cuerpo de él hasta el de ella. Oyó la voz de él repitiendo su nombre en el interior de su cabeza. Intimo. Erótico. Salvaje a causa de la pasión. Sintió el calor resplandeciente del cuerpo de él moviéndose en ella mientras empujaba hacia adelante, enterrándose más y más profundamente con cada segura estocada.

Su sabor era salvaje. Sabía ardiente y sexy. Era adictivo. Su sangre le fluía a través de las venas con su poder ancestral, rellenando sus células hambrientas e inundando su cuerpo con tal tormenta de llamas danzantes que tuvo que ceder a las demandas de alivio. Se sintió fragmentarse, explotar, buscando tomarle en ella mientras se aferraba a él con más y más firmeza, subiendo vertiginosamente hacia arriba.

Utiliza la lengua para cerrar los pinchazos. *Quiero alimentarme. Quiero todo tu sabor en mi boca. Quiero saborearte para siempre.* Su voz era el arma de un hechicero, un encantamiento de negro terciopelo imposible de ignorar. Fuera lo que fuera lo que él necesitaba, ella proveería.

Sea lo que sea que necesitas, yo proveeré. Y necesitas esto. Los dientes de él encontraron su pulso y se hundieron profundamente. Bajo él, Jaxon gimió suavemente, su cuerpo se tensó alrededor de él en una convulsión de cálido placer. Se abandonó a él completamente, sumergiéndose en su pasión, en la salvaje cabalgada de su cuerpo, sus músculos se apretaron, el tirón de su boca, las llamas los engulleron a ambos.

Siguió eternamente, durante una eternidad, hasta que Jaxon pensó que podría morir por la belleza de ello. De ellos. Se abrazó a él, acunando su cabeza, saboreando la sensación de su pelo contra los pechos sensibilizados. Él empujó dentro de ella una y otra vez hasta que quedó adormecida y saciada, completamente satisfecha, totalmente completa.

Muy, muy amablemente Lucian permitió que sus cuerpo se desligaran. El sol se había alzado; incluso en las profundidades de la cámara de sueño, supo su posición exacta. Bajó la mirada hacia los pesados párpados de Jaxon, a la belleza de su cara, a los efectos posteriores de su acto de amor, sabía que ella no era consciente ni le importaba donde estaba el sol. Inclinó la cabeza para rozar su boca exuberante con la propia.

– *Je t'aime*, ángel. – Susurró suavemente mientras le ordenaba dormir.

Fue lo última cosa que oyó ella, las palabras que llevó con ella mientras el aire abandonaba sus pulmones y su corazón dejaba de latir.

Lucian abrió el suelo de la cámara de sueño y bajó flotando a la profunda y bienvenida tierra con su compañera. Tendida entre sus brazos, su hermosura capturada en su inmovilidad mientras abría la tierra y los ponía a descansar.

Capitulo 12

Una nota discordante llenó el silencio de la tierra bajo la cámara de sueño. Bajo las capas de tierra un siseo lento y mortífero supuró a través de la oscura y rica tierra hasta permear en el aire sobre ella. Viajó a través de la finca, llenando los terrenos con una amenaza. Los ojos negros de Lucian se abrieron bruscamente, y tendido con el cuerpo pesado escuchó los ruidos de insectos y animales. Una rata escarbaba en busca de sustento en algún lugar cercano. Un lobo murmuró a su hermano de manada sobre la molestia. ¿Qué era ese sonido tan fuera de lugar que el resto del universo se extendía hasta los intestinos de la tierra y le despertaba?

El chasquido de la pared de piedra le dijo que un intruso estaba poniendo a prueba la fuerza de sus salvaguardas. Lucian se quedó tendido tranquilamente escuchando. Se extendió hacia la pareja de lobos alfa, advirtiéndoles que no tocaran ninguna carne y comida que les tirara un extraño. Les advirtió que cuidaran de los otros miembros de la manada, los jóvenes, los tontos a los que les gustaba desafiar la autoridad. En su mente estuvo la clara advertencia de veneno, la muerte de la manada. Dirigió a la pareja alfa hacia las profundidades del bosque, donde las armas no podían alcanzarles. El macho desnudó los colmillos y emitió un gruñido de advertencia, alertando a la manada.

Satisfecho, Lucian continuó escuchando. El intruso era persistente. Comprendió que no podía atravesar el muro o las verjas. Estaba escalando a un árbol, evitando la parte de atrás de la finca a causa de los lobos. No había duda de que podía ver que su "regalo" de carne envenenada no había sido devorado, y no se atrevía a intentar llevar a cabo su asalto cerca de las astutas bestias. Lucian cerró los ojos y se envió a buscar fuera de su cuerpo. Se convirtió tan ligero como el propio aire, viajando como pura energía, emergiendo de la tierra. Se movió a través del estrecho pasaje hacia arriba hasta el sótano y después a la cocina.

Como siempre los pesados cortinajes evitaban que cualquier luz solar se introdujera en el interior.

Como pura energía, se movió fácilmente a través de la casa hasta el puesto aventajado que suponía el balcón. La hermosura de los cristales tintados de Francesca enmascaraban la brillante luz de forma que tenía una buena vista del intruso en su aproximación a la casa.

Finalmente. Aquel que había destruido a la familia de Jaxon. ¿Pero era este el hombre? Lucian esperó hasta que la cara del hombre estuvo a la vista a través del espeso follaje.

La desilusión hizo brillar un silencioso gruñido en el aire. No era posible que este intruso fuera Tyler Drake. Vestía un traje azul oscuro y corbata de seda. Lucian observó la facilidad con lo que escalaba las ramas de los árboles que sobrepasaban el muro de piedra. El hombre susurraba a una radio.

– No parece haber nadie en casa, pero entrar no va a ser fácil, no si queremos cogerlos por sorpresa.

La mente de Lucian trabajaba velozmente. Había dormido varios siglos en las profundidades de la tierra, y muchas cosas habían ocurrido mientras él estaba atrapado bajo tierra. Había oído rumores de una sociedad de cazadores humanos que se creían científicos.

Reclamaban tener pruebas de la existencia de vampiros y prometían destruirlos. Por ahora, pocos humanos los tomaban en serio, así que estaban decididos a capturar un vampiro vivo. El único problema era que parecían incapaces de diferenciar entre un Cárpato, un vampiro, y un humano con dones extraordinarios. ¿Podían haberle encontrado los miembros de esa sociedad de cazadores de vampiros?

Decidió que la mejor forma de conseguir respuestas era permitir que el intruso o intrusos entrara en su casa. Después de todo, el sol estaba empezando a ponerse. Si querían prepararle una sorpresa, estaba más que dispuesto a complacerles. Se acercó a los cristales tintados y se concentró en sus salvaguardas. Quería librar la casa de trampas letales y hechizos sólo por fuera para permitir que la finca fuera penetrada. No debería ponerlo demasiado fácil o sospecharían, pero no quería que se desalentaran y se rindieran demasiado pronto.

Habiendo hecho lo que podía, Lucian fluyó a través de la casa, el sótano, y el estrecho pasaje excavado a través de la roca hasta la cámara de sueño, después abajo hacia su guarida terrestre. Volvió a su cuerpo dentro de la tierra sanadora. Requería intensa energía librarse del cuerpo de uno, y deseaba la tierra rejuvenecedora para fortalecerse.

Se envió a sí mismo a dormir, relajando su sistema interno de alarma que le decía que el intruso ya había violado la santidad de su casa. Al hombre le llevó hasta una buena hora después de puesto el sol llegar hasta el patio principal. Desde allí abrió la verja a sus dos colegas. Cuando Lucian sintió la perturbación, volvió a la conciencia lentamente, ondeando una mano para abrir la tierra. Las vibraciones de violencia que resonaban a través de su casa eran amplificadas por las salvaguardas de los cristales que Francesca había tejido. Perturbaban la consoladora tranquilidad de la casa.

Junto a él, sin su consentimiento u orden, Jaxon inhaló. Su corazón empezó a latir, y gimió suavemente con nerviosismo. Lucian nunca se lo hubiera creído de contárselo alguien que su creciente sistema de alarma sería suficiente para perturbarla en su sueño tan pronto después de su iniciación. Los aprendices no despertaban con frecuencia ante la mera presencia del mal. Se fundió con ella antes de que pudiera abrir los ojos, su intención era la de enviarla de vuelta al sueño.

¡No! Ella lo dijo bruscamente, sus párpados se alzaron, sus ojos resplandecían de furia.

– Me mentiste. – Le empujó lejos de ella y miró a su alrededor.

Lucian podía sentir su creciente náusea cuando comprendió que estaba en la tierra, no en la cámara de sueño. Cuando iba a reconfortarla, ella alzó ambas manos para detenerle.

– No quiero que me toques. Me enterraste viva, Lucian. Me enterraste y dejaste que creyera que estábamos durmiendo en una cama normal.

– Jaxon. – Dijos él suavemente, persuasivamente. – No *mentí*.

Ella intentaba salir del hueco en la tierra.

– Llámalo como quieras, todavía es un pecado de omisión. – Siseó sobre su hombro.

Pero cuando Lucian la cogió de la cintura y la empujó de vuelta a él, no se resistió, en vez de eso se quedó muy quieta. Estaba pálida, su piel húmeda y pegajosa y podía sentir que su corazón martilleaba.

– Hay alguien en la casa. – Se aferró el estómago, sabiendo que estaban siendo acechados. – Pensé que habías dicho que nada podía entrar.

– El intruso es humano. En realidad, si escuchas, podrás oir que hay más de uno. Ahora se están desplegando, buscando en el piso superior. Les permití entrar bajo la premisa de ver quieres son. Siempre es mejor conocer a tus enemigos. – Su voz era suave y confiada, enredándola en calidez y tranquilidad. – No permitiré que acceden a tu habitación. No quiero que toquen tus cosas.

Jaxon se tragó su furia.

– ¿Se supone que eso debe hacerme olvidar lo que has hecho? Estoy tan enfadada contigo, Lucian. Ahora mismo odio que estés tan tranquilo y falto de emociones. ¿Cuántas sorpresas más tienes guardadas para mí?

– Presumo que te estás refiriendo a nuestro lugar de descanso, no a los intrusos.

Pensó en darle un puñetazo pero él tenía la constitución de un roble y más que probablemente terminaría con la mano magullada.

– ¿Dónde está mi ropa? – Preguntó entre dientes.

– ¿Tu acostumbrado atuendo femenino? – Cuando ella se empeñó en rehusar mirarle, Lucian se encogió de hombros con su fuerza casual. – Tu ropa está en tu mente. Búscala y la encontrarás.

Deliberadamente flotó saliendo de agujero. Era de un poco más de o dos metros y medios de profundidad. No era posible que Jaxon consiguiera salir por su cuenta.

¿Quieres apostar? Furiosa, Jaxon se puso en pie y examinó las paredes de su tumba. Era así como pensaba en ella. Su tumba. Maldijo repetidamente en su propia cabeza, llamándole con cada apelativo conocido mientras paseaba por la zona. Las paredes eran imposibles de escalar.

¿Necesitas ayuda? Fue una indignante burla masculina.

– Ni lo sueñes. Antes me quedaría aquí abajo con los gusanos que pedirte ayuda. – Exclamó ella.

Lucian ondeó una mano hacia su cuerpo y al momento estuvo vestido con vaqueros negros y una camiseta negra. Su largo pelo negro caía suelto y brillante como ala de cuervo allí en la oscuridad. De repente se le ocurrió a Jaxon de podía ver tan bien como su el sol estuviera brillando sobre ella bajo tierra.

Alzó la barbilla. Si él podía hacerlo, ella también. Todo lo que tenía que hacer era pensar en estar vestida. Visualizarlo en su mente. Cerró los ojos para bloquear todo lo demás. Le llevó unos momentos apartar el miedo a las arañas y espeluznantes gusanos de su cabeza antes de empezar a construir una imagen de que vestiría. Ropa interior, del tipo confortable, su favorita. Vaqueros azules ajustados y un fino top de algodón ajustado. Negro, a juego con su humor. Cuando abrió los ojos, quedó atónita por lo que había hecho. Estaba completamente vestida. Excepto los zapatos. Se había olvidado de los zapatos.

Jaxon tuvo que contener los inicios de una sonrisa. Era asombroso ser capaz de hacer algo tan fantástico. Inmediatamente pensó en la limpieza, el pelo y los dientes, el cuerpo, asegurándose de estar tan limpia como si hubiera pasado largo rato en la ducha. Después empezó a inspeccionar el cubículo.

Podía oír los corazones latiendo escaleras arriba, el sonido de pasos mientras los intrusos se movían a través de la casa. Oía el aire moverse dentro y fuera de sus pulmones. Cuando miró hacia Lucian, él le sonreía con esa insufrible burla masculino.

– Volveré a ayudarte a salir de ahí después de ocuparme de nuestros invitados.

Realmente se dio la vuelta y se alejó tranquilamente de ella. Durante un momento el aliento se le paralizó en los pulmones. Quiso gritarle para que volviera, pero su orgullo no se lo permitió. No temía a las arañas. No realmente. Sus oídos recogían el sonido de algo que escarbaba por ahí cerca. Demasiado cerca. De acuerdo. Ratas. *Aquí hay ratas, Lucian. No podré con las ratas.*

Estoy seguro de que puedes arreglártelas hasta que vuelva. Sonaba tan presuntuoso. *Al menos sé que estás segura atrapada ahí en vez de intentando disparar a alguien. Si se te acerca alguna rata, intenta charlar con ella.*

Probablemente será algún pariente tuyo, masculló ella. Con las manos en las caderas, dio la vuelta alrededor dos veces, intentando imaginar como podía hacerlo por su cuenta. *Conseguiría* salir, y *dispararía* a alguien, preferentemente a Lucian. ¿Cómo lo hacía él? ¿Cómo se las arreglaba para flotar como lo hacía? ¿Tenía que visualizar la imagen de sí misma flotando hasta arriba? Lo intentó, pero no ocurrió nada. Intentó dos saltos cortos. Todavía nada.

La risa de Lucian le rozó la mente como alas de mariposa. ¿Sería posible estrangularle? ¿Si pensaba en estrangularle, funcionaría? Sabía donde estaba él exactamente. En la cocina. Se movía silenciosamente, sin un solo paso audible, pero sabía donde estaba. Cuando él respiraba, respiraba ella. ¿Cómo ocurría eso? ¿Cómo es que de repente le necesitaba tanto, necesitaba el toque de la mente de él en la suya, sólo para poder respirar?

Se quedó inmóvil durante un momento, esperando a ver que hacía Lucian a continuación. No quería que se enfrentara a los intrusos sin ella, pero sabía que esa era su intención. De repente sonrió. ¿Como hacer flotar algo? No era tan difícil. Haciéndolo más ligero que el aire. Tan ligero que simplemente se movía a través del espacio, elevándose hacia el cielo. En este, más bien hacia el suelo de la cámara de sueño, pero se conformaría porque... ¡*Ja! ¡Lo logré!*

Sintió que la mano de él le rozaba la cara, su toque tierno. Dentro de ella de repente había una calidez, como si la hubiera alabado. *Sabía que lo harías. Ahora quédate ahí hasta que pregunte a estos caballeros la razón de su visita.*

Jaxon puso los ojos en blanco hacia el techo. *Eso suena como algo que yo haría... quedarme simplemente aquí sentada retorciendo los pulgares mientras tu sirves el té a nuestros invitados.*

El té no era mi primera opción, pero bueno, ha pasado mucho tiempo desde que se esperó que me entretuviera con urbanidad. Había un borde afilado en su voz, como si el delgado barniz de civilización se desgarrara y los guantes de terciopelo se distendieran.

Jaxon notó que estaba temblando. *No hagas nada apresurado. Soy un policía, ¿recuerdas? Arrestamos a la gente por irrumpir y entrar en propiedad privada. Ya están camino de la cárcel. Quizás son periodistas buscando conseguir la exclusiva del nidito de amor de billonario local.*

Quédate a cubierto hasta que los tenga bajo control.

Jaxon ya estaba corriendo a través del pasadizo hasta el sótano y subiendo las escaleras que conducían a la cocina. Ya *controlas la situación, Lucian. Estoy más preocupada por ellos que por ti. Puedo sentir el peso de tu...* Buscó una palabra para describirlo. Nada. No estaba furioso. No había rabia. Bullía de amenaza, aunque estaba tranquilo, incluso sereno. Nada le perturbaba o sacudía su completa confianza en sus propios poderes.

Implican un peligro para ti, ángel, no para mí.

Estás leyendo sus mentes.

Así es. Nuestros invitados están en baja forma. No te preocupes tanto, mi amor. No haré nada que te avergüence o dañe tu estatus como agente de policía.

Sólo quiero que sepas que te arrestaré en un santiamén si pones un dedo sobre cualquiera de ellos.

Su risa fue suave y sensual, acariciándole la mente y el cuerpo como el toque de sus dedos acariciantes. *Mi adorado ángel, yo nunca sería tan imprudente.*

Casi se le detuvo ante la amenaza arrastrada que captó bajo la superficie. Ya le conocía. Sabía que era más letal en ese momento que cuando tan casualmente había destruido al vampiro que le había seguido hasta su casa. ¿Qué había dicho? *Implican un peligro para ti, no para mí.* Por supuesto que eliminaría cualquier amenaza para ella. Creía que ella era su

corazón y su alma. Sentía su tremenda necesidad de ella. Nunca permitiría que nadie la amenazara.

Lucian, sé que en tu mundo te ocupas de las cosas de otra forma, pero este es mi mundo. Estos hombres son humanos. Deben ser tratados dentro de los límites de la ley.

Soy el dispensador de justicia, mi amor. No los destruiré esta vez.

Sintió que el corazón le volvía a la normalidad. Él no le mentiría. Tuvo visiones de él incinerándoles allí mismo sobre la alfombra. ¿Cómo explicaría otro montón de cenizas a Barry Radcliff o al Capitán Smith?

Lucian conocía su paradero exacto, lo cerca que estaba de alcanzar las escaleras. Apresuró la velocidad, y encontró al primer hombre en el dormitorio de invitados. Agarrándole por el cuello, hundió los dientes profundamente en su yugular y bebió. El intruso no tuvo oportunidad de luchar, ni forma de apartar esa garra de hiero. *Calla. Obedecerás*. La voz suave instantáneamente tranquilizó al hombre, y quedó pasivo en la garra enormemente fuerte.

Lucian simplemente lo dejó caer al suelo y le dejó allí, evaporando en medio de una niebla para fluir a través del vestíbulo y al interior de la siguiente habitación.

El segundo hombre, el del traje azul oscuro, ahogó un grito de alarma cuando de repente Lucian se materializó delante de él, aferrándole con mano de acero, yendo bruscamente a por su cuello y bebiendo profundamente. *Obedecerás. Silencio*. Su hechizo quedó completo. Ambos hombres harían su voluntad día y noche, oirían su llamada, y completarían las tareas asignadas. Permitió que el segundo hombre cayera al suelo, mareado y débil por la pérdida de sangre. Pasó sobre él con un toque de desprecio, fluyó a través de la casa hacia el torreón, donde el tercer hombre examinaba viejos papeles en el escritorio privado de Lucian.

A su bestia interior se le permitió reinar durante un breve momento cuando tomó salvajemente hasta llenarse. Estos hombres habían venido a matar a su compañera. Tenía derecho a arrancarles el corazón. Tenía trabajos importantes para ellos, pero eso no significaba que tuviera que tratarlos con urbanidad humana. En su mundo, había poco lugar para tales delicadezas. A su orden los tres hombres le siguieron por el rellano del piso superior. Los tres estaban pálidos, y uno de ellos se tambaleaba un poco, pero se movieron como él ordenaba, con sonrisas complacientes en sus caras. Harían cualquier cosa por él; necesitaban el toque de su mente y el sonido de su voz. Vivían para servirle. Jaxon estaba cargando escaleras arriba hasta el segundo piso cuando divisó el pequeño desfile y se detuvo en medio de las escaleras. Parecía tan aprensiva, Lucian se encontró sonriendo.

– Encontré a nuestros invitados vagabundeando en el piso de arriba, Jaxon, pero han actuado como caballeros y nos acompañarán a la sala de estar. Soy bastante anticuado en ciertas cosas. La informal costumbre americana de permitir a los invitados acceder a toda la casa está más allá al alcance de mi entendimiento. A ustedes caballeros no les importa, ¿verdad? – Su voz fue muy suave, incluso agradable.

Las tres cabezas asintieron, murmurando consentimientos varios ante su sugerencia. Jaxon los estudió durante un momento suspicazmente, pero cuando vio que parecían normales, les precedió escaleras abajo hasta y abrió camino hasta el cuartito acogedor junto al vestíbulo. Los tres hombres esperaron cortésmente a que ella se sentara primero. Al instante Lucian se sentó a su lado, sus dedos se cerraron alrededor de los de ella.

– Quizás les gustaría presentarse. – Invitó Lucian suavemente.

Jaxon le miró nerviosamente. Los hombres estaban sentados tranquilamente, sin perturbarse lo más mínimo por el hecho de que habían sido capturados forzando la entrada. Todos llevaban trajes, y, si no estaba equivocada, los tres estaban armados.

El hombre del traje azul oscuro parecía ser el portavoz.

– Soy Hal Barton. Este es Harry Timms y Denny Sheldon.

Lucian asintió cortésmente, como si la gente rondara su casa sin ser invitada todos los días.

– Mi prometida, Jaxon Montgomery. Jaxon, estos tres caballeros han venido aquí desde Florida y tienen un interesante negocio que proponerme.

Jaxon arqueó una ceja, su expresión francamente escéptica.

– ¿Han cruzado todo el país para irrumpir en la casa de Lucian y hacerle una oferta de negocios?

Lucian se recostó y sonrió. Los tres hombres estaban asintiendo solemnemente. Hal Barton tomó la palabra una vez más.

– En realidad, si. Pensamos que si podíamos eludir el sistema de seguridad y entrar en la casa de Lucian Daratrazanoff, nos escucharía y apoye nuestro nuevo y revolucionario sistema de seguridad. Nosotros lo diseñamos, pero no tenemos los fondos para producirlos en masa y comercializarlo.

Jaxon volvió la cabeza y encontró la negra mirada de Lucian con sus ojos oscuros.

– Esto es absolutamente brillante. Con tan poco tiempo, además. Realmente impresionando. – Se volvió otra vez hacia los tres hombres. – ¿Qué les ha ofrecido para mentirme? ¿Libertad de cargos? Soy policía. ¿Les ha mencionado eso?

Hal Barton sacudió la cabeza.

– No parece comprender la idea. Si conseguimos que el Señor Daratrazanoff nos apoye, podemos hacer una increíble cantidad de dinero. Podemos ser todos millonarios. Tenemos un gran producto.

Jaxon intentó tocar la mente de Barton como hacía Lucian. Su "escrutinio" como él lo llamaba, no de forma tan íntima como cuando se fundía con Lucian. Tal intimidad requería tomar sangre. Su corazón saltó, y apresuradamente abolió la idea en su mente. No se atrevía a pensar tan de cerca sobre lo que había ocurrido entre ella y Lucian la noche anterior. Mientras no pensara en realidad demasiado, todo iría bien. Cuando intentó escudriñar al hombre, Barton parecía ser completamente honesto con ella. Jaxon suspiró. Era tan improbable. Hombres adultos no podían de verdad ser tan estúpidos.

Con frecuencia el dinero hace que la gente haga cosas que ordinariamente no haría.

Tú puedes leer sus mentes mucho mejor de lo que yo podría nunca. ¿Realmente crees que nos dicen la verdad? Jaxon se pasó ambas manos por el pelo. Todo esto tenía mala pinta. Esto hombres nunca tendrían que haber irrumpido en *su* casa. Y había sentido las vibraciones de violencia en cuanto se despertó. Lo había sabido. Siempre sabía cuando alguien era violento por naturaleza. Sus señales habían sido lo suficientemente fuertes como para despertarla. Ahora no sentía nada de eso. ¿*Puede haber alguien más en las inmediaciones?*

Nadie, dijo Lucian con suave autoridad.

Jaxon sacudió la cabeza. Su vida se había convertido en algo totalmente grotesco. La gente que había en su vida era totalmente grotesca. ¿Qué decía eso de ella?

La palma de Lucian se cerró sobre su nuca. *Que eres una mujer muy tolerante*. Su voz la acarició, la recorrió como el toque de sus dedos, de la misma forma que su pulgar se deslizaba sobre la suave piel a lo largo del escote de la camisa.

– Tiene que admitirlo, fuimos capaces de penetrar su sistema de seguridad. – Continuó Hal con tono ansioso. Un ceño fruncido cruzaba su cara. – Fue más difícil de lo que imaginé. Nunca había atravesado uno semejante antes.

– Lo diseñé yo mismo. – Replicó Lucian. – Un poco champucero.

Jaxon suspiró y se puso en pie.

– Os dejaré con esto. De otro modo, me sentiría obligada a arrestar a todo el mundo. *Tú incluido.*

Nada de esto tenía sentido. Cuando los tres hombres saltaron poniéndose en pie respetuosamente, fue más suspicaz que nunca con un ondeo de su mano se despidió de ellos y salió tranquilamente de la habitación. Lucian nunca cometía errores. Nunca. Había dicho que eran un peligro para ella, no para él. Eso significaba que *ella* estaba en peligro. Estos hombres habían venido a su casa con intención de hacerle daño, no a presentar ningún sistema de

alarma a Lucian. ¿Qué había hecho él para tramar esta actuación tan rápidamente? ¿Y qué estaba planeando? ¿Seguro que no los mataría?

En la cocina preparó café, decidida a conseguir huellas dactilares. Debería haberlos arrestado a todos desde el principio, y entonces habría sabido inmediatamente quienes eran y que buscaban.

En la sala de estar, Lucian se encontró a sí mismo sonriendo. Así era la mente de Jaxon, rápida, inteligente. Nadie podía engañarla mucho tiempo. *Huellas dactilares.* Pensaba como el detective que era. Se inclinó hacia los tres hombres.

– Os enviaron aquí a matar a Jaxon. Sabéis lo mal que está eso. Ella debe vivir. Ella es la única cosa que se interpone entre vosotros y una muerte segura. – Por un breve momento les permitió verle... su poder, sus colmillos, cambiando de forma ante su mirada horrorizada hasta convertirse en una bestia de ojos llameantes y una necesidad de devorar, de matar.

Paralizados de terror, se sentaron tiesos. Había implantado en ellos su historia, controlando sus pensamientos durante el corto periodo en el que Jaxon había estado en la habitación. Se estaba volviendo demasiado adepta, y no iba a darle oportunidad de leer sus intenciones.

– Ahora oídme, los tres. A toda costa, debéis proteger su vida. Volveréis con los dos hombres que os enviaron aquí, y haréis lo que haga falta para aseguraros de que nunca envían a otro a hacerle daño. Si fracasáis, no habrá ningún lugar en esta tierra en el que yo no pueda encontraros. Os destruiré. Largáos de aquí, coged un avión, y librar a Jaxon de esas dos amenazas para su vida.

Su voz fue imposible de desobedecer. Había tomado la sangre de los tres. Podía monitorearlos fácilmente a cualquier distancia. Sabría en que momento sus jefes morían o si enviaban a otros a por ella. Lucian los acompañó a la puerta y los observó salir. Estaba firmemente arraigado en sus mentes. Recordarían sólo sus órdenes. Las experimentarían como una gran necesidad, siempre en la superficie de sus mentes.

Se volvió cuando sintió que Jaxon se aproximaba. Siempre había sido ligera al caminar, pero ahora, con su sangre fluyendo en las venas de ella, era tan callada como si hubiera nacido Cárpato. Llevaba una enorme bandeja con cuatro tazas de cofé en ella. Era demasiado pequeña, la bandeja parecía avasallarla. Le la quitó.

– ¿Qué estás haciendo?

– Ya sabes que estoy haciendo. Conseguir huellas. Pero los ahuyentaste tan pronto como te percataste de que no me tragaba esa ridícula historia. Si estás planeando engañarme, Lucian, vas a tener que mentir mejor.

El rió sin arrepentimiento.

– No te he contado ni una mentira.

– No, has hecho que *ellos* mintieran e incluso has ido tan lejos como para hacer que se creyeran ellos mismo su absurda historia.

– No estarías planeando tomar un café con ellos, ¿verdad?

– Naturalmente, habría sido lo cortés.

– No puedes beber esta cosa, Jaxon, no eres humana. Tu cuerpo lo rechazaría. No puedes hacer cosas así.

– Me figuré que podría hacerme enfermar. Pero tú has comido carne antes, ¿verdad?

¿Dónde había averiguado eso? Lucian se volvió lejos de sus grandes ojos castaños y se deslizó de vuelta a la cocina. Estaba aprendiendo cosas demasiado rápido. No esta lista aún. Quería introducirla en su mundo gentilmente, lentamente. Ya estaba inmersa en violencia y muerte. No necesitaba que su iniciación en la forma de vida de los Cárpatos fuera tan mala. La mayor parte de su gente vivían vidas tranquilas y productivas. Ella se movía fácilmente dentro de su propia mente, recogiendo recuerdos al azar. No estaba preparado para esto. Había cosas, cosas terribles, en su pasado. ¿Cómo podría alguien en la era moderna entender alguna vez como eran las cosas en aquellos terribles tiempos? Enemigos en todas partes. Sangre, muerte y enfermedad rodeándoles. Mujeres y niños asesinados. ¿Cómo podía entender Jaxon

la depravación del auténtico vampiro, la maldad que era capaz de provocar en los humanos? ¿La amenaza que el no–muerto suponía para las especie que fueron los Cárpatos?

De la misma forma que sé las otras cosas, las veo en tus recuerdos. Su voz era suave y hermosa, casi amorosa. Ciertamente acariciadora. Casi hizo que a Lucian se le detuviera el corazón y le quitó el aliento.

– No bebas café o comas ninguna comida humana. Has pasado recientemente por la conversión, y tu cuerpo no se desharía simplemente de ellos. En vez de ello, sentirías un tremendo dolor. – No podía permitir que se diera el caso. Ya era suficientemente difícil observarla soportar las cosas que estaba fuera de su control.

Jaxon le observó colocar la bandeja sobre el mostrador.

– Entonces dime lo que no quieres que sepa. ¿Quienes son esos hombres y por qué vinieron aquí?

Lucian derramó el contenido de las tazas de café en el fregadero y las lavó.

– ¿Que importa en realidad? Se han ido, y dudo que vuelvan.

– Importa si te pones en peligro por mí. – Le tocó el brazo porque no le miraba. Lucian siempre era tan franco.

El bajó la mirada hacia la mano de ella contra el grosor de su brazo. Había tanto poder en una mano tan delicada. Le cubrió los dedos con la palma de la mano, sujetándola, manteniendo la conexión física entre ellos.

– Son humanos, Jaxon, y yo de sangre ancestral. Sería difícil para mí colocarme en una posición de peligro. Tengo conocimiento y habilidad, y dones más allá de tu capacidad. No, hice tal cosa.

– Pero eran una amenaza para mí. – Declaró ella.

– Debemos marcharnos de la casa, cielo. No quiero que se pierdan ningunas de tus pertenencias, podrían entrar intrusos mientras estemos ausentes así que cogeré todas las cosas que tengan gran valor para ti y las colocaré en la cámara de sueño. Antonio mantendrá un ojo en la casa mientras estamos fuera.

– Esos hombres suponían una amenaza para mí. – Insistió ella tercamente.

Lucian cambió la mano de lugar llevándola hasta la espalda de ella, aplicando presión para sacarla de la cocina.

– Sólo tenemos la noche para preparar la partida. Debemos encontrar un lugar que sea seguro frente al sol y fácil de defender. La idea es atraer a los que nos persiguen a una trampa, no ser capturados al descubierto.

Fue con él, encajando fácilmente bajo su hombro mientras él se movía, igualando su paso al ritmo de él.

– Podemos hablar mientras movemos los cosas.

– La persistencia no siempre es una virtud, Jaxon. – Intentó sonar severo, pero admiraba la forma en que era capaz de figurarse las cosas por sí misma.

Le sonrió burlona.

– Por supuesto que si. Es la única forma de averiguar las cosas que tú no me dirías. Así que eran una amenaza para mí. ¿Como demonios fuiste capaz de convertirlos en unos hombres tan dulces solo con dinero en vez de dominar sus mentes?

– Tomé su sangre.

Jaxon parpadeó varias veces con asombro.

– Pero no oí nada. Y estaba justo detrás de ti. ¿Cómo pudiste lograr tanto tan rápidamente? Estaban todos en habitaciones distintas. No es posible que seas tan rápido, ¿verdad?

– Si, puedo, si sacrifico la elegancia en favor de la velocidad. Soy un antiguo, cielo. Es bastante fácil hacer cosas así. Para cuando empezaste a subir las escaleras, ya les controlaba. Fue bastante fácil plantar la historia en la mente de Barton e instruir a los otros dos para que se lo creyeran y permanecieran en silencio.

– ¿Por qué? ¿Sabes por qué me querían muerta? – Estaba recogiendo los pocos tesoros que tenía. Fotos de su madre y su hermano. La manta favorita del pequeño Mattie. Sus dedos frotaron automáticamente la delgada tela amorosamente.

Fue obvio para Lucian que lo hacía con frecuencia. Le pasó una mano por el pelo.

– Despues de su muerte, fue una de las pocas cosas que me daban un consuelo momentáneo.

Se llevó la manta a la cara e inhaló profundamente. Todavía podía captar el olor de Mathew después de todos esos años.

– Era tan pequeño, tan divertido. Sus ojos danzaban con tal travesura cuando intentaba hacer una broma. Era tan guapo, Lucian. Algunas veces apenas puedo soportar pensar en él. Todavía duele tanto como si acabara de ocurrir. Todo el mundo dijo que el tiempo aliviaría el dolor, pero cuando pienso en ello, todavía es agudo, horrendo y tan terrible que no puedo respirar.

Tiró de ella hasta sus brazos, apartando la manta mientras lo hacía. Al mismo tiempo tomó el inquietante recuerdo de ella y lo reemplazó con la determinación de averiguar quienes habían sido sus invitados y que había hecho él para manejar la situación. Muy rápidamente Lucian dobló la manta, conociendo la asociación con dolor que conllevaba el tocar la tela. Las hebras entretejidas mantenían los gritos del chico, y Jaxon, tan sensible como era, no podía evitar sentirlos. No podía soportar la agonía tan profundamente arraigada en su corazón. Lucian no veía la necesidad de que sufriera continuamente cuando él podía detenerlo tan fácilmente.

Jaxon parpadeó y se llevó una mano a la garganta. ¿En qué había estado pensando? Algo la había distraído cuando estaba tan decidida a averiguar qué estaba pasando en su casa. Lucian debía haber querido de veras apartarla de la verdad. Se extendió en busca de su joyero.

– ¿Por qué querían matarme esos hombres, Lucian? Y esta vez dame una respuesta directa.

– No se lo pregunté directamente. – Le quitó el joyero de las manos. Contenía las joyas de su madre, hermosas gemas. Las había visto. Rebecca Montgomery provenía de una familia adinerada. Tenía diamantes, rubíes, esmeraldas, y estrellados zafiros en gargantillas, pendientes y brazaletes. Jaxon nunca los llevaba, solo los miraba.

– No necesitabas preguntárselo directamente. – Observó Jaxon. – Todo lo que tenías que hacer era mirar en sus mentes. – Sus oscuros ojos marrones le desafiaban.

Lucian sacudió la cabeza.

– En todos los siglos de mi existencia, nunca nadie me ha interrogado como tú. Cuando decido que hay que hacer algo, simplemente lo hago. Nadie me cuestiona.

– No eres Dios. No puedes tener razón siempre. – Sus ojos chispeaban con una amenaza indicio de su temperamento.

– Yo no presumiría ser Dios, pero soy totalmente consciente de las tremendas responsabilidades que tengo y los dones que me fueron otorgado para llevarlas a cabo. Soy capaz de ponderar las cosas sin rabia personal o cualquier otra emoción que enturbie mi juicio.

– Eso te convierte en juez, jurado y ejecutor, Lucian. Nadie tiene tal derecho.

– Estás en un error, ángel. A lo largo de la historia muchos de mis congéneres han necesitado ser simplemente eso. No es fácil, y el precio a pagar por nuestras almas es tremendo, pero tenemos que aceptar la responsabilidad para proteger a la vez a nuestra gente y a la humanidad. Soy lo que soy, y no puedo cambiar lo que he sido y lo que soy ahora. Cuando cualquiera amenaza nuestra forma de vida, hacemos lo que podemos por borrar sus recuerdos sin violencia, pero si se presenta la necesidad, no tenemos más elección que defendernos. También nosotros tenemos derecho a caminar sobre esta tierra. El serñor nos creó a su imagen y semejanza. Se nos presentado muchos desafíos y pruebas, y hemos de aceptarlos.

– ¿Y si alguien completamente inocente descubre vuestra existencia, y no puedes borrarles la memoria? ¿Crees que tendrías derecho a tomar esa vida?

Una pequeña sonrisa tocó las comisuras de la boca de Lucian.

– En todos los siglos de mi existencia, nunca a sucedido nada semejante. Si alguien nos descubriera y no pudiera ser controlado, imaginaría que hay una buena razón por la que ocurría un fenómeno semejante. Tendría que investigar mucho la cuestión. No emitiría un juicio en ese momento sin mucha más información.

– Que terriblemente conveniente para ti. – Se encontró siguiendo a su alta figura de vuelta a las escaleras que bajaban al piso inferior.

La mirada negra de Lucian la recorrió, de ninguna forma perturbada.

– El sarcasmo no te sienta del todo bien, ángel. Debo admitir que tengo debilidad por tu boca, pero el sarcasmo queda por debajo de ti.

Ella se ruborizó. *Era* injusto por su parte enjuiciarle. En su línea de trabajo era bastante fácil colocarse en una posición de tener que disparar o no disparar en un abrir y cerrar de ojos. En cierta firma, eso podía suponer ser juez, jurado y ejecutor también. Ella nunca había tenido que tomar una decisión como eso, pero conocía a un par de agentes que habían perseguido a un sospechoso, el sospechoso se volvió con algo brillante en la mano, y tomaron la decisión de disparar. Ninguno de los dos había sido capaz de aceptar el haber disparado a un adolescente desarmado. Uno se suicidó, y el otro dejó la policía y todavía luchaba contra las pesadillas y el alcoholismo. ¿Cómo habría enfrentado ella una vida llena de unas decisiones tan oscuras? Su mente huyó de esa cuestión.

– Lo siento, Lucian. Tienes razón. Me alegro de no ser tú y nunca he tenido que vivir o tomar tus decisiones. Las mías ya han sido lo suficientemente difíciles. – Descansó una mano en el brazo de él. – De veras, lo digo en serio.

– No tienes que disculparte conmigo, Jaxon. Estás teniendo que tomar decisiones difíciles muy rápidamente que afectan no sólo a nuestras vidas. Sé que es difícil para ti, y, después de todo, todavía no me conoces muy bien.

Solo algún tiempo después Jaxon notó que Lucian no le había dado para nada la información que había pedido. Todavía no tenía ni idea de por qué esos tres hombres habían invadido su casa o qué querían. O lo que había hecho Lucian en realidad para manejar la situación.

Capitulo 13

Lucian se ocupó primero de los lobos, ayudando a Antonio a meterlos en jaulas y prepararlos para el viaje. Con su toque tranquilizador, los lobos estuvieron bastante dispuestos a viajar de vuelta a las tierras salvajes, en los bosques de los Cárpatos. Lucian no parecía tener prisa mientras cuidadosamente preparaba a cada animal, poniendo especial atención en la pareja alfa. Los miró fijamente a los ojos, intercambiando algo salvaje y primitivo que Jaxon estaba segura ella nunca entendería pero era extremadamente hermoso. Las lágrimas acudieron a sus ojos cuando observó lo gentil que era él con los animales. Lucian la sorprendía continuamente.

Mientras observaban como el camión se alejaba de la finca, Jaxon se extendió en busca de la mano de Lucian, experimentando una sensación de tristeza mientras veían como se marchaban las criaturas. Su lugar estaba con Lucian. Salvaje e indomable.

– No tendrías que haberlos enviado lejos de ti si no fuera por mí.

Al momento toda la atención de Lucian se centró en ella. Inclinó su oscura cabeza sobre la rubia de ella, un brazo le rodeó la pequeña cintura.

– Tú eres mi vida, la única que me importa. Puedo vivir sin los lobos. Puedo vivir con mi gente y fuera de mi tierra natal, pero no puedo vivir sin ti. Esto es lo que decidimos juntos. No estamos dejando nuestra casa para siempre, solo tomándonos unas pequeñas vacaciones. Los lobos estarían inquietos fuera de su ambiente natural sin mí. Si alguien más intentara envenenarlos y yo no estuviera aquí para advertirlos como es debido, alguno de los jóvenes podrían comer la carne contaminada.

La oscura mirada de ella le recorrió la cara.

– ¿Esos hombres alimentaron a los lobos con veneno?

Lucian tiró de su mano para hacerla caminar junto a él hacia la enorme limusina blanca.

– En realidad, si, lo hicieron.

Antonio la ayudó a entrar en el coche. Ella le sonrió ausentemente, dando vueltas a la información en su mente.

– ¿Y les dejaste marchar? Eso no suena propio de ti. ¿Adónde fueron? No vamos a llevar esta monstruosidad a donde quiera que vayamos, ¿verdad? Tengo un coche pequeño. Hace milagros. – Añadió esperanzada.

Lucian se inclinó hacia ella y le susurró suavemente al oído.

– No necesitaremos un coche cuando nos vayamos, ángel. Simplemente llamamos la atención sobre nosotros un rato.

Una pequeña sonrisa se abrió paso hasta la boca de ella.

– Este coche definitivamente llama la atención.

– ¿Y no es esa la idea? Tyler Drake sabrá que nos marchamos. Es imperativo. Y el no–muerto debe ser consciente de cada uno de nuestros movimientos.

– ¿Por eso llevamos realmente esta limusina todo el camino hasta nuestro destino, qué, a propósito, no me has dicho cual es? ¿Al menos sabes con certeza cual es?

El coche se movía con silenciosa velocidad a través de las calles hacia la comisaría.

– Soy propietario de un trozo de costa entre Washington y Canadá. Podremos establecernos allí sin problemas.

Jaxon sacudió la cabeza pero se abstuvo de señalar que tenía sus dudas sobre estar en terreno salvaje con Tyler Drake dándoles caza. Ya lo habían discutido. Sabía que Lucian creía que Drake sería fácilmente manejable, pero no comprendía la extensión del entrenamiento de Drake. Tyler Drake era humano, pero era un humano extraordinario. Y la única cosa que ahora importaba a Drake era liquidar a Lucian. Sería imposible en un combate mano a mano, pero no a distancia. Le creía capaz de matar a muy larga distancia... mucha más de la que Lucian podía suponer. Drake era un excelente tirador e igualmente diestro en fabricar bombas a control remoto.

Jaxon volvió la cara lejos de Lucian para mirar fijamente por la ventana hacia las calles que pasaban. Incluso en la noche las aceras bullían de gente. Estaba familiarizada con los patrones de sus vidas. El flujo y reflujo del crimen de acuerdo con la hora, el clima, y el mes había sido siempre su foco, su vida. Ahora se sentía fuera de onda con el mundo que había conocido. Podía oír cosas que nunca antes había oído, una andanada de sonidos desde gorgojeos de insectos a conversaciones susurrada. Algunas veces el asalto a sus oídos era casi más de lo que podía soportar antes de recordar como bajar el volumen. Era consciente de cosas que nunca antes había notado. Texturas. Colores. Cada mínimo detalle como el roce del pelo contra su mejilla. Los latidos de los corazones. La corriente de sangre en las venas. El resquebrajarse de la corteza de los árboles. La forma en que el viento soplaba a través del follaje.

Había una creciente intranquilidad en ella que nunca antes había experimentado. Un espíritu salvaje e indomable que parecía estar extendiéndose, demandando más de ella, demandando cosas de las que no tenía conocimiento. Había conocido la noche como un espacio de tiempo en el que ocurrían muchos crímenes bajo el amparo de la oscuridad, pero ahora la llamaba seductoramente, susurrándole continuamente. *Abrázame. Abrázame.* Pertenecía a la noche. La envolvía dentro de su oscuridad como la más suave de las mantas. Las estrellas en lo alto parecían brillantes diamantes, un calidoscopio de asombrosa belleza.

El coche se detuvo en el aparcamiento de la comisaría, y Antonio abrió la puerta para ellos cortésmente. Sintiéndose avergonzada y esperando que ninguno de sus amigos la viera, Jaxon salió apresuradamente fuera de la limusina.

Lucian le atrapó la mano, evitando que se adelantara.

– Sígueme la corriente, ángel. Aquí es donde extendemos los rumores para que el que quiera seguirnos así lo haga.

Ella sintió y entró con él en la comisaría. Como siempre, Lucian exigió atención inmediata. No es que creyera que estaba manipulando a nadie; era simplemente la forma en que se comportaba. Algo y erguido con completa confianza. Oscuro y peligroso. Misterioso. Anticuado. Gótico, incluso. Un lord oscuro o un príncipe. Exigió automáticamente respeto. Incluso el capitán salió de su oficina inmediatamente, con la mano extendida. Hacia Lucian. No hacia ella. Sacudió la cabeza y siguió la conversación que fluía a su alrededor. Incluso se quedó con la mirada perdida en el espacio hasta que oyó la palabra *matrimonio*. Al momento parpadeó para enfocar a los dos hombres.

Para su horror, Lucian estaba diciendo al Capitán Smith que se habían casado tranquilamente y ahora se la llevaba fuera. Admitió que esperaban que Drake los siguiera al igual que cualquier imitador y que los dominaría antes de que pudieran golpear. La versión

oficial sería que se iban de viaje para la acostumbrada luna de miel. El capitán estaba dejando caer por toda la comisaría que se dirigían al refugio de Lucian en la costa. Realmente la abrazó mientras murmuraba sus felicitaciones y le advertía que fuera con cuidado. Jaxon tenía la extraña sensación de estar viviendo en un mundo de fantasía, un efecto Dorothy en el país de Oz.

No estamos casados. Dijo firmemente pero era la única cosa que sabía absolutamente que era verdad.

Por supuesto que si. ¿Qué crees que son los compañeros? Él refutó su declaración con la delicadeza casual de un espadachín.

No estamos casados, repitió ella tozudamente. Lucian le lanzó una advertencia con sus ojos oscuros. Le sonrió, un sonrisa traviesa, juvenil y demasiado sexy que instantáneamente le derritió el corazón. *Recuerdo la ceremonia ritual con vívido detalle. Si tú no, me alegrará repetirla. El ritual es vinculante de todos modos*.

Alzó la barbilla hacia él mientras volvían a entrar en la limusina.

– Para ti, quizás, pero soy humana, ¿recuerdas? Tengo que casarme. Así es como *nosotros* hacemos las cosas.

– Eso quisieras, tal vez, pero la realidad es algo totalmente diferente. – Él sonaba muy masculino, muy arrogante.

Jaxon se sentó junto a él en silencio, ardiendo por dentro. No es que fuera a la caza de un anillo de boda. O de una boda. Era la idea de que él siempre tuviera razón lo que la corroía. *Cree,* se recordó a sí misma. Él *cree* que siempre tiene razón. Oficialmente, no estaban casados, así que técnicamente ella tenía razón. Se relajó, sintiéndose bastante arrogante ella misma. Dejémosle pensar que soy yo la que está equivocada.

Estás mucho más que casada conmigo, Jaxon. No te equivoques en eso. Una pequeña veta de hierro corría bajo el suave terciopelo de su voz, como si pensara que ella estaba considerando saltar del coche y huir corriendo lejos de él.

Deliberadamente Jaxon se encogió de hombros descuidadamente.

– Piensa lo que quieras, Lucian. Obviamente no vamos a llegar a un acuerdo en este tema. ¿Que estamos haciendo ahora?

– Nos aseguramos de haber dado suficiente espectáculo para que toda la ciudad haya visto u oído nuestra partida. Y como soy tan descuidado, dejaré un rastro de papel también.

– ¿Y eso qué significa? – Repentinamente sospechó de su voz suave y fundida. Parecía demasiado pura y hermosa. Eso no podía ser bueno.

– Los Cárpatos dejamos tan pocos rastros de papel detrás como sea posible. Cosas como pasaportes tienen la manía de convertirse en pruebas incriminatorias unos pocos cientos de años después. Ahora, con los ordenadores, es incluso más fácil verse atrapado en un laberinto de papeleo. No gustamos de crear documentos a menos que sea a causa de propiedades, dinero o negocios que continuamente nos dejamos en herencia a nosotros mismos tras nuestras periódicas "muertes". Es una de las razones por las que viajamos con frecuencia de continente en continente si no estamos en nuestra tierra natal. La gente encuentra imposible diferenciarnos de nuestros descendientes, quizás, cincuenta o sesenta años después.

Ella rió suavemente.

– Supongo que me merezco esa respuesta. Sólo tenía que preguntar. ¿Qué estás haciendo ahora?

– Casarme contigo según la costumbre de tu gente. Hay un hombre que puede hacerlo, un juez al que conozco, y arreglará el papeleo necesario. El dinero y la influencia obran maravillas incluso a esta hora de la noche. Por supuesto será comprensivo, con tantos crímenes ocurriendo tan rápidamente a nuestro alrededor. La noticia puede ser pregonada en los periódicos de mañana, lo que ayudará a nuestra causa.

Las pestañas de ella cayeron para ocultar su expresión.

– Espero que estés bromeando.

La larga limusina blanca ya estaba aparcando en la cuneta como si Antonio hubiera recibido órdenes de Lucian y estuviera esperando. Jaxon se recostó contra el asiento de cuero, la cara oculta entre las sombras. Lucian le tocó la mejilla con dedos gentiles.

– Esta ceremonia significa mucho para ti. – Declaró.

– En realidad no. – Jaxon intentó ser tan informal como había sido él. ¿Y qué si, como casi cualquier chica del mundo, había soñado con un vestido blanco de novia y una iglesia llena de familia y amigos? Su familia estaba muerta, y la mayoría de sus amigos se habían ido también. Cualquier invitado que acudiera a su boda estaría arriesgando la vida, al igual que el hombre que oficiara la ceremonia. Ya estaba sacudiendo la cabeza. – No quiero hacer esto. Drake tomaría represalias antes de seguirnos.

Lucian estudió su perfil esquivo durante un momento antes de asentir en acuerdo. Al instante el coche se deslizó de vuelta al tráfico y se dirigió a su casa. Ella tenía razón. Tyler Drake ciertamente percibiría a cualquier que ayudara en su ceremonia de matrimonia como una amenaza a su mundo de fantasía. Lucian dejó escapar el aliento lentamente. Había muchas cosas en los recuerdos de Jaxon que no entendía completamente. Una ceremonia humana para él no tenía la misma belleza y plenitud que la unión Cárpato, aunque no podía apartar el anhelo de ella de su mente. Algún día, prometió, tendría su ceremonia en una iglesia, rodeada de amigos y familiares, exactamente igual que la imagen que había entrevisto en su mente. Por ahora, todo lo que podía hacer era arrastrarla cerca de su calidez a sostenerla entre sus brazos.

Y en la casa dejó un mapa tosco y parcial de su propiedad en las profundidades de las Montañas Cascade, junto a tres fotografías en blanco y negro del antiguo pabellón de caza que había comprado. Prominentemente exhibido con una note escrita con su florida caligrafía. Un analista hubiera dicho que era anticuada y atrevida, y el escritor un hombre dominante con completa confianza en sí mismo. La nota era supuestamente para Antonio, detallando instrucciones para el cuidado y gestión de la finca durante la ausencia de Lucian. Antonio estaba bastante familiarizado con sus instrucciones.

Lucian cogió la mano de Jaxon y la condujo a la privacidad del patio trasero adjunto.

– ¿Estás preparada? Debemos marcharnos pronto si tenemos intención de viajar esta noche.

Los ojos de ella fueron repentinamente cautelosos. Había estado bastante tranquila durante los preparativos, ni una vez le había preguntado por nada. Su silencio le preocupaba más de lo que habrían hecho sus preguntas.

– No sé por qué, Lucian, pero tengo la impresión de que no iremos en limusina después de todo.

– No, viajaremos mucho más rápido y seguro por nuestra cuenta. Antonio llevaré el coche por la autopista y conducirá hacia el aeropuerto mientras nosotros nos vamos.

– Y nosotros vamos... – Se dejó ir, mirándole expectante.

– Volando. – Dijo él suavemente.

Jaxon tragó el nudo que de repente le bloqueaba la garganta. En cierta forma lo había sabido. En alguna parte de la conversación había comprendido que no iban a coger un avión o conducir atravesando el estado en la limusina blanca. No estaba segura de cómo lo había captado, quizás simplemente leyendo la mente de Lucian. Quizás estaba compartiendo la mente de él con más frecuencia de lo que había sido consciente.

Notó que se estaba retorciendo los dedos con nerviosismo e inmediatamente puso ambas manos detrás de la espalda. Él pensaba que podía hacerlo. *Esperaba* que lo hiciera. Trataba la idea de volar como cosa de todos los días.

– ¿Cómo Superman? – Intentó un esbozo de sonrisa que fracasó.

– No exactamente. Las nubes se mueven... una cobertura perfecta. Te ayudaré a disolverte en niebla y utilizaremos los nubarrones para movernos por el aire.

El corazón le golpeó con fuerza en el pecho. Se mordió un poco más profundamente el labio inferior.

– La niebla suena un poco difícil para empezar. ¿Por qué no intentamos algo más fácil?

– ¿Cómo qué? – Incitó Lucian gentilmente.

– Podemos usar los pies. Ya sabes, simplemente empezar a caminar por la autopista y agitar el pulgar. – De nuevo intentó una sonrisa. Pero el rápido palpitar de su corazón la traicionó.

– Mírame, ángel. – Volcó toda la fuerza de sus ojos negros sobre ella. – Confías en mí. Lo sabes. Yo nunca te pediría que hicieras algo que no puedes hacer. Eres muy capaz de hacer esto.

Ella estaba asintiendo, consciente de que él tenía razón, pero al mismo tiempo, la idea de su cuerpo disolviéndose en gotas de niebla era aterradora.

– ¿Podría intentar alguna otra cosa antes? ¿Algo más fácil? – Sus dedos se retorcían nerviosamente, pero siguió resuelta.

Lucian dudó. La niebla sería fácil de mover velozmente a través del tiempo y el espacio, aerodinámica, rápida, invisible incluso para el no–muerto en la oscuridad de la noche.

– Crear la niebla requiere la misma cantidad de energía que cambiar de forma a lechuzas o pájaros de presa con tremenda envergadura de alas. Es esencialmente lo mismo.

– ¿Cómo pueden nuestros cuerpo encogerse hasta el diminuto cuerpo de un pájaro? – Su voz temblaba. La oyó pero no podía hacer nada para evitarlo. No importaba cuando deseara aceptar esto, encontraba la idea aterradora.

Lucian le deslizó un brazo alrededor.

– Puedo ayudarte, Jaxon. ¿Confiarás para que haga esto por ti? Puedo hacer que lo aceptes fácilmente.

Su primera reacción fue sacudir la cabeza firmemente, sus dientes enterrándose tan fuerte en su labio que apareció una pequeña gota de sangre. La idea de alguien controlándola no era agradable, pero cuando se obligó a tomar aliento, se sintió de otro modo. Ahora esto era parte de su vida. Le gustara o no, ya no era humana. Era Cárpato. No había vuelta atrás, solo hacia adelante. Tenía que aprender a hacer esto de algún modo. Y no iba a ser capaz de controlar cada situación.

Lucian observó como se mordisqueaba nerviosamente el labio inferior. La visión fue suficiente para provocar lágrimas en su corazón. La palma de su mano se deslizó alrededor de la nuca, sus dedos acariciaron la piel, el pulso. Por voluntad propia las puntas de sus dedos rozaron el pelo rubio tranquilizadoramente. Inclinó su cabeza hacia la de ella, su boca encontró la de ella con facilidad, su lengua vertió un agente sanador sobre el carnoso labio inferior incluso mientras tomaba la esencia de su sangre en el interior de su cuerpo.

– Simplemente ayúdame a calmarme. – Dijo Jaxon suavemente. – No quiero que tomes el control de mi mente por completo.

La mano de Lucian se movía amorosamente sobre la cara de ella. Tomar el control *era* una tentación. No era que les faltara tiempo. Había pasado una buena parte de la noche preparando a los lobos para el transporte, preparándoles para la perturbadora separación de la manada que tendrían que soportar. Pasaría cada minuto de esta noche permitiendo a Jaxon tanto tiempo como necesitara para aceptar lo que debía hacerse. Para aceptar los tremendos dones que le eran inherentes. Aún así, estaba tentado a tomar el control de su mente, eliminar sus miedos, para que dejara de sufrir tan innecesariamente. Ya tenía problemas para soportar su dolor.

Como si estuviera tocando su mente y leyendo sus pensamientos, ella forzó una pequeña sonrisa.

– Puedo hacerlo. Sé que puedo. Si lo hago esta vez con tu ayuda, sé que podré hacerlo por mí misma la próxima vez. Habría sido útil cuando estaba enfrentando a ese ghoul en la comisaría. Podría haberme evaporado simplemente.

– Sentirás una increíble sensación de libertad, Jaxon. – Dijo él suavemente, y fundió su mente completamente con la de ella. Al momento su calma era la de ella, su mente tranquila centró la de ella. Construyó una imagen en la cabeza de ella, en la suya propia.

Jaxon sintió como su cuerpo empezaba a desvanecerse, no a desvanecerse exactamente, sino que empezaba a volverse liguero y vaporoso. Deseó aferrar la mano de Lucian a sujetarse con fuerza. Él era un ancla en su mente, e, inmediatamente, cuando su terror empezó a elevarse, sintió la calidez y la fuerza de los brazos de él cerrándose a su alrededor. Excepto que ya no había Jaxon. Era vapor, una niebla colorida como el prisma del arcoiris. Gotas de aire. Rodeándola estaba Lucian. No carne y sangre, huesos y tejidos, sino motas como diamantes que se movían velozmente para protegerla cuando empezaron a moverse a través del cielo.

Fue inesperadamente jubiloso. Aterrador pero jubiloso. Volaron a gran velocidad hacia el cielo, directo hacia las nubes. Jaxon nunca había experimentado nada siquiera parecido a esta sensación. El poder fluía a través de ella y fuera hacia el cielo nocturno.

Fue consciente de las vistas bajo ella, aunque no del mismo modo que viéndolas a través de sus propios ojos. Más bien, estaba viéndolas a través de Lucian mientras volaban por el cielo. Se movían demasiado rápido y ella era demasiado inexperta pero ser capaz de concentrarse en algo de la que había abajo. Cada vez que se distraía del todo, la mente de Lucian la centraba, manteniendo la imagen de niebla por encima de todo en su mente. Para él era fácil, una segunda naturaleza, tanto que no era más consciente de los mecanismos del cambio de forma que el de caminar. Para Jaxon era un paseo descabellado que reducía drásticamente su energía.

Cuando Lucian hizo una parada, Jaxon estaba tan exhausta que apenas fue capaz de reasumir su propia forma. Se tambaleaba, su piel tan pálida que era casi traslúcida. Sin Lucian para sujetarla, se habría derrumbado simplemente en el suelo. No tenía ni idea de donde estaba, y en realidad no le importaba. Alrededor de ella todo era bosque, la espesura de los árboles y la oscura y exuberante vegetación. Estaban en una zona montañosa, escarpada y salvaje. El viento soplaba ferozmente a través de las ramas y hojas, creando un sonido silbante curiosamente parecido a un gemido.

Jaxon se sentía ligera, casi insustancial, entre los brazos de Lucian. Él la bajó a tierra fácilmente para que pudiera descansar su espalda contra el enorme tronco de un árbol.

– Lo has hecho perfectamente, mi amor. Cambiar de forma no es para nada tan alarmante como parece al principio, ¿verdad?

Apretando las rodillas, ella sacudió la cabeza, mareada y tambaleante, su cabeza casi demasiado pesada como para mantenerla alzada. Estaba hambrienta; el hambre latía en ella como un pulso, como su corazón. Le martilleaba en los oídos, latía en sus venas. Era una enfermedad que la consumía. Podía oír el corazón de Lucian latiendo con fuerza, llamándola. El flujo y reflujo de la sangre, moviéndose a través de él, su fuerza vital como la sabia moviéndose a través de los árboles. Podía oír su fragancia llamándola, su misma esencia la llamaba. Sentía el calor de su piel irradiando hacia ella, rodeándola como una sedosa red. Necesitaba la sensación de él, fuerte y poderoso, abrazándola muy cerca.

Lucian se inclinó hacia ella. El sonido de la sangre corriendo por sus venas, rebosante de ardiente y dulce vida, la atormentaba. Sin levantar la vista hacia él, Jaxon empujó su pecho con la palma de una mano. No quería que el viera el alcance de su necesidad en sus ojos. Era solo que estaba tan débil, tan drenada de energía. Nunca se había sentido tan cansada e insustancial antes. Podía mantener su anhelo bajo control si él simplemente se apartaba de ella y le daba espacio.

Lo que sientes es muy normal, amorcito. Necesitas alimentarte. Su voz la acarició, suave, seductora, deliberadamente íntima.

Sé exactamente que está mal, Lucian. Para ti es perfectamente normal. Para mi es aborrecible. Estaba demasiado cansada para hablar en voz alta, para luchar por su humanidad. *Quiero dormir un rato. ¿Podemos simplemente encontrar un lugar para pasar la noche?*

Lucian se irguió lentamente. Sabía que les seguían la pista. El que los seguía estaba a cierta distancia, cuidando de mantenerse lejos del camino de Lucian. Lucian sentía un extraño vacío en dos zonas a varias millas de ellos. Solo aquellos con poder conseguian hacer algo así.

Cuando un Cárpatos escudriñaba una región buscando formas de vida, muy pocos podían ocultar su presencia con éxito. Lucian era un antiguo. Era lo suficientemente sensible como para sentir la ausencia de vida tan claramente como podía sentir la vida misma.

– Escúchame, cielo. – Dijo muy suavemente, su voz tan gentil y tierna que su corazón se agitó. – Nuestro plan está funcionando muy bien. Al norte y oeste de nosotros, dos vampiros menores nos siguen la pista a campo traviesa. Otro ser, mucho más poderoso los sigue también. Puedo detectar su mancha pero no encontrar exactamente su localización sin enfrentarlos a los tres.

Jaxon levantó la cabeza y le miró con sus grandes ojos. Estaba tan cansada, tuvo que esforzarse para encontrar su voz.

– Solo no, no estás solo. Si tú vas, voy yo. Hagámoslo entonces, Lucian. Haz eso del control mental. Es la única forma de que sea capaz de comer. O alimentarme, o cualquiera que sea la forma desagradable en que lo dices. – Había resolución en su cara, en las profundidades de sus ojos.

Lucian sintió inmediatamente una respuesta en la región de su corazón. Ella estaba totalmente exhausta y abrumada por todas las cosas nuevas que estaba teniendo que afrontar, aunque se ponía a la altura de las circunstancias en lo momento en que se hacía necesario, sobreponiéndose a su aversión natural a sus hábitos alimenticios. Sabía que necesitaba estar en plena forma para ayudarle y estaba decidida a hacer lo que fuera necesario para lograrlo.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, Lucian actuó, fundiendo sus mentes completamente, tomando el control, ordenándola acudir a él, que tomara lo que necesitaba de su compañero.

Jaxon se levantó con un movimiento fluido, sensual, bochornoso, una tentadora Cárpato de pura raza. Se movió hacia él sin producir un sonido, como agua que fluye, grácil y hermosa. La noche oscura no podía esconder su increíble belleza, la blancura de sus dientes, la fragancia de ella, su piel inmaculada o su cuerpo bien proporcionado.

Lucian oyó un suave gemido escapar de su garganta incluso allí, a la luz de la luna, con enemigos aproximándose por todas partes, la visión de ella hizo que su cuerpo se tensara con urgente demanda.

El cuerpo pequeño, suave y complaciente, se movió inquieto contra él, cálida piel de raso fundiéndose contra sus pesados músculos. Al momento sintió la ropa apretada y áspera y su piel sensible. Los dedos de ella le rozaron mientras le desabotonaba la camisa lentamente, buscando el contacto con su piel cálida. Brazos esbeltos le rodearon el cuello mientras se apretaba más cerca. Su corazón aceleró el ritmo; sus entrañas se apretaron apasionadamente. Se movía tan seductoramente contra él que pensó que no sería capaz de soportarlo. Ella susurró algo suave contra su pecho, el aliento fue cálido sobre su piel ardiente. La boca se movió hacia arriba por su garganta hacia el pulso que latía en su cuello. La lengua se arremolinó una vez, dos, los dientes rozaron, mordisquearon, rasparon hasta que su cuerpo fue una tensa y urgente demanda tan ardiente y necesitada que estaba pasando un mal rato para concentrarse en escanear la zona.

Ángel, me vas a matar si no te alimentas ahora. Su voz fue ronca, traicionando la desesperada necesidad de tenerla.

Al momento sintió el látigo ardiente de placer atravesando su cuerpo, convirtiendo sus entrañas en lava fundida. El éxtasis se apresuró a través de él como una bola de fuego, extendiéndose como un fuego salvaje mientras su sangre fluía en ella. Estaban conectados por toda la eternidad. Cerró los ojos y saboreó la forma en que se sentía su cuerpo, ardiente, duro e incómodo aunque inundado por oleada tras oleada de puro placer.

En toda su vida nunca había sentido un deseo sexual parecido o tal alegría cuando tomaba o daba sangre. Con Jaxon no podría separar las dos cosas. No estaba seguro de si podría alguna vez quedarse mirando mientras ella se alimentaba de otro hombre. La idea de ella lanzándose seductoramente sobre otro hombre, sus brazos rodeándole el cuello, la cabeza de él echada hacia atrás para permitirle encontrar su pulso que latía firmemente, le ponía

enfermo. La boca de ella moviéndose sobre la piel de algún otro, su lengua tocando, tentando, sus dientes hundiéndose profundamente, conectándolos a los dos... la imagen ondeó alarmantemente en su mente durante un momento.

Un gruñido feroz escapó de su garganta, y sus ojos resplandecieron apasionadamente, rojas llamas saltaban en sus profundidades. La lengua de Jaxon pasó sobre los diminutos pinchazos para cerrarlos, y levantó la mirada hacia él.

– ¿Qué pasa? – Tenía un sabor cálido y cobrizo en su boca, adictivo y sutilmente masculino. Se puso el dorso de la mano contra los labios y la limpió disimuladamente, obligando a su estómago a no rebelarse a pesar de que su mente le gritaba en negativo. Parpadeó hacia Lucian, intentando desesperadamente aparentar normalidad. Él ya tenía suficientes preocupaciones sin tener que tratar siempre de aplacar sus miedos.

Lucian la rodeó con un brazo, abrazándola con fuerza.

– Tú eres la persona más importante de mi mundo.

– También estoy empezando a ser el bebé más grande del mundo. No pudo creer como tengo miedo de todo. – Intentó una risa, pero los dos sabían que estaba diciendo la verdad. – Normalmente soy realmente fría bajo el fuego, Lucian. No sé por qué estoy siendo tan tonta.

– No hagas esto, Jaxon. No te disculpes conmigo cuando soy yo el que ha tomado esta decisión por ti. Has tenido mucho que aprender y enfrentar en un corto espacio de tiempo. Estás aprendiendo cosas que son completamente ajenas a ti. Creo que lo has hecho notablemente bien bajo estas circunstancias. – Sus manos le acariciaron el pelo. – No tengo nada que objetar sobre la forma en que has aceptado las cosas extraordinarias que te he exigido, y estoy excepcionalmente orgulloso de ti. – Se inclinó más cerca – ¿Puedes sentir lo que siento por ti? Has estado en mi mente lo suficiente como para hacerlo.

– Creo que todavía tengo miedo de mirar demasiado atentamente. Todavía estoy acostumbrándome a la novedad. – Admitió casi tímidamente.

– Quizás aprenderías más de ti misma si vieras a través de mis ojos en vez de con los tuyos propios. – Sugirió él, su voz era una negra persuación aterciopelada.

Una lenta curva le tocó la suave boca.

– Estoy empezando a creer que tienes algo más que un pequeño perjuicio a mi favor.

Las cejas de él se arquearon, un elegante y anticuado gesto que Jaxon encontró entrañable.

– Puede que ser verdad. Eres la mujer más hermosa, deseable y valiente del mundo. Es un hecho.

Frotó la nariz contra su pecho, saboreando su calidez y fuerza, la forma en que la reconfortaba en un mundo que ella ya no entendía.

– Estaría dispuesta a pensar que tu hermano no lo cree. Probablemente él cree que Francesca es la mujer más deseable del mundo.

– Él nunca ha tenido mi intelecto superior o mi discerminiento. – Replicó él solemnemente

Jaxon se encontró a sí misma riendo.

– Me aseguraré de decírselo cuando finalmente le conozca.

Lucian se encogió de hombros informalmente, un casual ondeo de músculos y tendones que la hizo pensar en un enorme felino de la jungla estirándose perezosamente.

– Yo se lo he dicho en muchas ocasiones, pero se engaña a sí mismo pensando que sabe más que yo.

Al instante ella reía en voz alta, su joven voz suave y despreocupada, flotando al viento.

– Con que si, ¿eh? Cada vez creo más y más que debería conocerlo. Nosotros dos podríamos descubrir que tenemos el mismo punto de vista.

Los dedos de él le rizaron el pelo en una caricia antes de tirar gentilmente de las sedosas hebras.

– No creo que te lo presente nunca.

– Tengo el presentimiento de que conoceré a tu hermano muy pronto. Es evidente para mí que él te importa mucho. Entre tanto, ¿qué hacemos con nuestra compañía? Tú puedes ocuparte del pez gordo... no quiero tener nada que ver con él. Los menores parecen más a mi altura. – Estaba mirándole expectante, sus ojos oscuros claros y serios. Esperaba entrar en batalla con él, estaba totalmente preparada para hacer lo que fuera que él le dijera.

Lucian inclinó la cabeza para besar su boca invitadora. Ella le conmovía. Era para él una luz brillante, no podría caldearlo más. Le asombraba que todavía estuviera tan decidida a ayudarle cuando conocía su poder, sus habilidades. No quería que luchara solo.

Las largas pestañas de Jaxon bajaron para ocultar la expresión de sus ojos.

– Nunca deberías haber estado solo todos esos años. – Alzó la barbilla. – Ahora somos un equipo.

Lucian se encontró a sí mismo sonriéndole.

– Absolutamente. – Normalmente habría ido tras los dos vampiros menores y acabado con esa amenaza, pero con Jaxon en peligro, nunca se arriesgaría a dejarla sola mientras él entraba en batalla.

– Luchar con un vampiro no es poca cosa, cielo. El ghoul que enfrentaste no era nada comparado con un vampiro. Incluso uno que acaba de convertirse es algo formidable. Recuerda, fueron hombres de los Cárpatos en plena forma durante siglos. Adquirieron tremendos conocimientos y habilidades durante ese tiempo. Como vampiros mantienen una cierta fuerza corrompida. Todos ellos deben ser considerados extremadamente peligrosos.

Ella asintió solemnemente.

– No espero esto con ilusión, si eso es lo que piensas. No me importaría que fuera hombres lobos... puedo hacer eso de la bala de plata en el corazón. Soy una gran tiradora. ¿Sirven de algo las balas de platas con estas criaturas?

– No vamos a luchar con ellos esta vez. No estamos preparados. Queremos la ventaja completa. Dejémoslos venir tras nosotros. Tendrás que buscar refugio pronto. Conozco estas montañas, y ellos no. Podemos seguir viajando en las primeras horas del amanecer y ellos no. Elegiremos nuestro campo de batalla y emprenderemos nuestra guerra cuando estemos completamente listos.

Deseaba llamar él a los vampiros menores, destruirlos inmediatamente mientras sabía que podía, pero era bien consciente del otro que había ahí afuera, esperando, hinchado de habilidad y el conocimiento de los siglos pasados como vampiro. Era una criatura apestosa, completamente malvada, que utilizaba a mortales e inmortales por igual para sus oscuros propósitos. Sería consciente de que Lucian era capaz de llamar a esos vampiros menores. Sabría que Lucian sería bien consciente de que los no–muertos los perseguía y esperaría que Lucian se ocupara de ellos.

– ¿Estás diciendo eso sólo para evitar que yo vaya tras ellos contigo? Aprendo con rapidez, Lucian, de veras. Sólo dime lo que tengo que hacer.

– Lo aprenderás todo demasiado pronto, Jaxon. ES fácil leer mi mente cuando estámos fundidos. La información que buscas está ahí para ti en cualquier momento. Ahora mismo, debemos continuar nuestro viaje. Debemos conseguir refugio antes de que el sol esté demasiado alto.

– ¿Estoy retrasándonos? – Preguntó ella ansiosamente.

– Tenemos mucho tiempo, Jaxon. No hay prisa. Estamos alto en las montañas. Conozco esta zona muy bien. Antes de bajar a las ciudades, los Cárpatos siempre buscamos lugares altos. Las Montañas Cascade son fuego y hielo... la casa perfecta para alguien como nosotros.

Las cejas de ella arquearon.

– Voy a fingir que no he oído eso. ¿Fuego e hielo? No me gusta como suenan esas palabras.

– Pues debería. Te describen.

– ¡No es cierto! – Estaba indignada.

Él rió suavemente, un sonido íntimo e sexy que inmediatamente envió una oleada de calor en espiral a través de su cuerpo.

– Ahora mismo era fuego, amorcito, y eres hielo cuando estás bajo el fuego enemigo.

Ella se ruborizó sin que se le ocurriera razón alguna para ello excepto la voz de él. Era la forma en que hablaba, su acento, el embrujo negro aterciopelado que la hacía sentirse como si fuera la única mujer del mundo, la única a través de los largos siglos. Estaba en su voz, en sus ojos, en la forma en que se pasaban del frío hielo al calor fundido en un parpadeo. Él la hacía sentirse intensamente deseable. *Tenía* que tenerla, *tenía* que estar con ella. Todo lo que ella decía, todo lo que hacía, era de gran importancia para él.

Lucian se inclinó más cerca de ella, un brazo se deslizó alrededor de su cintura para poder empujar su cuerpo esbelto hasta el calor del suyo propio.

– Te hago sentir de esa forma porque así es como es, no porque mi voz sea mágica.

Ella le tocó la boca con la punta de un dedo.

– Tú eres mágico, Lucian.

El cuerpo de Lucian se tensó con urgente deseo, y por primera vez el corazón le golpeó dolorosamente en el pecho. Oyó algo en su voz que no había estado allí nunca antes. No había dicho que le amaba, porque en el interior de su mente no creía hacerlo. Su alma estaba atada a él; ella no tenía más elección que aceptarlo. Su cuerpo clamaba por el de él; Lucian era bien consciente de la química física que había entre ellos. Pero había esperado una larga batalla para ganar su corazón.

Pero ahí estaba. Cuatro pequeñas palabras que no deberían haber significado nada, pero lo oyó. Suave. Tímido. Inconsciente, incluso. *Tú eres mágico*, Lucian. Estaba en esas palabras... la rendición del corazón de ella a su cuidado. La abrazó, un pequeño paquete de dinamita, cerrando los ojos para saborear el momento. Estaría grabado en su mente por toda la eternidad. Jaxon con su ridículo nombre y pequeña y femenina constitución, con todo el valor de guerreros largamente olvidados.

– Estás a salvo a mi cuidado. – Susurró él, con la boca en su sien.

Estaba contenta de ser abrazada. Incluso con el sol tan cerca de alzarse, con la naturaleza salvaje y los enemigos persiguiéndolos, se sentía totalmente protegida. Él la abrazó durante unos minutos, relajándose en la calma de las montañas antes de la siguiente etapa de su viaje.

Capitulo14

La vista cortaba el aliento. Jaxon estaba afianzada en lo alto de una roca plana y examinaba la caída de la cascada que bajaba por la pared de la cueva en una cortina de espuma blanca. Lucian había detenido una vez más su vuelo, esta vez en las profundidades de una cavernosa montaña. Ella estaba bajo tierra antes de tener tiempo de pensar en las capas de granitos y tierra sobre su cabeza. La caverna era enorme, las profundas piscinas bajo las cascadas daban la ilusición de tremendo espacio. Colgaban cristales en largas lanzas de color que brillaban como diamantes. Podía ver tan claramente como si estuvieran a la luz del día. Estaba muy cansada pero extrañamente feliz.

Cuando se habría paso a través del cielo, Jaxon se las arregló para mantener la niebla por sí misma sin ayuda de Lucian. Ella había permanecido completamente fundida con él pero le había permitido ser la que mantuviera la imagen firmemente en su mente. En la primera etapa de su viaje se había sentido aprensiva y muy consciente de lo que estaban haciendo. Parecía completamente antinatural. La segunda vez había aceptado el método de viajar tan expeditivamente y mucho más fácilmente de lo que había pensado en principio. Había encontrado su propio cuerpo relajado y su mente tranquila mientras cruzaban velozmente el cielo juntos. Era agotador, no había duda, pero comprendió que era como cualquier otro esfuerzo: solo requería práctica antes de perfeccionarse. Ahora deseaba intentar otras cosas. Lobos. Pájaros. Todo. Cualquier cosa.

Pero todo eso podría esperar a un momento más oportuno. Estaba demasiado cansada, y, bajo tierra, era consciente del sol que se alzaba. Justo antes de que entraran en la cueva, sus ojos habían empezado a picar como si fueran atravesados por mil agujas. Y la locura era que ella había sido solo niebla, sin piel, ni ojos, nada que el sol pudiera tocar. Aún así lo había sentido, y había sido claramente incómodo.

Se sentó con las piernas cruzadas sobre la enorme roca redondeada y plana paseando la mirada sobre la serie de piscinas. Sobre ella y a la izquierda una larga cascada llenaba la cámara con un rugido ensordecedor. Jaxon estaba volviéndose una adepta en bajar el volumen de los sonidos y ahora lo hacía con facilidad. Estaba bien estar sentada sobre algo sólido donde podía sentirse a salvo y lejos de los rayos del sol.

Lucian estaba colocando sus salvaguardar para asegurar que no fueran perturbados. No estaba segura de lo que estaba haciendo él, pero sabía que era lo suficientemente poderoso como para protegerlos de cualquier cosa que pudiera ir tras ellos. Tamborileó con los dedos sobre la superficie de la roca, deseando tener acceso a un teléfono.

– ¿Por qué? – El sonido de la voz de él la sobresaltó.

Jaxon se volvió para verle deslizarse hacia ella. La forma en que se movía le quitaba el aliento.

– Pensaba llamar al capitán y asegurarme de que no ha ocurrido nada desde que nos marchamos.

La mano de él infaliblemente le encontró el pelo.

– Todavía estás preocupada por Drake. – Su voz fue suave por la compasión.

Ella asintió.

– Sé que probablemente lo mejor fue marcharnos, especialmente si ya nos siguen la pista los... vampiros. – Tropezó con la palabra, ¡la idea era todavía algo sacado de un cuento gótico para ella! – Pero no puedo evitar sentirme como si desertara de todo el mundo.

– Drake nos seguirá, cielo. – Dijo él amablemente, sus dedos trazaron la delicada línea de la clavícula. – Sé que lo hará. No hay razón para que haga daño a nadie más.

– Sólo deseo asegurarme de que hicimos lo correcto. – Dijo ella preocupada.

– Fúndete conmigo. – Invitó él suavemente.

Jaxon dudó por un momento sólo porque la mente de él se estaba volviendo tan familiar, tan natural, tan parte de ella. Se deslizaba dentro y fuera de ella constantemente, su mente con frecuencia se extendía en busca de él incluso sin pensarlo conscientemente. Era desconcertante lo mucho que anhelaba ser parte de él. Lucian esperaba pacientemente, nunca apresuraba su decisión, simplemente la observaba con sus ojos oscuros e insondables. Jaxon permitió que su mente se fundiera con la de él. Al momento se sintió a salvo, protegida, amada. Sintió el poder y la confianza. Una sensación de plenitud.

¿Antonio? ¿Todo va bien por ahí?

Jaxon estaba alarmada. El vínculo mental que Lucian utilizaba para contactar con el hombre era completamente diferente al que utilizaba con ella. Encontró la mano de Lucian, entrelazando sus dedos con los de él.

Si. ¿Y tú y dama?

Los dos estamos bien. Ella está preocupada porque Drake haya tomado represalias.

Por aquí todo está tranquilo. Mantengo la guardia baja, esperando que visite vuestra casa esta noche. Dile que no se preocupe.

Gracias, Antonio, y que tengas un buen día.

Jaxon se encontró sonriendo ante lo anticuado y cortes que ponía sonar Lucian incluso intercambiando pensamientos.

– ¿Él puede contactar contigo en cualquier momento?

Lucian negó con la cabeza.

– No, aunque estoy seguro que sentiría su ansiedad si estuviera en una situación en la que su vida se ve amenazada. Su familia ha servido a la familia de Aidan Savage durante cientos de años. Son humanos pero muy versados en las costumbres de nuestra gente. Que yo sepa son solo un puñado de humanos a los que se les confía el conocimiento de la existencia de los Cárpatos. Antonio es un joven excepcional. Le considero un amigo.

– ¿Estás seguro de que el vampiro principal nos sigue también?

Absolutamente, Jaxon. Abandonó nuestro rastro antes que los dos vampiros menores, pero nos sigue. No hay duda de que sabe que somos conscientes de él. Sabrá que soy consciente de los otros dos que nos siguen, pero tiene una opinión muy alta de sí mismo y su habilidad para esconderse de mí.

– Quizás es porque la merece. – Sugirió ella tranquilamente.

Lucian arqueó una elegante ceja negra hacia ella, un gesto sublime que decía mucho silenciosamente.

Jaxon estalló en carcajadas ante su arrogancia.

– ¿Qué? – Exigió. – ¿No es concevible que se las haya arreglado para seguir vivo durante siglos porque es realmente bueno como vampiro? Quizás es más poderoso que...

– Sé que no ibas a decir más poderoso que yo. – Su voz la instó a desafiarle.

Ella empujó la pared de su pecho, sin ningún miedo.

– ¿No es posible?

– Para nada.

– ¿Realmente lo crees, verdad?

– Lo sé, ángel. No hay vampiro tan poderoso. Tengo un gran control, tremenda disciplina, y he aprendido lo que otros no lo tienen. Sólo mi hermano Gabriel se acerca a tener el conocimiento y las habilidades que yo poseo.

No se jactaba, hablaba en serio, indiferente ante su poder. Lo aceptaba como aceptaba todo lo demás en el mundo que le rodeaba. Simplemente era sí.

– ¿Y si estás equivocado? ¿Y si le estás subestimando?

Lucian se encogió de hombros con perezosa informalidad.

– Puedo subestimarle con facilidad sin ser por ello menos poderoso. Algunos vampiros son bastante astutos, todos son crueles y completamente malvados. Estoy seguro de que este ha vivido mucho y adquirido muchos conocimientos. No le servirán de nada. Es mi deber destruirle, y lo haré.

– ¿Como has aguantado tanto cuando tantos otros hombres se han convertido?

Lucian le tocó la cara con dedos gentiles.

– Me gustaría decir que sabía que tú ibas a nacer y resistí por tu bien, pero la verdad es, que no creí que fuera a haber semejante recompensa. Conocía a un hombre hace muchos siglos. Algunos dicen que fue el Hijo de Dios. Otros dicen que no existió, e incluso otros dicen que era simplemente un buen hombre que vivió una vida ejemplar. Yo solo sé que caminamos juntos una noche y hablamos. Toqué su mente con la mía. En todos los días que he caminado sobre este mundo, nunca conocía a otro como él. Era como yo pero diferente. Era como un humano, pero diferente. Sólo había bondad en él. Sólo eso. Sabía cosas que no sabía nadie más. Era amable y compasivo. Yo ya había perdido la capacidad de sentir, aún así cuando estaba en su presencia, me sentí reconfortado. – Lucian suspiró suavemente y sacudió la cabeza. – Me preguntó que si pudiera concedérseme cualquier cosa en el mundo, qué pediría. Repliqué, una compañera para Gabriel. Me dijo que Gabriel tenía una compañera y que la encontraría, pero que tendríamos que resistir mucho más que ningún otro de nuestra raza. Yo sabía lo que él quería decir, sin mi ayuda, Gabriel no sobreviviría tanto tiempo.

– ¿Y le creíste?

– No lo entiendes. Este hombre no podía mentir. No era capaz de engañar. Me hice a mí mismo la promesa de que nunca permitiría a mi hermano escojer el camino del no–muerto. Se nos ha pedido mucho... la matanza constante de nuestra raza, el aislamiento que el cazador debe soportar. Gabriel era diferente; él sintió emociones mucho más tiempo de lo normal en nuestros hombres. Creí que era porque su compañera estaba viva. Ella es uno de los nuestros. Nos movíamos con frecuencia, cazando, destruyendo y luchando, Gabriel no tuvo oportunidad de buscarla. Al final fingí convertirme en vampiro cuando supe que mi hermano estaba cerca de convertirse. Procedí así para evitar que él tuviera que llevar a cabo más muertes, lo cual es peligroso para los que están cerca de la conversión. En vez de eso tenía que cazarme a *mí*. Después de años de luchar conmigo y perseguirme a través de los continentes, Gabriel se las arregló para apresarnos a ambos en la tierra. – Su ligera sonrisa fue pesarosa. – Un fallo de cálculo por mi parte. Realmente Gabriel se las arregló para sorprenderme. Fue solo por casualidad que emergimos a la superficie antes de que su compañera eligiera encontrar el amanecer.

– Hiciste todo eso por tu hermano. – Jaxon estaba impresionada por su sacrificio. Él contaba la historia despreocupadamente, en unas pocas palabras simples, pero ella era aún una sombra en su mente, y veía sus dolorosos recuerdos claramente. Los detalles eran vívidos, las escenas de muerte cuidadosamente construidas y el caos meticulosamente planeado para convencer a su gemelo, un hombre que era letal y bien consciente del aspecto que tenía la víctima de un vampiro, eso le había cambiado. Que había sido una existencia difícil, era decir poco.

– Incluso cuando ya no podía *sentir* una emoción semejante, sabía que amaba a mi hermano y que él había seguido mi liderazgo. Fue mi decisión luchar por nuestra gente y pelear contra los Turcos Otomanos y destruir al no–muerto. Gabriel me siguió y permaneció firme y leal a lo largo de toda su vida. Se merecía ser feliz. Era mi deber asegurar que lo consiguiera.

– ¿Y de quién era deber asegurar la tuya? – Preguntó ella suavemente.

Él sonrió ante la instantánea defensa de ella.

– Me fueron concedido tremendos dones, cielo. Fuera muerte y muy capaz de resistir contra la creciente oscuridad. Y incluso más que eso, yo había tocado la luz como nadie más había hecho. No podía olvidar ese momento, tocar una mente tan pura y hermosa, tan completamente buena. Fue un regalo al que no podía volver la espalda. Nunca habría elegido

perder mi alma después de eso. Nunca volvería la espalda a algo tan completamente de la luz. Yo sabía la verdad. Sabía que estábamos aquí con un propósito y que nuestras vidas contaban para algo.

Ella sacudió la cabeza.

– Me *asombras*, Lucian, lo poco que pides para ti mismo.

Él rió entonces, una suave arrullo de amor.

– Nunca renunciaría a *ti,* Jaxon. Tú lo eres todo para mí. Ahora eres lo único que me importa. Créeme, mi amor, no soy un santo, ni un mártir. Ya no pediría tu presencia en mi vida, la *exigiría*.

Su mirada era súbitamente ardiente, una oscura intensidad centrada solamente en ella. La hacía sentirse ardiente y dolorida, una excitación floreciendo profundamente en su interior.

Jaxon se pasó una mano impacientemente por el pelo, la acción le alzó los pechos bajo la fina tela de su blusa.

– ¿Por qué he aceptado tan fácilmente nuestra relación cuando antes nunca permití a nadie que se me acercara?

– Incluso antes de que fueras convertida a nuestra sangre, tu corazón y alma eran todavía la otra mitad de la mía. Una vez pronuncié las palabras rituales, estábamos finalmente unidos en uno.

Le dio la vuelta a la mano de ella para besarle los nudillos como tributo. Su lengua le lamió el interior de la muñeca. Fue sexy e íntimo.

– Nos pertenecemos el uno al otro. Ahora estamos completos. Tú eres la luz de mi oscuridad. Yo soy el depredador, y tú eres compasión. Te necesito para ser capaz de sentir emoción, para ver los colores del mundo, para disfrutar de cada día y cada noche. Tú me necesitas para que te proteja y te aprecie, para asegurar tu felicidad. No es exactamente lo mismo que una relación humana; es más intensa y continúa creciendo a medida que pasan los años. – Su mirada ardió sobre ella posesivamente, sus dedos se deslizaron a lo largo de un muslo, masajeado sus músculos agarrotados.

– ¿Crees eso? ¿Que estábamos destinados a estar juntos incluso antes de nacer? ¿Que yo soy realmente la única mujer en todos los siglos de tu vida que era para ti? ¿Que solo existes tú para mí? – Jaxon apenas podía respirar, apenas podía dejar salir las palabras, demasiado consciente de que la palma de la mano de él se deslizaba entre sus piernas, empujando contra su mismo centro a través de la tela de sus vaqueros.

Sus ojos negros ardían hacia ella, una mirada sexy e invitadora que le derretía las entrañas.

– ¿Y tú? – Empujó con más fuerza, frotando, acariciando hasta que un suave gemido escapó de la garganta de Jaxon.

Pensó en la cuestión durante unos minutos, dándole vueltas en la cabeza antes de contestar. ¿Creía que tenían que estar juntos? No podía imaginar su vida sin él. Ella, que nunca había compartido su vida con otro ser humano, no quería apartarse nunca de su lado. Quería compartir su mente, sus recuerdos; deseaba sentir que le pertenecía siempre. Él pensaba solamente en ella, en ninguna otra mujer. No había encontrado recuerdos de otra mujer. Ella era su vida. Muy lentamente asintió.

– Debe ser tu mala influencia, pero ya no puedo imaginar vivir sin ti.

– Eso es bueno, ángel, así que no lo digas como si fuera un destino peor que la muerte. – Inclinó la cabeza, sus dientes mordisquearon el hombro de ella. – Quítate la blusa, Jaxon. Estoy tan duro y caliente, que creo que podría explotar. – Se inclinó más cerca, con la boca contra su oído. – Quiero saborearte, húmeda, salvaje y caliente por mí. Lo estás... lo siento.

Jaxon lo adoraba caliente y duro por ella. Adoraba oírle admitirlo, ese suave dejo en su voz, una nota ligeramente ronca que estrujaba las entrañas. Se quitó el top obedientemente y tiró a un lado el tirante del sujetador de encaje, desnudando sus pechos a la ardorosa mirada de él. Vio como la camisa de él seguí al sujetador e impotentemente se inclinó para saborear una pequeña gota de sudor sobre la piel de Lucian. El cuerpo de él temblaba.

– Recuéstate, cielo, y estira las manos sobre la cabeza. – Dio las instrucciones suavemente, pero no había nada suave en la forma en que si mirada negra la recorría.

El corazón de ella saltó, pero se recostó sobre la roca plana, con los brazos estirados hasta que su mano conectó con un largo y grueso tronco. Enredó sus dedos alrededor de él y lo sostuvo, sabiendo que era eso lo que él quería. La dejaba sin aliento, estirándose bajo la ardiente mirada de él, su cuerpo se le ofrecía. Pequeñas gotas de sudor le recorrían los pechos redondeados, en el valle entre ellos.

Lucian tiró sus pantalones a un lado y la cogió por su cinturilla de los vaqueros para deslizar la tela lejos de su cuerpo. Los pequeños rizos allí abajo, ya húmedos con su invitación, captaban su atención.

– Pienso en ti así todo el tiempo. Abre las piernas para mí, ángel. Invítame a entrar. – Estaba duro e hinchado, dolorido por la urgencia de su propio deseo.

Jaxon extendió las piernas ampliamente, deliberadamente lenta, una incitación carnal, apretándose sobre su erección anticipando la reacción de él. Parecía tan grande, tan desesperado por su cuerpo. Esto era increíblemente sexy, y estaba bastante escandalizada de sí misma por sentirse tan desinhibida.

– No tienes ni idea de como te deseo. Tócame, Lucian. Necesito sentir que me tocas. – Se recorrió con la lengua el labio inferior; sus pezones eran duros pináculos que le llamaban.

Él le acarició la pierna, el muslo, sus dedos se demoraron en los rizos húmedos de forma que su cuerpo saltó, sus caderas se arquearon hacia él. Lucian sonrió, sus dientes muy blancos.

– No permitas que se vaya, ángel. Te quiero así, así, abierta para mí. – Observando su cara intensamente, insertó un solo dedo en su ardiente y húmedo centro. Al momento el cuerpo de ella se apretó alrededor de él, suave terciopelo, firme. Él sintió su respuesta, sus músculos le aferraron el dedo. Empujó más profundamente, viéndola jadear de placer. – Sé lo cansada que estás, Jaxon, así que simplemente tiéndete aquí y déjame hacerte sentir bien. – Se llevó los dedos a la boca, su lengua capturó los jugos. Lucian inhaló, tomando la fragancia especiada.

Los ojos de ella se oscurecieron, temblando con un terrible deseo.

– Lucian. – Había un dolor en su voz.

La respuesta de él fue elevarle las piernas hasta sus hombros, rozar con la lengua una ardiente caricia a lo largo de los apretados rizos. Ella gritó, un sonido ronco, necesitado, una suave súplica sin palabras. Su lengua indagó profundamente, hundiéndose y retirándose, un maléfico juego que le llevó a un éxtasis descontrolado. Su cuerpo se tensó, girando fuera de control, rápido y furioso, atrapándola inconscientemente en una serie de temblores que sacudían la tierra.

Lucian dejó caer las piernas de ella hasta su cintura y empujó su latente y dolorida erección contra la ardiente y húmeda entrada, observando como lentamente empezaba a adentrarse en su interior. Ella era pequeña, apretada, y tan caliente que se estremeció de placer cuando su cuerpo tomó más de él, lentamente centímetro a centímetro.

Jaxon estaba dando vueltas de nuevo, su cuerpo ardiendo en llamas, los colores danzaban y se arremolinaban, jadeaba pidiendo aire, pidiendo piedad.

– Más. – Dijo él suavemente. – Puedes tomarme todo. Este es mi lugar, dentro de ti, mi amor. Te pertenezco. – Su santuario, su cielo.

Empezó a moverse, empujando con largas y duras estocadas, conduciéndose más profundamente, fundiéndoles juntos, construyendo la fricción hasta un ritmo furioso, implacable en su necesidad. Fue indulgente consigo mismo, tomando el cuerpo de ella para sí mismo, dándole a ella su cuerpo sin reservas, llevándola una y otra vez a un trémulo éxtasis. Sintió como el calor se acumulaba, podía sentir el interminable tensar de los músculos de ella rodeándole, firme y ardiente, aferrándole y ordenándole hasta que perdió el control, hasta que el cuerpo de ella tomó su flujo en ella.

Jaxon estaba exhausta, incapaz de moverse, con los ojos cerrados, su cuerpo interminablemente estremecido, firme alrededor de Lucian, sujetándole dentro de ella. Se inclinó hacia adelante, su lengua capturó la gota de sudor en la punta de un pecho. La acción estremeció de nuevo el cuerpo de ella, pero estaba tan cansada que sólo podía quedarse tendida bajo él, ardiendo en llamas. Tendido sobre ella, la respiró, su pequeño cuerpo tragado por el de él. Sus corazones latían como uno; sus pulmones trabajaban juntos. Jaxon permitió lentamente que sus dedos soltaran el tronco, sus brazos cayeron fláccidos a ambos lados. No podía encontrar la energía para sujetar a Lucian contra ella, sólo podía disfrutar de las sensaciones que la boca de él producía en su pecho.

Yacieron juntos, sus cuerpo entrelazados, la boca de él mordisqueando gentilmente sobre ella con silenciosa veneración. Jaxon se deslizó en un nebuloso estado de ensueño y se sorprendió cuando él se movió, sacando a regañadientes su cuerpo de de ella.

Lucian se sentó, sus brazos se cerraron alrededor de los hombros de ella levantándola, acunándola más cerca. Habían entrado en la cueva justo cuando el amanecer rompía. Sobre tierra, el sol estaría ahora alto. Como Jaxon había gastado tanta energía en su primer vuelo, había estado cansada cuando llegaron. Su acto de amor había sido largo y rudo. Podía sentir su cansancio golpeándole.

– Deberíamos buscar descanso.

Él corazón de ella saltó salvajemente. Aquí no había cámara de sueño con una cama acogedora. Sabía que él los enterraría a ambos profundamente en la tierra y no habría disculpas. La idea era inquietante incluso con lo cansada que estaba.

– Soy muy distinta de las otras mujeres de los Cárpatos, ¿verdad? – Sonaba triste. La molestaba no poder ajustarse de buena gana a todas las necesidades de su nueva vida.

Él encontró la boca de ella con la suya, su lengua danzó con la de ella, buscando, explorando profundamente, amándola, reconfortándola.

– Eres distinta de un montón de formas, ángel, pero no de las formas que crees. Nuestras mujeres nunca cazarían al vampiro, con sus compañeros como deseas hacer tú. Cazar al vampiro es más que un deseo en ti. Si fuera solo eso, te habría negado la oportunidad. *Es* una necesidad, una parte de tu personalidad, de tu naturaleza. Sólo puedo aceptarte como eres, no como tendrías que ser, tranquila y segura dentro de mis salvaguardas. Esa es la única diferencia que de alguna forma te exige un compromiso.

Ella sacudió la cabeza negándolo, después frotó la nariz contra su pecho, sus párpados cayeron.

– Soy policía. Siempre seré policía. Eso es lo que soy.

– Eres mi compañera, no un policía. Cuando cacemos, cazaremos juntos, pero tú seguirás mi liderazgo. – Lo convirtió en más que una declaración; fue una exigencia, una orden. Lo dijo con siglos de autoridad en la voz.

Jaxon se apoyó contra él, presionando su pequeño cuerpo contra el cobijo de la pura fuerza masculina en él. Si él quería dar las órdenes, en realidad no importaba. Nunca iría a cazar vampiros sin él. La idea era aterradora. Ella había conducido a sus compañeros porque era brillante en lo que hacía. Pero podía ceder el liderazgo en la caza de vampiros a Lucian. Él había estado luchando con el no–muerto durante siglos y era un maestro en ello.

– De acuerdo, Lucian, así será. Vamos a dormir antes de que me caiga.

Lucian encontró su boca de nuevo tiernamente.

– Estarás a salvo, mi amor.

– Lo sé. – Murmuró ella, con la boca contra el cuello de él, sus largas pestañas cayeron. – Simplemente no quiero saber los detalles. Encuentro que algunas cosas es mejor dejarlas estar.

– Estás a salvo a mi cuidado. – Repitió él, deseando que ella lo creyera. Y ella siempre estaría a salvo. Él la *apreciaba.* Cada uno de sus pensamientos era para ella. Habría hecho cualquier cosa para hacerle la transición más fácil, pero también quería que ella fuera a su ritmo. Inclinó la cabeza hacia la de ella lentamente, su mirada ardiente sobre la suave boca. Se

condolía por ella. Incluso con el sol alzándose más y más algo y su cuerpo volviéndose una pesada carga, todavía se condolía por ella. La besó gentilmente, a conciencia, como si tuviera todo el tiempo del mundo para saborearla.

Jaxon se relajó contra él, entregándose a la maravilla y la magia de su boca. Fue la última cosa que recordaría, la última cosa que llevó con ella a su sueño.

Duerme bien, ángel. Llévame contigo a las profundidades de tus sueños. No despertarás hasta que te lo ordene. No tendrás miedo de la tierra y sus brazos acogedores. La boca de Lucian capturó su último aliento mientras sucumbía a su orden de que durmiera. Sus entrañas se apretaron ardientemente, cada músculo de su cuerpo tenso una vez más. Era tan hermosa, tan perfecta. Nunca se acostumbraría a la idea de que ella colocara los deseos de él, su seguridad, su felicidad antes de los propios. Cuidaba de él, se preocupaba por él, le necesitaba. Escapó un suave gemido. Ella pensaba sólo bien de él; no tenía suficiente sentido común para tener miedo. No se le ocurría que él fuera capaz de una destrucción masiva contra cualquier cosa que alguna vez la amenazara. Confiaba en él implícitamente. Tenía completa fe en él. No tenía ni idea de lo que hacía por él. Durante siglos, la misma gente a cuya protección había dedicado su vida le había temido. Jaxon tenía todas las razones para temerle, por los cambios que le había obligado a aceptar, aún así le daba su confianza, y esto le llenaba de humildad.

¿Lucian? La voz de Gabriel le sobresaltó. Venía de muy lejos. *¿Me necesitas?* El sol ya estaba poniéndose donde moraba Gabriel, y la noche estaba sobre él.

Tengo una necesidad, pero no de ti, Gabriel. ¿Todo va bien contigo, Francesca y Skyler? ¿Y qué hay de la pequeña Tamara? Tamara, Lucian lo sabía, todavía estaba muy en peligro.

Jacques y Shea Dubrinsky, el hermano del Príncipe y su compañera, han llegado para ayudarnos a encontrar una forma de mantener viva a Tamara. La pequeña lo está haciendo muy bien. Skyler es bastante brillante, pero eso ya lo sabes. Te echa de menos pero se contenta con que toques su mente con frecuencia. Francesca está muchos más feliz con Shea aquí. Shea ha desarrollado una fórmula, y parece estar ayudando.

Acudiré a ti si hay necesidad, le reconfortó Lucian innecesariamente. Todavía no había hablado a Jaxon de la terrible realidad de tener un hijo tan deseado y ver como se apagaba a pesar de todo lo que los sanadores podían hacer. Él, como tantos otros Cárpatos, contaba con que Shea, Francesca, y Gregori encontraran las respuestas a por qué su raza perdía a tantas niñas tan pronto después de su nacimiento, lo que amenazaba la continuación de la especie.

Te lo agradezco. Te preocupa tu compañera.

La protegeré. No puedo hacer otra cosa.

Te ayudaré si hay necesidad. Gabriel hizo idéntico ofrecimiento instantáneamente.

Lucian sonrió, agradeciendo poder sentir la intensidad de su amor por su hermano gemelo, no sólo recordar la emoción, sino sentirla sincera y real. *Sé que vendrías, Gabriel, y te llamaré si te necesito. Francesca y las niñas te necesitan más esta vez. Jaxon y yo somos perseguidos, tres de los no–muertos. Jaxon les teme menos que al monstruo humano que al que intentamos atraer.*

Quizás tiene buenas razones para temer al humano. Cuídate. Podría salir ahora y estar allí para el próximo alzamiento.

Gracias por el ofrecimiento, pero ahí te necesitan. Puedo ocuparte de estos sin problemas.

¿Y el humano?

No empieces, Gabriel. Ya es bastante malo tener a mi compañera pensando que alguien tan insignificante podría derrotarme. No necesito que tú te pongas de su lado.

Una suave risa respondió a su declaración. La hora del día estaba empezando afectar pesadamente a Lucian. Era un antiguo y muy susceptible a los efectos de la luz del sol. Su cuerpo necesitaba la tierra. Colocó más salvaguardas y su sistema de alarma en el lugar para alejar a humanos e inmortales por igual de su lugar de descanso. Deslizándose fuera de la caverna de las piscina, con Jaxon acunada entre sus brazos, Lucian siguió en estrecho túnel

que conducía profundamente bajo la tierra. Evitó las charcas de fundidas y encontró rica y oscura tierra rebozante de minerales sanadores y rejuvenecedores y abrió una cama a varios pies de profundidad. Mientras flotaba al interior de los brazos acogedores de la tierra, centró su atención es escudriñar la zona circundante. Abrazó a Jaxon contra él, enredando su cuerpo alrededor del de ella protectoramente. Se fue a dormir con una sonrisa de satisfacción tocando su boca.

El sol intentaba valientemente bañar las montañas de luz, esforzándose por atravesar el pesado follaje hasta la tierra de más abajo. A mediodía, cuando el sol estaba en su punto más alto, el viento empezó a levantarse. Su acumularon nubes, moviéndose desde el sur. A las cuatro las nubes eran lo suficientemente pesadas como para apagar la luz del sol. A las cinco el viento era lo suficientemente fuerte para doblar los árboles y lanzar las ramas a una salvaje danza frenética. En las profundidades de la tierra, en las entrañas mismas de la montaña, Lucian se movió despierto.

Movió fácilmente la tierra sobre él y se estiró con perezoso placer, sus dedos encontraron infaliblemente las sedosas hebras del pelo de Jaxon. Ella yacía perfectamente inmóvil, su cara pálida, el latido del corazón no era discernible en su cuerpo. Gentilmente se extrajo a sí mismo de donde sus cuerpos yacían entrelazados. Flotó hasta la superficie y permaneció en pie tranquilamente durante un momento, debatiéndose. No quería que ella se despertara y encontrar que él se había ido mientras yacía enterrada en la tierra. No estaba preparada para una experiencia semejante. Aunque su orden la había enviado a dormir, y no debería despertar hasta que él le diera la orden. Técnicamente. Una oleada de ansiedad tocó su mente. Jaxon era fuerte e inteligente, una fuerza a ser tomada en cuenta, y no era más que una aprendiza. Le había puesto a prueba una y otra vez y siempre hacía lo inesperado.

Volvió la cabeza lentamente, su mente centrada en el plan de batalla. Lo más importante era encontrar la guarida del maestro vampiro. Ahora, antes de que el sol tuviera oportunidad de ponerse, él estaría atrapado en la tierra. Sabría que Lucian le estaba cazando, y el vampiro estaría gruñendo bajo la montaña, contando los segundos hasta que estuviera libre. Mientras Lucian se movía hacia arriba a través de las cuevas y túneles, intensificó la tormenta, encallándola sobre las montanas para que le ayudara en su búsqueda. Con las nubes tan oscuras y espesas, sus ojos podrían soportar la luz sin ayuda de las gafas de sol.

Explotó hacia el cielo justo cuando las nubes se abrieron de golpe y vertieron lluvia en cortinas de plata. Empezó su búsqueda, enviando sus sentidos a millas de distancia a través del cielo para escudriñar la zona circundante.

Los vampiros en sí mismos serían difíciles de detectar. Las cosas pequeñas eran más probable que los delataran: una desmesurada cantidad de insectos, murciélagos inquietos dentro de su comportamiento normal, una multitud de ratas reuniéndose. Los vampiros se habrían separado y desconocerían las guaridas de los demás. El maestro vampiro se mantendría en secreto mucho más que los otros, sin confiar su seguridad a nadie. El no–muerto prosperaba con el dolor y el sufrimiento de otros, era completamente malvado y capaz de nada menos que engaño y traición. Nunca confiarían los unos en los otros con una información tan importante como la localización de sus lugares de descanso.

Encontró una débil mancha de poder en las montañas al norte de su posición. Era una indicación de uno de los seres menores. Ningún antiguo cometería tal error. Lucian procedió a alejarse de la zona para ampliar su búsqueda. Una ligero disturbio entre los murciélagos se entregó al segundo vampiro. Estaba utilizando una cueva alta en la cara norte de la montaña. Volvió su atención al este y el oeste.

Jaxon no era consciente de nada en absoluto. Pero entonces una oscura, aceitosa e insustancial realidad, empezó a penetras los estratos de la tierra y encontrar su camino hacia ella. Se metió en sus poros y saturó su mente, moviéndose a través de su cuerpo para tomar posesión de su corazón, apretando con fuerza como una mano masajeando. Un latido. Un segundo. Jaxon despertó con el sudor bañando su cuerpo, con la pesada tierra rodeándola. Podía sentir cada centímetro, cada pie de tierra e instintívamente supo con precisión a qué profundidad estaba enterrada.

Lucian supo exactamente en que momento despertó Jaxon. Quedó verdaderamente maravillado por el sistema de radar de ella, por la intensidad de su conexión con él, que le permitió superar su orden de dormir. Había que reconocer que no estaba utilizando todo su poder, pero Jaxon no era su marioneta, y nunca la trataría como si lo fuera. Esperó, una sombra inmóvil en su mente para ver su reacción. Si era necesario, podría golpear con fuerza, tomando el control de ella.

El primer sonido que Jaxon oyó fue una especie de trueno en sus oídos, semejante a un rugido que era casi ensordecedor. Se le cerró la garganta, sofocándola. No había aire que respirar; estaba enterrada viva. Instintivamente levantó las manos para intentar escarbar para salir de su tumba. Su mente era un caos de gritos, pánico y terror. Pero la espesa y aceitosa oscuridad que invadía su alma era abrumadora, empujando a un lado incluso su pánico.

Había algo allí, malevolente, oscuro y malvado, algo agazapado a la espera de... Lucian.

Su corazón se detuvo durante un momento, después empezó a latir. Había calor bajo tierra, pero su mente estaba tranquila y calmada, capaz de funcionar y computar. Había una forma de mover esta tierra. No atravesarla, sino moverla realmente. Lucian lo había hecho cuando por primera vez ella había descubierto que dormían bajo tierra. ¿Qué hacer? Necesitaba pensarlo. Requirió una tremenda disciplina ignorar su mente que le decía que no podía respirar con las capas de tierra aplastándola, sofocándola.

Construyó la imagen en su mente, precisa, meticulosa en cada detalle, la tierra se abrió todo el camino hasta la superficie, una zona lo suficientemente grande como para que pudiera escapar del espacio confinado. Para su sorpresa e intenso alivio, la tierra sobre ella se apartó pulcramente para revelar el techo alto de la cueva. Ligeramente sorprendida, Jaxon tomó grandes alientos jadeantes, llenó sus pulmones, y levantó la cara para intentar conseguir algún alivio del vicioso calor. Se había vuelto a despertar a pesar de la orden de Lucian de dormir. ¿Que había sido lo suficientemente fuerte como para llamarla?

Jaxon flotó hasta el suelo de la cueva, el puro júbilo la llevó hasta las piscinas calientes. Empezó a correr por el estrecho pasaje. Sólo una cosa podía despertarla, sólo una necesidad. Algo se cernía sobre Lucian, amenazándole de algún modo. Sentía esa oscura malevolencia, sentía la ávida maldad extendiéndose con manos invisibles, disponiéndose a golpear. *Lucian, apestas. Mucho hablar de compartir la caza con tu socia. Pensaste simplemente que podrías ocuparte del problema mientras yo dormía, ¿verdad? Bellaco. Estás en gran peligro.* El túnel se bifurcaba en todas direcciones. Era frustrante intentar recordar lo que pasaje conducía a donde.

¿Gran peligro? Creo que yo no utilizaría una palabra tan grandilocuente, mi amada compañera. No había ni rastro de remordimiento en su voz. Si acaso, había una hebra de burlona diversión masculina.

Ese suave sonido la hizo rechinar los dientes y la decidió incluso más aún a encontrar la salida del laberinto y ayudarle. Cerró los ojos y se concentró en Lucían. La fragancia de él, su calor. Su energía y poder.

La asombró, la cantidad de información que fluyó hasta ella inmediatamente. Supo el camino de salida instantáneamente, infaliblemente. Supo exactamente donde estaba él y qué estaba haciendo. Sintió que buscaba la guarida del maestro vampiro, que se movían lentamente, explorando una zona que encontraba sospechosa. Mientras se movía veloz a través de la montaña, abriéndose paso hacia arriba hasta la entrada, lanzó también su red a los cielos para buscar. Su cuerpo era como una antena que sintonizaba cualquier cosa malvada.

Más a tu izquierda, Lucian. Entregó la información automáticamente sin pensar en ello. Él había sabido en qué momento despertó ella, estaba segura. Probablemente la había ayudado a aquietar el caos de su mente. Agradecía que no hubiera intervenido, permitiéndola abrir la tierra por sí misma. Incluso mientras ascendía aún más a través de la masa maciza de la montaña, fruncía el ceño. Quizás él la había ayudado incluso entonces. *Está cerca de la entrada. Puedo sentir su aborrecimiento, su rabia. Está muy cerca de ti, Lucian.*

Lo tengo. ¿Qué crees que estás haciendo? Como siempre la voz de Lucian fue gentil y tranquila. Él estaba tranquilo en medio del peligro extremo.

Jaxon captó un vistazo de una sólida pared de granito, aparentemente imperturbada durante siglos. Como antes cuando había "visto" a través de los ojos de Lucian, estaba desorientada. Jaxon se tambaleó y se aferró al pasillo de roca como soporte. *–Ten cuidado, Lucian. Sabe que estás ahí. Está observándote de algún modo.*

–Está atrapado en la tierra hasta que el sol se ponga. Y el sol está muy cerca de ponerse. No me has respondido. ¿Qué estas haciendo?

–Acudir en tu ayuda, por supuesto. Se pidió refuerzos a tu socia. Explicó ella dulcemente, enunciando cada palabra en su mente. Quizás lo recuerdos. *Me parece recordar que trabajabas con tu hermano, así que debes saber como se trabaja en equipo. Somos socios. Eso significa que no sales corriendo y le largas sin el conocimiento del otro.*

Una suave risa acarició su mente. Lucian no pudo contenerse. Ella le llenaba de calidez en cualquier circunstancia. Examinó la pared del acantilado cuidadosamente. *¿Como acostumbras a hacer tú?* Respiró las palabras en la mente de ella incluso mientras empezaba a moverse en un patrón peculiar, sus pies encontraron un ritmo de siglos de antiguedad. Era una salvaguarda ancestral, no especialmente fuerte y colocada principalmente para táctica dilatoria. Requería poco esfuerzo pero una gran cantidad de tiempo desentrañarla. Miró fijamente al cielo. Nunca se acercaría al maligno antes de que el sol se hundiera en el cielo.

Eso no suponía ninguna diferencia para él. Su paso permaneció estable, firme para no cometer errores, un deliberado y preciso movimiento diseñado para negar lo que el vampiro había entretejido. Lucian no se dejó engañar por la primitiva estructura de la salvaguarda. Tenía infinita paciencia e incluso más confianza. La única preocupación que tenía era Jaxon. Ella no se quedaría de brazos cruzados, en algún lugar seguro, mientras él cazaba y destruía al no–muerto. Estaba decidida a ayudarle.

No te preocupes, Lucian, estoy aprendiendo mucho de tus recuerdos. Todo lo que tienes que hacer es dirigir mis acciones como hacías con tu hermano. Soy bastante capaz de hacer lo que él hacía. No había duda en su voz. Lo consideraba un deber, una responsabilidad. Él no dudó de que lo dijera en serio.

La primera salvaguarda había sido neutralizada. Empezó con el régimen más complicado de desmantelar la trampa colocada para cazadores incautos. Este patrón era mucho más intrincado y difícil. No había visto utilizarlo antes, pero eso importaba poco para él. Era una ilusión que ocultaba la entrada de la cueva, una ilusión utilizando una caída mortal y algo más para guardar la abertura. Cuando empezó a desentrañarla, el granito crujió y gimió en respuesta. Una lluvia de piedras cayó sobre él para golpear en el punto donde había estado trabajando. Lucian simplemente saltó a un lado, los movimientos de sus manos continuaron a pesar del asalto desde arriba. Cuando la avalancha cayó hacia abajo, se incrementó en fuerza y tamaño, Lucian simplemente se tomó un momento para proveerse de un escudo invisible que rechazara las rocas.

Jaxon jadeó, sintiendo el odio y la rabia surgían en oleadas desde debajo de la tierra. Todavía estaba a alguna distancia del lugar, moviéndose hacia él, y aún así la malevolencia que proyectaba la criatura la hacía sentirse físicamente enferma. Sabía que Lucian estaba en grave peligro a causa del malicioso monstruo, que este estaba empeñando mente y poderes, su voluntad en destruir a Lucian. Cuanto más se acercaba a su guarida, más sucio se volvía el aire. Era espeso por el gas venenoso y nocivo, una combinación tóxica de maldad y odio que

amenazaba con estrangularla. Estaba dirigida a Lucian, la nube incluso más espesa donde él estaba, de forma que el aire no podía desplazarse a pesar de la fuerza del viento.

Podía sentir lo tranquilo que estaba Lucian, sin pánico, sin sensación de prisa, solo su mente tranquila trabajando a un ritmo estable para abrir la apertura de la guarida de la horrorosa abominación que le esperaba dentro con los colmillos goteando y el asesinato en la mente. Incluso entrenada como estaba ella para trabajar a pesar del dolor y la incomodidad, Jaxon sabía que nunca sería capaz de obligarse a entrar al reino del no–muerto de no haber sido por Lucian.

A él nada parecía molestarle. Actuaba como si no notara el nocivo olor, el gas espeso y venenoso que se arrastraba a su alrededor. Simplemente trabajaba tranquilo y eficientemente. Jaxon hizo un esfuerzo por concentrarse en hacer lo mismo, utilizando a Lucian como ancla mientras se introducía en el campo de acción del malefico gas.

–Aproxímate por el sur, ángel. Sentirá tu presencia, y alimentarás su triunfo. Te percibirá como el eslabón más débil a través del que puede escapar. Sabe que no tengo posibilidad de alcanzarle a tiempo para enfrentarle en su guarida, así que irá por ti, pensando en retrasarme con sus trampas. Debes estar preparada para él. Una vez esté en tu campo de visión, no puedes perderle de vista. ¿Me has entendido? Si vas a hacerlo, debes hacer exactamente lo que te diga.

–Este monstruo me aterra a muerte. Así que, créeme, haré lo que me digas.

Intentará capturarte. Si no puedo y ve que no tiene escapatoria, será muy peligroso y ciertamente intentará destruirte.

–Confío en ti, Lucian, solo dime que hacer para retrasarle lo suficiente como para que le cogas. El corazón de Jaxon estaba ahora martilleando, y deliberadamente tomó unos pocos alientos para afirmarse a sí misma. Había abierto la tumba en la tierra con éxito por su propia cuenta. Tenía que creer en eso. Había atravesado la montaña con increíble velocidad, siguiendo la senda mental que Lucian había dejado atrás para guiarla. Atravesaba el cielo en forma de niebla insustanciál, de nuevo manteniendo la imagen en su propia mente, incluso mientras hablaba con Lucian. Podía hacer lo que fuera que necesitara él que hiciera. Esto no era distinto al trabajo policial. Tenía que mirarlo así. Su compañero necesitaba refuerzos.

Podías permanecer a salvo, como deberías. Lucian hizo la sugerencia amablemente, casi ausentemente, mientras desmantelaba la segunda cerradura. Al momento unos escorpiones inmensos huyeron de una diminuta grieta que estaba empezando a formarse en la roca. Era una abertura delgada, pero grandes oleadas de insectos venenosos salían de ella, montándose unos sobre otros extendiendo sus colas hacia Lucian en un esfuerzo por alcanzarle.

Jaxon contuvo un grito de alarma cuando captó la impresión de las criaturas de la mente de Lucian. Se movían mucho más rápido de lo que había creído posible. Y eran horrendas y aterradoras. Fue la suave risa de Lucian lo que la relajó, permitiéndola continuar hacia su destino. Él nunca cambiaba, nunca parecía perturbado por nada que el vampiro lanzase contra él. Había hecho todo esto antes, había visto todo esto antes. Lucian reaccionó al enjambre de insectos con su reflejos veloces como un rayo, levantándose en el aire, expirando fuego como si fuera un dragón, destruyendo el enjambre hasta convertirlo en una humeante pila de cenizas.

Es simplemente una táctica para retrasarme, envió él para reconfortar a Jaxon.

Podía ser un táctica bastante mortífera. Jaxon relució hasta una forma sólido en el lado sur de la montaña, tomando respiraciones profundas para mantener la calma. Al momento sintió pesar. El aire era tan espeso y nocivo que se sintió enferma. Era mejor que los insectos, aún así. Si un enjambre de escorpiones gigantes hubiera salido de la montaña para recibirla, se habría ido de vuelta a cubierto instantáneamente.

Eres mucho más valiente de lo que piensas.

Espero que tengas razón. Sabía exactamente lo que estaba haciendo él ahora. Era él el que mantenía su unión, no ella. Ella tocaba su mente ocasionalmente, pero Lucian era el que

los mantenía unidos, una sombra en su mente. Estaba desbaratando la siguiente cerradura, revertiendo el intrincado patrón del vampiro, con un ojo en la puesta del sol.

Sintió como el vampiro se extendía hacia ella, intentando abrumarla con miedo, con terror. Jaxon permaneció inmune, capaz de bloquear las oleadas de miedo del mismo modo que hacía con el gas venenoso que la criatura estaba excecrando en el aire. Jaxon simplemente se mantuvo firme por Lucian, deseando desesperadamente tener un arma o dos, incluso a pesar de que sabía que las balas no servirían de mucho contra el no–muerto. Aún así un arma le daría una sensación de seguridad, y ahora mismo la necesitaba. El sol se estaba poniendo con rapidez.

Enseguida el viento se levantó, la fuerza de la tormenta se incrementaba, volviéndose violente, lanzando ramas y follaje en todas direcciones. Ahora la montaña erupcionaba, arrojando lava hacia Lucian, la mezcla era lanzada hacia el cielo, buscando su objetivo. Las rocas derretidas, arrojadas y fogosas obligaron a Lucian a ponerse a cubierto. Jaxon mantuvo su terreno, escudriñando los cielos, esperando tranquilamente a que el demonio se dejase ver.

La criatura surgió del suelo a solo unos pies de ella, sin ninguna advertencia real, volando directamente hacia ella con las garras extendidas. Con polvo lloviendo sobre ella, Jaxon tuvo solo una fracción de segundos para reaccionar, viendo solo dientes marrones aserrados, ojos de un rojo brillante y garras afiladas abalanzándose por ella. Se lanzó a un lado, alejándose, cuidando de mantener los ojos sobre la horrenda criatura. No era fácil, moverse tan rápido y mantener la mirada fija en el monstruo. Era grotesco, la cosa más grotesca que había visto nunca. El aliento del vampiro casi la dejó fuera de combate. Apestaba a descomposición.

El no–muerto giró alrededor, con los brazos extendidos hacia ella, alargándose, creciendo antes su mirada horrorizada, delgada e informe, extendió una garra hacia ella. Se obligó a permanecer completamente inmóvil, confiando en Lucian. Al momento sintió un increíble poder fluyendo dentro de ella, a través de ella. El vampiro casi la alcanzaba con una larga uña. Era grotescamente retorcida, larga y fea, de un apagado gris amarillento. Estaba a una pulgada de su piel. Surgió un humo negro y fuerte, y la uña se ennegreció, siseando en el aire nocturno. La negrura chamuscada se extendió como un fuego salvaje, recorriendo la mano gris y hacia arriba por el brazo nudoso. El vampiro gritó, un sonido agudo que le hirió los oídos.

Jaxon mantuvo su terreno, sin moverse ni un centímetro, mirando fijamente al monstruo. Sus ojos eran vacíos pozos negros, no tenía nariz, la carne descarnada de sus huesos. Siseó hacia ella, un sonido horrendo de odio y desafío, una promesa de venganza. Surgieron llamas del cuerpo de la criatura, escapando por todas partes mientras se alzaba, chillando, hacia el cielo. La lluvia que emanaba de las nubes parecía sólo añadir combustible a las llamas.

El vampiro corrió alejándose de Jaxon, atravesando el cielo nocturno en una feroz llamarada de naranja y rojo. Jaxon se encorvó contra un delgado tronco de árbol, con piernas temblorosas. El monstruo estaba huyendo, aterrorizado por el poder de Lucian. Incluso mientras daba a su aliento permiso para escapar, sintió la siguiente oleada de maldad en el aire.

Capitulo 15

¡Lucian! ¿Sientes eso? Los otros, sus amigos, vienen a ayudarle. Jaxon gritó la advertencia, sus ojos registraban ansiosamente el cielo en un intento de localizar al vampiro que huía. Si los otros llegaban en su ayuda, el maestro vampiro sin duda volvería a lucha.

El no–muerto no tiene amigos. Cada uno busca su beneficio. El maestro vampiro utilizará a los otros para cansarme. Podemos utilizar a los otros.

¿Cómo? ¿Qué hacemos?

Te están buscando, mi amor. Desean encontrar a una mujer que limpie sus pecados y recobre sus almas. Es imposible, pero no aceptarán eso.

¿Qué debo hacer?

Había un calor que llenaba su mente, una fuerza surgiendo hacia ella procedente de Lucian que estaba cerca; podía sentirle.

Pareces tan hermosa y sexy. Escoge a uno para coquetear, pero no permitas que ninguno de ellos te toque, ni siquiera un leve arañazo. Mantenlos a ambos a la vista todo el tiempo.

¿Y mi hombretón vendrá y me rescatará? Estaba molesta, y se notó en su tono sarcástico

Probablemente pelearan entre ellos y te librarán del problema. Estaré esperando por el más fuerte.

Entonces crees que el antiguo volverá.

¿Tres contra uno? Le gustarán las probabilidades y vendrá inmediatamente.

Dos. Somos dos. Estaba más molesta que nunca con él

Un vampiro nunca esperaría que una mujer participara en una batalla, ángel. Eso no se hace. Nuestras mujeres están llenas de compasión, no tienen inclinación a la violencia.

Quería seguir irritada pero se encontró riendo en vez de eso. *Entonces se llevará una sorpresa, ¿eh? ¿Pero crees que tengo inclinación a la violencia? He sido increíblemente dulce, mientras tú has sido arrogante e imposible.*

Tú no entiendes la diferencia entre la arrogancia y la confianza, pero te la enseñaré.

No puedo quedarme a esperar la lección. El sistema de alarma de Jaxon estaba ahora trabajando a destajo, el aire se espesaba con oleadas de malevolencia.

Buscó en los cielos sobre ella mientras se alejaba de los árboles para tener espacio suficiente para maniobrar. Era extraño estar enfrentando a un enemigo tan depravado como un vampiro sin ningún arma. Durante un momento su confianza se tambaleó, pero instantáneamente sintió a Lucian moviéndose dentro de ella, fuerte y reconfortante. Estaba muy cerca; su presencia era demasiado fuerte como para que no estuviera cerca. Eso la hizo sentirse mejor, y accedió a los recuerdos de él de las muchas batallas que había tramado. Mientras esperaba al descubierto bajo el cielo lluvioso, examinaba los tantos encuentros de Lucian con los vampiros como era posible, poniendo especial atención en las estrategias que Lucian había utilizado con su hermano. Uno de ellos con frecuencia quedaba a la espera mientras el otro atraía a sus enemigos hasta ellos. Lucian estaba empleando básicamente la misma estrategia.

Un viento helado sopló a través del mismo centro de la tormenta, acercándose a la tierra solo a unas yardas de donde estaba Jaxon. Un hombre alto y flaco relució hasta aparecer a la vista. Era notablemente elegante y de apariencia cortés, sus ropas impecables, en absoluto lo que había esperado. Estaba bastante pálido, y sus dientes brillaban hacia ella cuando sonrió. Era guapo y atractivo, muy diferente de los otros de su raza que había conocido. Observando cada uno de sus movimientos atentamente, Jaxon buscó en sus rasgos señales ocultas de depravación.

Solo se ha convertido recientemente, ángel. Informó Lucian suavemente. *No escuches su voz con oído humano*, añadió como precaución.

El vampiro se inclinó por la cintura.

– Buenas noches, madame. Este es un lugar poco apropiado para que una mujer esté sola. – Su voz parecía suave y musical.

Le estás oyendo como él desea que hagas. Puede manipularte solo con su voz.

Fue la voz de Lucian la que le permitió desenmascarar al no–muerto y su ilusión de suave gentileza. La voz de Lucian era pureza en sí misma, el sonido tan perfecto que casi no era de este mundo. Ahora, en contraste, el tono del vampiro rechinaba como uñas sobre una pizarra.

Jaxon inclinó la cabeza un poco coqueta.

– Sucede que me gusta la paz de las montañas. Incluso en medio de la tormenta, esto es hermoso. ¿De dónde ha llegado usted? ¿Hay una ciudad cerca?

El vampiro se movió ligeramente, un estremecimiento de fuerza, sus ojos brillantes y enrojecidos.

– ¿Dónde está el que tendría que protegerte?

Jaxon se encogió de hombros.

– Sale con frecuencia para largas ausencias. Uno poderoso le desafió, y a Lucian no le gusta que le desafíen.

Una ceja elegante se arqueó.

– ¿Lucian? Has nombrado a uno que hace mucho que se cree muerto. No puede ser ese. Lucian es un vampiro. Todos los Cárpatos lo saben.

– Solo sé que se llama a sí mismo Lucian y dice que me quedaré con él para siempre. No me trata como pensé que haría.

– Dime cual es tu nombre.

– Jaxon. – Se alejó de él, haciéndose a un lado y retrocediendo para mantener la distancia cuando él se deslizó hacia adelante. Ella se movía con gracia, con gestos femeninos y sensuales que mantenían la atención del vampiro centrada directamente en ella. Su estómago parecía un nudo, apretándose y relajándose. Dirigió un esfuerzo concentrado en mantener las manos a los costados. Sentía a Lucian en su mente, fuerte, poderoso y completamente confiado. No había forma de que pudiera sentir nada más que confianza en sí misma. Ellos eran uno, una mente, y un corazón y alma.

– ¿Quién es usted? – Jaxon sonó excesivamente coqueta. Sintió como Lucian se sobresaltaba y se detuvo a sí misma antes de sonreir.

El vampiro se inclinó de nuevo, sus modales tan corteses como siempre.

– Soy Sir Robert Townsend.

Jaxon abrió los ojos de par en par mirándole con fingido respeto.

– ¿Es un caballero? ¿Uno auténtico?

En lo alto, las ramas de los árboles se sacudían y temblaban. Desde la copa de los árboles descendió un segundo hombre. Este era tan alto, delgado y pastoso como se había descrito al legendario Drácula. Cuando sonrió, sus dientes parecieron afilados y manchados. Sus ojos eran inexpresivos y fríos aunque brillaban con un rojo feroz. Su mirad fue hasta el otro vampiro.

– Buenas noches, Robbie. Espero que no estés enredando a la jovencita con tus mentiras, intentando impresionarla con falsos títulos.

Una lento siseo escapó de la garganta de Townsend. Rojas llamas empezaron a danzar en las profundidades de sus ojos.

– Abandona este lugar, Phillipe. No eres bienvenido aquí. La dama y yo estamos hablando. Ve y encuentra por tu cuenta tu propia mujer.

El recién llegado sonrió, una sonrisa desafiante, muy claramente una advertencia.

– He tolerado tu presencia, Robbie, solo porque podías ser de utilidad. Pero ahora tengo lo que he estado buscando, y supones más problemas de lo que vales. Te lo advierto, lárgate.

Townsend siseó de nuevo, un gruñido retumbaba profundamente en su garganta. Dio un paso acercándose a Jaxon. Ella tuvo cuidado de no quedar atrapada entre ellos. Sería difícil defenderse de los dos; mejor enfrentarlos de uno en uno. Sus entrañas temblaban al comprender con qué monstruos se enfrentaba. *No humanos.* Eran malvados, dos de ellos acechándola y un tercero invisible en alguna parte. Cerca. Podía sentir que estaba cerca.

– La mujer ha venido aquí a estar conmigo, Phillipe, no contigo. He aguantado su ridículo ego demasiado tiempo.

Jaxon envió a Sir Robert Townsend una sonrisa de dinamita, sus pestañas cayeron. La punta de su lengua recorrió el húmedo labio inferior, llamando la atención sobre su lujuriosa plenitud.

Phillipe gruño y saltó hacia el vampiro más joven, volando a través del aire con increíble velocidad, más rápido de lo que esperaba Jaxon. Había visto los recuerdos en la mente de Lucian, pero la cosa real era aterradora. Los dos vampiros se unieron en un choque de colmillos y garras. La visión fue horrible. Mientras luchaban el uno con el otro, cambiaban continuamente de forma, una animal después de otro, horrendos gruñidos surgían de sus gargantas.

Jaxon permaneció muy quieta, incapaz de apartar la mirada de los dos cuerpos que se contorsionaban cubiertos de piel y ondeando con todo tipo de cosas desde puas hasta cuernos. Parecía algo sacado de una película de terror. La sangre salpicaba en amplios arcos. Instintivamente saltó hacia atrás fuera del alcance del líquido venenoso. Se mordió el labio con fuerza, concentrándose en el dolor para evitar quedar hipnotizada por la escena.

La única advertencia que recibió fue el cierre repentino de un grillete alrededor de sus dos tobillos, y fue bruscamente succionada bajo tierra. Sin pensarlo conscientemente Jaxon se disolvió en gotas de agua. Después ninguno de ellos sabría quién lo había hecho, Lucian o Jaxon, sólo que la evaporación había estaba principalmente en su mente, en sus mentes. Jaxon se lanzó al cielo, volando hacia arriba al interior del banco de espesa niebla que Lucian había proporcionado inmediatamente para que ella se fundiera en ella. Desde su situación privilegiada observó la batalla desplegada, observando como Lucian se materializaba durante un breve segundo sólo para zambullirse bajo la tierra y moverse como un relánpago a través de la tierra hacia el maestro vampiro que huía.

Los dos vampiros menores se estaba destrozando el uno al otro con dientes y garras. La sangre carmesí salpicaba en todas direcciones. En lo alto, el relámpago se arqueó de una nube oscura a otra y después golpeó la tierra en látigos dentados. Al momento Jaxon olió a carne chamuscada y vio saltar chispas alrededor de los dos vampiros. Uno gritó, un lamento agudo de terrible dolor, y cuando el humo y las chispas se aclararon, Jaxon pudo ver a la criatura arrastrándose por el suelo, con un enorme agujero abierto a través del pecho donde había estado el corazón. El calor abrasador del relámpago había cauterizado la carne del monstruo, así que no había sangre venenosa, pero tuvo la sensación de que todavía era peligroso.

El segundo vampiro, Sir Robert Townsend, yacía inmóvil, todavía se elevaba humo de su pecho, donde un agujero idéntico había incinerado su corazón. Jaxon estudió a Phillipe mientras este se arrastraba por el suelo gimiendo y siseando. El sonido le hería los oídos. Siendo niebla, no tenía forma de amortiguar el ruido hasta que se le ocurrió bajar el volumen.

Parte de ella todavía estaba atada a Lucian, monitorizando sus progresos mientras se abría paso a través de la tierra tras el no–muerto. Intentó no distraerse, concentrándose en lo que hacer con Phillipe. Debería haber estado muerto, tendido inmóvil como Townsend.

Quizás el relámpago no golpeó directamente su corazón. Si cualquier parte de él todavía funciona, puedo repararse a sí mismo. No permitas que se oculte en la tierra.

Reconoció la confianza de Lucian en ella, y eso le dio la sensación de compañerismo que necesitaba de él. Jaxon se concentró en el vampiro. Ciertamente, estaba tratando de alcanzar puñados de tierra rica en minerales y cubriendo su herida abierta. Utilizando los recuerdos de Lucian como guía, centró su energía en el cielo de arriba, sintió el poder moviéndose dentro de ella. Incluso mientras lo hacía, una parte de ella encontró el latido del corazón del vampiro. Era diferente al de un ser humano. Parecía fríos, muerto, sin ritmo en realidad, más bien un flujo lento e irregular de fluido a través de la cavidad. Acumulo las partículas eléctricas del aire, moviéndolas con su mente, dándoles la forma de una feroz bola de fuego naranja y roja. Cuando fue lo suficientemente grande para sus propósitos, la concentró sobre Phillipe. A su orden silenciosa él giró su cuerpo hacia el cielo, demasiado débil a causa de su horrenda herida como para luchar con la compulsión. La bola le cayó desde arriba y le golpeó, ardiéndose fácilmente a través de su pecho e incinerando su corazón de un golpe.

Jaxon se encontró tomando tierra a varias yardas de los dos cuerpos. Estaba exhausta y pálida, incapaz de encontrar fuerzas para mantenerse en pie. Requería increíble energía

utilizar su mente para acometer semejantes tareas físicas. Y sabía por haber estudiado los recuerdos de Lucian que todavía no había terminado. Ambos cuerpos y cualquier evidencia de la batalla y todas las gotas de sangre tenían que ser completamente extinguidas. De repente fue consciente del hambre que atravesaba su cuerpo como una entidad viviente y que respiraba. Sus células clamaban sustento, ser reabastecidas después de su sueño, después de la batalla, y después de utilizar tanta energía.

¡No! La orden fue afilada en su mente.

A Jaxon le llevó solo un momento comprender que su debilidad y hambre estaban afectando las habilidades de Lucian. Inmediatamente pensó en poder y fuerza, en amor y logro, sin dejar espacio para nada más en su mente. Encontró, cuando lo hizo, que su propia fuerza retornaba. Era capaz una vez más de acumular partículas de energía eléctrica y dirigirlas hacia los cuerpos, dejando sólo finas cenizas para ser desparramadas por el viento. Cada gota de sangre fue encontrada y erradicada, toda evidencia de la existencia de vampiros o Cárpatos desvanecida. Cuando se acabó, Jaxon se sentó en el prado con la lluvia limpiadora bañando su cara vuelta hacia arriba y el viento ahuyentando cualquier otro pensamiento aparte del apoyo a Lucian en su batalla con el monstruo más malvado de todos.

Lucian sabía mientras perseguía al vampiro a través de los túneles recién excavados que el vampiro era extremadamente peligroso. Este era viejo, un antiguo de increíble habilidad y poder. Había elidido la justicia durante muchos siglos y no sería fácil de matar. Sin pensarle, instruyó a Jaxon de la misma forma que siempre había instruido Gabriel. Adelántate *a él. Si sube de nuevo hacia la superficie. Intentará alzarse aproximadamente a cuatrocientas yardas o así de la roca que sobresale a tu izquierda. Debes conducirle de vuelta hacia mí.*

No hay problema. Jaxon no tenía ni idea de lo que iba a hacer para evitar que la criatura llegara a la superficie, pero si Lucian decía que tenía que hacerse, entonces así se haría. Cruzó rápidamente la distancia, juzgando donde estarían ellos por las vibraciones bajo la tierra. Si escuchaba, podía oir como la tierra gemía al toque del ser corrupto mientras se abría paso a través de ella. Realmente sentía estremecerse la tierra bajo sus pies y supo que el vampiro estaba corriendo hacia ella para alcanzar la superficie lejos de Lucian.

Jaxon saltó hacia el cielo, enviando una hoja de fuego a barrer la tierra, llameando todo su camino. Supo que había dado en el blanco por el chillido y el olor nocivo que lo siguió, después el súbito silencio, como si la cosa se hubiera enterrado de vuelta a la tierra. Sólo para asegurarse, dirigió hacia abajo llamas tan largas como pudo antes de que el puro cansancio la enviara tambaleante a tierra firme.

Algo iba mal. Lucian se había apartado de sus mentes unidas. La había dejado sola en el silencio de la tormenta. Demasiado cansada para moverse, Jaxon no pudo convocar la energía necesario para unirse con Lucian. Sin advertencia, hicieron erupción por todas partes en la tierra unos tentáculos, grandes brazos como los de un pulpo pero afilados como lanzas. Irrumpieron en la superficie, extendiéndose, contorsionándose, buscándola. Jaxon saltó hacia arriba, el puro terror le dio fuerzas para moverse, cuando uno de ellos se enredó alrededor de sus tobillos. Bajó la mirada con horror. Incluso mientras lo hacía, el apéndice se marchitó, se encogió, y cayó inofensivo lejos de ella.

Jaxon se dio la vuelta y casi corrió directamente hacia el hombre alto y flaco. Era joven en un momento, anciano al siguiente. Parecía guapo, después horrendo y malvado. Le sonreía.

– Confió en que hayas terminado con tus penosos intentos de hacerme daño. Es imposible. Soy demasiado poderoso. Al final, querida, pagarás por todos tus pecados contra mí. – Su voz era profunda. Podría haber parecido hermosa a otros oidos, pero para Jaxon fue un asalto.

Se movió lentamente, manteniendo las manos a los costados. Tenía que evitar los ansiosos tentáculos pero mantener la vista fija en su enemigo. Y él era su enemigo. Tan dulce como sonaba su voz, tan amable como intentaba parecer su cara, Jaxon sabía que era un monstruo sin honor, sin alma. Alzó la barbilla, su cuerpo tan inmóvil como las montañas que

los rodeaban. Dentro de sí misma encontró una calmada y tranquila charca y simplemente permaneció allí mientras la cáscara que era su cuerpo enfrentaba al vampiro.

Él le sonrió, sus dientes brillaban como cuchillas.

– Crees que él vendrá a por ti, pero me he asegurado de que quede atrapado para siempre bajo la tierra. Harás lo que te diga, y tendré eso en cuenta en mis tratos contigo. – Su voz era hipnotizadora, poderosa.

Jaxon mantuvo los ojos fijos en él, la tensión al momento se desvaneció de su cuerpo. Empezó a reírse suavemente.

– No puedes creer de verdad que tu voz me haga creer lo imposible, ¿verdad? Lucian no está atrapado bajo la tierra. Está en todas partes, alrededor de nosotros. – Ondeó una mano, y el cazador ancestral apareció por todas partes, este, oeste, norte y sur. Estaba en las nubes sobre sus cabezas y apoyado contras las rocas con perezosa indolencia. Lucian, alto y guapo, sus ojos negros brillantes.

El vampiro se dio la vuelta, su larga capa negra arremolinándose como la de un mago. Jaxon aprovechó la oportunidad para poner un poco más de distancia entre ellos. La cabeza grande del no–muerto empezó a ondular con un movimiento reptiliano, un largo y lento siseo escapó de él, traicionando su furia. Los ojos rojos se posaron sobre ella como una capa sofocante de malicia.

– Crees asustarme con tus trucos infantiles. – Ondeos los brazos, y las imágenes se desvanecieron como si nunca hubieran estado allí. Incluso mientras lo hacía, erupcionaron escorpiones de los agujeros que los tentáculos habían hecho. Oscurecieron la tierra, haciendo que la superficie de la tierra misma pareció moverse hacia ella. Podía oir el crujido mientras los horribles insectos se abalanzaban sobre ella.

Jaxon intentó saltar hacia el cielo, pero algo opresivo la obligó a bajar. Parecía no haber escapatoria del enjambre que venía hacia ella, con sus aguijones envenenados y listos. Durante un latido el corazón le latió dolorosamente en el pecho, y después se relajó, sonriendo dulcemente hacia el vampiro.

– ¿A esto nos hemos visto reducido entonces? – Ondeó una mano, y la espesa acometida de escorpiones vaciló, empezando a volverse unos contra otros, y empujando sus agujones contra los demás. – Divertido pero bastante tonto.

– Ven a mí. – Extendió su mano hacia ella.

Las cejas de Jaxon se arquearon.

– ¿Sólo eso? ¿Piensas ganar tan fácilmente? No creo que quiera ponértelo tan fácil. Nunca me apreciarías completamente. – Estaba intentando ignorar las manchas de sus afiladas uñas. La visión de ese color marrón oscuro le revolvía el estómago. ¿Ha cuantos humanos había matado? ¿Ha cuantos cazadores había destruido? ¿Cuanta sangre inocente manchaba sus manos? – No soy tan fácil de ganar. – Sabía que Lucian vendría. *Lo sabía.*

Jaxon quiso tratar de alcanzarle, fundir su mente con la de él, pero estaba demasiado cansada. Conservó su energía, segura de que la necesitaría demasiado pronto. Fuera lo que fuera que había hecho el vampiro para atrapar a Lucian, para retrasarle, nunca le retendría.

El viento sopló hacia ella, un minitornado que empujó y tiró de ella, intentando conducirla hacia el no–muerto. La hermosura de la cara de él estaba empezando a desintegrarse, sus facciones se volvían grises y flojas, la carne colgaba descarnada, como si ya no le importara mantener las apariencias. Los huesos de su calavera eran ahora mucho más prominentes, sus ojos hundidos en oscuros pozos despiadados.

– Harás lo que te ordeno.

– ¿Tú crees? – Jaxón empezó a reír. – ¿Sabes quién es él?

El vampiro se movió con un ondeo de su capa, un rechinar de sus dientes.

– Eso no importa. Moriría como los que vinieron antes.

– Realmente no lo sabes, ¿verdad? Qué divertido. Es Lucian. El antiguo. El más famoso de todos los cazadores. – Lo dijo suavemente, dulcemente, su voz casi tan gentil y pura como la que había oído utilizar a Lucian.

El vampiro se quedó totalmente inmóvil excepto por un súbito y pronunciado tic bajo su ojo izquierdo.

– Lucian está largamente muerto, lo he oído decir. Pero no lo creo. También se dice que es uno de los nuestros. *Eso* si que lo creo.

Jaxon se encogió de hombros, un gesto delicado y femenino.

– No obstante, es Lucian, y es un cazador insuperable por ningún otro. – Levantó los brazos justo mientras sentía la conexión con su compañero una vez más, la fusión completa, la fuerza supurando de ella. Captó al impresión de una terrible lucha, todavía fresca en la mente de él, aunque había sido él que el marchitó el apéndice que la había reclamado antes, la había ayudado construyendo la ilusión incluso mientras luchaba por su vida. Una vez más ondeó los brazos, abarcando toda la zona circundante mientras se dirigía al vampiro.

– ¿No puedes sentir su presencia? ¿No puedes sentirle? Está en todas partes a la vez. Rodeándonos completamente. No hay forma de derrotar a alguien como Lucian. – Mientras ondeaba las manos, aparecían una vez más imágenes de Lucian en todas direcciones, alineadas como muñecas de papel, de pie alto y erguido, apoyado perezosamente contra las rocas, alzándose hacia las nubes, los brazos pendiendo a los costados.

– ¡Suficiente! – Siseó el vampiro, su voz rechinando y crujiendo con cólera al rojo vivo. – No me dejaré engañar por tus trucos infantiles. La repetición resulta aburrida. No me divierto.

– No estaba intentando divertirte. – Dijo Jaxon suavemente. – Estaba intentando advertirte. Hay una diferencia.

Las imágenes de Lucian empezaron a moverse, al principio simplemente meciéndose hacia atrás y adelante con el viento, después andando en círculos realmente, sus pies realizando una danza de ritmo peculiar.

Inmediatamente el vampiro se concentró en Jaxon, sus labios se retrajeron en un gruñido.

– ¡Cómo te atreves intentar engañarme! – Su voz se rompió e interrumpió, toda tiza y pizarra. La saliva salpicó en el aire cuando escupió las palabras hacia ella.

El vampiro la miró fijamente, sus ojos se entrecerraron para concentrarse sobre la garganta de Jaxon, su expresión sombría y odiosa mientras deliberadamente cerraba el aire de sus pulmones. O lo intentaba. Jaxon simplemente sintió el roce la sus maléficas manos cuando intentó estrangularla a distancia, pero entonces la garra se desvaneció, y Jaxon vió como los ojos del vampiro se abrían de par en par con horror, sus manos volaron hacia arriba para proteger su propia garganta.

Alrededor de ellos los clone de Lucian empezaron a reír suavemente.

– Sabes muy bien que no debes poner la mano sobre la compañera de otro. La ley es clara y ancestral y tan vieja como el mismo tiempo. Ahora te recuerdo. Matias. Luchaste en la batalla contra los turcos pero desertaste cuando el sol empezó a alzarse. Acudiste a la tierra demasiado pronto, y supe entonces que me enfrentaría contigo en nuestro propio campo de batalla.

El vampiro luchaba por apartar las manos invisibles que rodeaban su garganta. Su cara se amorataba. Al momento se disolvió, sólo para aparecer directamente detrás de Jaxon, sus brazos intentaban rodearla, sus garras venenosas amenazando su cuello como un cuchillo. Las garras golpearon algo sólido y se quebraron. Sus brazos tocaron el espacio vacío.

Lucian habló.

– Puedes intentarlo, pero sabes que es inútil. Nunca permitiría que mi compañera fuera tocada por alguien como tú.

Incluso mientras el clon hablaba, el vampiro fue golpeado desde atrás, el golpe descargado con una fuerza enorme, la mano atravesó costillas, desgarrando músculo y tendón hacia el corazón vulnerable. El vampiro rugió de dolor y rabia, dándose la vuelta para enfrentar al cazador, abandonando su esperanza de utilizar a Jaxon como rehén. Alguna fuerza impenetrable escudaba a la mujer, y no tenía tiempo de examinarla en busca de debilidades.

Ahora mismo su vida pendía de un hilo. Mientras se volvía, rastrilló con sus garras venenosas, sin preocuparse de donde golpeaba, buscando sólo inyectar veneno a su adversario. Lucian no estaba tras él. Frente a él había clones, o ilusiones de clones. Diez de ellos permanecían como estatuas, sin expresión en sus caras, ningún movimiento indicaba si estaban realmente vivos.

La sangre salía a raudales de la herida abierta, y el vampiro supo que si intentaba elevarse en el aire, el cazador podría seguirle fácilmente. No tenía más elección que mantener su posición y luchar para abrirse paso hacia la libertad. Se alejó de la mujer y la compasión y simpatía de sus grandes ojos. Mirarla le hacía daño, le debilitaba. Ella le creía ya derrotado. El era grande y poderoso y no se vería disminuido por la creencia de una compañera en las habilidades del cazador. Incluso mientras se decía eso, sabía que se creía ya derrotado por Lucian. Nadie podría destruir o escapar de un cazador tan poderoso. No podía hacerse.

Matías maldijo en voz alta, el sonido de su voz cascada y desagradable en el aire fresco que había traído el viento de la tormenta. Oyó esa maraña, la nota discordante que ya no podía evitar, ni controlar. Se vio a sí mismo claramente, la carne colgando de sus huesos, los dientes dentados y manchados de sangre, y los ojos vacíos y muertos. Su cabeza se balanceó de lado a lado en un desesperado intento de apartar la verdad de su vista.

– ¡Páralo! Esto es lo que me haces, emplear trucos con mi mente. ¿es así como derrotas ahora a tus enemigos? Lucian el grande. Lucian el poderoso. No te enfrentas a nosotros honorablemente. Utilizas trucos e ilusiones.

Uno de los clones a la derecha del vampiro se inclinó ligeramente por la cintura.

– ¿Crees molestarme, antiguo? Tú no tienes honor, y no hay ningún honor en enfrentarse a alguien como tú. Es una completa pérdida de tiempo.

La sangre venenosa del vampiro se vertía sobre la tierra, extendiéndose, buscando víctimas. Se movía lentamente, implacablemente hacia Jaxon, abriéndose paso centímetro a centímetro mientras empapaba la tierra, buscando los pies de la mujer. El vampiro giró en un amplio círculo, permitiendo que su sangre salpicara en un arco amplio para que las gotas fueran esparcidas por el viento.

Al instante en otro giro alzó un brazo y ondeó la mano casualmente para inmovilizar el viento haciendo que las gotas venenosas cayeran a tierra. Las muñecas de papel que eran Lucian mantenían su máscaras cuidadosamente inexpresivas. Nada parecía afectarles, sacudirles.

El vampiro giró con frustración y odio, dando vueltas sobre sí mismo más y más rápido levantando un viento tan salvaje como un tornado, que sopló con la fuerza de un huracán hacia la línea de clones que le rodeaban. Las figuras brillaron hasta la transparencia pero nunca llegaron a disolverse completamente. El ataque vino de arriba, el pájaro emplumado cayó del cielo directamente sobre el vampiro, en el mismo centro del ciclón.

Jaxon se cubrió los oídos cuando el grito tomó nuevos alturas, arañando tan horrorosamente que deseó gritar. Las lágrimas ardían en sus ojos y se enredaban en sus pestañas. Quiso correr, disolverse en niebla y esconderse en el espeso banco de niebla. Tenía completa fe en Lucian, sabía que destruiría al antiguo vampiro, pero los sonidos poco familiares y las visiones de semejante batalla era aterradora.

Incluso mientras estos pensamientos invadían su mente, sentía la tranquilidad y calidez vertiéndose en ella. Era raro lo mucho que estaban conectados, como Lucian podía luchar por si vida y aún así saber exactamente como se sentía ella y buscar consolarla. Supo que le amaba en ese momento. Le amaba realmente. No estaba obsesionada o loca o hipnotizada. Si había una elección que hacer, siempre elegiría permanecer con él, no a causa de la intensa química que compartían, sino por quién era él. Lucian. Considerado, amable y amoroso. Realmente le amaba.

El vampiro se escapó por el bajo inferior del vertiginoso tornado, volando directamente hacia Jaxon con garras encorvadas y afiladas. Ella le miró implacable, aunque su corazón martilleaba. Tenía intención de arrancarle el corazón, utilizarla para destruir a Lucian, su única oportunidad real de venganza. Su cara flaca estaba cruzada por un crisol de líneas;

alrededor del cuello lucía un anillo de sangre color rubí. Donde sus ojos habían estado vacíos y sin vida ahora había sangrientos pozos rabiando por destruir.

Incluso mientras el vampiro se lanzaba hacia ella, odio y aborrecimiento surgiendo de su garganta, malicia en cada línea de su cara, Lucian se materializó tranquilamente delante de ella, una forma sólida, innamovible, impenetrable, tan inmóvil como las montañas que les rodeaban. Ocurrió tan rápido, el vampiro no tuvo tiempo de girar, ni tiempo para darse la vuelta. Se empaló a sí mismo sobre la mano extendida de Lucian.

Jaxon volvió la cara lejos de la horrible finalidad de la escena, pero el sonido succionado y los gritos resonarían durante mucho tiempo en su cabeza mientras Lucian extraía el corazón de la criatura y lo tiraba a alguna distancia del cuerpo. No había odio o rabia en Lucian, ni remordimiento o culpa. Simplemente cumplía con su deber, separando sus emociones. Le llevó unos pocos minutos comprender que él no había tenido acceso a emociones durante siglos, y en la batalla su mente simplemente funcionaba como lo había hecho durante dos mil años.

Jaxon estaba tan exhausta que apenas pudo tambalearse hacia las rocas, donde pudo sentarse y escapar del río de sangre venenosa que empapaba la tierra. No quería ver el cuerpo del vampiro mientras caía y se contorsionaba en el suelo, siempre buscando su pulsante corazón. Mantuvo la cara vuelta mientras Lucian acumulaba energía de los cielos para dirigirla directamente hacia el corazón para incinerar el órgano a finas cenizas. Sintió el calor de la blanca y ardiente bola de llamas que se deslizaba por el suelo limpiando la tierra de sangre venenosa, supo el momento exacto en el que destruyó el cuerpo.

El viento esparció las cenizas y alejó el olor nocivo de ellos. Lucian caminó hasta ella y se sentó, de forma que sus cuerpo se tocaron.

– Está hecho.

Jaxon oyó su voz, suave y gentil como siempre, y cuando levantó la mirada hacia él, los rasgos eran los mismos, hermosamente masculinos, ásperos, perfectos. Aún así, Jaxon sintió su cansancio, el hambre latiendo en él que mantenía controlado con su estricta disciplina. Estaba en su mente. También encontró la razón de su retraso en alcanzar la superficie. El vampiro había ideado una trampa, simple pero efectiva. Cuando Lucian hacía corrido a través de los túneles excavados por el vampiro, un montón de ratas se había apresurado tras él, atacando, mordiento, retrasándole. Mientras luchaba con ellas, los tentáculos brotaron sobre la tierra y se habían lanzado sobre y alrededor de él, inmovilizándole lo suficiente como para inyectar un compuesto de veneno en su sistema.

Jaxon jadeó, su corazón se cerró de golpe ante la explosión de dolor que descubrió en los recuerdos de él. Era un veneno letal, una mezcla compleja que había fabricado el vampiro que se movía con velocidad a través del sistema nervioso, causando un dolor execrable mientras se comía las células, engulléndolas mientras se replicaba a sí misma. A Lucian le había llevado unos pocos minutos ralentizar el veneno, analizarlo, y fabricar los anticuerpos necesarios para sacarlo de su sistema.

– No puedo creer que seas capaz de hacer eso. – Dijo ella, atemorizada. – ¿Cómo puede hacer alguien eso? ¿Sacar el veneno de su propio cuerpo?

– No es inusual para nuestra gente hacer cosas semejantes. Algunas veces se hace empujando el veneno a través de los poros de la piel. Esto fue más bien una batalla... de hecho, en medio de una batalla... porque el veneno es una combinación de varios compuestos letales. Bastante extraordinario para haber sido tramado por un vampiro. Siento haberme desconectado, pero habrías sentido el dolor, y no podía permitir eso. – Su brazo le rodeó los esbeltos hombros. – Por otro lado, sabía que manejarías las cosas aquí arriba hasta que yo fuera capaz de alcanzarte.

– Me monitoreaste siempre aunque yo no podía saber que te estaba ocurriendo a ti. – Dijo ella algo molesta. – Fue así como me ayudaste, ¿verdad? ¿Cómo sabes lo que estoy haciendo yo cuando no estamos fundidos? Lo pregunto solo por si acaso la información resulta útil algún día... por ejemplo, cuando esté cansada de tu arrogancia y decida tener un

ardiente affair. O mejor aún, cuando quiera asegurarme de que no estás paseándote dentro de mí. – Estaba recorriendole el cuerpo con las manos para asegurarse a sí misma que él estaba bien.

La mano de Lucian le ahuecó la barbilla para poder mirar en sus enormes ojos, ojos que mantenían un indicio de su fuego interior.

– Pareces perturbada, cielo. – Su voz fue una caricia arrastrada, burlona.

– Absolutamente. – Juró ella, pero tuvo que apartar la mirada de él o habría estallado en carcajadas.

Era eso o besarle.

– Me "permitiste" ser tu socia, pero me colocas entre bolas de algodón como si fuera una muñeca de porcelana. Debería haber sabido lo que te ocurría todo el tiempo, solo por si acaso me hubieras necesitado.

– Entiendo tu naturaleza, ángel, probablemente mejor que tú, y estoy dispuesto a darte todo lo que necesites para ser feliz. Pero tienes que entenderlo, nunca permitiré que tu vida esté en ningún peligro real. Si no puedo protegerte adecuadamente en una situación, no estarás allí. Eso es lo que hay. No estarás allí.

Lo dijo suavemente, amablemente, como un amante. Su voz hizo que el corazón se le sobresaltara y envió mariposas a revolotear en su estómago.

Suspiró y sacudió la cabeza, sabiendo que estaba perdida. Él no entendía de justicia y igualdad. Entendía que ella era una mujer. *Su* mujer. Su naturaleza exigía que la protegiera. Para él, "compromiso" significaba que ella podía estar con él, incluso ayudarle, pero bajo condiciones específicas. Jaxon sacudió la cabeza de nuevo antes de dejarla caer sobre el brazo de él.

– Estoy cansada, Lucian. Nunca he estado tan cansada antes. ¿Cuántas horas faltan para que el sol se alce y puedo dormir algo?

– Necesitas alimentarte, mi amor. Ambos necesitamos alimentarnos. Hacer las cosas nos requiere tremenda energía. No tienes experiencia en batallas semejantes. Eres muy... – Su voz se desvaneció cuando ella levantó la cabeza y le miró fijamente.

– Si dices *joven* o *pequeña* o alguna estupidez parecida, voy a demostrarte esa inclinación a la violencia que dices que tengo.

Las largas pestañas de él bajaron durante un momento, ocultando la risa en sus ojos. Sintió que eso era mucho más prudente que revelarla.

– Creo que deberíamos salir de aquí y encontrar una presa.

Ella se cubrió la cara con las manos y gimió.

– ¿Tienes que usar esa palabra? Probablemente lo haces a propósito solo para volverme loca. Yo no cazo *presas*. La gente no son *presas*.

Los inmaculados dientes blancos brillaron hacia ella.

– Me gusta provocarte, cielo. Tienes esa expresión que provoca algo en mis entrañas. – Se puso en pie, un ondeo de músculos y poder, extendiendo una mano hacia ella. – Vamos, tenemos un largo camino por delante esta noche. Y no siento demasiada lástima por estos. – Ondeó la mano para abarcar la tierra donde los tres vampiros habían sido ejecutados. – Fueron estos los que orquestaron las muertes en la comisaría y fueron tras tu compañero, Barry. Estos seres no tienen alma. Son completamente malvados. Puedo sentir tu pena, mi amor, y me duele por ti. No puedo soportar que te sientas triste.

Ella deslizó una mano en la de él.

– Estoy bien, Lucian, realmente lo estoy. Es solo que hay tanta depravación en el mundo, tanta gente enferma.

El se llevó la mano a la calidez de su boca.

– Aquí no. No donde estamos nosotros.

Capitulo 16

Lucian volvió a la cueva subterrénea, completamente en silencio. Se había alimentado bien, sabiendo que Jaxon tenía gran necesidad de alimento. Su primera obligación, su primera necesidad, era proveer por su compañera. Había encontrado varios campistas a millas de ellos y había bebido larga y profundamente para poder proveer para Jaxon.

Ella estaba de pie en una roca plana que dominaba una charca. Hacía calor en la cueva, y ella se había vestido a sí misma con una falda larga de gasa que pendía suelta alrededor de su delgada figura, adhiriéndose aquí y allí, proporcionándole a él intrigantes vistazos de sus piernas bien formadas cuando se movía. Vestía una blusa fina anudada bajo los pechos, dejándole el diafragma desnudo. Pequeñas gotas de sudar bajaban por el valle entre sus pechos invitadoramente.

Lucian permitió que su cuerpo respondiera, duro, ardiente y deseoso. Se deslizó atravesando la cueva, su camisa flotando hasta el suelo mientras se abría paso hacia la roca y se acercaba a ella por detrás. Sin tocarla se inclinó a susurrar cerca de su cuello.

– Puedo sentir tu hambre latiendo en mí. – Su voz fue suave, seductora. Sus manos bajaron por los hombros de ella, moviéndose ágilmente hacia abajo por los brazos, trazando la línea de su espalda hasta su cintura. Satinada piel desnuda. Acarició la pequeña espalda, la línea de las caderas bajo la falda de gasa, movió las manos alrededor para trazar el trasero... para encontrar que no vestía nada bajo la tela transparente.

El aliento se le atascó en la garganta, lava fundida se movía a través de su sangre, extendiendo calor y fuego que se acumulaba abajo en un dolor fuerte y pulsante. Ella se apoyó contra él, inclinando la cabeza hacia atrás, exponiendo la línea vulnerable de su garganta,

empujando los pechos hacia arriba invitadoramente mientras se extendía hacia atrás para rodearle el cuello con un brazo.

– Huele mi sangre, ángel, llamándote. Estoy caliente y duro, y necesito que te alimentes. – Necesitaba sentir la boca de ella sobre él, la sensación erótica de compartir la esencia de su cuerpo con ella, su vida.

Lucian le rodeó el cuerpo para acunar los pechos, la sensación de su peso a través de la delgada tela de su blusa. Sólo el tenso nudo evitaba que se liberaran entre sus palmas.

– Te deseo, mi amor, ahora mismo. – Susurró contra el cuello de ella, una manos se deslizó hacia abajo siguiendo la curva de su cadera, para encontrar la raya de la falda de gasa y poder recorrer su pierna, trazar el muslo, mover la mano para encontrar el húmedo calor de bienvenido en el nido de diminutos rizos.

Ella gimió suavemente, la necesidad de él se fundió con la suya, las imágenes eróticas de Lucian danzaban en su mente, aumentando su propio deseo, calentando su sangre. Presionó hacia atrás contra él, sintiendo su dura longitud, recogiendo el ritmo seductor de los dedos de él cuando profundizaban en su secreta vaina aterciopelada. Calor y fuego. Llamas recorriendo su piel, su cuerpo tensándose más y más. El deseo de él palpitando como un martillo en su cabeza, en la de ella. Fue consciente de la mano de él en el nudo bajo sus pechos, la tela se abrió de repente, liberando sus pechos doloridos a la vista de los ojos hambrientos de él. Una mano encontró la suavidad, el pulgar acarició el pezón hasta convertirlo en un duro pico.

– ¿Me deseas, Jaxon? – Preguntó él suavemente, su voz ronca de deseo.

– Mucho. – Replicó ella, apenas capaz de dejar escapar las palabras por su garganta. – Te necesito, Lucian, te necesito en mí, tu sangre fluyendo dentro de mí, tu cuerpo en el mío. – Y lo hacía. Más que nada, necesitaba sentir el cuerpo de él tomando posesión del suyo. El calor de la cueva estaba en su cuerpo, rodeándola, la necesidad de la sangre de él en su boca. Le deseaba así, duro y caliente y hambriento por ella. Deseaba esas imágenes danzando en su mente para siempre.

Inclinó la cabeza hacia atrás incluso más mientras él se inclinaba sobre su cuerpo, su brazo le acercó más la cabeza para poder encontrar la garganta, el cuello grueso y musculoso. Infaliblemente encontró el pulso, latiendo erráticamente, la reveladora evidencia de la intensidad del deseo de él.

Contra su espalda podía sentir el calor de la piel de él, los músculos de su pecho, el martilleo de su corazón sincronizado con el de ella. Arqueó el pecho más completamente en la palma de su mano, sus caderas encontraron el ritmo de los dedos. Su boca se movió sobre el pulso, respirando cálida seducción, y lo sintió saltar bajo su lengua juguetona. Presionó hacia atrás contra él para sentirle grueso y duro a través de sus ropas. Los dientes mordisquearon, rasparon, tentaron. Sonrió cuando él gimió y le ofreció la garganta, la palma de la mano aferrando con más fuerza la suavidad de sus pechos, los dedos acariciando profundamente. El cuerpo de Jaxon se tensó seductoramente alrededor de los dedos, tomándole profundamente, empujando más contra la mano. Se movió con inquieta y caprichosa invitación contra él.

Respondió al tremendo deseo de él según la costumbre ancestral de su gente, hundiendo los dientes profundamente de forma que el relámpago blanco y ardiente danzó a través de su cuerpo, del de ella, azotándoles con feroces estocadas. Él gimió de nuevo, el sonido, erótico y ronco, salió desgarrado de su garganta cuando las caderas de ella se movieron contra su mano, el cuerpo estremeciéndose de placer. La sensación de la boca de ella le estaba volviendo loco. Sus pantalones eran demasiado tirantes contra su piel sensible, volviéndose más y más apretados a medida que su cuerpo se hinchada de necesidad. Ella se alimentó sensualmente, su cuerpo ondulando contra el de él, sus nalgas presionando contra él, la fricción una incitación, una tentación.

Se volvió entre sus brazos, cerrando los pinchazos con una pasada de la lengua, con las manos en los botones de los pantalones de Lucian, los nudillos rozando su ardiente piel. Los puños de él encontraron su pelo y la aferraron firmemente mientras cerraba los ojos y echaba hacia atrás la cabeza, saboreando la libertad mientras saltaba fuera, ardiente, palpitante,

grueso y duro. Le arañó ligeramente con las uñas, sus dedos se movieron sobre él exactamente de la forma que él anticipaba. Las manos se deslizaron sobra la cintura, el estómago plano y duro, sus pulgares se engancharon en los pantalones y tiraron de ellos bajándolos por los muslos. La sensación de las manos de ella estaba volviéndole loco. El mismo aire que los rodeaba se espesaba con sus fragancias combinadas, con la intensidad del hambre de ambos. Con la mente de él firmemente en la suya, Jaxon sabía que deseaba él, lo que su cuerpo exigía, lo que le llevaba al límite. El cuerpo de Lucian se estremeció cuando la lengua de ella capturó las gotas de sudor que rodaban por su propio estómago, siguiendo el rastro hasta encontrarle incluso más hinchado. Era terciopelo sobre hierro, ardiente y deseoso.

La boca de Jaxon era apretada, húmeda y perfecta mientras él empujaba indefensamente más y más, con los puños apretados entre su pelo. Cuando bajó la mirada hacia ella, la visión fue tan erótica, la blusa abierta y los pechos empujando hacia adelante, los pezones duros y erectos, la delgada falda casi transparente, se subía exponiendo la pierna y el muslo. Las manos de ella le recorrían, nunca quietas, acunando su peso, demorándose en la firmeza de las nalgas, recorriendo arriba y abajo la columna de sus muslos. Parecía erótica y hermosa y les estaba dando a ambos tan exquisito placer que pensó que podrían arden en llamas. Tenía que tirar de ella, atraerla contra la dura longitud de su cuerpo, abrazarla firmemente para poder sentir cada centímetro de su satinada piel. Ella era delicada bajo sus manos exploradoras, frágil, una mujer perfectamente formada, y tenía cada línea, cada curva, grabada en la memoria. Se encontró a sí mismo murmurándole en la lengua ancestral, palabras de amor, de compromiso, palabras que nunca había dicho a otro ser en la eternidad de su existencia.

Palabras para ella. Palabras a las que solo ella daba sentido. La amaba, cada centímetro de ella, la veneraba, mente, cuerpo y alma. Sus manos fueron gentiles cuando la tendió, encontrando una suave cama de rica tierra, utilizando su falda de gasa como sábana. La visión de ella tendida allí con aspecto tan confiada, tan amorosamente hacia él le quitó el aliento. Tiempo y espacio desaparecieron. En su mundo solo estaba Jaxon. Su deseo de él, su hambre de él, estaba en sus ojos oscuros, en su cara. Estaba en su mente. Adonde quiera que se dirigiera él, tenía intención de seguirle, una socia voluntaria.

Lucian inclinó la cabeza hacia los pechos de ella, saboreando la sensación de su piel cremosa. Deseaba esta noche para hacer el amor. Quizás el próximo alzamiento también. Deseaba el lujo de tomarla una y otra vez sin apresurarse, sin temor a ser interrumpidos. Deseaba tiempo para tentarla, complacerla. Deseaba que ella conociera toda la belleza de su vida juntos. Hacer el amor con ella una y otra vez. Sus manos se movieron sobre las piernas de ella, los muslos.

– ¿Tienes la más mínima idea de lo que significas para mí? – Sus ojos negros se movieron sobre la cara de Jaxon, inspeccionando su cuerpo con ojos ardiente y llameando de deseo.

Ella sonrió entonces, adorando la forma en que los ojos de Lucian la devoraban con tal hambre, tal intensa necesidad. El cuerpo de él estaba duro y tenso, turgente con urgente demanda. Sus manos le acariciaban los muslos, trazando sus caderas. Él le dio la vuelta fácilmente, explorando la línea clara de su espalda, la pequeña cintura y las nalgas firmes. Lucian se inclinó sobre ella, cubriendo su pequeño cuerpo con el de él. Sus dientes le mordisquearon el hombro, sus manos le rozaron las costillas, la suavidad de los pechos, la curva de las caderas, la línea del trasero redondeado. La cogió por las caderas, levantándola para empujarla contra su palpitante erección. Solo la sensación de la piel satinada de ella, de la forma de su cuerpo, envió lava fundida a través de él, llamas danzando sobre su piel.

– Te deseo, ángel, ahora mismo. – Murmuró él suavemente, su voz negro–aterciopelada se derramó sobre el cuerpo de ella mientras con las manos veneraban su cuerpo.

Empujó contra ella, se rozó más cerca, su mano una vez más encontrando el húmedo calor que le llamaba, asegurándole que estaba lista. Presionó contra la cremosa entrada, ardiente y dispuesta. Estaba apretada, su canal aferrándole cuando empujó más

profundamente, invadiendo su cuerpo con el de él, sus manos le inmovilizaban las caderas para enterrarse a si mismo una y otra vez, largas y duras estocadas de puro éxtasis.

Danzaron colores tras los ojos de Lucian. Su corazón martilleaba. Sus caderas empujaban hacia adelante agresivamente. El fuego rabió a través de él, sobre él, semejante placer era casi más de lo que podía soportar. Ella se movió entonces, su cuerpo tan delicado, suave y femenino, su completo opuesto. Compartió su placer con ella, la creciente y desbordante tormenta de fuego que amenazaba con engullirle.

Jaxon respondió empujando contra él, dejando escapar un pequeño sonido de sumisión, indulgente con el creciente salvajismo en él. Los dos giraron vertiginosamente fuera de control, el cuerpo de ella serpenteando más y más apretada, las caderas de él empujando hacia adelante con frenesí, fundiéndoles juntos, más y más cerca. Ella captaba cada deseo en la mente de él, ajustando su cuerpo instintivamente para acomodarse hacia él, justo como hacía él por ella. Su cuerpo pareció apretarse, tensarse, después ondear con feroz alivio. El grito ronco de él quedó embozado contra la suave piel del hombro de Jaxon. Fue como una explosión de color y luz, la tierra misma se movía bajo ellos.

Lucian la abrazó contra él muy cerca, presionando su cuerpo grande firmemente dentro de ella mientras oleadas de placer sensual los inundaba, los atravesaba. Ambos estaban cubiertos de gotas de sudor. El lamió varias, siguiendo la línea de la espira dorsal de Jaxon hasta su base de su espalda.

– Eres tan hermosa, Jaxon. – Respiró las palabras más que decirlas, sus pulmones trabajaban a tiempo extra. Descansó la frente entre los hombros de ella, su cuerpo todavía profundamente enterrado en el de ella.

Deseó quedarse allí por toda la eternidad, en su mente, en su corazón, en su cuerpo. Movió la mano para encontrar implacablemente la plenitud de sus pechos. – Todo en tí es tan perfecto... la forma en que te siento contra mí, la forma en que te mueves, tu sabor. No entiendo como puedo haber vivido todos aquellos años interminables sin ti. ¿Cómo lo hice?

Jaxon presionó hacia atrás contra él, con sus manos y rodillas. Donde hacía solo unas semanas se habría sentido avergonzada por la posición, ahora le parecía hermosa, sensual y erótica. Escuchó el sonido de sus corazones latiendo perfectamente al unísono. Él estaba en todas partes, rodeándola, inundándola con su masculinidad, su enorme fuerza. La sensación del cuerpo de él sobre el suyo, en el suyo, era, francamente, muy sexy.

– Adoro esto, Lucian. De veras. Cada instante contigo.

Él se retiró a regañadientes, tendiéndose hacia atrás, rodando y llevándola con él para ponerla encima. Sus ojos negros ardían con intensidad. Ella era tan hermosa. Enredó los brazos alrededor de ella, deseando mantener la cercanía entre ellos.

– Nadie aparte de ti se ha burlado de mí antes.

– Tienes esa pinta. – Levantó la cabeza para poder mirarle a los ojos. Adoraba sus ojos. Tiernamente trazó su boca. – Algo espeluznante. Imagino que la mayor parte de la gente se siente intimidada por ti.

Las cejas de él se arquearon.

– Yo no intimido a la gente. – Dijo él.

Jaxon estalló en carcajadas.

– Intimidas a la gente en todas partes, y lo haces a propósito.

Lucian la levantó con un solo movimiento y se puso él mismo en pie con fluida facilidad la tiró sin ceremonias en una brillante charca.

Jaxon salió a la superficie escupiendo agua, sus ojos oscuros riendo hacia él.

– ¿Vamos a quedarnos aquí un tiempo?

Él asintió, su ardiente mirada acariciándole el cuerpo bajo el agua brillante.

Jaxon le sonrió, la invitación de una sirena.

– Me gusta la forma en que tu cuerpo responde tan hermosamente, Lucian.

– ¿Ah, si? – Respondió él, su voz un susurro de seducción. – Creo que nos quedaremos aquí en esta cueva durante unos pocos alzamientos. Una luna de miel.

– No estamos casados. – Señaló ella.

– Por supuesto que lo estamos. El ritual Cárpato es vinculante, mi amor, más que la ceremonia humana. No existe la palabra divorcio en nuestra sociedad. No es una opción. – Aunque su tono sonaba humilde, no había nada humilde en la ardiente pasión de su hambrienta mirada.

Ella encogió un hombro.

– Tú estás casado entonces, yo no. Era humana cuando empezó todo esto.

– Entonces tendré que hacer algo para hacerte comprender que estás total y verdaderamente atada a mí para siempre. – Sus dientes relampaguearon hacia ella, brillando amenazadores como los de un depredador.

Jaxon solo tuvo tiempo suficiente para dejar escapar un chillido ayudo antes de que el se lanzara al aire, deslizándose limpiamente en el agua, yendo hacia ella. Riendo, intentó nadar lejos de él, solo para ser capturada por manos fuertes en su cintura y empujada contra el cuerpo de él.

Pasaron tres noches en la brillante caverna, tres noches de paraíso, siendo indulgentes el uno con el otro; hablando en bajos e íntimos susurros, haciendo el amor toda la noche, volando a través del cielo como lechuzas, cambiando de forma para convertirse en lobos lo que permitió que Lucian pudiera compartir la alegría de correr libre por el bosque con Jaxon. Pasaron cada momento juntos, tomados de la mano, riendo, sencillamente enamorados.

Su destino último, la vieja cabaña que Lucian había comprado, estaba construido con troncos enormes y tenía techos de altas vigas y una terraza abierta en el segundo piso. Era rústica pero bastante hermosa. Alguien había construido la casa con manos amorosas y había vivido allí mucho antes de que hubiera sido utilizada como pabellón de caza por algún deportista rico. Lucian simplemente ondeó una mano para dispersar el polvo y suciedad que podría haberse acumulado. Ella agradeció no ver cornamentas de venado o pieles de animales salvajes decorando el lugar. La idea de tantos animales masacrados por deporte la ponía enferma.

El mobiliario era interesante, estaba en buena forma, y era tosco, apropiado para la cabaña. Jaxon vagó por las habitaciones, preguntándose que iba más en ella. Tenía el estómago encogido en un nudo, y no podía disipar la sensación de muerte y violencia de su alma. Deseo que estuvieran de vuelta en la cueva, en las límpidas charcas, donde el hedor de violencia no podía alcanzarlos.

La cabaña estaba construida con vistas a un lago, con árboles alrededor, hierba y helechos por todas partes. Era una localización increíblemente hermosa, lejos de la civilización, los vecinos más cercanos estaban a varias millas de distancia. Jaxon quiso sentir como si fuera una cabaña de luna de miel, pero la cueva con sus cristales y charcas era mucho más de su gusto. La cabaña la ponía nerviosa, como si, quizás, estuviera sintiendo un eco de cosas muertas hacía mucho. ¿Eran los animales muertos por deporte? ¿Ahora era tan sensible con un pabellón de caza? ¿Había ocurrido allí algo terrible en los días anteriores? ¿Era posible que un propietario anterior de la cabaña hubiera cometido un crimen en su hermoso pero remoto hogar y la casa todavía vibraba de violencia?

Recorrió la gran estructura, capaz de admirar la arquitectura sin que le gustara del todo el pabellón. Jaxon se encontró estremeciéndose a pesar del hecho de que podía regular fácilmente su temperatura corporal. Pasándose las palmas de las manos arriba y abajo por los brazos para calentarse, supo que su temblor no tenía nada que ver con que realmente tuviera fríos.

– ¿Sientes algo peculiar aquí? – Preguntó ella suavemente, no queriendo herir los sentimientos de Lucian si él adoraba la casa.

Lucian había estado observándola alerta, una sombra en su mente. Podía sentir su creciente intranquilidad, aunque no había ningún eco real de maldad en la cabaña. Se deslizó a

su grácil y silenciosa manera hasta ponerse junto a ella, pasando un brazo alrededor de sus hombros.

– ¿Qué es, cielo? Tienes miedo aquí. – Sabía que ella tenía un curioso sistema de radar cuando se avecinaban problemas, aunque él no sentía nada. Solo para estar seguro, escudriñó la zona circundante. El humano más cerca estaba a una milla de distancia, un excursionista solitario. Estaba mirando hacia el lago, buscando nutrias, su mente ocupada por la fauna salvaje. Estaba canturreando, el sonido vibraba suavemente en su mente. Un grupo de humanos estaba a varias millas en una cabaña. Estaban riendo, jugando juntos a algún tipo de juego. Había campistas en otras tres localizaciones, todos dentro de un día de caminata del pabellón, aunque ninguno parecía suponer una amenaza. No recogió ningún pensamiento de violencia en ninguno de los humanos que estaban cerca de ellos, y ciertamente no había vampiros o ghouls en el área. Lo habría sabido inmediatamente.

– No sé lo que es, Lucian, solo que este lugar me da escalofríos. Hay una sensación fantasmal aquí.

Las cejas de él se arquearon.

– ¿Fantasmas?

Jaxon le clavó el codo en el pecho, sus ojos marrones oscurecidos censurándole.

– Muy divertido, Lucian. Y no me digas que tu mejor amigo es un fantasma. No quiero saberlo.

– Nunca he conocido a un fantasma. – La tranquilizó él con su sonrisa más encantadora. – Me gusta este lugar. Es muy remoto, nos ofrece privacidad, la vista es hermosa, y estamos justo en medio de una de las cadenas montañosas nacidas del fuego y el hielo. ¿Qué más podríamos desear?

Jaxon le permitió tirar de su cuerpo de vuelta a la protección del de él. Era cálido y fuerte. Podía sentirle inundándola, envolviéndola, pero la intranquilidad permanecía. No le gustaba el pabellón, y no sabía por qué.

– ¿Realmente tienes una cámara de sueño secreta? – Incluso mientras lo preguntaba, estaba intentando hacer lo que él, escudriñar la cabaña por sí misma, buscando algo escondido, algo que podría estar poniéndola nerviosa. Nada había estado allí desde que Lucian había visitado el lugar por última vez. Ni siquiera un campista o excursionista lo había descubierto. Sabía que Lucian lo habría captado inmediatamente, y no sentía eco de ninguna otra cosa. Debía ser que le disgustaba la idea de que alguien hubiera matado a propósito animales salvajes solo por deporte, esa debía ser la respuesta, por eso se sentía tan intranquila, decidió Jaxon.

– Estas montañas tienen muchas cámaras bajo la superficie. En realidad podemos utilizarlas para dormir. Estudia el plano en mi mente y sabrás donde están, así nunca te quedarás atrapada sin varias rutas de escape.

Recibió un flujo de información, maravillándose de lo precisa que era. Lucian era un mapa ambulante, detallado y perfecto, y transfería información hacia ella de la misma forma que la había transferido siempre hacia su gemelo. Jaxon rió suavemente.

– ¿Todavía haces eso?

– ¿Qué? ¿Compartir mis conocimientos con Gabriel? – Lucian sonrió un poco tímidamente. – Fue la única cosa que, incluso fingiendo ser un vampiro, no podía evitar hacer. Incluso entonces, si aprendía algo nuevo, algo de valor, mi mente automáticamente tocaba la de él. Pero él hace lo mismo.

– Y todavía lo haces. – Declaró. Había estudiado el vínculo en la mente de él que utilizaba para comunicarse con Gabriel. Había gran cantidad de afecto ahí. Lucian no notaba lo extensamente que estaba ligado a su gemelo. Era tan natural para él, como lo era para Gabriel. Lucian y Gabriel estaba tan unidos que Jaxon estaba segura de que podía alcanzar fácilmente a Gabriel, incluso aunque nunca había intercambiado sangre con él.

– ¿Eres una chica de ciudad, Jaxon? – Se burló Lucian gentilmente. – ¿Son estos árboles y amplios espacios abiertos demasiado para ti? – Todavía era consciente de su intranquilidad e intentaba utilizar el humor para aliviarla.

Pasearon juntos por el enorme parque que bordeaba la casa que en un lado se proyectaba sobre el acantilado. La vista realmente era impresionante. Jaxon descansó ambas manos sobre la barandilla y se inclinó sobre ella para mirar la caída. La nieve blanqueaba las cordilleras sobre ellos y punteaba el cañón abajo. Los árboles parecían escarchados y decorados en el crispado aire nocturno. Era hermoso. El aire era frío y crispado y olía a fresco y limpio.

El enorme cuerpo de Lucian atrapó el de ella contra la barandilla.

– ¿Y? ¿Es eso? ¿Echas de menos esos edificios altos y el ruido del tráfico? – Le dio la vuelta, ondeando un brazo para abarcar sus alrededores. – Te doy todo esto, ¿y tú prefieres la ciudad?

Jaxon rió y extendió una mano hacia arriba hacia su mandíbula sombreada... justo cuando el cuerpo de él se sacudió con fuerza. Una salpicadura de carmesí le bañó la cabeza y los hombros, y Lucian se derrumbó hacia delante, una enorme muñeca de trapo con el relleno extraído. Era tan grande que la llevó con él directamente al suelo, cubriéndola. Fue solo entonces cuando el sonido resonó y reconoció el silbido de una bala.

Con el corazón en la garganta, maniobró para salir de debajo de su cuerpo sin vida. Supo inmediatamente que Drake los había encontrado. Debía haber cogido un avión y llegado allí antes que ellos. No tuvo conciencia real de que su cerebro estuviera computando la información; solo podía oírse gritar a sí misma una y otra vez, aunque ningún sonido escapó de su garganta. De rodillas examinó a Lucian. No había pulso, ninguna señal de vida. Estaba tendido sin moverse o respirar, su corazón y sus pulmones completamente inmóviles. Le llevó un momento aquietar el caos de su mente lo suficiente como para comprender que debía haber habido mucha más sangre de la que había. ¡Lucian había detenido su corazón para minimizar la pérdida de sangre! El tiempo se ralentizó. Este hombre era su vida, el aire que respiraba. No estaba muerto. Lucian le había dicho que no podían matarle, y ella le había creído. Él estaba confiando en que ella hiciera cualquier cosa que necesitara hacerse.

¿Qué es? ¿Qué se supone que debo hacer? le gritó, deseando llorar, gritar, tirar cosas. Tenía que salvarle.

¿Cómo es de malo? La voz llegó de ninguna parte, en su mente, a través de un extraño vínculo mental que nunca antes había utilizado. El tono era tranquilo como el que con frecuencia utilizaba Lucian. Le sirvió de ancla para tranquilizar el terrible pánico que la aferraba, esa voz tan parecida a la de Lucian.

Jaxon comprendió que esa voz lejana era la de Gabriel. Había sabido en que momento habían disparado a Lucian, al igual que ella; él había sentido el mismo vacío terrible, un negro vacío que no se parecía a nada que hubiera tenido que enfrentar nunca.

Respira, Jaxon. Mi hermano no está muerto. Ahora te necesita. Tendrás que sanarle rápidamente. Necesitará sangre.

Dime que hacer. No tengo mucho tiempo. Drake viene hacia aquí. No sé cuanto le llevará. Dímelo ya.

Tendrás que convertirte en luz y energía. Concéntrate solo en eso; tu cuerpo debe quedar atrás. Entra en el cuerpo de Lucian y encuentra el daño. Repáralo de dentro hacia afuera. Debes tener algún entrenamiento médico. Francesca, mi compañera, es una sanadora. Descríbeme lo que veas, y ella te dará instrucciones. Sé que esto está más allá de tus capacidades, pero no tienes elección.

Puedo hacerlo, Gabriel. ¡Lucian no morirá! Lo decía en serio. Si alguna vez haría algo bien en su vida, sería esto.

Permíteme mantener la unión mental entre nosotros. Necesitarás toda tu fuerza para sanar a mi hermano. Estaré contigo. No estás sola.

No había tiempo para charlas. Tenía prisa. Bloqueó el conocimiento de que Drake estaba acechándola, incluso ahora cubriendo la distancia entre ellos tan rápidamente como era

posible. Jaxon siguió las instrucciones que Gabriel le daba, tomando las imágenes de la mente de él. Cerró los ojos y tranquilizó el caos y el pánico, el grito silencioso, el horror de ver a Lucian tendido tan pálido y sin vida sobre el porche. Bloqueó la sangre de su pelo y sus ropas. Su mundo se estrechó a la charca tranquila y calmada donde se volvió tan liguera como el aire. Brillante. Blanca. Pura energía. Avanzó lentamente en su condición incorpórea, fundiéndose con Lucian, moviéndose a través del cuerpo de él hasta que encontró la herida de entrada en la base de su cráneo. La bala había cortado la médula espinal, un camino limpio de entrada y salida, acabando con todo a su paso. El corazón de Jaxon martilleó, el aliento le llegó en jadeos ante la extensión del daño. No tenía ni idea de como reparar una herida tan terrible.

Francesca te guiará. Mantén la imagen en tu cabeza. Confía en ella, ni importa lo difícil que se ponga.

Había tantas venas, arterias y trozos de carne que no podía identificar. Tenía que obligar a su mente a permanecer en calma cuando sabía que su cuerpo estaba temblando y cada fibra de su ser estaba aterrorizada. Esto no podía estar ocurriendo. Lucian era su vida. Después de una vida tan solitaria, temiendo tener un amigo, y mucho menos una familia, él había convertido su mundo otra vez en algo hermoso. Le había devuelto sus sueños, tratándola como si fuera la mujer más maravillosa del planeta. Era un gran hombre, un hombre que luchaba con demonios y protegía a los demás sin pensar nunca en la recompensa. No moriría. *No morirás.* Su orden fue tan fuerte y autoritaria como cualquiera que Lucian hubiera emitido alguna vez.

Fortaleciéndose a sí misma, empezó el sombrío trabajo de volver a recomponer el interior de él. Era como un rompecabezas, las piezas eran diminutos fragmentos. No podría creer que pudiera cometer un error; tenía que creer en esa voz que susurraba en su mente, diciéndole que hacer. Tenía que confiar en que el hermano de Lucian le amaba tanto como ella y haría cualquier cosa para salvarle. Trabajó meticulosamente, sin prisas, manteniendo el conocimiento de que Drake la acechaba en la parte de atrás de su mente, donde debía estar. Sólo podía concentrarse en lo que estaba haciendo.

Vivirás, Lucian. Lo susurró una y otra vez en su cabeza como una letanía. Donde sea que estuviera él, allí estaría ella, con él. La idea de estar sin él era intolerable.

Ella no era médico, ni enfermera. Tenía pocos conocimientos que la ayudaran. El entrenamiento paramédico que había recibido abarcaba heridas, pero ninguna como esta. Respetaba a la desconocida Francesca, su habilidad para saber exactamente que hacer, como reparar semejante devastación. Los Cárpatos trabajaban en las heridos de dentro hacia afuera, alineando, rejuntando, cauterizando, inspeccionando para asegurar que la infección no pudiera establecerse.

En su condición incorpórea, Jaxon era completamente ignorante del paso del tiempo, de nada más que de la tarea que tenía entre manos. *Vivirás,* susurró ferozmente en su mente. *No permitiré que mueras por mí, tipejo arrogante. Te dije que él era un problema, pero, oh, no, no podías escuchar a una mujer ¿verdad, pez gordo?* Recitó las palabras en su mente incluso mientras trabajaba a un ritmo estable, siguiendo la voz de Gabriel. Era un sistema extraño: contar a Gabriel lo que veía, Francesca compartiendo su mente con él y diciendo de vuelta a Jaxon a través de su compañero exactamente qué hacer.

Cuando Francesca estuvo segura de que se había atendido el más mínimo detalle, instruyó a Jaxon para arrancarse a sí misma del cuerpo de Lucian y proveerle de sangre. Jaxon se encontró sentada en el porche con el cuerpo de su compañero tendido a su lado. Estaba exhausta, su cuerpo tambaleándose de cansancio. Gentilmente se inclinó sobre Lucian. *Despierta, mi amor. Necesitas despertar ahora.*

Él seguía tendido sin vida, tan blanco que la aterraba. Jaxon se extendió hacia Gabriel. *No se mueve, Gabriel. Hice algo mal. Quizás describí algo incorrectamente, y Francesca me dio el consejo equivocado.*

Tranquilízate, Jaxon. Lo has hecho maravillosamente bien. No cedas al pánico. Recuérdale que Drake te acecha. Extiéndete hacia él con toda tu mente. Te oirá y despertará.

Gabriel estaba muy tranquilo.

Jaxon tomó un profundo aliento y lo dejó escapar lentamente. *Lucian, estoy terriblemente en peligro. Siente mi miedo. Despierta.* Observó su pecho. Cuando no ocurrió nada, lo cogió por los brazos y le sacudió gentilmente. *Despierta, hombre arrogante. Estoy en peligro aquí. Tu trabajo es mover el trasero y rescatarme. Francesca dice que estas completamente recuperado. ¡Despierta!*

Se inclinó sobre él cuando las pestañas de él revolotearon. Un brazo lanzó hacia arriba para tirar de ella, poniéndola bajo él. *Me disparó.*

– Me alegro de que lo comprendas, Sherlock. Ahora mismo viene hacia aquí. Podía estar aquí en cualquier segundo. Necesitas sangre, Lucian.

Él estaba haciendo un rápido recuento de sus heridas antes de escudriñar la zona. *Tienes razón, Jaxon. Está muy cerca.* Su mano subió para acariciarle el pelo, después se movió hasta la nuca. Su boca se movió sobre la garganta hasta encontrar el pulso que latía con firmeza aunque un poco demasiado rápido. Su lengua acarició pausadamente, preparándola para el shock de sus dientes hundiéndose en ella.

Jaxon gritó, sus brazos le rodearon la cabeza para acunarle contra ella. Después cerró los ojos y se relajó. Este era Lucian. Podía estar herido, incluso gravemente, pero podía avivar su sangre y hacerla sentir completamente a salvo bajo cualquier circunstancia.

Realmente débil, se encontró a sí misma adormecida, desmayada, deslizándose hasta un estado de ensoñación. Sus brazos cayeron lejos de él a los costados. Se derrumbó contra él, incapaz de sostenerse en pie, sin importarle que así fuera. Le oyó murmurar su nombre, oyó el amor en su voz mientras cerraba los diminutos pinchazos en su garganta. Las manos de él fueron gentiles cuando la movió para colocarla en una posición más cómoda.

Me llamaste tipejo arrogante, Jaxon. Eso no fue muy agradable. Tus modales necesitan mejorar inmensamente.

Tienes suerte de que no te dé de patadas. Me diste un susto de muerte. Y sólo recuerda, Señor Arrogante, que fue un humano el que casi acaba contigo.

Sabía que eras del tipo de mujer que diría "Te lo dije". A pesar de la debilidad de su voz, habían un indicio de risa.

Si hubiera tenido fuerzas, podría haberle golpeado, pero estaba demasiado cansada para hacer el esfuerzo. Se dejó caer sobre el porche, inmóvil.

Sabía que tenías predilección por la violencia, se burló él.

Jaxon lo sintió entonces, su estómago se tensó en un duro nudo. *Está aquí.*

Si, mi amor, lo sé. No te preocupes. Este monstruo nunca volverá a hacerte daño a ti o nadie a quien tú ames. Su voz, su belleza, su voz negro aterciopelada, era tan tranquila como siempre. No se lo contó a ella, porque no vio necesidad, que estaba increíblemente débil y que Gabriel y Francesca le ayudaban en la distancia, sus fuerzas combinadas se vertían en él.

Debes tener cuidado esta vez. Las palabras de ella, incluso sin su voz para pronunciarlas en voz alta, fueron borrosas en la mente de Lucian.

Duerme, mi amor, y no te preocupes por mí.

¡No! Su protesta fue firme. No intentes obligarme a dormir. *Debo estar consciente por si acaso necesitas mi ayuda.*

Lucian no señaló que ella estaba demasiado débil incluso para abrirse paso a través de una bolsa de papel. Se sentó cuidadosamente, no deseando deshacer todas las reparaciones que Jaxon había realizado tan meticulosamente. Necesitaría varios días de sueño en la tierra rejuvenecedora antes de estar otra vez en plena forma.

Drake estaba ahora a solo unas pocas yardas de distancia. Lucian podía oírle mientras avanzaba a través de los arbustos hacia el pabellón. Esperó, sentado junto a Jaxon, Una mano se enredó en la maraña de salvajes y sedosas hebras rubias que tanto adoraba.

Este era entonces, el monstruo que había tomado el control de la vida de Jaxon a tan temprana edad. Tyler Drake. Lucian podía sentir la tensión de ella, aunque intentaba esconderla.

Lucian envió una oleada de tranquilizadora calidez antes de volver su atención al monstruo que se aproximaba. Envió su voz, esa arma perfecta, hacia la noche.

– Vendrás a mí desarmado, Drake.

No había forma de desobedecer esa voz que podía hechizar tan fácilmente. Bajo compulsión, Drake salió al descubierto, con ambas manos vacías y a plena vista. Sus ojos estaban intranquilos, parpadeando rápidamente, repetidamente. Estaba enfermo, su mente retorcida, sus pensamientos se procesaban de modo antinatural. Lucian comprendió entonces que había pensado que Drake era un campista o un excursionista porque el hombre no pensaba realmente en matar a nadie. No estaba planeándolo. Se consideraba a sí mismo un buen hombre, un hombre que amaba a su niña.

– Ha causado mucho pesar a Jaxon en su vida, Señor Drake. – Dijo Lucian tranquilamente, su voz amable. – No puedo hacer más que pedirle que no siga caminando en esta tierra con ella. Debe ir a un lugar donde alguien mucho más grande que yo puedo juzgarle.

El cuerpo ligero de Jaxon temblaba visiblemente. Estaba demasiado débil para sentarse junto a su compañero. Estaba tendido sobre el porche con la cabeza en el regazo de Lucian y las manos de él en su pelo. Tocó la mente de Lucian, encontrándole tranquilo, en paz. Incluso con alguien como Drake, no sentía rabia, ni simpatía, ni remordimiento. Llevaba a cabo su responsabilidad sin emoción, como hacía siempre. Se deslizó en la mente de él, permitió que su paz la inundara, la atravesara. Ella no odiaba a Drake, y no sentía pena por él; solo sabía que Lucian tenía que destruirle.

Lucian miró hacia Drake, poco dispuesto a completar la orden en voz alta para que Jaxon pudiera oírla. Drake se llevó las manos a la garganta mientras empezaba a luchar en busca de aire. Lucian se concentró en el pecho del hombre. Dentro del hombre, el corazón estaba apagándose, las cámaras se atascaban mientras la sangre se espesaba. Venas colapsadas, arterias derrumbadas, y Tyler Drake se estremeció y se vino abajo bruscamente, sentándose sobre la nieve que cubría el suelo, después perdió el equilibrio hasta yacer inmóvil.

Jaxon solo pudo quedarse mirando con asombro, medio se levantó en asombro. ¿Eso era todo? Después de años de vivir atormentada, ella no podía ser liberada tan fácilmente. Tan tranquilamente. Levantó la mirada hacia Lucian. *¿Se acabó? ¿Está realmente muerto?*

Lucian enredó el brazo alrededor de ella protectoramente.

– Está muerto. – Dijo en voz alta, sabiendo que ella necesitaba oír pronunciar las palabras.

Jaxon cerró los ojos y se recostó hacia atrás sobre el suelo del porche, desmayándose por primera vez en su vida. Lucian se movió con su velocidad preternatural, sus brazos le acunaron la cabeza antes de que pudiera golpear la madera. No iba a estar muy contenta consigo mismo por desmayarse.

Exhausto, Lucian permitió que Gabriel hiciera la mayor parte del trabajo mientras él convocaba partículas de energía del cielo y las envió a llamear dentro del cuerpo de Tyler Drake. Cuando no quedó nada más que cenizas, se recostó junto a su compañera, apoyando la cabeza de ella sobre su hombro. Fue solo entonces cuando noto que ella estaba cubierta por su sangre. La última cosa que quería era que Jaxon se despertara en este estado. Iba a tener que concederle que podía ser que hubiera sido un poco arrogante en lo que a Drake concernía. Ella no iba a dejarle en paz con nada menos.

Ahora mismo necesitas ir a la tierra. Ese era Gabriel, actuando como si su gemelo necesitara ser llevado tras el proverbial granero.

Gabriel, captó fácilmente el pensamiento de Lucian y soltó un bufido bastante grosero de escarnio. *No creo que eso vaya a ocurrir pronto. Francesca dice que acudas bajo tierra*

inmediatamente, y lleva a tu compañera contigo. Ella ha entregado demasiada de su fuerza para sanarte.

Lucian sacudió la cabeza mientras acunaba a Jaxon entre sus brazos. Gabriel tenía que tener la última palabra. Así era él.

Sólo porque yo siempre tengo razón.

Capitulo 17

Jaxon se acurrucó en el pequeño sofa justo delante de la chimenea. Vestía solo una fina bata, su pequeña rebelión contra el evento que se aproximaba y la calidez de las llamas sentaba bien. También le gustaba la forma en que las llamas titilaban y bailaban sobre la pared, dando un matiz dorado al revestimiento de madera. Estaba nerviosa, luchando por mantener la normalidad, y necesitaba algo para evitar pensar demasiado.

Sacando el periódico, empezó a estudiarlo, leyéndolo como policía, buscando cualquier detalle suelto que pudiera utilizar en cualquiera de sus casos abiertos. Con frecuencia algún artículo raro en el periódico le proporcionaba alguna pequeña información útil en el trabajo policial.

Encontró un artículo en la segunda página, apenas podía creer en sus ojos. Reconoció los tres hombres, atribuidos a tres grandes filántropos. *Hal Barton. Harry Timms. Denny Sheldon*. Los tres hombres que habían "visitado" su casa tan recientemente.

– ¿Lucian, has leído el periódico esta noche?

Él la miró, sus cejas negras arqueadas inquisitoriamente.

– ¿Y ahora qué? – Escondió su sonrisa, sabiendo exactamente que estaba haciendo ella, qué estaba intentando abordar.

– Me asombra. Parece que tus tres amigos, los que irrumpieron en nuestra casa y querían que invirtieras en su sistema de seguridad a prueba de todo, se han hecho ahora mismo ricos por derecho propio.

– Me alegro por ellos No necesitarán mi dinero en absoluto.

– Nunca lo necesitaron. No soy estúpida, ya sabes. Les hiciste algo, ¿verdad? ¿Qué hiciste?

Los ojos negros de Lucian reían, pero su voz era inocente.

– ¿Qué podría haber hecho? Tú estabas allí. ¿Qué dice el artículo?

– Los tres trabajaban para un par de "hombres de negocios" – Sus grandes ojos castaños fastidiados fijos en él. – ¡Ja! Probablemente capos de la droga. Tengo razón, ¿verdad?

Era demasiado lista. Ir siempre un paso por delante de ella durante el resto de sus vidas iba a requerir un esfuerzo. Lucian se encogió de hombros, un sonrisita secreta tirando de las comisuras de su boca.

Jaxon le encontraba demasiado sexy. Probablemente siempre iba a serlo demasiado.

– De cualquier forma, esos dos "hombres de negocios" aparentemente tuvieron un accidente de navegación y dejaron sus compañías a estos tres tipos, que ahora parecer llegar los negocios legítimamente y dar enormes sumas a la caridad. De acuerdo con el reportero, los han investigado a conciencia, y la policía está convencida de que son completamente legales.

– Bien por ellos. ¿Y eso te preocupa de algún modo? Debes explicarme eso.

Ella le miró fijamente.

– Eres tan inocente, ¿verdad, Lucian? ¿Sabes qué? No quiero saber que hiciste. Probablemente sea ilegal.

– Dijiste que les han investigado a conciencia.

– Muy conveniente. Nadie lo sabría si hubieras hecho algo, ¿verdad?

– Ángel. – La voz de Lucian fue suave y gentil, perfectamente inocente de cualquier maldad. – Tengo mis limitaciones.

– Si las tienes, todavía no las he notado. – Respondió ella y sacudió de nuevo el periódico, levantándolo para cubrirse la cara.

Lucian rió suavemente.

– Creo que solo estás sufriendo nervios prenupciales.

El periódico susurró con una advertencia.

– No estoy nerviosa.

– Si, lo estás. Estoy en tu cabeza, cielo. Estás muy nerviosa. Debo decir que es un fenómeno interesante, cuando ya estás en realidad irrevocablemente unida a mí. Hemos vivido juntos bajo las peores circunstancias, y sabes que estás atada a mí, ¿así que por qué sentirse tan aprensiva por una pequeña ceremonia?

– No estoy nerviosa. – Era una flagrante mentira. – Lucian, no sé por qué insistes en seguir con esta ceremonia. Dices que ya estamos en realidad casados. Eso es suficiente para mí. ¿Y no te preocupa el rastro de papeleo? Pensaba que decías que los Cárpatos han de ser muy cuidadosos con esas cosas.

– Estás intentando escurrir el bulto. – La acusó. – Pero no va a funcionar. He estado en tu mente, y vi cuanto significaba una boda para ti.

Jaxon dobló cuidadosamente el periódico y lo puso a un lado.

– Lucian, mírame. – Cuando él se volvió hacia ella, fijó la mirada en la de él. – *Significaba* mucho para mí, Lucian. Ahora sé que no es la boda lo que cuenta, es lo que significa. Sé que nos pertenecemos el uno al otro, y tu ceremonia, aunque terriblemente sexy, es tan vinculante como una ceremonia humana.

– Más aún. – Dijo él suavemente.

Ella sonrió.

– Quizás.

– Pero aún así, la ceremonia humana es bastante hermosa, y mi hermano ha hecho todo ese camino con su esposa para estar a mi lado. He soportado sus estúpidas sonrisas y sus modales satisfechos durante bastante tiempo. Cree que me tienes enredado en tu dedo meñique. Pasarás por esto, Jaxon, solo para pagármelas por eso.

– Quizás podríamos ocultarnos en las montañas, Lucian. – Jaxon se puso en pie y se acercó a él, enredando los brazos alrededor de su cintura, presionándose contra él sugestivamente. – En algún lugar donde podamos estar solos.

Él se volvió inmediatamente y la tomó entre sus brazos.

– Estás intentando seducirme descaradamente para que nos perdamos nuestra propia boda y decepcionar a los invitados. Qué vergüenza, ángel. Y yo soy tan susceptible a tus encantos. – Su voz mantenía esa nota ronca de deseo que siempre le quitaba el aliento.

– Mis muchos encantos. – Corrigió ella, volviendo la boca hacia arriba para ser besada.

Él la complació, inclinando la cabeza hacia ella instantáneamente, movió la boca lentamente, a conciencia, sobre la de ella. Su boca era caliente y húmeda, su lengua danzaba con la de ella sugestivamente.

Jaxon acarició con los dedos el largo y espeso pelo de ébano amorosamente, después los deslizó hacia la camisa para tirar de ella sacándosela por los hombros, para poder frotarse contra su piel.

– No me importa si todos nuestros invitados nos echan de menos. Te deseo, Lucian.

– ¿No puedes esperar unas pocas horas? – Se burló él. – Te he hecho el amor este mismo alzamiento.

Los ojos de ella se oscurecieron, y permitió que la túnica se le deslizara por los hombros.

– Tengamos más sexo caliente y alocado entonces. A mí me funciona.

Las cejas negras de Lucian se arquearon, pero obedientemente ondeó una mano para que la cerradura de la puerta de la habitación se cerrara. Su cuerpo se tensaba dolorosamente, duro y palpitante de anticipación.

– Tú eres, después de todo, mi compañera, y no puedo hacer más que mantenerte feliz. – Sus ropas flotaron hasta el suelo inmediatamente.

Presionada como estaba contra él, Jaxon encontró la gruesa evidencia de su conformidad empujando tentadoramente contra sus pechos desnudos. Le acunó en la mano, sus dedos se deslizaban, acariciando, rozando hasta que el aliento abandonó los pulmones de él.

– Me parece, ya que estoy tan exigente, que podría ayudarte a... ponerte de humor. – Su aliento le caldeó deliberadamente. Sopló suavemente, gentilmente, su lengua dibujando círculos de fuego a lo largo de la erección.

Un gruñido ronco escapó de la garganta de Lucian. Jaxon rió suavemente. Estaba empujando contra ella.

– No estoy del todo segura de lo que quieres. – Bromeó ella.

El puño de él le tiró del pelo.

– Lo dejaré perfectamente claro. – Murmuró él suavemente. – Abre la boca.

Lucian echó la cabeza hacia atrás, arqueándose más profundamente en el interior de su boca, caliente y húmeda, cerrada y apretada sobre su parte más sensible. La lengua de ella tentó y danzó mientras su mano se apretaba deslizándose sobre él una y otra vez.

– Jaxon. – Gimió, olvidando la boda, los invitados, todo excepto su boca y su mano.

Celebrando la reacción de él, Jaxon olvidó que estaba seduciéndole deliberadamente, la neblina de su placer resonaba en su propia mente. Le deseaba tanto que no podía pensar con claridad. Esto ya no era un juego para distraerle sino una necesidad.

– ¿Estás lista para mí? Tienes que estar lista para mí. – Mordisqueó entre los dientes apretados.

Ella levantó la cabeza lentamente y le sonrió sexy. Muy deliberadamente deslizó la mano hacia abajo por su propio cuerpo, atrayendo la atención hacia sus pechos, su estrecho torso, su estómago. Le oyó contener el aliento cuando vio sus dedos desaparecer entre las piernas. Ella se movió, un sensual ondeo de su cuerpo, después retiró los dedos para extenderlos hacia él. Brillantes. Calientes.

Lucian inclinó la cabeza y se llevó los dedos de ella a la boca, sus ojos negros ardiendo sobre ella. Sin más preliminares, simplemente la levantó entre sus brazos. Jaxon enredó las piernas alrededor de él y empezó a colocarse sobre él, tomándole en su cuerpo centímetro tras exquisito centímetro hasta llenarla, estirándola.

– Todo yo, cielo, tómame todo. – Susurró animándola.

La respiración de Jaxon se convirtió en pequeños y necesitados jadeos cuando le tomó en su vaina, caliente, apretada y firme que le hizo estremecerse de placer. Era el deseo de ella, su necesidad, lo que les conducía ahora, y Lucian le permitió marcar el paso. La observó montarle con el cuerpo, su cuerpo ágil y fuerte, sus brazos rodeándole el cuello, su piel, acariciada por la luz del fuego, reluciendo. Ella empezó a acelerar el ritmo, apretando los músculos, tensando y apretando hasta que estuvo tan sin respiración como ella. Con una mano la cogió por el pequeño trasero, presionándola contra él mientras empezaba a moverse, empujando dentro de ella una y otra vez. Rápido. Furioso. Sexo ardiente y duro. Justo como

ella quería, como quería él. La cogió por la nuca, atrayendo su cara hasta la de él, empujando salvajemente con la lengua hasta el interior de la boca de ella. Su mente empujó en la de ella, compartiendo su excitación, el sabor de ella, de él, compartiendo el intenso placer y la pasión de su cuerpo. Se movieron juntos al unísono. La tormenta de fuego ardió ardiente y brillante a través de los dos, enviándolos a volar, aferrados el uno al otro, los corazones casi explotando por el placer compartido.

Jaxon apoyó la cabeza en el hombro de él, manteniéndole profundamente dentro de ella.

– Te quiero. Sé que te quiero. Huyamos juntos simplemente, desaparezcamos por un tiempo, Lucian, solo nosotros dos, como en la cueva.

Muy cuidadosamente él la bajó hasta el suelo, separando sus cuerpos. Le enmarcó la cara con las manos.

– Realmente tienes miedo a casarte conmigo. – La besó gentilmente, tiernamente.

Las largas pestañas de Jaxon bajaron para ocultar sus ojos expresivos.

– No es el casarme contigo, Lucian, es la boda. ¡Se han convertido en algo tan grande! – Gimió. – Todo el mundo a va estar mirándome. Y ni siquiera conozco a la mitad de los invitados. Tienes a toda esa gente importante que asistirá. Aidan Savage de San Francisco. Desari, la famosa cantante, cantando en mi boda. ¿Cómo ha ocurrido esto?

Casi automáticamente, sin pensarlo en realidad, Jaxon limpió y vistió su cuerpo según la costumbre de los Cárpatos. Todavía luchaba por recobrar el aliento y bajar su ritmo cardíaco.

Los ojos de Lucian se iluminaron con orgullo. Ella había aceptado su nuevo forma de vida como lo hacía todo... abrazándolo rápidamente, apasionadamente. Emparejó el ritmo de su respiración y pulso con el de ella para regularlos a ambos fácilmente. Entonces respondió fácilmente a sus preocupaciones.

– Desari es la compañera del hermano gemelo de Aidan, Julian. Cuando invité a Aidan y Alexandria, junto con Antonio, que prácticamente es miembro de la familia, Aidan preguntó si nos gustaría que Desari cantara. Aparentemente ella y Julian estaban de visita. Por lo que sé, ella es muy agradable. – Añadió sus propias ropas, después sonrió cuando Jaxon se pasó la mano por el pelo, una vez más despeinando su corta y sedosa maraña. – Y tú tienes a la mayoría de la fuerza policial invitada.

– Estoy segura de que Desari es muy agradable, Lucian, pero es *famosa*. – Jaxon intentó no darle una patada en la espinilla. Estaba siendo más difícil de lo habitual. Y parecía tan guapo... alguien que se merecía una mujer mucho alta, elegante y hermosa. – Y no es la mayor parte de la fuerza policial, solo mis compañeros y amigos. No quiero extraños mirándome.

– Estarás preciosa con tu traje de boda, ángel. Un sueño. – Dijo él sinceramente. – Mi sueño. Yo te encuentro muy hermosa e increíblemente sexy.

Ella le miró fijamente.

– Nunca en mi vida he tenido un par de zapatos de tacón. Tropezaré y me romperé el cuello. – Se retorció las manos.

Él se encogió de hombros con su gracia casual, tomó posesión de su mano izquierda, y le dio la vuelta para colocar un beso exactamente en la palma de la mano. – ¿Por qué no te pones algo cómodo? El vestido es largo. Lleva lo que quieras debajo.

– Y cuando me quites el liguero delante de toda la multitud, todos podrán ver mis elegantes zapatillas de deporte. – Apartó la mano de un tirón y se mordisqueó nerviosamente las uñas.

Lucian sintió que ella estaba cerca de las lágrimas. La rodeó con los brazos y la atrajo a la protección de su pecho.

– Cielo, no habrás problemas con tus zapatos. Lleva zapatillas de deporte hasta que tengamos que quitar el liguero, y me aseguraré de que tengas tus elegantes zapatos de tacón cuando llegue el momento.

– ¿Y si te olvidas?

Él se inclinó para rozarle las sienes con la calidez de su boca.

Librodot

– Nunca olvido nada importante para ti, Jaxon. Deberías haberlo aprendido ya. – Su boca encontró el pulso de su cuello, lo sintió latir bajo la piel. – Deberías saberlo.

Ella asintió, con la cara enterrada en los pesados músculos de su pecho.

– ¿Así que quién más viene a nuestra boda?

– El alcalde. Unos pocos más que conoces.

– No te pregunto por ellos. Te preguntaba por *tus* amigos. Nuestra boda tendrá lugar en medio de la noche para acomodar a tu gente.

– *Nuestra* gente. – Insistió él. – Naturalmente, el hermano de Desari y su compañera asisten, y otro miembro de la banda... Barrack y su compañera, Syndil, que también está en la banda. La única otra persona cuyo nombre podrías reconocer es Savannah Dubrinsky, la prestidigitadora. Es la compañera de uno de nuestras más grandes sanadores y cazadores de vampiros y la mano derecha del Príncipe, Gregori. Puede que también asistan.

– *No* voy a hacerlo. No. Esa gente es famosa. ¿Y qué es eso de la mano derecha del Príncipe? Suena importante. ¿Por qué vendría él?

Lucian rió suavemente.

– Ángel, se me considera persona bastante importante en nuestro mundo. Gregori es de mi linaje, y asiste a nuestra boda por respeto. El Príncipe habría venido también, pero no está en los Estados Unidos en este momento. Naturalmente Gregori les representaría si pueden estar aquí a tiempo. Savannah, de todas formas, es la hija del Príncipe Mikhail.

Jaxon sacudió la cabeza hacia él.

– No me cuentes nada más. No puedo con ello. Realmente tienes todo ese dinero, ¿verdad? – Fue una acusación.

– El dinero no significa nada para nuestra gente, Jaxon. Se utiliza solo para hacer que las cosas sean más fáciles en el presente período de tiempo.

Ella le golpeó el pecho con el puño cerrado.

– Aún así, toda esa gente suena tan importante. ¿Por qué vienen? Tienes que decirles a todos que se queden en casa.

– En realidad, me interesa conocer a Desari y su hermano, Darius. Estoy emparentado con ellos. Y sencillamente ocurre que Gregori es mi hermano menor por unos mil años o así. Le di muchos consejos cuando era un aprendiz y me gustaría mucho ver como ha resultado.

– ¿Tus parientes? – Dijo ella acusadoramente. – ¿Todos ellos están emparentados contigo? ¿Tu familia? De veras, Lucian, no creo que pueda hacer esto.

– Por supuesto que puedes, ángel. Estaré justo a tu lado. Juntos. En tu mente, en tu corazón. Y, técnicamente, ya estamos casados, así que todos ellos son también tus parientes. Cuando todo esto termine *sentirás* que son tu familia. Sabrás que *somos* una familia. Te encantará esto, ángel. Es la boda de tus sueños.

Ella se las arregló para mostrar una sonrisa nerviosa.

– Algunas veces el sueño es mejor que la realidad, ¿verdad? Esto suena aterrador.

– ¿Y eso viniendo de la mujer que me ayuda a destruir vampiros y ghouls y corre por ahí como una maníaca persiguiendo criminales? – Sus dedos se enredaron en el pelo rubio. – Tranquilízate, ángel. Francesca está llegando por el vestíbulo para ayudarte a vestirte.

– Bésame ahora, Lucian, o podría salir corriendo.

Él se aseguró absolutamente de hacer un trabajo a conciencia.

La boda pareció sacada de un cuento de hadas. Barry Radcliff recorrió con Jaxon el pasillo, y ella no vio ni una sola cara que la pusiera nerviosa mientras caminaba lentamente hacia el altar. Sus ojos permanecieron fijos en los de Lucian. Se le veía alto, guapo e imposiblemente cortes. Junto a él estaba su gemelo, que parecía un Adonis en cada pulgada. Aún así, habría sabido la diferencia entre ellos en cualquier lugar, en cualquier momento.

Lucian le robaba el aliento. Mientras se aproximaba del brazo de Barry, subo que esto era lo correcto. Amaba a Lucian, y lo haría por toda la eternidad. Eran dos mitades de un mismo todo. Y ahora, después de todos esos años solitarios, él le estaba proporcionando una familia también.

Con sus ojos cautivos por la mirada negra al rojo vivo de él, Jaxon puso su pequeña mano en la otra más grande sin dudar, completamente preparada para hacer sus votos.

FIN